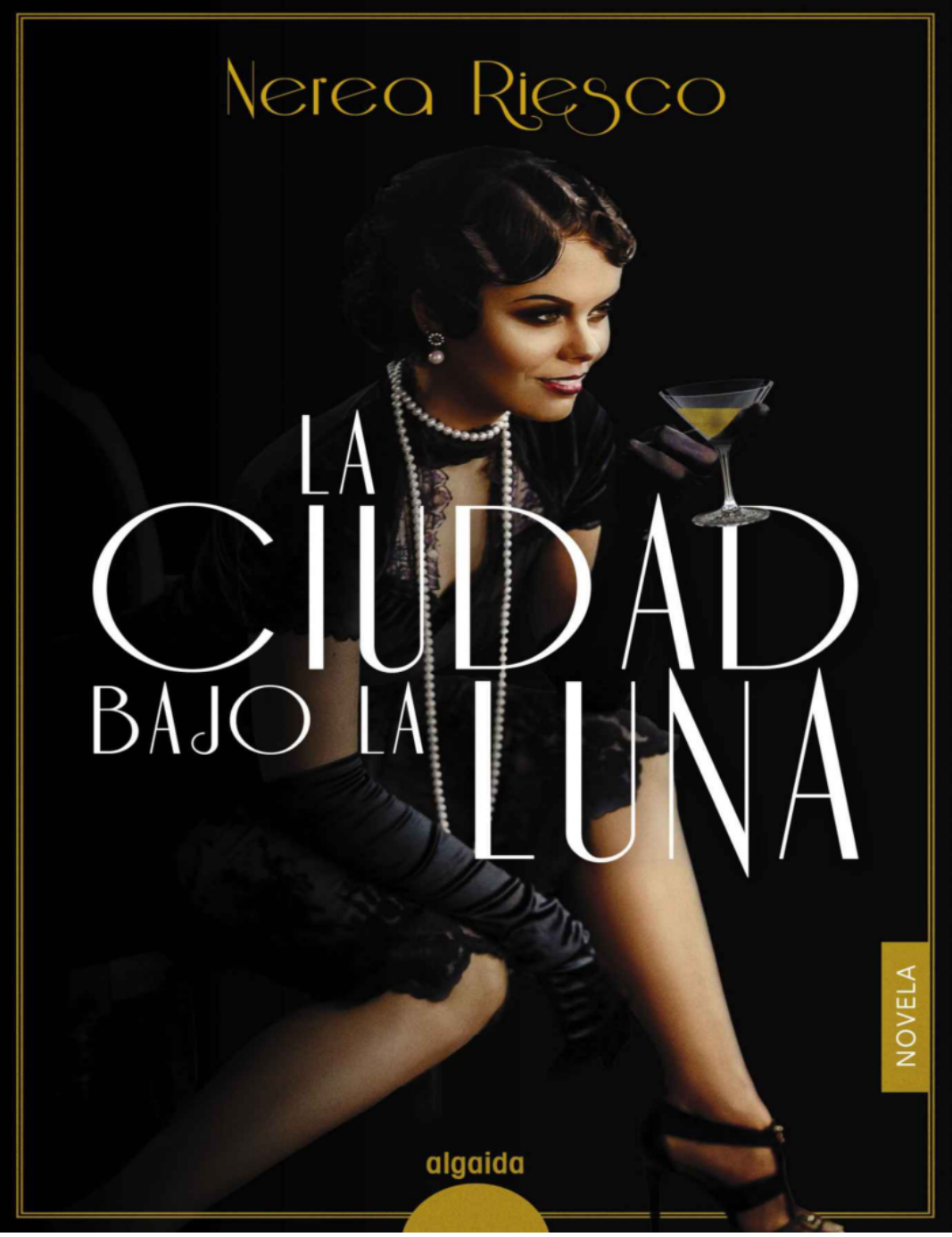
Nerea Riesco

LA CIUDAD BAJO LA LUNA



NOVELA

algaida

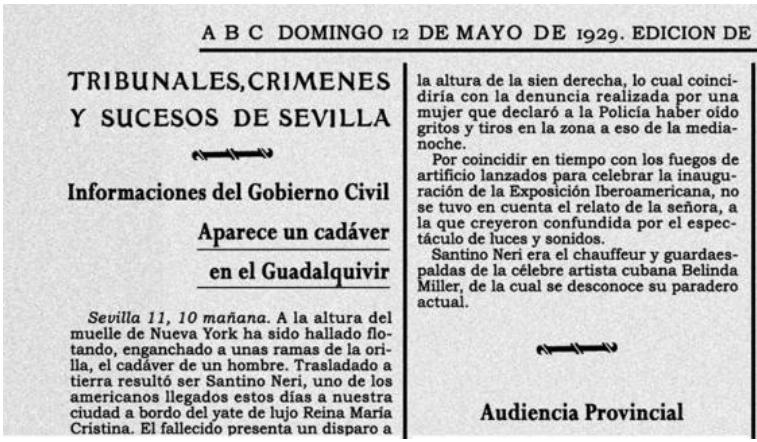
NEREA RIESCO

LA CIUDAD BAJO LA LUNA

algaida

A los héroes que no querían serlo.
A los que enviaron a luchar sin armadura.
A los que ignorando la incertidumbre siguieron en sus puestos.
A los sanitarios en general.
Y a mi médico, Gabriel Trinidad (siempre), en particular.

PRÓLOGO



A B C DOMINGO 12 DE MAYO DE 1929. EDICION DE

TRIBUNALES, CRIMENES Y SUCESOS DE SEVILLA

Informaciones del Gobierno Civil

Aparece un cadáver en el Guadalquivir

Sevilla 11, 10 mañana. A la altura del muelle de Nueva York ha sido hallado flotando, enganchado a unas ramas de la orilla, el cadáver de un hombre. Trasladado a tierra resultó ser Santino Neri, uno de los americanos llegados estos días a nuestra ciudad a bordo del yate de lujo Reina María Cristina. El fallecido presenta un disparo a la altura de la sien derecha, lo cual coincidiría con la denuncia realizada por una mujer que declaró a la Policía haber oído gritos y tiros en la zona a eso de la medianoche.

Por coincidir en tiempo con los fuegos de artificio lanzados para celebrar la inauguración de la Exposición Iberoamericana, no se tuvo en cuenta el relato de la señora, a la que creyeron confundida por el espectáculo de luces y sonidos.

Santino Neri era el chauffeur y guardaespaldas de la célebre artista cubana Belinda Miller, de la cual se desconoce su paradero actual.

Audiencia Provincial

Porque una ciudad es algo más que tierra.
Desde el cielo todo lo veo.
Han definido mi esencia marcando límites.
Son territoriales. Creen que me poseen.
No todos llaman mi atención. Solo algunos…

Mejor será que comience por el principio, pero reconozco que me cuesta elegir uno. Seguramente no nos pongamos de acuerdo en esto. ¿Qué dio inicio a esta historia? ¿El fuego? ¿El agua? ¿La tierra? ¿La mezcla de tierra y agua que compuso la ciénaga primordial?

Quizás debería empezar por el instante en el que la Gran Guerra devastó el corazón del capitán Adrien Chevalier. O por el día en el que Ernest Miller se encaprichó de la mulata Linda, dejándola embarazada. O cuando el mafioso Flavio Leone comprendió que estaría dispuesto a matar por el amor de Belinda Miller.

Belinda… La hermosa Belinda…

Te contaré algo sobre Belinda: corría por sus venas sangre africana, pero tenía piel de blanca besada por el sol. Y sus ojos… ¡Santo cielo! Esos ojos eran como el oro dulce que se sacaba de la caña de azúcar. ¿Has visto alguna vez un atardecer en la playa? Pues esa luz, pero en sus ojos.

Sí, has acertado. Ella era el tipo de persona que llama mi atención.

Ya ves que tengo unos cuantos principios. Supongo que te dará igual por dónde empiece, con tal de que empiece de una vez. Está bien. Elijo el 19 de mayo de 1930; el día en el que el zepelín aterrizó en los campos de Hernán Cebolla. Ese multitudinario acontecimiento facilitó que encontraran semienterrado aquel fémur humano.

Al final parece que comienzo hablando de la tierra. Pero volvamos al cielo.

No era la primera vez que el Graf Zeppelin sobrevolaba el Guadalquivir. El año anterior, a solo quince días de la inauguración de la Exposición Iberoamericana, ese formidable monstruo que atravesaba el firmamento con una majestuosidad pasmosa, teniendo en cuenta su portentoso tamaño, surgió del horizonte con la elegancia

de un pez mítico. De pronto el azul del cielo se convirtió en azul del mar, y las nubes en la espuma de las olas. Un avión se colocó sobre él y tomó fotos en las que se le veía dando vueltas a la Giralda. Se asomaba a las azoteas donde las mujeres tendían ropa interior, camisas y sábanas blancas que se agitaban al aire como gigantescos pañuelos para saludar al cetáceo de más de doscientos treinta y cinco metros de longitud y treinta y seis de diámetro. Volaba a setecientos pies de altura y era capaz de transportar una carga de sesenta toneladas.

Aquel primer encuentro con los sevillanos causó conmoción. Todos ansiaban ver las evoluciones del coloso que encendía la imaginación de los amantes de los libros de Julio Verne. El ruido de sus motores espantó a los perros, que corrían por las callejuelas del barrio de Santa Cruz con el rabo entre las piernas. La sombra que proyectaba confundió a los ancianos, y más de un niño casi se cae del balcón intentando deslumbrar al piloto con un espejito. Un científico explicó para el periódico que se mantenía en el aire gracias a las corrientes de los vientos, las leyes de la aerodinámica y un buen puñado de rezos. Pronosticó que el cuerpo humano no estaba preparado para permanecer tanto tiempo a esa altura, y mucho menos para soportar la endiablada velocidad de los ciento veinte kilómetros por hora que decían que alcanzaba. Pese a todo había una larga lista de espera de valientes que aspiraban a ocupar una de sus veinticuatro habitaciones en el próximo trayecto programado. Un viaje en el que se servía comida y cena a la carta con la exquisitez de los mejores *bistrots parisiens*.

La intención última era crear un puente invisible para unir Europa y América mediante dirigibles. Pero la Sociedad Transaérea Colón, responsable de la tarea, no encontraba más que trabas. Los franceses acusaron a los alemanes de construir aeronaves bajo cobertura legal española con un volumen superior al que se había estipulado en el Tratado de Versalles. Estuvieron más de un año enredados en tiras y aflojas hasta que por fin, el 19 de mayo de 1930, el Graf Zeppelin alzó el vuelo desde un pueblo alemán de nombre impronunciable para muchos sevillanos. No solo surcaría las nubes, sino que tomaría tierra, de modo que cientos de personas se dispusieron a acoger al que los periódicos habían bautizado ya como «el plateado trotamundos de los cielos».

El calor asfixiante no desalentó a los curiosos que atocharon desde primera hora de la mañana la Carretera de Carmona con sus vehículos de tracción a motor, y otros tantos más de tracción a sangre. La corporación municipal en pleno, y las familias más ilustres, se

engalanaron con los trajes que estrenaron el último Domingo de Ramos; las mujeres con leves vestidos de raso color palo de rosa, como dictaba la moda en París. Los hombres con trajes de tres piezas de lino color crudo y sombreros de pajilla.

El campo de Hernán Cebolla se llenó de puestos ambulantes. Los vendedores pregonaban a gritos sus productos: garrapiñadas, algodón de azúcar, trocitos de coco, manzanas de caramelo, cucuruchos de pipas, maíz frito… Los fotógrafos con cámaras con *flash* de magnesio, los periodistas libreta en mano, los niños con sus tirachinas, el obispo pertrechado de su turiferario, listo para bendecir el artefacto que llegaba de tierras paganas.

Una compañía y un escuadrón de la Guardia Civil vigilaban la zona alambrada en la que iba a amarrarse el zepelín, espantando con severidad a todo el que se acercaba demasiado, «oiga usted, que la operación de amarre no es ninguna gansada». Los maestros llevaron a los escolares para que aprendieran a apreciar las maravillas de la ingeniería alemana, aunque lo único que las criaturas admiraban eran los globos rellenos de helio que una fábrica había diseñado expresamente para esa ocasión con forma de zepelín. Envolviéndolos a todos, la música de la banda municipal que tocaba intercaladamente himnos militares y marchas de Semana Santa sin hacer pausas.

Poco antes de las cinco de la tarde alguien creyó haberle visto. Con la mano haciéndose visera lanzó los primeros gritos: «¡Ahí está! ¡Lo veo!». Y otros cuantos le remedaron: «¡Ahí está!», «¡Sí!», «¡Sí!». Aunque más de uno no estaba seguro de si se trataba realmente del dirigible, o de una cigüeña despistada, o de una mota de polvo enredada en las pestañas. Tuvieron que pasar unos minutos hasta poder reconocer todo el esplendor de su silueta apepinada, seguida por la sombra gigante de pez aplastado que dejaba en el campo.

Al llegar a la altura del cortijo de Hernán Cebolla, el Graf Zeppelin localizó el gran espacio central rodeado de público en el que se levantaba el mástil de amarre, y comenzó a hincar el pico. Los soldados del cuerpo de ingenieros corrían de un lado a otro como ratones asustados, intentando cumplir las órdenes que su superior les daba a gritos: «¡Venga, muchachos!». «Que no se diga». «¡Corred!». «¡Más deprisa!». «¡Hombre por Dios!»…

Los curiosos contenían la respiración. Ya podían ver las caras de los pasajeros pegadas a los cristales de lo que era el comedor de la nave. Saludaban alegres, como si los de abajo y los de arriba se conocieran de toda la vida. La tripulación del dirigible lanzó una cuerda y más de cincuenta soldados corrieron en su busca. Otra cuerda. Otra más… se arremolinaban asiéndolas con fuerza, tirando unos, cayendo al suelo

otros, arrastrándolos unos metros. Se levantan, tiraban más, otros volvían a caer, más abajo, un poco más, con más brío. El artefacto fue cediendo, balanceándose hasta que poco a poco se posó en el suelo. Serían las cinco cuarenta cuando por fin se rindió. Lo ataron al mástil y allí quedó, dócil, igual que los globos de feria anudados a las muñecas de los niños.

El recibimiento fue entusiasta. Entre vítores y aplausos por bulerías, los viajeros se enfrentaron a la avalancha de preguntas de los periodistas, sonriendo con jactancia para los fotógrafos: «¿Se hace difícil respirar allí arriba?». «¿No sienten claustrofobia?». «¿Notan la presión?». «¿Es cierto que han tenido que firmar un compromiso de no fumar en el interior del zepelín?». «¿No tienen ustedes miedo?». «Oh… no… ¡Por supuesto que no! Esta forma de desplazarse es la más segura que existe».

Poco podían imaginar esos aguerridos viajeros que siete años más tarde otro dirigible explotaría en pleno vuelo. Caería a la tierra envuelto en llamas ante los espeluznados ojos de los periodistas: «Es una caída terrible, señoras y señores, hay humo y está en llamas ahora… y la estructura está cayendo al suelo, no muy lejos del mástil de amarre. ¡Oh, la humanidad, y todos los pasajeros gritando! No puedo hablar… no puedo, señoras y señores. Escúchenme, voy a tener que parar durante un minuto porque esto fue lo… lo peor que he visto nunca».

Aquel accidente puso fin a la prometedora era del dirigible.

Pero en ese momento, los curiosos lo único que querían era ver el espectáculo del zepelín. El sol lucía radiante y el artefacto hacía una estupenda sombra. Una vez que los viajeros se retiraron al hotel, se permitió que los emocionados ciudadanos visitaran el interior de la nave en grupos de diez. Se habilitó un servicio especial de autobuses que harían la ruta de ida y vuelta al centro cada hora, durante toda la noche, para que nadie se quedase sin verlo por fuera y por dentro. Les hacían un recorrido por todas las cámaras, comenzando por el comedor, un espacio de unos cinco metros cuadrados que era el corazón de la vida a bordo. En la parte delantera, un pasillo conducía al mirador del comando, el punto más avanzado de la barquilla. A uno de los lados de ese pasillo se encontraba la cocina eléctrica y al otro la estación de radiotelegrafía. Detrás del comedor había otro pasillo que daba acceso a las diez cabinas, con capacidad para veinte viajeros.

Aquella noche los sevillanos velaron el Graf Zeppelin como lo hubieran hecho con un familiar enfermo. El cortijo de Hernán Cebolla se convirtió en una improvisada Feria de Abril en mayo, con los puestos de bebidas y bocadillos abiertos hasta bien entrada la

madrugada.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, cuando los viajantes regresaron junto al dirigible, el público seguía igual de entusiasmado que la tarde anterior. El Graf Zeppelin yacía con la panza asentada en tierra firme, desayunando su gas por una manguera introducida en su proa. La prensa había anunciado que ese día se sumarían a la expedición tres viajeros más: el infante don Alfonso de Orleans, el teniente coronel Herrera y la duquesa de la Victoria, invitada por la casa Zeppelin. Por desgracia para esta última, su señor marido exigió ser invitado también y, ante la imposibilidad de complacerlo por el número controlado de pasajeros, el duque negó el permiso a su esposa para realizar el viaje. Los periódicos señalaron que llegaría el día en el que el zepelín no sería motivo de divorcio, pero todavía era un don juan veleidoso que causaba alboroto en las familias y que seducía por igual a mujeres y hombres.

A las ocho treinta ya estaban a bordo los pasajeros y la tripulación. También una estampa de la Macarena regalada por su cofradía que colgaron en el comedor, junto al mapa. A las nueve treinta desengancharon el dirigible del mástil. Unos soldados lo alzaban en hombros y otros tiraban de los cables mientras se levantaba oblicuamente. El pez jurásico se elevó sin contratiempos, con cierta elegancia, entre los chirridos de su esqueleto y los gruñidos del motor, hocicando, buscando las nubes, entre aplausos, ondeos de banderitas, silbidos, aspersiones de agua bendita, acunado por la misma melodía que lo recibió: un himno militar, una marcha de Semana Santa, un himno militar, una marcha de Semana Santa… dejando atrás la tierra, los árboles, los hombres, las mujeres y los niños que corrían persiguiendo su estela, apuntándole con sus tirachinas, fantaseando con que lograrían derribarlo.

Uno de ellos —el más fanfarrón, el de la cara de malo, el mellado de las rodillas con costras y remolino indomable en la frente— tropezó con algo y cayó al suelo. Su amigo —uno también fanfarrón, pero menos— frenó en seco para auxiliarle. El primero se levantó de un brinco, rechazando la ayuda con desdén. De mala gana se sacudió la arenilla de los pantalones y volvió la vista atrás. No estaba seguro de dónde había tropezado. Su amigo le insistía en que eso no tenía importancia; el zepelín se les escapaba. Pero el fanfarrón seguía escudriñando el suelo y no tardó en dar con lo que buscaba. Algo sobresalía de la tierra. Lo rodeó en silencio y luego se acuclilló para mirarlo más de cerca. No se atrevió a tocarlo.

—Pero ¿qué haces? —le preguntó el amigo menos fanfarrón.

—Calla, idiota.

—¿Qué es eso? ¿Una rama?

—Creo que es un hueso. Y es grande.

Una protuberancia surgía del albero, semejante a la raíz de un árbol. No se parecía en nada a los huesos del esqueleto que tenían en una de las esquinas de clase; tan blancos y nacarados. Este lucía tono tostado, como si estuviera oxidado.

El maestro de los chicos se acercó para ver qué estaban haciendo.

—¡Maldita sea! —dejó escapar antes de poder retener la exclamación con las manos.

—¿Es un muerto? —le preguntó el fanfarrón.

—¡Corred! ¡Llamad a los guardias! —les ordenó el maestro.

Y así fue como encontraron el fémur solitario. El fémur sin nombre. Por casualidad. Por culpa del zepelín que atrajo a la multitud hasta una tierra despoblada. Encontraron el fémur por el tropiezo de un niño fanfarrón que corría por donde no debía. Si no hubiera sido por eso, quizás jamás hubieran encontrado el fémur.

Y ahora tengo que pedirte disculpas…

Quizás comprenderías todo mucho mejor si hubiera comenzado la historia ocho años antes, hablándote de otro muchacho —nada fanfarrón— que vivía en el lado opuesto del océano; en La Habana. Ocho años atrás el sonido de una avioneta le obligó a mirar el cielo, y entonces una lluvia de panfletos le cayó encima. El chiquillo, de piel color té flojo y sonrisa luminosa, aferró uno de ellos. Promocionaba la Exposición Iberoamericana que se celebraría en Sevilla. Aunque lo que llamó su atención fue la imagen representada en él. Una mujer con mantilla y peineta, cubierta únicamente de cintura para abajo por una tela vaporosa, mostraba libre, con los brazos abiertos al mundo, orgullosa y sin pudor, sus pechos livianos, dejando tras de sí la estela de las banderas nacionales que participarían en la Exposición.

El joven continuó inmóvil, hechizado, mirando el panfleto, mientras la avioneta se hacía invisible en el cielo.

He intentado empezar por el principio.
Aunque puede que me haya embrollado un poco.

En fin… No es momento de reproches.
Lo hecho, hecho está.

Debemos regresar al asunto que nos ocupa: un hueso. Y es humano. Te habrás imaginado ya que hay una víctima. Concéntrate. Los buenos investigadores no gastan su energía buscando posibles asesinos. Debes investigar a la víctima.

Esta es la pregunta que debes hacerte a partir de este momento: ¿quién es la víctima?

Capítulo I

El Noticiero Sevillano

EDICIÓN DE LA MAÑANA

A una semana de la solemne ceremonia de inauguración de la Exposición Iberoamericana

La Familia Real presidirá el acto

El Jefe de Gobierno, General Primo de Rivera, pronunciará el discurso de apertura

Por Gonzalo Aguilar

El gran Certamen Iberoamericano ha sufrido en su gestación muchas vicisitudes y no pocas torceduras, entre las que se cuenta la enorme conmoción que supuso la Gran Guerra. Pero al fin parece que todos los contratiempos se han subsanado. Ya ha sido fijado el programa de los actos que se celebrarán en Sevilla para inaugurar el evento.

Jueves, día 9. — Por la mañana, a las doce, solemne apertura en la Plaza de España con el ceremonial que se determine.

Por la tarde: Visita de SS. MM. y el Gobierno a las instalaciones oficiales del Comité (Historia retrospectiva de Sevilla, Historia del Descubrimiento y Colonización de América, etc.) y, por general, a todas las instalaciones de la plaza de España.

Por la noche: De nueve a nueve y media, banquete de gala ofrecido por el Comité a SS. MM., Gobierno y representantes diplomáticos de Portugal y América y personalidades que se determinen, en el Casino de la Exposición.

Función de gala

Terminada la cena, asistirán Sus Majestades, Gobierno e invitados a la función de gala que se celebrará en el teatro del mismo Casino, inaugurándolo oficialmente con la actuación de la gran artista internacionalBelinda Miller.

El capitán francés Adrien Chevalier observó el rostro que le devolvía el espejo. Estaba tan abstraído escudriñando los entresijos de su propia imagen que este es un buen momento para que te familiarices con sus facciones. Sus ojos podrían definirse azul metálico, o gris mar en días de tormenta. Fríos, o más bien indolentes, como si arrastrase consigo un alma asesinada. La nariz recta, la piel blanquísima, el pelo color miel clara, de forma que sus cejas y pestañas resultaban una leve sombra, casi imperceptible. Fibroso, muy serio, de pocas palabras. Las justas. Hablar demasiado aumenta las posibilidades de meter la pata. A lo largo de los siglos he conocido a muchas personas expertas en meter la pata por ser tendentes a la locuacidad. Pero el capitán Adrien Chevalier no se contaba entre ellas. Sus labios finos y pálidos solo dejaban salir frases gravemente reflexionadas, y únicamente cuando era necesario decir algo. En caso contrario, se mantenía en silencio.

Movió el mentón para echar un vistazo de refilón a su mejilla derecha, luego a la izquierda. Ni sombra de barba. Había nacido en Francia pero, cuando el mundo se le puso patas arriba, decidió que quería huir bien lejos, a algún lugar que no se pareciera en nada al norte de Francia en guerra. Algún lugar con color y calor. A algún lugar llamado Sevilla. Las primeras personas que conoció al llegar se extrañaron de que alguien tan joven hubiera alcanzado el grado de capitán. «¡No aparenta usted veintinueve años!», le decían. «Pues sí, veintinueve años tengo», respondía él.

El capitán Adrien Chevalier decía haber
cumplido veintinueve años en 1920.
Pero su alma era la de un viejo.
Nueve años después seguía sin salirle la barba.

Se acercó más al espejo, localizó la cicatriz que dejaba una insignificante calva en su insignificante ceja izquierda. Era la señal que le había dejado una de sus muertes. Se alejó, volvió a centrar los

ojos azul plomo de su reflejo en los suyos y lanzó un suspiro resignado. Había muerto ya tantas veces que poco le importaba morir una vez más. Volvió a suspirar. Le vino a la memoria el tiempo en el que fue chistoso y alocado, mil años atrás —eso era lo que a él le parecía—. Un chiquillo jovial, despreocupado, travieso, con una perenne sonrisa atrapada en su rostro pícaro. Recordó que, a la tierna edad de doce años, estuvo enamorado de su profesora de inglés, una compatriota de *sir* Francis Bacon llamada *miss* Florence, toda ella como un melocotón: redondita, aterciopelada, pelo anaranjado, ojos acaramelados y olor a mermelada de albaricoque con extra de almíbar. Una simple mirada de *miss* Florence, el roce de su mano, o aspirar su edulcorado aroma cuando se acercaba para corregir sus ejercicios, provocaban una tormenta en su corazón y ardor en su entrepierna. Ya no recordaba qué fue de ella, o cuándo dejo de verla. Lo que desde ese momento no le abandonó fue el interés por el sexo contrario. Su cuerpo le daba una nueva sorpresa cada día. Se le estiraban las extremidades, le crecía pelusilla en el labio superior, le cambiaba la voz… por no hablar de esos sueños alborotados que convertían sus sábanas en enormes brazos de mujer, provocando que le hirviera la sangre y que la boca se le llenara de agua.

Con quince años era demasiado alto, demasiado delgado, con piernas y brazos demasiado largos, y con la voz de ruiseñor afónico. Su madre le decía que era pronto para preocuparse por su aspecto, que aún estaba en el proceso de alcanzar el definitivo cuerpo de hombre, pero en ese momento él estaba seguro de que caminaba como una garza y de que, estando así las cosas, jamás llamaría la atención de las mujeres.

Y esos eran sus desvelos entonces. ¡Cuánta inocencia! ¿No crees?

Supongo que no hay ni que aclarar que sus conocimientos sobre el sexo femenino eran limitados. La primera vez que vio a una mujer desnuda fue en la escuela, en una manoseada postal en tonos sepia que circuló de mano en mano por debajo de los pupitres de la clase. En ella, una joven absolutamente desnuda, colocada de espaldas a la cámara, de pie en una palangana de minúsculas proporciones, simulaba lanzarse agua sobre la cabeza con una jarra. Su actitud era sensualmente despreocupada, pese a que dos hombres de enormes bigotes, completamente vestidos, se asomaban por encima de un biombo para observarla con ojos lascivos y labios babeantes.

Aquello lo dejó conmocionado, más por la cara de estúpidos que lucían los dos caballeros que por las generosas nalgas de la modelo. Se prometió a sí mismo que jamás, por muy excitado que estuviese, jamás, jamás, pondría semejante cara de idiota. Si bien era cierto que

el trasero de la dama le robó más de una hora de sueño. Tras ello quedó convencido de que tenía que ahondar en el misterio que le suponían las mujeres. Igual que el asunto de la erección era un tema tabú entre los muchachos, imaginaba que ellas debían guardar algún que otro secreto inconfesable. Como todo el conocimiento que tenía del mundo hasta la fecha lo había sacado de los libros, se dispuso a encontrar toda la literatura que se hubiera escrito al respecto.

En una pequeña alacena de su casa —cerrada con llave— su padre guardaba libros que él —con acierto— supuso prohibidos. Desde ese momento, abrir la alacena se convirtió en su obsesión. Tras varios intentos fallidos, el muchacho encontró la manera de profanar la cerradura con una horquilla. Una vez abierta, observó con reverencia el sensorial arsenal de libros, revistas y folletos que su progenitor había ido acumulando a lo largo de los años. Intentó adivinar qué clase de placer se escondía —como una serpiente del paraíso al acecho — en cada uno de ellos. Su padre le hubiera matado de haber descubierto que, cada tarde, durante media hora, el muchacho leía trozos de la *Histoire de ma vie* de Giacomo Casanova, el *Kamasutra, Les liaisons dangereuses* de Pierre Choderlos de Laclos, la *Carmen* de Prosper Mérimée…

Buceó en esa literatura hasta que se le encallaron las yemas de los dedos. Sus hormonas detonaron mil resortes. Todo a su alrededor estimulaba sus sentidos: el roce de los pantalones en su entrepierna, la dulce humedad del melón cantalupo inundando su boca, el calor del agua de la bañera, el intenso olor del marisco, los ojos picarones de la carnicera… Solo perdió levemente el brío el día que hizo pellas para irse a fumar detrás de la tapia del cementerio con Paul Roquet, su compañero de pupitre. Entre calada y calada, el muchacho le aseguró que había mujeres a las que les nacían dientes en la vagina y que, tras copular con los hombres, arrancaban su pene, lo masticaban y después lo escupían.

—Pero… ¿por qué hacen eso? —preguntó con el rostro desencajado.

—Pues porque las mujeres son malas. Es su naturaleza. Desde Eva —concluyó Paul Roquet con seguridad docta, encogiéndose de hombros un segundo antes de darle una calada tan profunda al cigarro que se vio obligado a cerrar con fuerza los ojos y toser un par de veces.

Ya puedes imaginar que con estos despojos de información poco o nada se puede avanzar en el terreno amoroso-sexual. Ante la posibilidad de sufrir una amputación determinó que sería un hombre casto. Casto y puro, como los monjes cartujos o los maniquís

masculinos de cartón piedra de la tienda de modas, que carecían de miembro viril.

Para su fortuna, poco tiempo después, sus vecinitas de abajo, las hermanas Renard, llegaron para sacudirle de un plumazo esas intenciones. El día que posaron sus ojos en él era julio y hacía un calor de muerte. El muchacho subía las escaleras en dirección a su piso con el pelo ensortijado pegado a la frente por el sudor, las mangas de la camisa arremangadas, el pecho descubierto, las mejillas sonrosadas y los labios rojos y brillantes. Tropezó con una de ellas, la más pequeña, que era tres años mayor que él. Le sonrió. Él se ruborizó. La muchacha… ¿cómo se llamaba? ¿Valentine? ¿Muriel? Llamó a gritos a su hermana mayor. ¿Cómo la llamó? ¿Sophie? ¿Celine? En su casa siempre las llamaban las hermanas Renard. Eran tan parecidas que nunca hubo necesidad de distinguir a una de la otra. Llenitas, de piel blanca como el merengue, rubias, risueñas… semejantes a esos angelotes que sobrevuelan los retablos de algunas iglesias. ¿Los has visto alguna vez? Bueno… eso carece ahora de importancia. Lo importante es que, cuando llegó la segunda hermana Renard, ella también le sonrió. Él seguía ruborizado.

—Nuestra madre ha salido. Estamos solas en casa. Estás muy colorado. ¿Tienes calor? ¿Quieres pasar a tomar una limonada?

Él aceptó, aunque mantuvo sus movimientos contenidos dentro de los dictados de la prudencia. No era cuestión de faltar a las normas de corrección. Además, temía que todo aquello no fuese más que una trampa, un juego, una burla de las dos hermanas juguetonas que reían y reían y no paraban de reír. Se mantuvo expectante.

Sophie, ¿o quizás fue Valentine? Tomó la iniciativa. Lo arrinconó contra la pared y lo besó en el cuello. Sacó su lengua caliente y húmeda, subió hasta sus orejas, le lamió los párpados y descendió hasta su nariz, la cual atrapó entre sus labios, succionándola levemente. Él quedó paralizado. Podía sentir los voluminosos senos de la vecina pegados contra su pecho. Hubiera jurado que los dos duros garbanzos que se le clavaban no eran los botones de perlas de la camisa de la muchacha. Sentía miedo, y calor, y vergüenza y sorpresa… y calor. Ella se separó de pronto. Le observó perpleja, sorprendida de que el chico no reaccionara a sus encantos.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta?

—Sí… claro que sí. Mucho. Muchísimo. Me gusta mucho.

Ella pareció quedarse tranquila, pero por la cara de pasmado que lucía su vecino intuyó que debía ir más despacio. Le besó en la boca dulcemente, movió los labios, suaves, densos, calientes. Sacó la punta de su lengua despacio y comenzó a profundizar hasta que tropezó con

la del muchacho, y entonces él pudo saborearla. Mientras tanto ¿Muriel? Le bajó los tirantes y desabrochó los botones del pantalón. De un certero tirón lo dejó desnudo de cintura para abajo. Deslizó su regordeta mano hasta su entrepierna y comenzó a manipular la zona. Entonces a él se le vino a la cabeza que estaban tocando partes de su anatomía a las que solo había accedido él, y quizás también su madre en los tiempos de la lactancia. Aquello lo desesperó. Comenzó a besar, a lamer, a apretar, a pellizcar… y poco más. Una miel surgió a borbotones de su cuerpo, dejándole expuesto, con las orejas rojas y los pantalones bajados. Se sintió tremendamente avergonzado. Las observó de reojo, entristecido. Ellas le miraron, se miraron, y rieron a carcajadas. Y él se ruborizó aún más. Se agachó, recogió su pantalón y su amor propio del suelo, se abrochó casi sin atinar, con los ojos vidriosos, y salió de la casa de sus vecinas lo más rápido que pudo. Subió las escaleras como una exhalación, prometiéndose a sí mismo que jamás volvería a salir de su habitación. Y si se viese obligado a salir, se ocultaría con una gorra. Se cambiaría de nombre. Huiría a otro país si era preciso.

Podrás imaginar que no cumplió ninguno de aquellos propósitos.

Seguramente pocas personas del pueblo, incluso muy pocas en París, hubieran llegado a entender la relación triangular que se estableció entre las hermanas Renard y su vecinito de arriba. Bien es cierto que él carecía de cualquier conocimiento previo sobre coqueteo femenino, pero tendría que haber estado ciego, sordo y mudo para haber permanecido impasible ante el sensual asedio de las señoritas Renard. A partir de ese momento todo el interés de los tres se concentró en encontrarse. Él aprendió de memoria los horarios en los que las muchachas se quedaban solas. Se le quedó oído de tísico, atento como estaba al momento en el que oía el portazo y el repiqueteo de los tacones de la madre descendiendo por la escalera. Ellas le esperaban risueñas, como gatas golosas. Tras el primer desatinado encuentro, él aprendió a darles placer también a ellas. Se demoraba en los lugares adecuados, lamía aquí, presionaba allá, menos acullá. A pesar de la inexperiencia de los tres, conocían las normas básicas de la fecundación, así que tomaron medidas para no complicar las cosas. Y precisamente fueron esos trucos de prestidigitador los que multiplicaron la imaginación y el placer de los jóvenes. Su pasión no les daba tregua. Estaban en la edad de no agotarse, de querer más. Más besos, más caricias, más lenguas húmedas en zonas prohibidas. Pero mientras las dos hermanas se veían cada vez más dichosas, sonrientes y alegres, él vivía bajo mínimos, somnoliento y con la mirada perdida. Su madre,

preocupada, le apartaba más carne, le añadía una yema de huevo y un chorrito de coñac a la leche que tomaba antes de acostarse, para darle fuerzas. Pero nada.

Con el agotamiento le dio por pensar. Comenzaron a atenazarle los remordimientos. Le habían educado para ser un perfecto caballero. Había crecido escuchando los seriales radiofónicos románticos que ponía su madre después de la comida, donde hombres carentes de escrúpulos engañaban a inocentes doncellitas jurándoles amor eterno para que les entregaran su pureza. Una vez conseguido el propósito, eran abandonadas sin remordimientos. Las muchachas se veían abocadas a la desgracia desde ese momento.

Él no tenía la sensación de estar engañando a ninguna de las hermanas Renard; muy al contrario. Pese a que se suponía que el sexo era el cebo con el que las mujeres tentaban a los hombres para conseguir llevarlos al altar, ninguna de sus vecinitas parecía interesada en obtener de él ninguna proposición de matrimonio, lo cual comenzaba a molestarle. Lejos de emocionarse con palabras románticas, las hermanas Renard se reían a carcajadas cuando él se ponía tierno, o cuando les regalaba colgantes, anillos, broches o pendientes que tallaba con mimo en el taller de joyería que su padre regentaba. Empezó a darle vueltas a la idea de que lo que hacían no era ni moral, ni limpio, ni cristiano. Su concepto de la hombría no solo se había conformado escuchando los seriales radiofónicos y ojeando las novelas eróticas que su padre escondía en la alacena, también interiorizó la honesta existencia de personajes como Ivanhoe, *sir* Lancelot, don Quijote… caballeros virtuosos que se regían por férreos criterios éticos, movilizados por la poderosa fuerza del amor romántico. Y así, mientras las hermanitas Renard ideaban nuevos escenarios en los que dar rienda suelta a sus refriegas eróticas: que si bajar al río y hacerlo en el agua, que si en el corral de la abuela ante los ojos impasibles de las gallinas… él se llenaba de remordimientos. Pese a lo divertido que pudiera parecer mantener ese tipo de relación a tres, él consideraba inviable alargarla mucho más tiempo. Se convenció de que debía decidirse por una de las hermanas y cortejarla como Dios mandaba. Hablar con sus padres, formalizar un compromiso y, con el paso de los años, llevarla al altar. Además, cada vez se volvían más descuidados y temía que antes o después los descubrieran y que el señor Renard le abriese un boquete en medio del pecho con la escopeta que guardaba en la despensa.

Pero ¿a quién de las dos elegir? Resultaba complicado decantarse por una de ellas porque ambas le gustaban por igual. Las dos eran dulces, risueñas, blandas, suaves… Muriel ¿era Muriel? Quizás fuese

un poco más tímida. No mucho, claro, teniendo en cuenta las circunstancias. Y ¿Sophie? Tenía unos preciosos ojos de corderilla desvalida. A una de las dos le gustaba leer, ¿a quién? ¡Santo cielo! Era una decisión complicada.

Quiso el destino que no tuviera que enfrentarse a ese dilema.

El estallido de la Gran Guerra se escuchó de lejos; tan lejos que casi no le prestó atención. Las vacaciones de verano eran algo mucho más importante en ese momento, sobre todo teniendo en cuenta que las divertidas hermanas Renard comenzaron a aligerar su indumentaria, lo cual facilitaba aún más el acceso a sus encantos. Decidió no darle demasiadas vueltas al asunto; la guerra nada tenía que ver con él. ¿En qué podría afectarle? Vivía en un tranquilo pueblecito de Francia y la amenaza de una guerra, con los desastres que traía consigo, resultaba en extremo irreal. ¡A él qué le importaban las guerras! Nunca había tenido problemas con nadie.

¡Qué pereza pensar en la guerra cuando se podía hacer el amor!

Y con esa certeza se dispuso a disfrutar de los meses de estío.

Cómo sospechar que era imposible sustraerse a la locura de unos pocos, si esos pocos eran los que dirigían el mundo.

Justo un año después de que comenzase su aventura con las hermanas Renard, a las once de una soleada mañana de agosto de 1914, unos soldados vinieron a buscarle a casa. Casi no le dio tiempo a despedirse de sus padres. Sin mucha explicación lo metieron en un tren junto con otros jóvenes de los alrededores. Lo único que les dijeron es que iban a luchar por la patria.

¿Cómo pudo pasar? No estaba preparado. Hasta ese momento las batallas, la guerra o los duelos a muerte eran para él gestas dignas de aparecer en los manuales de historia y en las novelas de aventuras en las que el adversario siempre era malvado y merecía la muerte. ¿Contra quién pelearía él? Algunos de los que iban en el tren parecían tenerlo claro. Muchos se habían alistado voluntariamente, henchidos de idealismo y honor. Se burlaban del enemigo animándose unos a otros entre pitillos y tragos a sus petacas. Ensalzaban a la patria, se arremolinaban en torno a la bandera, clamaban justicia, coreaban el himno nacional: «Si nuestros jóvenes héroes caen / la tierra producirá

otros nuevos / ¡listos para luchar contra vosotros!». Parecían no tener miedo, estar felices de formar parte de esa aventura divertida y apasionante que el destino les brindaba. Al cabo de un par de horas la mayoría estaban ya medio borrachos y la mínima sombra de duda que hubieran podido albergar, había desaparecido. Todo acabaría pronto. Sería ir y volver, decían. Que los boches se lo hacían encima cuando veían venir a los franceses, decían. Que las balas del enemigo eran frágiles y huecas. Que se partían en mil pedazos al chocar contra los uniformes franceses, como cascarones de huevo, decían.

Y reían a carcajadas entre frase y frase.

Él también reía, claro.

Reía, pero sin tanto convencimiento. ¿Quién en su sano juicio mandaría a sus soldados a luchar con balas que se pudieran resquebrajar al estrellarse? Pese a que las guerras las ponían en marcha personas que jamás lucharían en ellas, le parecía ridículo organizar semejante barullo sabiendo de antemano que estaba todo perdido.

Lo destinaron al 66 Regimiento de Infantería.

Tal y como imaginó, lejos de lo que se proclamaba en el tren que le había llevado al frente, las balas de los alemanes no solo no se partían en mil pedazos al chocar contra sus uniformes, sino que mataban de lo lindo, al igual que sus granadas y sus obuses. Y no solo eso. Los alemanes protegían sus cabezas con el *stahlhelm,* un casco de combate de acero que nada tenía que ver con el que ellos usaban. Y eso por no hablar de la nueva y terrorífica arma con la que completaban el trabajo: el lanzallamas.

Antes de pisar por primera vez el campo de batalla repasó sus valores éticos. En secreto se hizo la promesa de no matar a nadie. Fingiría, dispararía al aire, pondría cara de malo, gritaría muy alto y con mucha rabia en los ataques.

A la semana de su llegada ya se había convertido en un asesino.

Aquel lugar era el infierno en tierra firme. Una tierra que se convertía en barro tras las habituales lluvias, que se pegaba a los borceguíes dificultando el paso. En mitad de la noche los relámpagos partían el horizonte en dos, y los estallidos hacían lo mismo con las almas. Miraba a su alrededor y no lograba entender qué hacían allí, cómo lograban esos hombres mantenerse en pie. Quizás el amor a su país, o quizás la ración diaria de vino que les nublaba la vista y anestesiaba el miedo y el dolor.

Contraer la disentería le dio una tregua. Tras varios días padeciendo fiebres, vómitos y diarreas, lo enviaron al hospital de campaña instalado en las afueras de Verdún. Algunos médicos, que

renunciaban a curar a los hombres más graves mucho antes de que estos hubieran muerto, se hacían los remilgados a la hora de atender las diarreas sanguinolentas. Así fue como conoció a Nicole Magin, la primera doctora en el Ejército francés, después de que un error burocrático confundiera sus documentos con los de un hombre. Paradójicamente, su condición femenina le negaba la posibilidad de recibir un sueldo como médico y cobraba como una enfermera.

Ella fue la responsable de curar su enfermedad y, mientras se recuperaba, le escuchó y le atendió como una madre. La médico de treinta y seis años nunca se separaba de su perro Dun —por Verdún—, que le protegía de los bajos instintos de los soldados que iban sanado. Algunos echaban tanto de menos los placeres de la carne que, en ocasiones especiales, se disfrazaban de mujeres. Bailaban, cantaban canciones picaronas y coqueteaban con sus colegas de forma grotesca, entre risas. En la oscuridad de la noche, tras algún trago de más, las mentes se confundían y los cuerpos se extraviaban. Al día siguiente despertaban aturdidos. Volvían a sus memorias imágenes de las que se avergonzaban; caras, cuerpos, caricias, besos… y decidían entonces que todo era producto de un sueño pervertido del que jamás hablarían con nadie.

Nunca una enfermedad le había sentado tan bien, por eso se quedó bloqueado cuando supo que le darían el alta. Le enviarían de nuevo el frente de Verdún, exactamente al bosque de Caures, un enclave cercano a las líneas alemanas. Estaría al cargo del comandante Émile Drian y sería uno más de los dos mil soldados a sus órdenes. Eran conocidos como los Cazadores.

Pero los siguientes meses, más que cazador se sintió presa. No solo eran los boches el enemigo contra el que tenían que enfrentarse cada día; las trincheras que debían protegerlos se convertían en trampas. En ellas brotó una novedosa enfermedad endémica: el pie de trinchera. Los soldados permanecían tanto tiempo con las botas sumergidas en el gélido barro, con los pies empapados por el agua de lluvia, donde se diluían las heces de ratas y los cuerpos en descomposición, que pronto comenzaron a producirse infecciones. Lo siguiente era la gangrena, que precedía a la amputación del miembro.

Contra los pronósticos de los muchachos que viajaban en el tren que los llevó al frente, aquella guerra no estaba acabando en un abrir y cerrar de ojos. Los odiaba a todos por lo estúpidos y fanfarrones que fueron —y a sí mismo por haber albergado la esperanza de que tuvieran razón—. El enemigo ni siquiera tenía que mirarlos a los ojos para quitárselos de en medio. Las granadas volaban, los obuses arrancaban mordiscos a la tierra, las ametralladoras podían acertar en

el blanco a un kilómetro de distancia, los lanzallamas eran una locura, los gases venenosos una pesadilla.

Y el ruido.

¡Santo cielo! Hasta las ratas sufrían ataques de nervios.

Los cadáveres dejaron de tener nombres y pasaron a ser números. La muerte no hacía distingos con los rangos militares. Carecía de importancia el haber estado desde la adolescencia en una academia; igual morían los oficiales, que los suboficiales, que la tropa. Niños que nunca habían sujetado un arma eran ascendidos antes incluso de que el cadáver de su superior fuera retirado de la trinchera. Estando así las cosas, cualquiera podía subir de grado de la noche a la mañana, únicamente para mantener la moral del batallón, para que no sintieran que quedaban abandonados.

Una noche unos soldados alsacianos desertaron de las líneas enemigas y llegaron hasta sus enclaves para advertirles de que los alemanes pensaban atacarlos próximamente. El padre Drian —como sus hombres llamaban al comandante— advirtió de la preocupante situación en la que se encontraban, demandando refuerzos. Pero las autoridades no atendieron a sus llamamientos, de manera que se prepararon para enfrentarse a la situación, intentando minimizar los daños. Ordenó a sus hombres que cavaran más trincheras, que pusieran alambradas, que protegieran sus puestos. El frío y la nieve de los siguientes días se convirtieron en aliados, concediéndoles un respiro. Con ese maldito tiempo el enemigo no se arriesgaría a atacarlos, pero eso cambiaría antes o después. Todos lo sabían. Rezaban para que no llegara el momento, mientras se mantenían expectantes a la mínima señal.

El 21 de febrero de 1916, a las siete treinta de la mañana, se desató el infierno para los Cazadores. Una tormenta de acero y fuego cayó sobre ellos y destruyó por completo el bosque de Caures. Mil trescientos cañones dispararon un millón de obuses a lo largo de un frente de veinte kilómetros. A las cinco de la tarde detuvieron el bombardeo. El humo se fue diluyendo. La tierra se asentó y la bruma envolvió la imagen grotesca de los cuerpos desmembrados de unos hombres que difícilmente serían reconocidos por sus madres. En apenas diez horas aquel mágico bosque, que habría servido perfectamente de inspiración para escribir un cuento de hadas, se transformó en un campo de desolación.

Las tropas de asalto alemanas entendieron que, tras semejante ofensiva, era imposible que nadie hubiese sobrevivido, de manera que se envalentonaron a hacerse con una buena porción de terreno. Pero los Cazadores no se habían ganado la fama de valientes por sentarse a

esperar. Cuando los boches se adentraron en territorio enemigo, encontraron que muchos franceses aún seguían vivos, agazapados, dispuestos a hacerles frente. Los alemanes sacaron entonces sus lanzallamas y apuntaron con ellos las trincheras en las que se escondían los supervivientes. El fuego infernal los obligó a salir a la superficie. Corrían de una zanja a otra como cucarachas descubiertas al abrir la tapa de una alcantarilla, sorteando a la muerte, esperando la llegada de la noche para que los alemanes se fueran a descansar y tener entonces la oportunidad de recuperar el terreno perdido. Pero aquellos diablos eran inagotables. A las cinco de la mañana volvieron a la carga, esta vez armados con bombas de gas. De los dos mil doscientos hombres al mando del comandante Émile Drian, perecieron mil setecientos, incluido el propio Drian.

Te estarás preguntando qué fue de nuestro protagonista.

Tuvo suerte. Recibió una herida de bayoneta en la rodilla derecha. Vio venir de lejos al soldado que lo hirió; llevaba los ojos inyectados en sangre. Se notaba que corría sin ver, que lanzaba bayonetazos sin apuntar, con los dientes superiores mordiendo el labio inferior, arremetiendo contra las sombras, como un toro de Miura asustado. Intentó esquivarle tan deprisa como se lo permitía la impedimenta que, como su propio nombre indica, no era cómoda para moverse en el cuerpo a cuerpo. Ambos se observaron un instante y comprendieron que la suerte estaba echada. Inevitablemente uno de los dos debía morir y el otro matar. O quizás no.

Una fracción de segundo.

Una decisión importante.

El alemán le clavó su bayoneta y una vaharada brotó de su boca, por el esfuerzo. Con rabia sacó el arma. Acto seguido retomó su alocada carrera, alejándose de él mientras lanzaba de nuevo gritos y bayonetazos a diestro y siniestro.

Al sentir la punzada que le destrozó la rótula lanzó un bramido que escuchó desde fuera. Hasta él mismo se sorprendió de lo alto que podía gritar; jamás había puesto a prueba de esa forma su voz. El dolor era insoportable. Hizo un esfuerzo por hacerse consciente de su pie derecho. En las trincheras había escuchado historias sobre soldados que intentaban levantarse y caminar, sin darse cuenta de que un trozo de metralla les acababa de seccionar las piernas. ¿Le habría pasado eso a él? Intentó ponerse en pie. Sí, seguía allí. Su pierna derecha seguía allí. Cojeaba pero podía seguir apoyándose en ella. Pese a las horribles punzadas lanzó un suspiro de alivio. Ahora tenía que ponerse a cubierto. Sería absolutamente ridículo haber malvivido en las trincheras durante casi dos años para morir ese día.

Aunque eso era lo que iba a suceder.

A partir de ese momento todo pareció moverse a cámara lenta. Vio cerca a uno de sus compañeros; uno muy agradable que, cuando se enteró de que nuestro protagonista era aprendiz de joyero, le encargó un anillo para su futura cuñada. Él lo talló en una moneda de plata y se lo enviaron por correo a su hermano, que vivía en París. Verle le reconfortó. Extendió su mano para intentar alcanzarlo. Las balas silbaban a su alrededor y los aviones sobrevolaban sus cabezas lanzando obuses que sembraban el terreno de cráteres. Uno estalló tan cerca que los cuerpos de los dos hombres se elevaron por los aires, envueltos en una lluvia de piedras y gravilla. Y luego el terrible golpe. Y el ruido. Y el miedo. Tanto miedo.

Un olor nauseabundo le mareó. Se arrastró hasta su compañero. Le aferró la camisa, intentó incorporarle, verle la cara, buscar en su rostro una señal de vida. Pero no la encontró. Un pavor renovado sacudió su cabeza. No quería ver más muerte. Quería marcharse de allí. Pero ese olor… ese terrible olor… ¡Santo cielo! Le escocían los ojos. No veía. No. ¡No! ¡Estaba ciego! Un instante antes de perder el conocimiento recordó lo que le habían contado sobre los efectos del gas venenoso.

Y la oscuridad envolviéndolo todo.

Esa fue su primera muerte.

Despertó dos días más tarde en un hospital de campaña enemigo, con un terrible dolor de cabeza, tembloroso, sin ningún recuerdo. Un médico alemán le explicó —destrozando la lengua de Molière— que él había sido uno de los pocos supervivientes de su batallón. Los alemanes lo habían sacado inconsciente del fondo de un cráter de obús, con la rótula de la pierna derecha destrozada, incluidos tendones y ligamentos. Tendría que ayudarse de un bastón para caminar el resto de su vida.

En vista de que el joven parecía ausente, el médico alemán le comunicó oficialmente que era prisionero de guerra y que tendrían consideración con él debido a su rango. Señaló con la mirada la chapa de identificación que colgaba de la cabecera del catre. Él la tomó despacio, aún consternado por la situación en la que se encontraba. No sabía dónde estaba, no recordaba su nombre, era uno de los pocos supervivientes de su batallón, estaba prisionero, tenía la pierna destrozada y cojearía toda su vida…

Creyó que iba a perder de nuevo el sentido. Se aferró a su chapa, lo único que le quedaba.

Al menos no se había olvidado de leer. Quizás podría comenzar a reconstruirse a partir de eso.

No contestó, ni en ese momento, ni a lo largo de los siguientes días. Fue cuando se dieron cuenta de que había perdido la capacidad de hablar, aunque consideraron que la recuperaría antes o después, ya que no encontraron ningún problema en su sistema fonador que justificase el mutismo. No era la primera vez que veían ese síntoma en otros combatientes. También padecía tics faciales[1] y le asaltaban pesadillas durante el sueño de las que se despertaba agitado.

El médico alemán que le atendió en un primer momento era un gran enamorado de la lengua francesa y de España. Le prestaba libros para que entretuviera el tiempo: los *Cuentos de la Alhambra* de Washington Irving, *Viaje por España* de Teofilo Gautier, *De París a Cádiz* de Alejandro Dumas… y así, poco a poco, el capitán Chevalier relacionó las descripciones de los libros con su vida pasada. Recordó que parte de su carácter estaba conformado por el temperamento de los personajes literarios que le habían acompañado desde que era un niño. La literatura siempre había estado ahí. Le había dado forma a su personalidad, incluso mucho más que las lecciones en la escuela o las reprimendas de sus padres. Casi sin darse cuenta, Adrien comenzó a recuperar la memoria. Un día le vino el recuerdo de los campos de trigo y de maíz que bordeaban su pueblo. De su padre llevándole a recoger champiñones a los bosques con una cesta de mimbre. Vio a su madre en la cocina, preparando *crêpes* de azúcar, y se asombró al pronunciar la palabra *«maman»* con la boca llena de agua y el corazón colmado de amor.

Y gracias a los libros es como le volvieron los recuerdos. Y la voz.

Pasó treinta y dos meses en el campo de prisioneros de guerra alemán de Ingolstadt, en Baviera. No le trataron mal, incluso se consideraba afortunado. Cuando le liberaron, la guerra —la Gran Guerra— había acabado. Pasó los siguientes meses intentando poner en orden lo que quedaba de su vida. Se aferró fuertemente a la idea de que era un hombre con suerte. Con muchísima suerte en realidad, teniendo en cuenta que había salido prácticamente ileso de un infierno en el que diariamente murieron mil hombres durante cincuenta meses. Llevaba todas las papeletas en una tómbola en la que se repartían balas que él había logrado esquivar. Nunca se había considerado un buen cristiano, pero se planteó si eso podría

considerarse un milagro. Se prometió a sí mismo que no permitiría que jamás, nunca, nadie, dirigiese su camino, ni que le señalase a quién debía odiar. Si tenía que morir o matar sería él quien elegiría cuándo y a quién.

Volver a la realidad no le resultó sencillo. Francia estaba elevando al altar de los dioses a los muertos por la patria, porque esa era la única manera que tenían de soportar el dolor por la pérdida de sus seres queridos. Por el contrario los supervivientes estaban bajo sospecha de cobardía. En los ojos de las mujeres que habían perdido a sus hijos, a sus maridos, a sus novios, a sus hermanos… se dejaba entrever un halo de resentimiento. A fin de cuentas la guerra es la única circunstancia en la que se hace habitual que los padres entierren a los hijos.

Muchos de los que aseguraban que la guerra no iba a durar mucho, que incluso era posible que ni siquiera tuvieran tiempo de matar a un solo boche antes de que los devolvieran a sus casas, habían rezado al mismo Dios al que rezaba el enemigo que tenían enfrente, convencidos de que Él estaría de su parte y no de la contraria. Pero aquellos soldados —de uno y otro bando— habían muerto hacía mucho tiempo; precisamente batallando. Las risotadas que alguno de esos soldados lanzó en el tren que los llevó al infierno, acompañarían las peores pesadillas de Adrien Chevalier el resto de su vida.

Los supervivientes retornaron a sus hogares con el tormento escondido en sus petates. Regresaban mutilados, con discapacidades, con marcas horribles. Las calles se llenaron de rostros sin ojos, sin nariz, sin mandíbulas… los *gueules cassées* —caras partidas—, los llamaban. Lisiados sin piernas, desplazándose en cajas de frutas con ruedas, con carteles en el cuello en los que se podía leer: *Héroe de guerra,* pidiendo limosna con las manos extendidas. Los ciudadanos apartaban la mirada, con gesto de repulsión. Esos tullidos no armonizaban con la nueva sociedad que debía renacer, llena de ilusión y belleza. Estaban hartos de héroes. Ya no eran necesarios cuando no había enemigos que temer. Ya cumplieron su misión. Rechazaban que su horrible presencia les recordara esa amarga etapa que todos anhelaban olvidar. Ya no querían ver el dolor, ni saber nada de tarjetas de peculio, ni de asociaciones de excombatientes clamando derechos. No querían escuchar sus terribles historias de bombardeos, desmembramientos, muertos y sangre. Y eso por no hablar de los que habían regresado locos, dados de baja por neurosis de guerra, algo que muchos relacionaban con la cobardía.

El capitán Adrien Chevalier percibía ese murmullo silente, que en realidad era un grito de reproche: ¡Los verdaderos héroes están

muertos! Y daba igual haber regresado giboso por vivir más de cinco años agachado en las trincheras. O sin brazo, o sin pierna, o con el rostro desfigurado, o con el alma destrozada. Estaban vivos, y deberían dar gracias por ello. Ni siquiera los que volvieron condecorados con la Cruz de Guerra, como él, estaban libres de sospecha. A fin de cuentas había pasado los últimos meses lejos del frente.

Ese descorazonador recibimiento terminó por cambiarle para siempre. Gran parte de las cualidades que en el pasado conformaron su personalidad: su sentido del humor, su optimismo, su lealtad, su locuacidad, sus ansias de amar… habían desaparecido. Ya no le quedaban sueños; no soñaba ni despierto, ni dormido. Sin embargo sí tenía pesadillas, y eso cuando lograba dormirse, porque le molestaban los ruidos, aunque se tratase de murmullos lejanos. Tampoco ahondaba demasiado en los recuerdos. Tuvo que reconocerlo: el capitán Adrien Chevalier era un cascarón vacío, indiferente, frío, desapasionado[2].

Decidió que ese era el momento perfecto para comenzar una nueva vida, lejos de cualquier recuerdo nefasto. Le condecoraron con la Cruz de Guerra por el tiempo que estuvo prisionero en Baviera. Gracias a ello no tuvo que presentar —como les sucedió a otros— certificados de la causa de su herida, ni documentos en los que constaran los primeros registros de su hospitalización, o las posteriores evaluaciones de los daños que padecía, al examen de una comisión médica. Recibiría sin preguntas la indemnización por su herida en la rodilla. Además, desde el Ministerio de Pensiones, Primas y Subsidios de Guerra, le informaron de que le correspondía de forma vitalicia, por su condición de héroe y mutilado, una pensión mensual que le permitiría vivir con dignidad.

Nunca había tenido tanto dinero. Sintió que eso le abría las puertas de todo lo que quisiera hacer con su vida a partir de ese momento. Recordó las lecturas que le ayudaron a recuperarse, durante el tiempo que estuvo en el hospital de prisioneros; el sol, los naranjos, las cigarreras… entonces lo supo.

Así eligió el capitán Adrien Chevalier el lugar que se convertiría en su nuevo hogar.

Llegó un día de invierno en el que el sol lucía radiante. Se instaló en el corazón del barrio de Santa Cruz, en una de las hospederías propiedad del marqués de la Vega-Inclán, ubicada en la calle Pimienta. Se demoró varias semanas antes de decidirse por la que sería su residencia definitiva. Buscaba un lugar céntrico, que atesorase la esencia andaluza que él intuyó en las historias que le ayudaron a

sobrevivir. Quería estar cerca de la Giralda, del río Guadalquivir, tener un patio que oliese como el agua de colonia Spanish Leather, de la que compró un frasquito antes de abandonar París porque las revistas francesas aseguraban que contenía esencias de limón, geranio y rosas, con un toque de cuero. Más adelante comprobaría que en las calles predominaba el olor del azahar, mezclado en ocasiones con bosta de burro. Aunque para entonces ya se le había terminado el perfume y carecía de importancia hacer comparaciones.

Al final decidió alquilar una coqueta casa de la calle Placentines. Tenía una reja que daba paso al zaguán que se abría a un patio interior cuajado de flores. Tres veces a la semana Manuela, la casera, venía a limpiar, hacer la colada, planchar y a prepararle la comida. La mujer canturreaba mientras movía de aquí para allá los tiestos del patio, apartando la mecedora, las sillas de enea, dando de comer a los jilgueros y revolucionando con sus cánticos por sevillanas las estancias. Pero en cuanto ella se iba, el capitán Adrien Chevalier volvía a inundar el lugar de tristeza. Había elegido esa casa porque no era muy grande. A esas alturas estaba convencido de que era más sencillo llenar de soledad los espacios pequeños.

La primera noche en su nuevo hogar se metió en la cama con la esperanza de volver a dormir a pierna suelta, como cuando era niño. Se había alejado lo suficiente de Verdún como para dejar atrás el sonido de los obuses. Las sábanas olían a los membrillos que Manuela colocaba en los cajones de la ropa recién planchada. Era delicioso sentir el tacto de la tela limpia con la tranquilidad de saber que despertaría al día siguiente. Dos horas después de acostarse, se despertó sobresaltado. Lo primero que hizo fue palpar su rodilla lisiada. Creyó sentir la humedad de la sangre, pero su pijama estaba seco. Envuelto aún en la bruma de su pesadilla, se sintió deslumbrado por la luz de la luna que se colaba por la ventana. Le iluminaba el rostro como el foco de una sala de interrogatorios, pero él no tenía respuestas a tantas preguntas. Por mucho que se esforzara en cerrar las puertas con llave, los fantasmas de su pasado podían atravesarlas.

Su mente seguía en guerra.

Habían transcurrido nueve años desde aquella noche, y aún le asaltaban las pesadillas[3].

Adrien Chevalier dejó de mirarse al espejo. Abrió la caja fuerte que escondía en el fondo del armario y cogió pistola Ruby que los franceses llevaban a la guerra. Los alemanes se la habían quitado el tiempo que estuvo prisionero, pero se la devolvieron una vez que regresó a la vida civil. La capacidad del cargador era de nueve balas, en lugar de las seis o siete habituales. Pensó que a él no le hacía falta

más que una para quitarse la vida.

O para quitársela a otro.

Al fondo de la caja fuerte estaba la chapa con el número 1827, junto a la Cruz de Guerra que solo se entregaba a los que se distinguían por su heroísmo en combate. Se aferró fuerte a ella, como siempre hacía cuando sentía que le flaqueaban las fuerzas. Encontró también la petaca abollada, y aquella fotografía —la única que tenía con Belinda—, sentados y sonrientes, uno junto al otro, en una de las mesitas del Cotton Club.

Y la carta de amor.

Nueva York, 26 de diciembre de 1926

Mi adorado Adrien, si esta carta ha llegado hasta tus manos es porque, tal y como imaginé, tus sentimientos hacia mí son iguales a los míos; la fuerza de este amor es indomable. Soy tuya; te pertenezco en cuerpo y alma, y así será hasta el fin de mis días, por inmensa que sea la distancia que nos separe.

Ten la seguridad de que a punto estuve de dejarlo todo, Adrien, mi Adrien… pero he de aceptar que es demasiado complicado.

Regresa a Sevilla, amor… y olvídame. Eso es lo mejor para ti: Olvídame.

Te querrá por siempre,

Belinda Miller

—¿¡Dónde estás!? —masculló mientras hacía el amago de romper la carta.

Pero no lo hizo.

Siguió un buen rato releyéndola, repitiendo con los ojos cerrados su letanía: «Dónde estás dónde estás, dónde estás…».

Recordó la cita en el muelle número 8 de Nueva York a la que Belinda jamás acudió. Quienes no faltaron al encuentro fueron los hombres del mafioso de Flavio Leone. Le vino a la memoria el río Hudson y esos matones que se reían del amor que empujaba a los hombres a jugarse la vida. Pero… ¿dónde estaba Belinda? No, no podía ser… No. Ella no. Ella le amaba. ¿O no? La posibilidad de que ella le hubiera traicionado le destrozaba el corazón. Justo un segundo antes de recibir el puñetazo que le haría perder la conciencia, recordó los besos de Belinda Miller. Sus dulces labios. La miel de su boca.

Esa fue la segunda vez que murió.

El desamor es una extraña muerte.
El corazón de las personas que lo padecen sigue latiendo, pese a que vivir deja de tener sentido para ellas.

Adrien aferró la pistola Ruby y se la llevó a la sien. Colocó el dedo índice en el gatillo y cerró los ojos lentamente, lo cual le dio unos segundos para pensar. Seguro que un disparo haría mucho ruido. Y él detestaba los ruidos. Sí, los detestaba. Volvió a abrir los ojos y suspiró. Se acabó. Tenía que reconocer que si hubiera querido matarse ya lo habría hecho hace tiempo. Se habría lanzado al mar cuando regresaba de Nueva York; de esa manera se habría evitado todo ese sufrimiento. Era evidente que no iba a suicidarse. No tenía valor.

Volvió a suspirar, decepcionado.

—Dónde estás, Belinda… —repitió bajito.

¿Podía todavía aferrarse a la idea de que ella estaba en peligro y debía ayudarla? Ya la había buscado por todas partes. Removió cielo y tierra para encontrarla. Belinda no estaba. Había desaparecido.

No le dio tiempo a mortificarse más. El timbre del teléfono retumbó por el patio. Odiaba ese trasto. No comprendía cómo se había dejado convencer para poner ese chisme en casa. Caminó a grandes zancadas, todo lo deprisa que le permitía su cojera, y descolgó de mala gana. Sabía quién estaría al otro lado de la línea; el inoportuno, chistoso y políticamente incorrecto Gonzalo Aguilar. Su amigo Gonzalo. Su mejor amigo.

Su único amigo en realidad.

Adrien Chevalier todavía no lo sabía, pero esa llamada iba a poner su mundo de nuevo patas arriba.

---

[1] Al comienzo de la guerra los cuadros neuróticos de pérdida del habla, trastorno del sueño, convulsiones musculares, inexplicables espasmos faciales, ceguera histérica y otras afecciones no fueron considerados como patologías.

[2] El médico inglés Charles Samuel Myers describió tres casos de este cuadro en un artículo publicado en 1915. Lo denominó *shell shock* (choque de bombardeo) puesto que barajaba la idea de que los síntomas que mostraban los pacientes tenían su origen en las explosiones causadas por los obuses, que alteraban el funcionamiento normal del cerebro.

[3] Para el psiquiatra y antropólogo inglés William Rivers, célebre por su trabajo con soldados que combatieron durante la Primera Guerra Mundial, resultaba patogénica la represión voluntaria de los recuerdos perturbadores, técnica frecuente entre las víctimas con el propósito de mantener la mente libre de recuerdos dolorosos, aunque ineficaz, pues la memoria no podía abolirse del todo y menos aún durante la actividad onírica. Los afectados de *shell shock* no podían dormir y si lo hacían era entre continuas pesadillas no peores que las circunstancias que vivieron en realidad, de forma que era imposible diferenciar lo vivido de lo soñado.

Capítulo II

El Noticiero Sevillano — Martes 21 de mayo de 1929

Suceso macabro durante el despegue del Conde Zeppelin

Unos chiquillos tropiezan con un hueso humano en el cortijo de Hernán Cebolla. — Se confirma que se trata del fémur de un adulto.— Los sevillanos ya han bautizado el lugar como el «aeropuerto del susto»

La compañía y el escuadrón de la Guardia Civil se hicieron cargo de la situación en espera de la llegada del forense

Lo que dice el doctor Ortega

Tras realizar una inspección detenidísima, tuvo la deferencia de atender a los numerosos periodistas que allí concurríamos. Visiblemente satisfecho, deshizo ante nosotros un envoltorio cuyo contenido era el famoso hueso. Aseguró que era altamente desconcertante la forma en que han aparecido los restos ya que, por el momento, sólo se ha encontrado un fémur que no permite reconstruir exactamente las circunstancias de la muerte. «Una vez desaparecidos los tejidos blandos, se separan los huesos, desarticulando completamente el esqueleto, que por los movimientos de tierra, puede quedar repartido en una extensión grande de terreno».

¿Qué tiempo hace que están enterrados los restos?

El fémur podría llevar aquí mucho tiempo. El problema de la identificación de cadáveres es tan arduo que sólo en unas horas no es posible más que lanzar un juicio por impresión. «Como ustedes bien saben —añadió el doctor Ortega—, por esta tierra han pisado fenicios, romanos y moros. Habrá que hacer mayores estudios para certificar su procedencia».

¿Y por qué ha asomado el hueso ahora?

«¡Vaya usted a saber! Pueden haberlo sacado a la superficie las recientes lluvias. Y no olvidemos que el subsuelo se mueve, que se producen sedimentaciones. Incluso podría haberlo traído hasta aquí algún animal».

¿Podría saberse, por el estudio del fémur, si se ha tratado de un crimen violento o de una muerte natural?

«En España existe un Instituto de Medicina Legal que cuenta con medios para ello y un personal adiestrado en problemas mucho más arduos. Pero es pronto para dar respuestas a todas esas dudas. ¡Sólo tenemos un hueso! Habrá que hacer excavaciones y buscar el resto del esqueleto si queremos revelar este misterio».

Era primero de mayo de 1929. Gonzalo Aguilar, gran valedor de los inventos modernos, aferró el auricular del teléfono emocionado por varias razones: acaban de instalar el aparato con el disco de marcación en la redacción del periódico. Pese a que las comunicaciones por hilo ya llevaban más de cuarenta años funcionando, el impulso de modernidad de la Exposición había mejorado considerablemente la técnica. En esos tiempos la mayoría de ciudades aún mantenían las conexiones de forma manual, contando con la intermediación de una operadora. Pero los sevillanos habían sustituido los antiguos cables que formaban la red aérea —con su maraña de hilos, soportes, postes y templetes esparcidos por cubiertas y azoteas, entretejidos como telarañas infinitas—, por las canalizaciones subterráneas del servicio automático. La revolucionaria mejora que suponía que dos usuarios pudieran comunicarse de forma directa, sin necesidad de la centralita, la puso en marcha un empresario de pompas fúnebres cuyo negocio se estaba viendo mermado por los tejemanejes de la operadora de su ciudad. La mujer, que casualmente estaba casada con el dueño de otra funeraria, desviaba las llamadas a su esposo, robándole los clientes. Y así, como ocurre con tantas otras iniciativas humanas, el disco de marcación se puso en marcha por el ánimo de sortear las trampas de un congénere.

Gonzalo Aguilar, junto con otros periodistas de diferentes medios, fue testigo del evento. La Compañía Telefónica Nacional de España inauguró el cambio el noviembre anterior; exactamente el día en el que se celebraba la Fiesta de la Raza. El encargado de apadrinar tan magno acto fue el infante don Carlos de Borbón. Le acompañaban el alcalde, el gobernador accidental, el subdirector general de la Compañía y el señor vicario del arzobispo que, hisopo en mano, bendijo el nuevo equipo minutos antes de que el infante emocionado bajase la palanca del conmutador al grito de: «¡Viva España!». «¡Viva el rey!». «¡Viva Sevilla!». Los presentes corearon sus proclamas con emoción. Mientras tanto, en el exterior del flamante edificio de la Compañía Telefónica, las señoritas operadoras, sus amigos, familiares y un nutrido grupo de sindicalistas sacudían sus pancartas gritando con el mismo frenesí: «¡Abajo el disco de marcación!». «¡Disco de marcación al paredón!». En una manifestación convocada para

protestar por la pérdida de sus empleos.

Pero volvamos al momento en el que Gonzalo marcó los cinco números en el controvertido disco de marcación. Impaciente, tamborileaba con los dedos índice y corazón sobre la mesa, esperando a que Adrien descolgase. A duras penas había convencido a su amigo para que instalase el teléfono en su casa de la Cuesta del Bacalao. Según el capitán francés, semejante artilugio no servía más que para dar sobresaltos. Él detestaba cualquier tipo de ruido, ya fuesen sirenas de bomberos, cláxones de coches, voces infantiles o vecinas vocingleras. Tenía la teoría de que oía con más intensidad que el resto de los mortales; que era un sordo invertido —eso decía él—. Ante cualquier sonido elevado sentía el corazón batir como un tambor africano, hormigueo en las palmas de las manos, la boca seca y se le quedaba el cuerpo de un humor de perros para el resto del día[4].

Como no descolgaba, Gonzalo temió que su amigo hubiera vuelto a destripar el teléfono para envolver en una torunda de algodón el percutor que golpeaba el timbre del aparato.

—Vamos… vamos —le susurró al auricular—... Cógelo. Venga…

Estaba decidido a acercarse a su casa si no respondía en el siguiente tono cuando oyó crepitar la línea. Prestó atención y creyó sentir el rumor de una respiración mezclado con el gorgoriteo del agua de la fuente y los trinos del jilguero.

—¿Adrien? —preguntó titubeante.

Silencio.

—¿Adrien? ¿Estás ahí?

—¿Gonzalo?

—Sí, soy yo.

—¿Gonzalo?

—¿Adrien? ¿Me oyes?

—Sí.

—¿Por qué no dices algo cuando descuelgas el teléfono?

—¿Qué tendría que decir?

—Pues no sé… un «Hola», o un «Diga». Algún tipo de saludo. ¿Qué se dice en Francia cuando se descuelga el teléfono?

—No lo sé. Nunca tuve teléfono cuando vivía en Francia.

Gonzalo lanzó un suspiro resignado.

—Dejémoslo. Tengo algo muy importante que contarte. No te lo esperas para nada. ¡Para nada! —insistió—. ¿Estás sentado?

—No.

—Pues siéntate.

—Para sentarme tendría que colgar. Ya sabes que este artefacto cuelga de la pared del pasillo del patio y las sillas están en el centro,

junto a la fuente. Y el sillón está en la sala. Ni siquiera puedo sentarme en el suelo porque el cable no es lo bastante largo para…

—Está bien. Está bien. No te sientes. Da igual —le interrumpió Gonzalo, impaciente—. Solo te ruego que no te pongas nervioso. Que mantengas la calma.

—No resulta muy tranquilizador escucharte pedir calma. Eso me hace pensar que lo que me vas a decir es algo que va a perturbarme.

Otro suspiro de Gonzalo.

—Vale… Voy a decírtelo sin rodeos: ¡Ella va a venir! Actuará en la inauguración de la Exposición.

—¿Quién?

—¡Santo cielo! ¡Pues quién va a ser! ¿A quién llevas dos años buscando como un loco? —Esperó unos segundos que se hicieron eternos. Al no obtener respuesta, se dispuso a desvelar el misterio—. ¡Belinda! ¡Belinda Miller!

De nuevo el leve murmullo de la respiración, los gorgoriteos de la fuente y los trinos del jilguero al otro lado de la línea telefónica. Gonzalo continuó hablando.

—El programa de los actos confirmados para el día de la inauguración ha llegado esta mañana al periódico. Actuará en el Teatro de la Exposición, en una función de gala que se celebrará en honor a los reyes.

—Belinda —mascullo Adrien para sí mismo—. Entonces… no está muerta… no está muerta. ¿Dónde ha estado todo este tiempo?

—Adrien… escúchame. No te pongas nervioso.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? —repitió casi en un susurro.

Adrien Chevalier colgó sin despedirse.

Gonzalo marcó de nuevo una, dos… quince veces, pero el capitán no volvió a atender a sus llamadas. Por un momento el periodista se arrepintió de haberle dado la noticia por teléfono, pero temía que su amigo se enterase de otra manera; prefería ser él quien le informase del regreso de Belinda.

Considero que este es un buen momento para contarte cómo se conocieron Gonzalo y Adrien.

Fue nueve años atrás, exactamente un 9 de enero de 1920. Era uno de esos días en los que el viento africano revoluciona la arena del Sahara, la eleva hasta las nubes y la arrastra lejos, lanzándola más allá del estrecho, de manera que el cielo parecía un aliño de zanahorias. Las paredes encaladas reflejaban un tono anaranjado que hacía pensar que todo el mundo estaba avergonzado. Pero no eran Adrien y Gonzalo los que llamaron mi atención ese día. Mi interés se enfocaba en los tres hombres que, armados con una Browning y un revólver

Smith, recorrían las calles con el propósito de descerrajarle un tiro en el corazón al arquitecto Aníbal González.

La víspera del que los aspirantes a asesinos tenían previsto que fuera el último día en la Tierra del admirado sevillano, el ramo de la construcción se encontraba en huelga. Habían detenido al presidente de la asociación de albañiles precisamente por el cariz que estaba tomado la situación. El gobernador autorizó la publicación de un manifiesto suscrito por las Juntas de Albañiles en el que se acusaba a los arquitectos de ser los responsables de ponerles trabas a sus objetivos. Todo ello junto, cocinado a fuego lento, dio como resultado el plan de asesinato.

Una carambola del destino había juntado a los seis hombres: los tres que iban armados, el capitán Adrien Chevalier, Gonzalo Aguilar y Aníbal González a la misma hora en un mismo espacio: la calle Almirante Ulloa. El arquitecto había acudido a las seis de la tarde a una reunión en el Ayuntamiento. Una vez concluida, regresaba a su casa dando un paseo cuando un individuo se interpuso en su camino. Gonzalo Aguilar, que acababa de cumplir diecisiete años, recorría en ese momento la calle en bicicleta. Se fijó en cómo los dos hombres se encontraban en la acera. Caminaban en direcciones opuestas hasta que tropezaron en un mismo punto, frente a frente. Uno dio un paso a la derecha, el otro a la izquierda, izquierda, derecha… y vuelta a empezar, con la vista fija en los pies. Parecía un baile poco ensayado hasta que, por fin, uno de ellos se quedó quieto y el otro aprovechó para esquivarle y seguir su camino. En ese momento, Gonzalo Aguilar se dio cuenta de que uno de los hombres se daba la vuelta y le hacía señas a otros dos que esperaban frente a la cancela de una casa.

Las criadas de Aníbal González declararon días después en el juzgado que aquellos dos tipos, con aspecto de obreros, estuvieron paseando arriba y abajo toda la tarde por delante del domicilio del arquitecto, aparentemente esperando al señor.

A Aníbal González no le extrañó la presencia de los hombres. Era habitual que las obras de la Exposición incitaran a los obreros a acercarse a su casa para pedir trabajo. Por eso incluso sacudió levente la cabeza en señal de saludo justo en el momento en el que se hacía consciente de que uno de ellos sacaba una pistola y le apuntaba directamente al corazón. En un acto reflejo, ladeó el cuerpo un segundo antes de que se escuchase la primera detonación. Gonzalo observó la sucesión de los acontecimientos con los ojos y la boca muy abiertos. Dos disparos estallaron como petardos y, acto seguido, escuchó unas voces a su espalda.

—¡Agáchate, muchacho! —le gritó un hombre joven de cabello

meloso, agitando los brazos.

Gonzalo le hizo caso y se acuclilló detrás de la bicicleta. Desde esa posición pudo ver cómo, el que le acababa de ordenar que se agachara, soltaba el bastón que llevaba en la mano, sacaba una pistola del bolsillo interior de su chaqueta y echaba a correr, con la pierna derecha recta como un palo de golf, en pos de los hombres que se daban a la fuga[5].

Gonzalo jamás había visto a un cojo dar unas zancadas tan largas.

Aníbal González, sorprendido de que ninguno de los dos tiros le hubiera alcanzado, se repuso y corrió él también en persecución de los agresores, que se alejaban en dirección a la calle de Alfonso XII. Al llegar a la altura de Rafael Calvo, los perseguidos se dieron la vuelta y dispararon contra ellos. El caballero que había salido en defensa del arquitecto contestó con otros dos disparos, sin llegar a acertar en el blanco. Aprovechando el momento de confusión, los atacantes se perdieron en la oscuridad en la que ya se estaba sumergiendo el día.

La policía no tardó en llegar, alertada por los vecinos. A esas alturas, Gonzalo ya sabía que el hombre que le había ordenado que se pusiera a cubierto era un héroe de guerra francés llamado Adrien Chevalier. Mientras tanto, Aníbal González hizo balance de la situación. Se dio cuenta de que la cartera que llevaba en un bolsillo de la camisa le había salvado la vida, al impedir que uno de los disparos le acertase en pleno corazón. La bala había salido a la altura del hombro del gabán, rozando la americana que llevaba debajo.

Durante los siguientes días, el domicilio del arquitecto se llenó de gente de toda clase social que quería mostrarle su solidaridad. Una manifestación de miles de personas partió de la plaza Nueva. Recorrió las calles hasta llegar al Gobierno Civil, donde clamaron su repulsa por el atentado. La prensa denunció el suceso unánimemente. Adolfo Vasseur Carrier no dudó en escribir un artículo que tituló «¡El colmo de la cobardía! ¡El colmo del antiespañolismo!» en el que aseguraba que:

> Querer asesinar a D. Aníbal González es un caso de locura colectiva, de imbecilidad alcohólica, aberración cainesca. ¡Es inaudito! ¡Es un enigma indescifrable! ¡Si don Aníbal González es un condenado a muerte por la camarilla negra de los sin patria, de los sin familia, de los sinvergüenzas, el número de los sentenciados a muerte sería interminable! ¡Habrase visto semejante atentado! Juraríamos que los que cometieron tal fechoría no tienen una gota de sangre sevillana en las venas…

El juicio por la tentativa de asesinato contra Aníbal González comenzó el 14 de febrero de 1920.

El movimiento obrero español llevaba cerca de tres años radicalizado. La economía mundial estaba en crisis como consecuencia

de las desgracias que la Gran Guerra había arrastrado consigo. Las huelgas generales, protagonizadas por el proletariado entre el 1917 y el 1919, no dieron el resultado esperado. El anarquismo encontró en Andalucía una fértil tierra en la que sembrar sus semillas y sus acólitos escribían con letras mayúsculas en las tapias: «Sevilla la Roja». Las calles, cuajadas de peones que debían poner piedra sobre piedra lo que arquitectos e ingenieros plasmaron sobre el papel, no se sentían bien tratados. El año 1920 comenzó con una terrible tensión social y algunas formaciones obreras consideraron que atentar contra determinadas personalidades de notoriedad pública llamaría la atención de los que debían dar respuesta a sus demandas.

Los detalles de cómo se había organizado el atentado fueron desgranándose en las diligencias judiciales. Al parecer el plan se fraguó en el local del Sindicato de Peones Albañiles. Allí decidieron el día, la hora y las personas que lo llevarían a cabo; cuatro afiliados sevillanos que recibieron por adelantado la cantidad de ochocientas pesetas que registraron en los libros de cuentas bajo el epígrafe: «Pequeños socorros a varios obreros».

El capitán Adrien Chevalier y Gonzalo Aguilar fueron citados como testigos.

El atentado había levantado tanto revuelo que el juicio se celebraría a puerta abierta, con acceso a la sala a todo el que quisiera asistir, hasta que se completara el aforo. Los sevillanos se prepararon para presenciar el gran espectáculo, como si se tratase de una obra de teatro.

Gonzalo no había vuelto a ver al capitán francés. Al reencontrarse con él le pareció mucho más impresionante. Seguramente su percepción se vio estimulada por los artículos que los diarios habían estado publicando esos días sobre los detalles de su biografía; una sucesión de proezas dignas de ser noveladas que los periodistas recopilaron tras arduas labores de investigación. Por su parte, el capitán Adrien Chevalier se mostraba tan sobrio y hermético respecto a sus hazañas durante la Gran Guerra como una caja de caudales del Banco de España. Por eso, cuando entró a la sala del juicio, equilibrando la cojera sobre su bastón de ébano con empuñadura de plata, a Gonzalo le pareció un hombre portentoso. Y no solo por su estatura y la anchura de sus hombros; el capitán francés tenía una elegancia natural que pronto descubrió estaba acorde con su voz grave y cálida.

El abogado defensor expuso ante el juez que los acusados negaban haber estado en la calle Almirante Ulloa el día de autos y que, al carecer estos del don de la ubicuidad, resultaba imposible que

hubieran atentado contra la vida del arquitecto Aníbal González. Del mismo modo puso en duda la capacidad del capitán francés para reconocer el rostro de sus defendidos, teniendo en cuenta la distancia a la que se encontraban. Cuando le llegó su turno, Adrien Chevalier se dispuso a responder, por alusiones.

—Desde que se tiene conocimiento, la historia del ser humano está plagada de mentiras. La mentira es el aceite que permite que el engranaje de la sociedad no se desgaste. Les pondré un ejemplo. No sé si conocen ustedes a Landru. —Guardó silencio un par de segundos y continuó hablando—. Se hizo bastante famoso en mi país por poner anuncios en la prensa durante la guerra en los que se presentaba como un viudo respetable y atractivo, ansioso por conocer mujeres con aspiraciones matrimoniales. Recibió cientos de propuestas. Lógico, si se tiene en cuenta que en mi país solo un tercio de los hombres en edad militar salieron ilesos del conflicto. Aquí tienen el ejemplo. —Señaló con la mirada su rodilla inválida—. Le contactaron muchas viudas. Y también solteras que no querían quedarse solas o casarse con un tullido. Pero el criterio de selección de Landru tenía más que ver con el interés económico que con el romance. Aproximadamente unas trescientas mujeres depositaron su confianza y su fortuna en él. Una por una las fue quemando en el horno del sótano de su casa. —Los asistentes en la sala soltaron una exclamación de horror que Chevalier ignoró. Continuó con la narración en el mismo tono aséptico—. La policía encontró allí los huesos carbonizados de las infortunadas. En el cajón de su cómoda, Landru guardaba un buen número de dientes de oro. Por supuesto fue llevado a juicio. ¿Y qué creen ustedes que pasó? —como se trataba de una pregunta retórica continuó con su exposición—. Pues que mintió. Mintió como un bellaco. El caballero, por llamarlo de alguna manera, aceptó haber engañado a las mujeres, pero jamás reconoció los asesinatos. Le cortaron la cabeza igualmente. —Un nuevo suspiro colectivo resonó en la sala—. ¿Acaso no deja de ser mentira una mentira que todos saben que es mentira? Me parece lógico que sus clientes nieguen haber estado presentes el día y la hora en la que intentaron asesinar al señor Aníbal González. Pero ellos saben que todos sabemos que es mentira. De hecho considero que es un tremendo error preguntarles a ellos sobre la verdad de lo sucedido. Debería ser a los únicos a los que no habría que preguntarles. Esos cuatro caballeros pierden diciendo la verdad. Los testigos no ganamos nada mintiendo. ¿A quién deberían creer?

—¡Bravo! ¡Bravo!

Unos aplausos se escucharon en el fondo de la sala. El juez estiró el

cuello entrecerrando los ojos para centrar la mirada.

—¡Orden! ¡Orden! —gritó—. ¿Quién es usted?

—Gonzalo Aguilar, señoría —se presentó incorporándose de un brinco, como impulsado por un resorte—. Soy otro de los testigos y secundo absolutamente lo que acaba de decir el capitán.

—No puede usted hablar ahora. Ni siquiera debería estar presente durante la declaración de los demás testigos. No puede entrar hasta que no se requiera su presencia.

—Disculpe, señoría. Nadie me había dicho nada. Yo…

—¡Salga de la sala y espere fuera! —ordenó el juez.

—Lo que usted diga, señoría.

Gonzalo Aguilar se dirigió a la salida pero, antes de atravesar la puerta, se volvió, miró al capitán Adrien Chevalier y le lanzó una sonrisa, a la vez que levantaba el pulgar en señal de aprobación.

Es importante que sepas que la sonrisa de Gonzalo era en esos tiempos como un vaso de agua en pleno desierto; algo sorprendente teniendo en cuenta las circunstancias de su realidad. Gonzalo Aguilar vivía con su madre en una de las casas baratas que el marqués de la Vega-Inclán impulsó para que las clases obreras tuvieran acceso a una vivienda digna. Setenta y dos hogares distribuidos en dos pabellones alargados que se asomaban a un cuadrado irregular de jardines y huertas. Las mocitas colgaban la colada de las cuerdas que se extendían de lado a lado de los corredores. Aprovechaban las sombras de los revuelos de las camisas, las sábanas, las faldas y los vestidos de volantes para cantar y bailar sevillanas en corro, al ritmo del riapitá de sus castañuelas.

Gonzalo Aguilar no fue consciente de que llevaba el mismo apellido que su madre hasta que un niño se lo gritó en el patio de la escuela, señalándolo entre burlas que otros niños secundaron. A Gonzalo le pareció increíble no haberse dado cuenta de ello antes. Comenzó a repasar pequeños detalles de su existencia que hasta entonces le habían pasado inadvertidos. No conocía a sus abuelos —por ejemplo —, ni sabía nada de tíos o primos. Las vecindonas cuchicheaban de su madre a sus espaldas, siempre atentas al momento en el que se asomaba a la ventana, a sus idas y venidas, a su elegante ropa ya pasada de moda, a su perfume, sus peinetas, sus zarcillos, pulseras, collares… a su dedo anular sin sombra de alianza. Del comadreo surgió una biografía de Dolores Aguilar que podría ser cierta en al menos un diez por cierto —ya sabes lo chismosa que es la gente—. Aunque tal vez no, porque yo no le había prestado demasiada atención hasta entonces.

Decían que Dolores había sido la muchacha más guapa de su

pueblo, y que por eso mismo no consideró que los jóvenes que se acercaban a cortejarla fueran lo bastante buenos para ella. Dolores picaba alto. Decían que un hombre con posibles, con patillas, trajeado, de piel blanca y ojos verde aceituna, que dejaba tras de sí el aroma del puro habano que siempre tenía atrapado entre los labios, la iba a buscar las tardes de los sábados en un coche negro de llantas blancas para llevarla al paraíso. O la Venta de Berrinches, que para Dolores en ese momento era más o menos lo mismo. Decían que le enviaba flores por su cumpleaños, por Navidad, por el día de los enamorados y por el de su santo. Le regalaba perfumes parisinos, modelitos de la capital, zapatitos de tacón, ropa interior de finos encajes y medias de seda. Decían también que cuando los padres se enteraron de que el seductor estaba casado, le prohibieron las salidas a Dolores. Entonces ella, convencida de que el amor que sentía era correspondido en la misma medida, y de que su amante cumpliría la promesa de dejar a su esposa, se fue de casa. Sus padres decretaron en ese mismo instante que ya no tenían una hija llamada Dolores Aguilar. Para ellos estaba muerta y enterrada.

El hombre, orgulloso de su valentía, le puso un pisito en Triana. Allí la visitaba tarde sí y tarde no, dependiendo del tiempo libre que tuviese, o de si ese día jugaba partido el Sevilla Foot-ball Club. Esa nueva fórmula en su relación la convirtió en una entretenida; que en resumen es algo así como la berza del perro del hortelano.

Pasaron los meses —incluso es posible que algunos años— y a Dolores, al ver que le comenzaban a salir ojeras y patas de gallo de tanto llorar y esperar, se le ocurrió dar un paso más en su relación, por ver si así el hombre cumplía al fin la promesa de dejar a la legítima.

No salió como ella lo había imaginado.

Fue prácticamente un milagro que le concedieran a Dolores Aguilar el arrendamiento de una de las casas baratas. El funcionario encargado de recoger las solicitudes se negó a dar curso a la suya; se trataba de viviendas para familias obreras y ella carecía de libro de familia. Pero a esas alturas a Dolores ya no le frenaba nada ni nadie. Se presentó en la casa del marqués de la Vega-Inclán dispuesta a rogar, si eso era necesario. Benigno —que así se llamaba el marqués —, haciendo honor a su nombre, escuchó en silencio la historia de mujer, le dio un pellizco al orondo moflete del chiquillo que llevaba en brazos y dijo:

—No se preocupe. Puede que el padre de esta criatura no se esté haciendo cargo de él, pero ya veo que el destino le ha procurado una madre que vale por dos progenitores. ¡Menuda chufla lo del libro de

familia! Eso no es más que un papel. Pura burocracia. Tranquila. Una de las casas será para usted, para que críe a este precioso infante sano y fuerte. Las casas cuentan con una escuela de párvulos, con duchas, comedores y terrazas. Haremos de este muchachote un hombre de bien. Se lo aseguro.

Dolores se instaló diez días más tarde en una de las casas, jurando en su fuero interno lealtad y respeto al bondadoso aristócrata de por vida. Como único patrimonio cargaba con su bebé de cinco meses en un brazo. En el otro una maleta repleta de vestidos caros, perfumes a medio gastar, medias de seda y decepción —la mayoría de las joyas las empeñó en el Monte de Piedad durante el embarazo—.

Su natural elegancia y buena educación facilitaron que el marqués la ayudase a encontrar un trabajo como dependienta en los distinguidos almacenes El Águila, los primeros en contar con ascensor de uso público para mimar a su clientela. Eso le permitió pagar el alquiler de la casa y vivir con dignidad. A esas alturas no podía considerarse que fuera una entretenida, porque ya no aspiraba a llegar a ninguna parte, sin embargo así la apodaban en el barrio: la entretenida. Y de vez en cuando, entre risas burlonas y susurros, escuchaba a sus espaldas la copla que tarareaban las muchachas que se sentaban en los jardines a tomar el fresco: «Si te llamas Dolores / bórrate el nombre / porque de las Dolores / huyen los hombres». Y es que no le perdonaban que siguiera caminando con la barbilla levantada, que siguiera vistiendo como una dama, que no llorase por las esquinas y que las mirase como si ellas le dieran lástima, cuando era más que evidente que tendría que ser al contrario. Si fuese más humilde, si agachase el morro y abandonara sus aires de gran señora, quizás podrían invitarla a que se sentara con ellas para hablar mal de otra vecina.

En ese ambiente creció Gonzalo Aguilar, el niño de la entretenida; más bonito que el sol y la luna. Su madre lo sacaba siempre de casa como los chorros del oro, para que nadie pudiera decir de ellos una palabra más alta que otra. El pelito negro peinado con raya al lado, estirado con agua de colonia. El trajecito bien planchado, los calcetines remendados pero, eso sí, blanquísimos. Las rodillas y los mofletes relucientes, de tanto frotarle con la toalla mojada. El problema surgía cuando se quedaba solo a la hora de la merienda, con su onza de chocolate en una mano y el piquito de pan en la otra, cuando los demás niños le recitaban la coplilla de la Dolores, cuando no le quedaba más remedio que liarse a puñetazos y patadas, y acababa sangrando por la nariz. Regresaba a casa con la cara llena de raspones y el trajecito lleno de tierra, ocultándole a su madre la razón

de la pelea. Por eso la Dolores siempre creyó que el niño le había salido pendenciero —seguro que herencia de su padre—, y suspiraba. Y le ponía una velita al Gran Poder para que se lo encarrilara.

Pese a eso Gonzalo logró sobrevivir a la infancia gracias a su sonrisa. Una sonrisa blanca que cambiaba el estado de ánimo del que tenía enfrente. Muy pronto supo del poder que tenía esa sonrisa. La dejaba aflorar, en principio con un sesgo de fingida timidez que podría confundirse con picardía, si no hubiera sido por sus ojos, absolutamente negros, de cervatillo recién nacido. Parpadeaba como si fuese miope, un segundo antes de que sus labios se extendieran para devolver de nuevo el protagonismo a la deslumbrante sonrisa que lo llenaba todo.

Fueron pasando los años. Gonzalo Aguilar aprendió a lidiar con los muchachos del barrio y a alejarse un poco para frecuentar a los vendedores del mercado del jueves. Le gustaba pasear entre los puestos de quincallas, de vajillas cojas, de guirlache, de lámparas de aceite, de avellanas verdes, de cigarrillos de chocolate, de estampas, de muñecas desnudas con pelo de muerto, de candados sin llave, de llaves que no se sabía qué abrían… Empezó a comprar tebeos y acabó tan atrapado con las historias impresas en papel que continuó con las novelitas de segunda mano. En ese mismo lugar se juntaba con un buen número de granujillas que no sabían nada del pasado de su madre. Con ellos comenzó a meterse en líos. Se colaban en el cinematógrafo, saltaban a los patios de los conventos y asustaban a las monjas. Entraban en los cafés-teatro y se bebían los culillos que quedaban en los catavinos. Reventaban a pedradas las cabinas del teléfono público para robar las monedas y comprar con ellas tabaco y papel de fumar. Y a fumar precisamente se aficionó en los veladores de mármol de la Casa Cornelio. En las sillas de tijera se sentaban a tomar el aire, el sol, o lo que pasara por allí en ese momento los aspirantes a peones en las obras de la futura Exposición. Ellos le enseñaron a liar pitillos, a hacer oes con las volutas de humo, a recitar el abecedario con eructos, a blasfemar, a gritarles piropos a las mocitas hasta que se pusieran coloradas y a beber aguardiente de un trago sin guiñar los ojos. Con ellos comenzó a jugarse los cuartos al rentoy y a la cuarenta y una.

Pero en el fondo Gonzalo Aguilar sabía que no era como aquellos granujillas con los que se juntaba en la Alameda, cuya máxima aspiración en la vida era sacar unas monedas —donde fuera y como fuera—, que gastar en una entrada para los toros, en tabaco o en aguardiente. Sabía que la camaradería que le unía a ellos estaba alimentada por la guasa y las bromas de mal gusto, y que con ninguno

podría mantener una conversación mínimamente inteligente. Jamás se hubiera atrevido a compartir con ellos que le conmovía profundamente la puesta de sol junto al río, o que había escrito decenas de poemas inspirado por la nieve que cayó el invierno anterior. No solo no lo hubieran entendido, sino que se le hubieran echado encima para espabilarle la tontería a puñetazos. Sus amigos no pensaban en el mañana, ni creían que hubiera caminos que fuesen más allá de Triana. El mundo de aquellos muchachos llegaba hasta donde llegaban sus intereses. Todo lo demás era pura bazofia.

Gonzalo echaba de menos algo que aún no conocía.

Pocos años después, en julio de 1931, en plena huelga general, un grupo de soldados rodearon Casa Cornelio. Con un tanque apuntaron directamente a la puerta. Dijeron que dentro se escondía un grupo de anarquistas. El gobernador militar informó a la familia que regentaba la taberna que debían desalojarla y, pocos minutos después, ordenó que se dispararan veintidós cañonazos contra ella. En el solar que dejó la Casa Cornelio se levantó la basílica de la Macarena.

Cuando Gonzalo se enteró de la noticia recordó que él podría haber seguido allí, en la misma mesa de mármol. Sentado en la misma silla de tijera, fumando los mismos cigarrillos y bebiendo el mismo aguardiente, embalsamado por el inmovilismo… de no haber tropezado con Adrien Chevalier, que llegó para truncarle definitivamente la carrera de gandul.

A la salida del juicio por el atentado contra Aníbal González, Gonzalo se acercó al capitán.

—Buenas, señor. Nos conocimos el día…

—Sí. Sé quien eres.

—Quería felicitarle. La historieta de ese tal Landru… es realmente muy buena —dijo con admiración—. Muy, muy buena. De verdad.

—No es una historieta.

—¿No se la ha inventado? —preguntó sorprendido Gonzalo.

—¡Claro que no! ¿Acaso usted inventa historias tan truculentas como esa?

—Bueno… a veces. Cuando escribo cuentos.

—¿Usted escribe cuentos?

—Y poemas también —añadió Gonzalo con orgullo—. ¿Le gustaría leer alguno?

El capitán asintió.

Quedaron un jueves a las cinco de la tarde en la calle Sierpes, en el Café de Madrid. Adrien Chevalier llegó un poco antes y se puso a jugar al billar mientras esperaba. El olor del tabaco rancio atrapado en

el tapete le mareaba. Estaba de espaldas a la puerta cuando Gonzalo Aguilar entró en el local.

—Así que le gusta jugar al billar… —dijo el muchacho un segundo antes de coger otro taco y aplicarle la tiza—. ¿Billar francés?

—¿Acaso hay otro? —respondió Adrien.

Pasaron un par de horas jugando, prácticamente sin cruzar una palabra. A Gonzalo le hubiera gustado sentarse a charlar con él, conocerle mejor, saber algo de su vida, de su pasado en Francia, de la guerra. Quería comentarle lo mucho que le había impresionado su valentía el día del atentado y las ideas que se le habían ocurrido para escribir un relato con la historia de Landru. Pero prefirió no importunarle. Le dio la impresión de que Adrien Chevalier tenía personalidad de gato. De esos gatos desconfiados y curiosos a la vez, que lo observan a uno desde lejos, que se alejan si te acercas y que dan pasos en tu busca si finges poco interés.

Quedaron de nuevo el jueves siguiente. Esta vez fue Gonzalo el que se adelantó. Se sentó junto a un sevillano viejo, de esos que pueden hablar durante horas de flamenco con un mondadientes atrapado entre los labios. Le invitó a un aguardiente y a cambio el hombre se puso a contarle historias de los tiempos de los cafés-teatro y del Salón del Burrero. Cuando Adrien llegó, encontró al muchacho escuchándole con atención, tomando notas de vez en cuando en una minúscula agendita.

—… que se llamaba así porque el dueño tenía una lechería en la que se vendía leche de burra. Que decían que era mejor que la de vaca. Para que cogieran fuerza los niños endeblitos —rememoraba el flamenco cuya voz sonaba como uñas arrastrándose por un pergamino —. Y que daba gloria ver actuar a la Macarrona… y a Juan Breva… y a la Carbonera. Unos braceos… un sentimiento…

Gonzalo levantó la mirada. Cuando tropezó con la del capitán, iluminó el rostro con su sonrisa.

—Acaba de llegar mi amigo. ¿La apetece a usted jugar con nosotros al billar? —invitó Gonzalo.

—No, no… jueguen ustedes, que yo estoy bien aquí sentado —declinó el hombre antes de lanzarse al gaznate el aguardiente.

Repitieron la escena del jueves anterior, aumentando ligeramente la conversación a un par de comentarios sobre las diferencias climatológicas entre el norte de Francia y el sur de España. Al despedirse quedaron de nuevo para jugar al billar el siguiente jueves.

Y el siguiente a ese.

Y se podría decir que se hicieron amigos, pese a los doce años de

edad que los separaban, pese a sus muy diferentes personalidades. Pasaban las semanas y, mientras el capitán Adrien Chevalier despertaba más y más el interés de las altas esferas por su acto heroico, Gonzalo Aguilar se iba alejando poco a poco de sus amigos de Alameda. Las citas de los jueves en el Café de Madrid hicieron que los dos hombres estrecharan lazos. Cada vez jugaban menos al billar y charlaban más. Repasaban las noticias de los periódicos que rodaban de mesa en mesa por el café: *El Patriota, El Espectador, El Noticiero Sevillano*… y debatían sobre ellas. Una cosa llevó a la otra. Comenzaron a hablar de literatura y se dieron cuenta de que lo que ellos tenían en común era algo que iba más allá de la edad o el país en el que se formaron. Adrien y Gonzalo se intercambiaban libros; no importaba el tema: Sherlock Holmes, Arsenio Lupin, Montbars el Pirata… Gonzalo le dejaba leer sus poemas, sus cuentos, sus reflexiones. Casi sin darse cuenta, la vida le colocó en una encrucijada que se dividía en dos direcciones: podía tomar el camino de la izquierda y continuar con su vida de ocioso *buenoparanada,* siguiendo el ejemplo de sus amigos de la Alameda. O tomar el de la derecha y dejarse guiar por los consejos del capitán Adrien Chevalier, hasta convertirse en alguien de quien su madre estuviera orgullosa.

Así es la vida de las personas. Sus caminos se van bifurcando a derecha o izquierda. Pequeñas decisiones determinan su destino. A veces miran atrás y se preguntan qué hubiera pasado de elegir el otro camino. Pero no merece la pena pensarlo demasiado, porque no pueden regresar. El camino que eligen se bifurcará de nuevo más adelante, y así, tal y como ocurre en el ajedrez, cada movimiento abre un universo de nuevas posibilidades.

Gonzalo se encontró con la bifurcación más importante de su vida a los diecisiete años. Un muchacho alocado iba a elegir el rumbo del hombre que sería en el futuro.

Muchos años después, cuando de vez en vez Gonzalo bromeaba con Adrien y le preguntaba la razón por la que mostró tanto interés en conocerle, el capitán se encogía de hombros y aseguraba que no tenía idea. Pero la realidad era que la timidez, o quizás ese reparo a la hora

de confraternizar con otro ser humano, le impedía confesar que se fijó en Gonzalo Aguilar porque le recordaba a sí mismo a su edad. Aquellos diecisiete años recién cumplidos inundaban de luz las estancias. En todos sus movimientos se dejaba entrever la pasión por la vida y la confianza en el futuro. Rescatar a Gonzalo del destino que le reservaba la vida, al que él mismo se había abocado por culpa de la guerra, fue con total seguridad la razón por la que se empeñó en convertirse en su Pigmalión.

Nueve años más tarde, Gonzalo repasaba el programa de actos previstos para la inauguración de la Exposición Iberoamericana. Una larga lista de eventos para celebrar que, ¡por fin!, tras múltiples aplazamientos, llegaba el día que los sevillanos habían esperado con ansia.

Acto solemne de inauguración
de la Exposición Iberoamericana de Sevilla
9 de mayo de 1929. Plaza de España

12 horas
— Discurso del director general de la Exposición, Sr. Cruz Conde.
— Discurso del jefe de Gobierno, general Primo de Rivera.

12’15 horas
— Su majestad el rey don Alfonso dará por inaugurada la Exposición Iberoamericana.
— Desfile militar ante la familia real.
— Visita de SS. MM. los reyes a los pabellones.

20 horas
— Cena de gala en el pabellón de Sevilla en honor de SS. MM. los reyes. Organizada por el Comité de la Exposición.

22 horas
— Función de gala en el Teatro de la Exposición en presencia de SS. MM. los reyes. Actuación estelar de la artista internacional Belinda Miller.

Precios

Entrada de día completo: 2 pesetas.
Entrada jueves, sábados a partir de las 21h y
domingos completos: 2 reales.
Pase de temporada permanente: 200 pesetas.
Abono de 25 entradas: 25 pesetas.
Autos: peaje de 3 pesetas.

No había duda; ella regresaba.

Inevitablemente a Gonzalo le vino a la mente el trastorno que Belinda Miller había supuesto en la vida de su amigo. Una historia de amor con un océano de por medio en la que no faltaba ni uno solo de los ingredientes funestos de las grandes tragedias shakespearianas: la pasión, los celos, la violencia, lo prohibido, las risas, el llanto y los espectros del pasado que susurraban más preguntas que respuestas. Gonzalo había recorrido junto a Adrien antros de mafiosos en Nueva York, destilerías clandestinas en Florida, bohíos de santeras en La Habana… en busca de Belinda. Sin ningún resultado.

Hasta ahora.

Si Adrien le hubiera hecho caso se habría olvidado de ella hacía ya mucho tiempo. Todo el misterio que envolvía a esa mujer era para Gonzalo un indicativo luminoso anunciando peligro. Pero su amigo no pensaba igual que él, y no estaba dispuesto a cambiar de opinión.

Volvió a marcar el número de Adrien. Tal y como había sucedido las quince veces anteriores, su amigo no respondió, de manera que decidió ir a buscarle a su casa. Cogió su sombrero de la percha pero, justo antes de salir de la redacción del periódico, tropezó en la puerta con su jefe.

—Gonzalo, ¡por Dios bendito! Casi me atropellas. ¿A dónde vas con tanta prisa? —preguntó mientras se sacudía del chaleco la ceniza del puro que llevaba atrapado entre los dientes.

—A casa del capitán Chevalier. No me coge el teléfono y estoy preocupado.

—¿Has escrito el artículo que te pedí sobre los precios de la Exposición? ¿Has hecho el cálculo de las entradas que se tendrán que vender para hacer frente a los gastos?

—Al final de la tarde lo tienes encima de la mesa. Palabra —aseguró levantando la mano derecha y colocando la izquierda sobre el corazón.

—¡Maldita sea! ¿Todavía no lo has escrito? Los de *El Liberal* nos van a comer la merienda.

—Mi amigo me necesita, ¿puedes entender eso?

—Dime que tienes una buena razón para no haber escrito ya el dichoso artículo que te he encargado.

—¿El valor de la amistad?

—Vamos, no me jodas, Gonzalito… que nos conocemos.

—Jefe… lo digo en serio. Estoy preocupado.

—De verdad que no comprendo esa amistad tuya con el francés —dijo antes de darle otra profunda calada a su puro.

—Parece que se te ha olvidado por qué me contrataste hace nueve años —replicó Gonzalo.

El director del periódico le observó con gesto perplejo, dejando salir una enorme bocanada de humo entre los labios.

—¿Acaso no fue por tu talento, tu desvergüenza y tu pluma afilada?

—Eso por supuesto. Pero te recuerdo que descubriste todas esas virtudes porque me presenté en tu despacho y puse sobre la mesa la entrevista que todo el mundo andaba buscando en ese momento: la del héroe que había salvado la vida de Aníbal González.

—Ah… sí… es cierto… Sí… —rezongó con su voz terrosa.

Al director de *El Noticiero sevillano* le costaba dar su brazo a torcer.

—Todo lo que tengo… todo lo que soy… ¡Todo! Se lo debo al capitán Adrien Chevalier —continuó explicando Gonzalo—. Y no voy a dejarle abandonado en un mal momento. Tendrás el artículo sobre tu mesa al final de la tarde. ¡Palabra! —le prometió antes de bajar a toda prisa las escaleras.

---

[4] Charles Samuel Myers atribuía la «fatiga de batalla» a la constante exposición al ruido de la artillería, que provocaba síntomas parecidos a los de la histeria: «Los soldados, sometidos a la constante amenaza de aniquilación, inermes frente a tanta muerte y mutilaciones propias y de sus compañeros, comenzaron a mostrar conductas similares a las observadas en mujeres histéricas: gritaban y lloraban sin control, quedaban paralizados, mudos e inexpresivos, padecían amnesia, perdían la capacidad de sentir.

[5] Asumir riesgos innecesarios es uno de los primeros indicios de la neurosis de guerra.

Capítulo III

El Noticiero Sevillano — Viernes 27 de febrero de 1920

El nuevo héroe de Sevilla: D. Adrien Chevalier

Auxilió al arquitecto D. Aníbal González y Álvarez-Ossorio durante el ruín atentado. — Es capitán del Ejército francés. — Natural de Lille, recibió la Cruz de Guerra por sus heroicos actos en la Batalla de Verdún. — Pasó treinta y dos meses en un campo de prisioneros alemán

He tenido el honor de hablar con el Capitán francés Adrien Chevalier y he visto en él algo extraordinario. Ya lo fue ciertamente lo que hizo. Pero aún es más notable la serenidad que transmite su presencia. Alto, recio, esbelto de rostro noble, le resta importancia a sus valientes actos. Sorprende la calma con que resiste el joven capitán la lluvia de amores, la tempestad de aplausos, los estremecimientos de una ciudad agradecida.

Le interrogué; y él me contestó:

—Sólo he hecho lo que tenía que hacer. La muerte acecha en los lugares más inesperados, no solamente en el campo de batalla. Había que detener a esos hombres antes de que pudieran hacer daño a otra persona. Incluso evitar que regresaran a terminar lo que dejaron a medias. ¿Qué vale lo que yo he hecho?

—¿No echa en falta a su familia?

—Escribo a mi madre cada mes, para que sepa que estoy bien y pueda dormir tranquila.

Después pregunté cuáles eran sus planes.

—Vivir en paz en esta hermosa ciudad.

—¿Y no siente amor a la milicia? ¿No aspira a aumentar su fama?

Chevalier no me contestó.

Ciertamente que mi pregunta era indiscreta, imprudencia de mi bisoñez en el mundo del periodismo, de hecho me arrepentí en el acto. Parece que el capitán suma entre sus virtudes la modestia. En nombre de Sevilla pido a sus gobernantes que guarden a este hombre como el sacerdote conserva la custodia.

Un ciudadano así debe ser cuidado con dedicación.

GONZALO AGUILAR

Supieron de Belinda Miller mucho antes de conocerla en persona. Era uno de esos seres que pisaban el mundo para dejar una indeleble huella sobre él. Su caprichosa hermosura hacía pensar que a veces la naturaleza ponía especial cuidado en dar forma a una de sus creaciones. Quien se cruzaba con ella no quedaba indiferente; o la amaban o la odiaban, porque su brillo opacaba todo lo que quedaba alrededor. Junto a Belinda solo se podía ser adorador o sombra. Su madre era una mulata cubana. Su padre un norteamericano de origen inglés. En el reparto genético Belinda se había quedado con lo mejor de cada uno. De ella heredó el cuerpo cimbreante, la carne prieta, los labios gruesos, los dientes blancos, la voz de terciopelo, los movimientos lentos de gata seductora. De él los huesos largos, la nariz recta, la perspicacia para los negocios, la mirada altanera. La mezcla de ambos progenitores dio lugar a su piel canela, al cabello castaño y ondulado, a los ojos de un inaudito color dorado. Su exótica belleza tenía una condición perturbadora.

Ya te lo advertí. Yo también caí presa de sus encantos.

Por si todo eso no fuera ya de por sí suficiente, lo que en realidad más impresionaba de ella era su forma de dirigirse por la vida, con una seguridad pasmosa. Con tan solo veinte años, su voz de ángel había conquistado el corazón de los neoyorkinos, que hacían cola para escucharla cantar, envuelta en sus ajustados vestidos de lamé dorado, en las noches del Cotton Club. Belinda Miller y su orquesta, la Jazz-Band le ponían banda sonora a la ciudad que nunca dormía. Pero del mismo modo también escucharon que su destacada posición en el club de moda americano tenía mucho que ver con uno de los socios del local, un tal Flavio Leone. Cincuentón, casado y con cuatro hijos. Las malas lenguas aseguraban que se dedicaba a negocios turbios. Belinda, al parecer, mantenía con él una relación de índole dudoso. Era su protector; según decían.

Fue por esas primeras descripciones por las que Gonzalo nunca llegó a confiar del todo en ella, ni a creer que realmente amara a su amigo. Siempre que Belinda estaba cerca le acechaba una sensación de ocultación y peligro.

Y no se equivocaba.
En ninguna de las dos cosas.

Quizás te estés preguntando cómo llegó el capitán Adrien Chevalier a conocer a la hermosa cantante de *jazz,* viviendo como vivían separados por un océano. Para eso tengo que regresar de nuevo al momento en el que el francés se convirtió en una celebridad local; cuando todo el que se consideraba alguien quería conocerle. Le invitaban al teatro, a la ópera, a la sociedad Nuevo Casino, a los actos de la Cámara Comercial, a los conciertos, al Círculo Mercantil, a comer y cenar en casas de políticos y autoridades. Todos querían tener cerca al francés.

Me pregunto qué hubieran pensado ellos si supieran que a Adrien le costaba aceptar la proximidad de otros seres humanos. Que detestaba que le rozaran y que por eso solía saludar con un firme asentimiento con la cabeza, en lugar del habitual apretón de manos —algo que muchos creyeron que se trataba de una costumbre francesa—. Que le repugnaba sentir en el rostro el aliento de los que se acercaban demasiado para hablar. Que le molestaban las miradas conmovidas dirigidas a su bastón, o las de las jovencitas casaderas que pululaban sobre su condecoración como mariposillas ansiosas.

Terminó el invierno y llegó la primavera, envuelta en el olor de azahar de los naranjos en flor. Poco le importó al capitán que con el buen tiempo aparecieran también hormigas en la cocina, o que se colasen por las ventanas cucarachas voladoras. Esos parásitos de andar por casa resultaban hasta chistosos, teniendo en cuenta que Adrien había tenido que vérselas en las trincheras con ratas del tamaño de liebres grandes, y con piojos casi invisibles —a los que temía más que a las ratas—. Cada vez estaba más convencido de que había encontrado su lugar en el mundo. Pese al calor Adrien mantenía a raya su exquisitez francesa. Nunca sudaba, no se despeinaba, el cuello de su camisa lucía impoluto y siempre exhalaba un sutil aroma a limón y geranio. Eso alimentó aún más el interés de la alta sociedad por el capitán Adrien Chevalier, de manera que ya no les cabía duda

de que alguno de sus antepasados debía pertenecer a la aristocracia francesa. Estaban seguros de que su modestia le impedía confesarlo.

Por aquellos días se intentaba insuflar un nuevo brío al proyecto de Exposición ultramarina que venía abonándose desde la década anterior y que, de cuando en cuando, parecía languidecer. Cada poco tiempo surgía un obstáculo grave que obligaba a posponer el certamen. Lo último fue la Gran Guerra, con la crisis social y la carestía de las subsistencias que trajo consigo. La nueva fecha prevista para la muestra era 1921. Pero los crecientes parados estaban ya cansados de esperar a que se cumplieran las promesas de activar los trabajos. Las eternas discusiones en las que se enzarzaban los hombres que dirigían el mundo resultaban para el pueblo llano jergas indescifrables que no llevaban a ninguna parte. Algunos incluso sospechaban que estaban ideadas precisamente para que nadie les pudiera echar en cara que jamás llegaban a ninguna parte. Los menos favorecidos sentían que se les escapaba la vida entre los dedos esperando que sucediese el milagro. Y fue entonces cuando los más beligerantes hicieron correr la voz de que la historia había demostrado que los cambios significativos se alcanzaban por la fuerza. Defendían el uso de la violencia frente a los que aseguraban que, en los países civilizados, las transformaciones se conseguían por votación popular. Algunos diarios, entre los que se encontraba *El Noticiero Sevillano,* insistían en la inviabilidad de la Exposición. Se hicieron eco de las voces críticas que se lanzaban desde la Unión Comercial sobre que podía entreverse una nueva infracción legal que significaría malversación de fondos en la administración del Comité Ejecutivo. Llegaron incluso a solicitar que se paralizaran las obras del Gran Hotel que se estaba levantando en la Puerta de Jerez y proponían utilizar esos fondos en misiones de interés social.

Estando así las cosas, el 12 de junio de ese año, se nombró al conde de Urbina comisario regio. También ingresaron en el Comité Ejecutivo nuevos miembros, entre ellos una representación del Gobierno, de manera que la añorada Exposición comenzaba a mostrar una proyección nacional que no había tenido hasta momento.

Uno de esos nuevos miembros fue Conrado Palacios. Pese a que no formaba parte del Gobierno, era una figura destacada del Partido Liberal-Conservador y aspiraba a ocupar un escaño en el Congreso. Estaba convencido de que su labor en el Comité terminaría de situarle en el lugar que se merecía. Para celebrar su reciente nombramiento, su esposa decidió organizar una cena en su palacete de la avenida de la Borbolla. Convocaron a parientes, amigos, y a un buen número de conocidos y gente influyente. Incluyeron a Adrien Chevalier entre los

invitados de honor. La condecoración como héroe de guerra lo sacaba del saco en el que Conrado Palacios, hasta ese momento, había colocado a los franceses por culpa de personajes como Napoleón y su hermano Pepe Botella.

Conrado Palacios calzaba zapatos de charol con polainas blancas e intercalaba sus trajes oscuros de invierno —hechos a medida en la Savile Row de Londres—, con sus trajes de lino crudo hechos a medida en la Savile Row —para el verano—. En ambos casos los combinaba con chalecos de corte *slim,* camisas blancas de Arrow y corbatas de seda a rayas, delicadas como las manos de una novicia. Lucía una calva brillante y atezada —por su manía de jugar al golf sin sombrero—, rematada por una corona de pelo gris que le recorría la parte posterior de la cabeza, de oreja a oreja. Era el único hombre, que Adrien conociera, que se enceraba el bigote. Y siempre lucía una sonrisa, lo cual permitía que todos quedasen deslumbrados con el destello de oro de uno de sus premolares. Tenía una memoria prodigiosa para los nombres, de manera que interpelaba a los que intervenían en las conversaciones cada poco tiempo con su voz de vicetiple, incongruente para su tamaño. Así conseguía que todo el mundo le prestara atención. Seguro de sí mismo, con ese aplomo que aporta el dinero, que en su caso venía de cuna. Le gustaba presumir de pertenecer a la sociedad Nuevo Casino, un centro cultural de carácter político con sede social en la esquina de O'Donnell con San Eloy, que contaba entre sus socios con el marqués del Nervión. Conrado Palacios esgrimía el título de barón como el que luce un alfiler de corbata de platino con diamantes, sacando pecho, como una gran condecoración. Ahora que formaba parte del Comité, estaba ansioso por dejar claro a todos los invitados a la cena que no necesitaba ganarse la vida. Si se involucraba en esos asuntos era por su afán de servir a los sevillanos. Estaba rellenito, incluso algunos podrían decir que era obeso, pero jamás permitía que una gota de sudor empañase su imagen y siempre olía a Lavanda Inglesa de Gal, en honor a los orígenes de su esposa, natural del valle de Evesham.

Es importante que te hable en este momento de Emily Suffield, la esposa de Conrado Palacios, a la que no le había pasado desapercibida la repentina fama del capitán Chevalier. En realidad aquella cena iba a girar en torno al francés. A fin de cuentas la casa en la que ellos vivían era obra del famoso arquitecto al que había salvado la vida. Preocupada como estaba por que todo saliese perfecto, convocó a las criadas en el recibidor. Las doncellas se colocaron en fila, perfectamente uniformadas, mientras Emily pasaba revista, atusando la cofia de una, apretando el lazo del delantal de la otra, chupándose

los dedos para recolocar el rizo rebelde que se le escapaba del moño a la de más allá, aferrando las muñecas de aquella para inspeccionar si los guantes blancos estaban tan impolutos como demandaba la etiqueta…

—Muchachas —comenzó a decir tras llamar su atención con dos sonoras palmadas—, seguramente os habréis enterado de que Sevilla cuenta con una nueva celebridad. —Como las jóvenes mostraron el gesto impasible de las vacas mirando pasar el tren, aclaró—: El Capitán Adrien Chevalier. Como no podía ser de otra manera, esta noche tendremos el honor de que comparta velada con nosotros y nuestros invitados. No en vano esta es una de las casas más elegantes de la ciudad. De manera que no podemos relajarnos. Como muchas de vosotras sois un poco… hummmm… *How do you say?* —Se rascó la barbilla y dirigió la mirada al techo, algo que solía hacer muy a menudo cuando buscaba la palabra española más adecuada a lo que quería decir. Tardó un par de segundos en encontrarla—. ¡Pánfilas! Eso es —concluyó satisfecha—. Os voy a dar unas sencillas indicaciones que espero que entendáis. Sé que el Señor no tuvo a bien dotaros con el don de la inteligencia, así que no os exigiré demasiado. Simplemente poned interés en seguir al pie de la letra estas advertencias. Toda la comida que se sirva esta noche será francesa. A los canapés los llamaremos *vol au vent,* a los caracoles *escargots* y a la mermelada *confiture*. Ah… y beberemos únicamente champaña Renaudin Bollinger. Deberéis estar atentas a que las copas siempre estén llenas. Sobre todo la del capitán. En el improbable caso de que se dirija a vosotras, corresponderéis tratándole de *«monsieur»*. A ver, niña, dilo —ordenó a la primera de la fila.

—Mosié.

—¡No! ¡No! *Oh, my God!* «Mesie» —moduló muy despacio—. Poniendo la boca como si fueseis a sorber por una pajita. «Me-sie» —repitió gesticulando aparatosamente—. A ver… todas a la vez…

—«Me-si-e»—corearon las muchachas mientras Emily les observaba los labios, vocalizando ella también, en silencio.

La inglesa chistó con desagrado.

—Bueno… esperemos que no sea necesario que habléis con él.

Y sacudió la mano como el que espanta una mosca. Las doncellas comprendieron que era señal de que podían retirarse para continuar con los preparativos de la cena.

En ese momento Cristina, la hija de trece años del matrimonio Palacios, descendió las escaleras con el rostro compungido.

—Mami —suspiró haciendo un puchero—. No quiero ponerme este vestido. Es demasiado pomposo y los encajes del cuello me pican.

—Aysssss… si las mujeres pudiésemos decidir lo que nos apetece o no llevar iríamos a todas partes en bata y pantuflas.

—Pero…

—Shisssss… Y no me llames mami delante de la gente. Suena vulgar.

—¿Y cómo te llamo entonces?

—Madre. O mejor aún, no me llames —le aclaró mientras le recolocaba el lazo de organza que también le había obligado a llevar en la parte superior de la coronilla.

—¿Por qué no puedo quedarme a la cena?

—Ya te lo he repetido cientos de veces. Eres demasiado pequeña. Bajarás la escalera durante los aperitivos fingiendo que quieres darle un beso a tu padre antes de irte a dormir. Entonces te presentaré y te pediré que toques algo al piano. Tú te harás la sorprendida y fingirás estar avergonzada. Te sentarás al piano y… ¿qué harás?

—Diré que voy a tocar *La Marsellesa* en honor al capitán Adrien Chevalier —respondió con tono tedioso.

—Perfecto. ¿Y cuando termines de tocar qué harás?

—Os daré un beso a papá y a ti, daré las buenas noches a los invitados y me iré a mi habitación —añadió con más tedio aún.

—Estupendo. ¡Mucho ojo! —le advirtió con el dedo índice en alto —. No quiero ni una trampa. Nada de seguir tocando si te piden otra canción. ¿Me oyes? Te irás a la cama en cuanto termines de tocar *La Marsellesa*.

Silencio.

—¿Me oyes?

—Sí, mami … —refunfuñó Cristina Palacios.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Emily haciéndose altavoz con la mano en la oreja.

—Sí, madre.

—Perfecto.

Emily Suffield lamentaba tremendamente que un hombre con el currículum militar y el porte del capitán Adrien Chevalier hubiera llegado tan pronto a la vida de la familia. Y más concretamente a la vida de su hija. Ya conocía a varios padres de mocitas casaderas que estaban valorando al joven capitán —soltero, inteligente, aguerrido—, como el yerno perfecto. Le restaban importancia al defecto de su cojera, que a fin de cuentas no se transmitía a los hijos. Incluso consideraban que el hecho de que se sirviese de un bastón para caminar, no solo no le restaba atractivo, sino que le hacía parecer más interesante. Pero Emily estaba convencida de que solo alguien como ella, que contaba entre sus antepasados con varios militares,

apreciaría en su justa medida la Cruz de Guerra que el Gobierno francés le había concedido al capitán Adrien Chevalier. Y no es que Emily estuviera en contra de la diferencia de edad entre esposos. Para nada. Siempre consideró que un hombre mayor aportaba serenidad y sensatez al matrimonio. El problema era que Cristina, con tan solo trece años, se encontraba en la incómoda frontera entre la niñez y la adolescencia. En apenas tres o cuatro años la diferencia de edad entre Cristina y Adrien sería pura anécdota. Pero no tenían tanto tiempo. Alguna lagarta lo cazaría antes. Emily estaba segura de ello.

Te ahorraré los detalles sobre la llegada de los invitados a la casa de los Palacios. Sobre la manera en la que las muchachas pronunciaron «mesie» cuando le sirvieron al capitán la segunda copa de champaña, sobre las tres canciones que Cristina ejecutó al piano, contraviniendo las específicas órdenes de su madre, que la observaba con sonrisa forzada, tomando nota mental de la reprimenda que le soltaría al día siguiente.

Siendo objetiva, aquella cena resultó un auténtico éxito, socialmente hablando. Pero para Adrien Chevalier resultó un tanto incómoda. Era consciente de que ningún hombre era una isla, que no podía aislarse del mundo en el que había decidido vivir, pero nada más llegar se arrepintió de haber aceptado la invitación. Se sentía incómodo con tanta gente alrededor, desentrenado en saludos y gestos de cortesía. Se aferró a la copa de champaña que le ofrecieron e intentó pasar desapercibido. No lo consiguió. Cada persona nueva que accedía al salón fijaba su mirada en él e, inmediatamente, la anfitriona de la casa se acercaba para hacer las pertinentes presentaciones. Cuando anunciaron que la cena ya estaba servida, Emily Suffield fue en su busca para indicarle dónde debía sentarse.

—Venga conmigo, capitán. Le tengo reservado un lugar especial.

Le guio hasta una de las cabeceras de la gran mesa rectangular, adornada con flores y candelabros.

—Le he colocado al lado de nuestro invitado de honor —le informó mientras caminaba asida a su brazo—. Ya está sentado.

Le señaló con el mentón al hombre de unos sesenta años, de cabello oscuro y barba blanca, que sorbía despacio su copa de champaña, aparentemente ajeno a los invitados que pululaban a su alrededor, revisando las tarjetas que indicaban el lugar que debían ocupar en la mesa.

—Señor marqués —saludó Emily en tono solemne—… tengo el honor de presentarle al nuevo héroe local: el capitán Adrien Chevalier. Señor Chevalier, este es el marqués de la Vega-Inclán, comisario regio de Turismo y Cultura, diputado en las Cortes y senador, rehabilitador

de nuestro hermoso barrio de Santa Cruz y dueño de las hospederías en las que tengo entendido se instaló usted nada más llegar a Sevilla.

Bajo el bigotón blanco del aristócrata, Adrien pudo intuir una sonrisa.

—Encantado de conocerle, señor marqués —saludó con un leve movimiento de mentón.

—Oh… por favor… llámeme Benigno. Para mí también es un placer conocerle. He sabido por los diarios de su heroica gesta.

—El capitán Chevalier es ciudadano francés —continuó diciendo Emily—. Tenemos mucho en común. Ninguno de los tres somos sevillanos, pero nos desvelamos por esta ciudad.

—Bueno… bueno —rio el marqués—. Yo presumo de ser «casi» sevillano. Paso largas temporadas aquí. En realidad podría decirse que soy un sevillano de Valladolid.

Justo en ese momento, Conrado Palacios demandó la atención de su mujer, de manera que Emily dejó a los dos hombres solos.

—¿Le está gustando a usted Sevilla? —le preguntó el marqués mientras Adrien tomaba asiento a su derecha.

—Mucho. Creo que no hay un lugar más hermoso en el mundo.

—Vaya… tengo ante mis ojos a un enamorado de la ciudad. ¡Uno más! Y su opinión es ponderada. He tenido la suerte de pasar largas temporadas en Francia, incluso he residido en París, y no puedo hablar más que maravillas de esa nación. Pero tiene usted razón. Sevilla es magnífica. Soberbia… aunque lamentablemente la vendemos muy mal.

—¿A qué se refiere?

—Nuestra intención desde la Comisaría Regia del Turismo y de la Cultura Artística es poner este país en el mapa del mundo. Darle valor. Prestigio. Somos algo más que la tierra de la *Carmen* de Mérimée. ¿Me comprende? Tenemos un magnífico patrimonio artístico, pero poca gente en el extranjero lo sabe. El turismo del nuevo siglo será aquel que se interese por las riquezas culturales que tenemos en España. Y no basta únicamente con que hagamos promoción del país fuera de nuestras fronteras. También necesitamos infraestructuras. Mejorar la red ferroviaria, las carreteras y, por supuesto, mejorar la capacidad para alojar a los turistas que queremos que nos visiten. En Sevilla tenemos posadas, fondas… mis propias hospederías… pero necesitamos alojamientos con mejores calidades. Un hotel de lujo, como el Ritz de Madrid.

—Supongo que la Exposición Iberoamericana les estará dando oportunidad de desarrollar todos esos proyectos.

—Pues sí. Eso mismo intentamos. —El marqués volvió el rosto

hacia Adrien y le observó como si acabara de descubrirle—. Y dígame, ¿a qué se dedica usted ahora?

—¿Cómo dice?

—Un capitán condecorado con la Cruz de Guerra. Superviviente de la batalla de Verdún. Prisionero de los alemanes. Un héroe —enumeró —. Eso dicen de usted los diarios.

Adrien apartó la mirada. Fijó sus ojos en las burbujas que ascendían a toda prisa por su copa de champaña. El marqués observó que los dedos con los que la sujetaba se iban crispando.

—Discúlpeme. Soy un entrometido —se excusó Benigno de la Vega-Inclán—. Yo mismo soy militar retirado. Una tradición familiar. Llegué a teniente coronel, aunque ya estoy en la reserva. Pero he de confesarle algo —bajó la voz, como si fuese a desvelarle el secreto más íntimo de su alma—; mi verdadera vocación es el dibujo y la pintura —elevó de nuevo el tono y continuó explicando—. No quiso el Señor adornarme con un talento artístico lo suficientemente excepcional como para que mis cuadros cuelguen de las paredes de los museos, así que me conformo con poner en valor la pintura española por el mundo.

Adrien suspiró.

—Es usted el que debe disculparme. Desde que acabó la guerra me encuentro… un poco perdido. Me estoy dando un tiempo para reflexionar.

—¡Por supuesto! A veces hay que tomar distancia y entrecerrar los ojos para observar mejor el paisaje, como ocurre con los cuadros de Vincent van Gogh. Quizás le apetezca involucrarse en alguno de los proyectos de la Exposición. Se me ocurre que sería interesante poner en marcha un pabellón inspirado en las batallas más destacadas de la Gran Guerra. A fin de cuentas, ese fue uno de los motivos del aplazamiento de la muestra, y creo que deja a las claras el orden del mundo actual. Quizás usted podría ser asesor de una exposición como esa. Quizás comisario…

—Quizás… —musitó Adrien, sin apartar los ojos de su tenedor de postre.

—Oh… capitán Chevalier —interrumpió Emily Suffield—. Es posible que haya coincidido en la guerra a mi primo John. John Ronald Reuel Tolkien —aclaró—. Es el hijo de mi tía Mabel. Combatió con el Ejército británico, con los fusileros de Lancashire. Pobrecito… pilló algo… *How do you say, darling?* —preguntó dirigiendo la mirada a su esposo en busca de ayuda con la palabra adecuada. Pero él ni siquiera la estaba escuchando. Mantenía una intensa conversación con el hombre que tenía a su izquierda—. *Darling. Darling!* —insistió—.

¡Conrado! —gritó al fin.

—Eh… sí. Dime, *darling*.

—¿Qué le pasó a mi primo John durante la guerra?

—Pues no tengo ni idea.

—Qué desastre de marido tengo —suspiró ella con rictus disgustado—. ¡Ya recuerdo! *Trench fever*. Eso es. Y lo devolvieron a Inglaterra.

—Fiebre de las trincheras —tradujo Adrien retornando mentalmente, sin poderlo evitar, al campo de batalla.

Los piojos les mortificaban. Intentaban deshacerse de ellos con jabón de cresol, con naftalina o con azufre, lo cual les provocaba terribles erupciones en la piel. Pero aquellos repugnantes bichos se buscaban las vueltas para darles esquinazo. Dejaban sus huevos y sus excrementos en las costuras de los uniformes, provocándoles la temida fiebre de las trincheras.

—Querida, ¿acaso piensas que la guerra es una reunión social a donde van los jóvenes a confraternizar y tomar unas cervezas? —interrumpió Conrado Palacios. Todos rieron a carcajadas menos Emily que continuaba con el rictus disgustado—. Además, tu primo participaba en la batalla del Somme. Él estaba en Verdún. ¿No es cierto, capitán Chevalier?

—Sí, así es.

—Quiero que sepa que nos sentimos muy honrados de contar esta noche con un héroe de guerra entre nuestros invitados —continuó diciendo Emily—. Resulta vergonzoso ver cómo algunos jóvenes de mi país rehuyeron cumplir con sus obligaciones. Se están perdiendo los valores. Le pido disculpas en nombre de esos cobardes compatriotas míos.

—No, por favor. No me pida disculpas por algo así —respondió Adrien, removiéndose inquieto en su silla.

En Gran Bretaña se había ejercido una firme presión sobre los pacifistas que se negaron a ir a la guerra, adhiriéndose a la objeción de conciencia. Emily explicó —con orgullo— que sus amigas británicas se reunían en grupos de cinco para recorrer las calles con cestos llenos de plumas blancas que entregaban —con desdén y la naricita levantada en señal de disgusto— a todo aquel muchacho en edad militar que no vistiese uniforme. Siempre había alguien cerca que coreaba un cacareo cuando el joven en cuestión aferraba la pluma y se marchaba con la cabeza gacha[6].

—Los británicos son muy indulgentes —aclaró Conrado en un tono que podía pasar por ironía, un segundo antes de darle una calada a su puro de Sumatra—. A los objetores de conciencia no los fusilan, como

se hace en otros lugares. Los envían a la cárcel o a trabajar en canteras.

—Bueno… querido, eso fue antes del alistamiento forzoso del 17 —aclaró Emily para defender el honor de su país—. A partir de ese momento, todo el que se negase a incorporarse a filas, o a regresar al frente después de un permiso, era detenido y conducido directamente al pelotón de fusilamiento.

Adrien regresó a su casa esa noche con el corazón encogido, sintiéndose ajeno al mundo. Cuando le hablaban de honor y valentía, a él le venían a la cabeza las imágenes del chico que se adentraba en mitad de la noche en tierra de nadie para arrancarle los dientes de oro y las botas a los alemanes muertos. Eso no tenía nada de honorable. Recordaba el pavor que sentían los soldados cuando el suelo temblaba bajo sus pies, siempre húmedos por la lluvia y el frío. El sonido atronador de las ametralladoras Maxim. Los delincuentes a los que sacaban de las cárceles francesas para que cubrieran las bajas, porque ya no quedaban hombres libres que enviar a la batalla. Soldados que morían sin verle la cara al enemigo, que luchaban contra el aire, contra los árboles, los matorrales… Contra la nada.

Muertos en nombre de nada.

Muchos dedicaban sus noches a hacer el listado de los motivos por los que podrían librarse de todo ese horror y regresar a casa. Si tenías seis hijos no ibas a la guerra, si estabas mutilado no ibas a la guerra, si eras demasiado viejo no ibas a la guerra… Por eso algunos se arriesgaban para escapar del infierno. Morir de una enfermedad en las trincheras, o morir reventado en mil pedazos por un obús les parecía mucho más cruel que perder la vida en un pelotón de fusilamiento, acusados de deserción. Algunos se autolesionaban. Se disparaban a sí mismos en un pie, o en una mano. Los llevaban al hospital y allí los examinaban escrupulosamente. Si encontraban en la herida restos de pólvora, los conducían a un consejo de guerra. Y los fusilaban.

No, Adrien no describiría la guerra como algo honorable.

Pero por supuesto eso no lo dijo en la cena de los Palacios. Ni tampoco en el resto de ocasiones en las que lo invitaron a otras fiestas, porque Adrien Chevalier sabía reconocer lo que podía o no contar y a quién. Nadie descubrió jamás un defecto en él. Se convirtió en el perejil de todas las salsas, el perfecto caballero, culto, valiente, interesante… el que hablaba con soltura español, inglés y francés. El que chapurreaba el alemán, por sus tiempos de prisionero de guerra.

Tras valorar todas esas virtudes, una mañana de julio el marqués de la Vega-Inclán se presentó sin avisar en su casa de la Cuesta del Bacalao. Cuando Adrien abrió la puerta, lo encontró apoyado en el

quicio, sudoroso, abanicándose con su sombrero de pajilla. No había vuelto a verle desde la cena en casa de los Palacios.

—¿Tendría un poco de agua para este pobre vallisoletano sofocado por el calor sevillano?

—Por supuesto. Pase usted. Pase… —invitó Adrien.

El marqués se derrumbó sobre una de las sillas del patio y siguió abanicándose mientras esperaba a que Adrien trajese unas bebidas.

—¿Y a qué debo el honor de su visita? —preguntó el capitán mientras depositaba una bandeja con un par de limonadas y un platillo con aceitunas encima de la mesa.

—Pues verá, estimado amigo. He estado pensando mucho en lo que hablamos. Eso que usted me confió sobre el tiempo que se estaba tomando para reflexionar sobre su vida. ¿Lo recuerda?

—Perfectamente.

—Permítame el atrevimiento, pero creo que ha llegado el momento de dejar de reflexionar. —El marqués de la Vega-Inclán aferró el vaso de limonada y lo bebió de un trago. Lanzó un hondo suspiro antes de seguir hablando—. Si me estoy metiendo en donde no me llaman, no dude usted en echarme con viento fresco. Yo iría con sumo gusto. ¡Menudo calor en esta ciudad!

—Por favor. No se me ocurriría… Le escucho.

Mientras Adrien llenaba de nuevo su vaso, el marqués le propuso unirse a su proyecto. Quería que revitalizase la Comisión de Propaganda de la Exposición, que en los últimos tiempos había estado muy desatendida. En esa nueva etapa del proyecto, el Comité consideraba fundamental que existiera un estamento que se encargase de contactar con los medios de comunicación para ofrecerles las informaciones oficiales. Querían que dejasen de publicar chismorreos, instándolos a que difundiesen una buena imagen del Comité. Consideraban necesario contactar con empresarios extranjeros, fomentar las relaciones con las repúblicas americanas, mostrarles los atractivos del al-Ándalus: su clima, su talante, su arquitectura, su proyección… todo ello sin olvidar lo que idealizaron los escritores románticos del siglo anterior, eso que convertía España en un paraíso perdido en el que invertir el dinero. Entre las nuevas ideas del marqués estaba imprimir catálogos para repartirlos en las embajadas de todo el mundo. Carteles, folletos en los que se promocionara la Exposición, que se lanzasen desde aviones sobre las principales ciudades iberoamericanas.

Adrien Chevalier aceptó el cargo. Desde ese momento se convirtió en el responsable de la Comisión de Propaganda de la Exposición.

Y así, gracias a la propuesta del marqués de la Vega-Inclán, fue

como el capitán Adrien Chevalier llegó a conocer a Belinda Miller.

Gonzalo recorrió a toda prisa el camino que separaba el número 12 de la calle Alfonso XII —donde se ubicaba la redacción de *El Noticiero Sevillano*— hasta Placentines —el lugar en el que Adrien vivía—. Las calles estaban irreconocibles en los últimos tiempos. Una caterva de obreros en camiseta de tirantes, con los pantalones amarrados con una cuerda de esparto y la cabeza protegida por pañuelos con cuatro nudos en las esquinas, destripaban las calles. Hombres pasándose unos a otros el búcaro con el que aplacar el calor del mediodía, mientras plagaban el pavimento de agujeros, dejándolo como un queso gruyer.

Obras, obras, siempre obras. ¿Cuántos años llevaban así?

«Sevilla está vieja y sucia», proclamaban los gobernantes. Vieja, sucia y de calles estrechas. Y todo el mundo sabía que la suciedad traía enfermedades. Y la vejez muerte. Decían que había que tirar este edificio de aquí, ensanchar la acera de allá a la manera de las modernas ciudades del resto del mundo, con sus largas y rectas avenidas, y sus anchos bulevares. Las viejas casas caían como castillitos de naipes dejando a la luz las vergüenzas de su interior; la alcoba que fue en su día tálamo nupcial y más tarde lecho de muerte. El saloncito empapelado de flores rosadas en el que los novios se tomaron las manos por primera vez bajo la falda de la mesa camilla, la escalera de madera más hundida por el centro de tanto *subirybajar, subirybajar,* durante años, décadas… Todo ello fue desapareciendo a golpe de piquetes que enmudecían los murmullos de los que se quejaban de los planes megalómanos del Ayuntamiento, de los que se sentían tristes porque pensaban que se estaba perdiendo la esencia, los que clamaban que en los recovecos, en los corrales de vecinos, en las ventanitas con rejas donde se pelaba la pava… se atesoraba el tronío del pueblo.

La gente se quejaba de que, con la eterna excusa de la Exposición que nunca llegaba, estaba todo patas arriba. Abrían, sacaban, metían, volvían a abrir… Un desbarajuste de operarios que quitaron árboles para plantar postes del teléfono, que quitaron esos mismos postes dos meses más tarde para hacer zanjas en las que introducir las canalizaciones del cable del servicio automático, que aprovecharon las zanjas para volver a colocar árboles que hiciesen un poco de sombra. *¡Ojú la calor que hace en esta tierra de María Santísima!* Desmontaban una plaza para convertirla en una avenida, echaban abajo un convento para poner las vías de los nuevos tranvías que funcionaban gracias al prodigio de la electricidad y venían a sustituir a los antiguos tirados por mulas. Dividieron en dos mitades las calles y allí dejaron la cicatriz metálica de los raíles electrificados. Tras las constantes quejas

de los vecinos, varios años —y varios muertos— después, se dieron cuenta de que no era buena idea tener vías con corriente eléctrica recorriendo un pavimento que los transeúntes pisaban a diario. Pensaron, con gran acierto, que sería mucho mejor que el método de abastecimiento del tranvía fuese a través de catenarias aéreas; lo cual trajo el problema del tránsito de los pasos en Semana Santa.

Lo que variaba poco era el talante de las personas; los niños limpiabotas, los vendedores de guirlache, los pajariteros, el afilador de cuchillos, los quicalleros, camaroneros, loteros, aguadores… las gitanas ofreciendo romero, *ay, no me lo rechace, señorito, que trae mala suerte. Mala puñalá te den.*

Y la gente caminando a saltos para sortear las zanjas del pavimento.

Gonzalo llevaba más de dos años siguiéndole la pista a los rumores que aseguraban que el exceso de obras era un ardid político para justificar el reparto de determinadas comisiones. Muchos le tenían en el punto de mira por eso.

Gonzalo caminó a paso ligero por la Campana. Aún recordaba el tiempo en el que allí se encontraba el Novedades. Fue el último de los cafés cantantes en cerrar sus puertas, después de que se extinguieran el del Burrero, el de Silverio Franconetti y el Salón Filarmónico. Cuando Gonzalo era un muchacho de futuro incierto, tenía la costumbre de acudir allí al final de la tarde. Se sentaba en el patio de arcos y columnas, en uno de los veladores, se pedía un fino y se ponía a escribir versos por soleares, tarantas, bulerías o sevillanas, rodeado de campesinos y obreros, de empresarios que cerraban contratos con los toreros, de ganaderos y labradores, de señoritos juerguistas, de mujeres con moños altísimos rematados con un clavel reventón, ofreciendo amores mercenarios.

En ese ambiente que olía a pescaíto frito, humo de tabaco, vino de Sanlúcar, aceitunas aliñás y sudor de días con sus noches, sumergió Gonzalo Aguilar a Adrien Chevalier a los pocos días de conocerle. Estaba convencido de que, siendo francés, acabaría encantado con el espectáculo que cada noche se ofrecía en el tabladillo del local. Las más grandes habían pasado por allí, le explicó entusiasmado. Amalia Molina, la Niña de los Peines o Pastora Imperio habían ondeado sus batas de cola al ritmo de los rasgueos de la guitarra, las palmas, los jaleos y los olés.

Sentó al capitán en una de las sillas de enea, frente al tablao, para que no se perdiese ni un detalle del espectáculo. Las bailaoras arqueaban su espalda, se agachaban, giraban, entornaban los ojos para mirar al público de forma misteriosa, alzaban sus brazos al cielo y

movían las manos haciendo caracolillos mientras sus palillos repiqueteaban en un riapitá infinito. Y taconeaban. Con zapatos remachados con tachuelas en la punta y el tacón. Taconeaban mucho. Tanto que a la bailaora Juana la Sorda no le hacía falta el sentido del oído para poder seguirle en ritmo a los rasgueos de la guitarra del Cojo de Málaga o del Ciego del Piano. Las vibraciones hacían temblar el suelo. Y es que en el Novedades las taras de sus artistas no hacían más que enaltecer su talento.

A Adrien no le gustó. Por si el sonido no fuera suficientemente atronador, además la gente estaba demasiado cerca, decía. Le rozaban, decía. No podía respirar. Salió corriendo de allí y, una vez fuera, tardó en recobrar el resuello. Gonzalo no le volvió a llevar jamás al Novedades[7].

Tres años más tarde, el ensanche se hizo inevitable y —como en una operación quirúrgica— extirparon de las calles lo que sobraba; que en este caso fue el Salón Novedades. Y gran parte de la flamenquería se fue con él. Gonzalo miró de soslayo el amplio bulevar que dejó tras su caída, como se mira a un familiar enfermo. Torció a la derecha para enfilar la calle Sierpes. Pasó junto a la librería de Eulogio de las Heras, donde se reunía la flor y nata de la cultura en sus tertulias literarias. Y por los grandes almacenes El Águila, donde su madre trabajó como dependienta hasta una semana antes de su muerte.

Saliendo de la plaza de San Francisco, Gonzalo se hizo consciente como nunca de los cambios urbanísticos. En el pasado ese camino estuvo cuajado de calles de diferentes anchuras y longitudes. El colegio de Santo Tomás y la Universidad de Santa María, y un buen número de manzanas de casas que obligaban al transeúnte a zigzaguear, si quería llegar desde el Arquillo del Ayuntamiento hasta la Puerta de Jerez. Pero eso había cambiado. Todo lo que estorbaba se arrancó de raíz para que surgiera la avenida. La amplia avenida, diseñada a semejanza de las grandes ciudades Europeas: París, Londres, Roma…

Pese a que Gonzalo tenía llaves de la casa de Adrien, llamó para advertirle de su llegada. Al tercer timbrazo sin recibir respuesta, decidió entrar.

—¡Adrien! Soy yo. Gonzalo —anunció a gritos desde el zaguán.

Entró en el patio y caminó por la casa hasta descubrir la figura de su amigo. Por la puerta entreabierta del salón, le vio sentado en uno de los sillones, con la petaca abollada entre las manos y aire desolado.

—Adrien… —susurró.

—Coge una copa del aparador y elige el licor que quieras. Siéntate

a mi lado, amigo. Bebe conmigo —suplicó el capitán.

Gonzalo siguió sus indicaciones convencido de que, si había un momento adecuado para ser una buena compañía, sin duda era ese. Llenó su copa de jerez y Adrien propuso un brindis.

—¡Por Belinda!

Gonzalo levantó la copa, pero no dijo nada. Tampoco bebió. Adrien apuró hasta el fondo su petaca. Una vez comprobó que estaba vacía, la echó a un lado del sofá y se sujetó la cabeza entre las manos, murmurando una incomprensible letanía en francés.

Gonzalo no había mentido a su jefe al decirle que le debía a Adrien todo lo que era. Cuando se presentó en *El Noticiero Sevillano* con la entrevista al héroe francés que había salvado la vida a Aníbal González, el director le aseguró que le contrataría si conseguía que Adrien Chevalier se prestase a responder a una serie de entrevistas sobre sus experiencias en la Gran Guerra. Si lo conseguía, las publicarían cada domingo, a lo largo de cuatro semanas.

Adrien aceptó la propuesta de Gonzalo, asegurando así su futuro profesional.

En la casa de la calle Placentines, ese día, poco quedaba del héroe francés de las entrevistas, en las que no se translucía ninguna debilidad. Gonzalo supo disimular la angustia que se reflejaba en sus ojos cuando le hablaba de cómo debía caminar a trompicones, bajo la lluvia, en las trincheras, trasladando cajas con municiones y granadas de mortero. Asomándose al vacío para constatar que allí, entre los montículos dejados por los obuses, sobre charcos de barro, seguían los mismos muertos que —con el paso de los días— se habían transformado en raíces de árboles retorcidas y negras. Entonces se preguntaba si, con ese aspecto, habrían dejado ya de tener nombre y patria; si a esas alturas podría considerarse que simplemente eran seres humanos. Ni franceses. Ni alemanes.

Cuando Gonzalo le preguntó por el peor momento vivido en las trincheras, Adrien le respondió que el día en que una explosión le lanzó por los aires. Tras la conmoción del impacto contra el suelo, se dio cuenta de que tenía los oídos, la boca, la nariz… llenos de una sustancia viscosa que él, en un primer momento, creyó que era barro putrefacto. Pero la realidad es que había caído sobre el vientre de uno de esos cuerpos que se descomponían en tierra de nadie. Pasaron muchos meses hasta que pudo volver a comer sin que ese sabor agrio regresara a su boca provocándole arcadas, a veces hasta el vómito. Desde entonces el capitán Chevalier no había vuelto a probar la carne.

Esas cuatro entrevistas revelaron a los ojos de Gonzalo el hombre que de verdad era Adrien debajo de la coraza del héroe; un ser

humano melancólico, herido en el corazón. Aunque eso nunca se publicó. Gonzalo jamás se lo dijo a nadie.

A los hombres los educan para saber dominarse.
Reprimir el dolor es la esencia de la virilidad.
Los hombres no lloran.
No me preguntes por qué.

—Belinda va a volver —dijo Adrien de pronto, mirándole a los ojos.

—Lo sé.

—Abramos otra botella de jerez.

—Será mejor que te lleve a la cama.

Gonzalo se acercó al sillón y le ayudó a levantarse.

El periodista sabía por experiencia propia que nadie encontró jamás respuestas en el fondo de una botella. Aunque por lo general, el que se acababa una botella, lo que buscaba era olvidar las preguntas que le habían empujado a empezarla.

—¿Estoy llorando? —preguntó Adrien mientras Gonzalo le ayudaba a quitarse los zapatos y tumbarse en la cama.

—No. No estás llorando.

—Sí que lo estoy —contradijo el capitán—. Lo que pasa es que lloro lágrimas secas… porque estoy seco por dentro. Seco por dentro… estoy…

—Con todo lo que has bebido, yo diría justo todo lo contrario. Venga, duérmete. Mañana te encontrarás mucho mejor.

Gonzalo se dirigió a la puerta y apagó la luz de la habitación de Adrien.

—Tengo el corazón seco —le escuchó decir antes de salir.

---

[6] La creencia más común era que los síntomas postraumáticos se debían a la cobardía y debilidad del soldado. En esta dirección, Yealland llegó a proponer en su trabajo de 1918, *Hysterical Disorders of Warfare*, el uso de amenazas, castigos y avergonzamientos a modo de «tratamiento» para quienes sufrieran neurosis de guerra. Incluso llegaron a usarse descargas eléctricas para tratar el mutismo y la pérdida sensorial de algunos pacientes.

[7] Los especialistas no llegaban a ponerse de acuerdo respecto al padecimiento que aquejaba a algunos combatientes de la Primera Guerra Mundial, ya que no sabían si se trataba de un mal físico o mental. Fueron diversos los nombres con los que bautizaron la enfermedad: «Síndrome del corazón del soldado», «*shock* de las trincheras», «neurosis de combate», «fatiga de batalla». Entre otros muchos síntomas

mostraban *tinnitus,* fatiga, indecisión, hipersensibilidad al ruido, pesadillas…

Capítulo IV

El Noticiero Sevillano — Martes 25 de mayo de 1926

De Sevilla a NewYork en trasatlántico

De la Torre del Oro a la Estatua de la Libertad en diez días.— El «Manuel Arnús» es un auténtico palacio flotante.— Un paso de gigante para el turismo español

Por GONZALO AGUILAR

Cuando estas líneas vean la luz, será una realidad el servicio de vapor directo entre Sevilla y New York. La Compañía Trasatlántica española ha destinado, para la mencionada línea, uno de sus mejores y modernos buques con el típico diseño para travesías de placer. Su entrada por el Guadalquivir señala una memorable fecha que jamás olvidarán quienes la presenciaron.

Semejante a los yate-palacios que surcan los mares en viajes recreativos, el «Manuel Arnús» pone a disposición de los pasajeros las comodidades de un hotel a la moderna. Todo allí es confort y agrado, alternando las fiestas diarias con las expansiones de los deportes, entre los que figura tennis, peg-quoit, bridge, mah-jongg, piscina de natación, sesiones de cinematógrafo y actuaciones musicales.

Al elegante buque, que permaneció dos días atracado al nuevo muelle de los almacenes de la Corta, ha concurrido el público «bien» de la capital y las autoridades locales, celebrándose a bordo una comida en honor de las mismas y un té-baile en el que tomaron parte distinguidas damas de la buena sociedad sevillana, que no se conformaron con tomar el té y bailar: visitaron la cubierta de paseo, el salón de fumadores, el de señoras, los confortables camarotes, el comedor, los baños, los rincones propicios al flirt... Cuando el «Manuel Arnús» zarpó para América del Norte, muchos corazones jóvenes latieron con fuerza al unísono de una ilusión fugaz: la de viajar en el encantado palacio flotante en próximas travesías, ya que de momento hay nueve más confirmadas.

Pronto se dejarán sentir los favorables resultados de estos viajes que con tanto acierto, y poniendo la mirada en los beneficios que proporcionará a España, ha montado la Trasatlántica Española.

A Belinda la trajo el río. El río ha traído y llevado infinidad de cosas, unas muy buenas y otras no tanto. En tiempo de los omeyas recuerdo que trajo vikingos. Remontaron la corriente en ochenta barcos con mascarones de proa acicalados para que pareciesen dragones furibundos. Esa horda de salvajes pasaron a cuchillo a ancianos, mujeres y niños. El río se tiñó de rojo.

También trajo en 1614 una expedición de japoneses que terminaron enamorados del cielo azul intenso, del aroma de las flores, del aceite de oliva, de las mujeres que besaban con pasión… de manera que renunciaron a hacer el viaje de regreso, y aquí se instalaron.

El Río Grande vomitó en esta tierra la vergonzosa carga humana de los esclavos que los barcos negreros traían de África, todo desgarro y abuso. Acogió las idas y venidas de los mercaderes genoveses, y se contagió en su recorrido por las rutas comerciales de la desgracia de la peste negra. No sería la última enfermedad que trajo el río; en un barco procedente de Cuba llegó en 1800 la fiebre amarilla. En apenas cuatro meses arrancó la vida de quince mil personas.

En mi memoria el río ha estado siempre.

Embebió las lágrimas de los ajusticiados por la Santa Inquisición que clamaban libertad asomados a las ventanas enrejadas del Castillo de San Jorge. Meció en sus aguas las locuras de un grupo de doscientos treinta y nueve hombres obcecados en encontrar una ruta occidental al mercado asiático de las especies. El agua dulce los arrastró hasta aguas saladas desconocidas, más allá de lo que trazaban los mapas; tan lejos que llegó un momento en el que, en lugar de ir, ya estaban volviendo. Tres años después, el Guadalquivir devolvió diecinueve de aquellos hombres, famélicos y extenuados; los únicos supervivientes de la primera circunnavegación a la Tierra.

El río se desliza por el Aljarafe, se zambulle en marismas y estuarios, le ha dado de beber a trovadores, filósofos, médicos, poetas, músicos… y a un buen número de pobres diablos de los que nunca

hablará la historia. Por él partió, en su cuarto viaje al Nuevo Mundo, el almirante que alcanzó el continente que jamás llevaría su nombre; el mismo al que ahora querían llegar, cuatro siglos después, un alegre grupo de personas a lomos del trasatlántico Manuel Arnús.

En el Manuel Arnús venía Belinda.
El río trajo a Belinda.

Adrien Chevalier estuvo muy ocupado desde que el marqués le propusiera ser responsable de la Comisión de Propaganda de la Exposición. Jamás en el pasado le dedicó tanto empeño, estudio y esfuerzo a una responsabilidad. Sentía que su trabajo requería planificación. Tenía la idea de que la muestra debía servir para emprender una reforma y modernización profunda, además de fomentar las relaciones de España con las repúblicas americanas. Comprendió que no bastaba con poner anuncios en los periódicos hablando del avance de las obras. Era necesario crear una estrategia que diese a conocer los valores y cualidades únicos de calles, plazas, jardines, gentes… para mostrarlos al mundo. Los esfuerzos promocionales debían abarcar la economía, la sociedad, la política y la tecnología. Quería que todo el planeta hablara de la próxima Exposición como un evento grandioso, plagado de oportunidades. Que los empresarios extranjeros valorasen invertir en estas tierras. Con ello mejoraría la calidad de vida de los sevillanos. Por eso a Adrien le molestaba que muchos se empeñaran en criticar la labor de lo que estaban haciendo.

Puso anuncios en el periódico *The Times,* encargó cartelería, folletos, libros, revistas, monográficos, *souvenirs*… Convocó a un buen número de intelectuales del momento para que le dieran luz a lo que llamaron el *Libro de oro iberoamericano*. En él se daba cuenta del arte, la cultura, la historia, la economía y la industria de España. Una obra editada con todo lujo, con una extensión de ochocientas páginas, en formato gran folio, encuadernada en piel, grabada en seco, con más de dos mil quinientas ilustraciones, fotografías a todo color y doscientos cincuenta artículos firmados, entre otros, por Federico García Lorca, Pío Baroja, Manuel Machado, Ramón Gómez de la Serna, Ramón Pérez de Ayala, Concha Espina, Eugenio d'Ors… *El libro de oro* se convirtió en el catálogo oficial, de la Exposición.

El trabajo le ocupaba a Adrien todo el día y le dejaba poco tiempo

para pensar en nada más; algo que él agradecía. Se levantaba muy temprano, cuando el amanecer era una sospecha azulada que negaba la posibilidad a cualquier otro color. Se afeitaba, se vestía de forma impecable y marchaba a desayunar al Café del Turco. Se pedía una tostada con aceite y un soconusco —porque el café le ponía nervioso y el té le parecía demasiado británico—. Allí leía los periódicos del día antes de dirigirse a la oficina reservada para la Comisión en el Ayuntamiento. No regresaba a su casa hasta el atardecer. A esa hora hacía la única comida completa del día, la que Manuela le dejaba preparada en la cocina, cubierta con una servilleta de hilo para que no se posasen las moscas. Después se bañaba, se calzaba el pijama, su batín y sus zapatillas y ponía en marcha el gramófono. Alternaba los dos únicos discos de pizarra que tenía: valses de Strauss y nocturnos de Chopin, con una copita de jerez en la mano. Antes de dormir leía un rato hasta que le vencía el sueño. Se acostaba tan cansado que las pesadillas de trincheras embarradas y cuerpos de soldados desmembrados habían dejado de molestarle, lo cual supuso un incentivo para trabajar con más ahínco aún; para retornar a la oficina con ilusión a la mañana siguiente. Por primera vez en su vida sentía que era bueno en lo que hacía. Seguramente también hubiera sido un buen joyero, de no haberse cruzado la guerra en su camino. Pero no era el momento de echar atrás la mirada. Ahora solo miraba al frente.

La popularidad de Adrien se multiplicó y pronto fue blanco de la burla de los caricaturistas de los periódicos. Lo dibujaban alto y delgado, caminando junto a la Giralda con la ayuda de sus estrafalarios bastones rematados con mangos de plata, con los cabellos ondulados, la barbilla levantada, vestido de negro de pies a cabeza, con pinta de bohemio solitario. Todo el mundo lo conocía como el capitán Chevalier y fueron componiendo una leyenda sobre su pasado amoroso en Francia que los ayudaba a comprender por qué aún no se había casado, pese a que eran muchas las jóvenes de buena familia que pretendían echarle el lazo. Decían que, al finalizar la guerra, cuando regresó a su pueblo, se encontró a la novia de toda la vida casada con otro, y que todavía no se había recuperado de la decepción. Él no se molestó en desmentirles. La realidad es que vivía cómodo en soledad. Le gustaba el silencio de su casa, la libertad de hacer lo que quería con su tiempo libre, el orden de sus rutinas. Eso era todo.

A Adrien poco le importaba la prestigiosa posición social que había adquirido gracias a su cargo. Al igual que no le importaba el sueldo que recibía; la pensión mensual que el Gobierno francés le ingresaba por ser herido de guerra le bastaba para vivir dignamente. Tampoco

comprendía las críticas que menudeaban en los diarios, acusando a los miembros del Comité Ejecutivo de la Exposición de incompetentes y desidiosos. Ni siquiera cuando el conde de Urbina tuvo que dimitir tras publicarse las sospechas de que, bajo su gestión, se habían desviado fondos del erario municipal. Incluso cuando alguna de esas críticas se publicaban en *El Noticiero Sevillano,* el diario en el que trabajaba como redactor, desde hacía seis años, su gran amigo Gonzalo Aguilar.

—¿Acaso los sevillanos no se dan cuenta de que la ciudad está cambiando? ¿Que es ahora más limpia, más salubre… que está cada vez mejor? ¡Sevilla está abriéndose al mundo! Solo hay que echarle un vistazo. Agua corriente en los barrios, alcantarillado, pavimentado, limpieza en las calles, alamedas y jardines por los que pasear. ¡Y el tranvía, que ahora llega a todas partes¡ ¿Acaso quieren pasarse la vida viviendo en chabolas de tierra apisonada? Se enzarzan en trapicheos políticos, en líos de concejales que critican a los del partido contrario por estar en el poder al que ellos querrían acceder. Sus adeptos no les tienen en cuenta las equivocaciones. Los seguirán con lealtad hagan lo que hagan, digan lo que digan, arruinen a quien arruinen. *Unos* defenderán hasta la muerte sus actuaciones y criticarán las mismas cometidas por los *otros*. Cada partido tiene en el bolsillo a algún periódico que se encargará de soflamar a las masas que no ven más allá de sus narices. ¿A qué viene tanta lealtad a un partido político? —le decía Adrien a Gonzalo cuando se juntaban.

—Los sevillanos somos así; leales a nuestro equipo de fútbol, a nuestra hermandad y a nuestro partido político. Así podemos discutir en las bodegas. ¿De qué íbamos a hablar si no? —le replicaba el periodista en tono de broma—. La gente únicamente quiere saber en qué se está gastando el dinero —concluía.

Para Conrado Palacios, y para un buen número de miembros de la Comisión, Gonzalo Aguilar se había convertido en una china en el zapato. Sospechaban que era él quien escribía los artículos críticos respecto a la gestión de la Exposición bajo el seudónimo del Curioso Cauteloso. Por eso no entendían que el capitán Chevalier continuara manteniendo su amistad con él. Pero a Adrien no le interesaba nada la política. Lo único que le importaba era hacer bien su trabajo. Por eso no vacilaba en defender la labor que se llevaba a cabo desde el Comité de la Exposición para poner en marcha el proyecto. El propio Conrado le tuvo que llamar la atención alguna vez por clamar a los cuatro vientos que la Comisión Permanente había invertido más de un millón de pesetas en dar difusión a la Exposición, y otras trescientas mil en sufragar los gastos de la propia oficina de promoción. Conrado

Palacios consideraba que no era necesario que el pueblo llano conociera, punto por punto, las cantidades económicas que manejaban.

Gonzalo se había labrado fama de periodista perspicaz de pluma ágil. A sus veintidós años seguía luciendo aspecto de adolescente alocado, aunque el paso del tiempo le había domesticado las formas. Llevaba el cabello un poco más largo de lo que dictaban las normas de urbanidad, porque ir a que se lo recortaran le parecía una pérdida de tiempo, de manera que espaciaba las visitas al barbero todo lo que podía. Intentaba domar sus ondas a golpe de brillantina aunque, al final de la tarde, de tanto correr de aquí para allá en busca de la noticia, algún mechón se le escapaba y caía rebelde sobre su ojo derecho. Se vestía con pantalones de pinzas anchos y jamás olvidaba su americana y su corbata. De tanto teclear artículos en su Underwood —y de leer con poca luz hasta altas horas de la madrugada— perdió vista, y tenía que usar gafas. En su casa siempre estaba puesta la radio de fondo, pese a que Adrien le insistiera en que le secaba el cerebro a la gente a golpe de seriales lacrimógenos en los que la vida era un drama.

—Es que la vida es un drama —le respondía Gonzalo entre risas.

—Pues por eso mismo. Es mejor que los sevillanos se dejen de radionovelas y que salgan a dar una vuelta por Triana, o por la Cruz del Campo, o por el Prado de San Sebastián… para que vean lo bonitos que están ahora. Así de paso se les oxigena el cerebro, que a muchos falta les hace.

A Gonzalo le sucedía como a Adrien; la política tampoco le llamaba especialmente la atención. Abrazaba cuatro o cinco ideas que consideraba fundamentales, en las que basaba su ética. Como no se adaptaban por completo a ninguno de los programas electorales de los que competían por el poder, ningún partido político llegaba a considerarlo uno de los suyos. Eso le traía más de un problema porque el que no le consideraba amigo inmediatamente le metía en el saco de los enemigos. Y de enemigos Gonzalo Aguilar iba sobrado. Más adelante podrás comprobarlo.

Pero volvamos al río.

La entrada en el puerto del Manuel Arnús, por la nueva corta de Tablada, supuso todo un acontecimiento. Era el barco más grande que hasta la fecha había remontado el Guadalquivir. Los seres humanos —que para eso son muy cabezotas— se empeñaron en doblegar el curso natural de las aguas con la idea de suprimir algunas curvas y facilitar la navegación. Así crearon un cauce artificial por el que el vapor —de ciento treinta y ocho metros de eslora, dieciocho

metros de manga y diez de puntal, que desplazaba trece mil toneladas — se paseó mansamente. El comandante del puerto lanzó un hondo suspiro cuando al fin lo vio atracado.

Eran las siete de la tarde del 23 de mayo de 1926.

Los periódicos anunciaron que el Manuel Arnús —joya de la Compañía Trasatlántica Española— permanecería fondeado esa noche y el siguiente día en el canal de Alfonso XIII para que las autoridades, la prensa y la alta sociedad pudieran ser testigos de su magnificencia. Desde primera hora de la mañana, una multitud entusiasmada se acercó a pasear por el que desde ese momento quedó bautizado como el «muelle de Nueva York». Para aprovechar tanta expectación y entretener a los niños, se instalaron puestos con manzanas de caramelo, algodón de azúcar y cucuruchos de camarones. Un buen número de fotógrafos ambulantes recorrían arriba y abajo el muelle dispuestos a inmortalizar el vapor de lujo como telón de fondo de las familias emperifolladas. De no haberse tratado de un objeto inanimado, se hubiera podido caer en la tentación de pensar que el Manuel Arnús posaba con la barbilla levantada: majestuoso, con su quilla blanca recién pintada, elegante como un yate inglés, con el empavesado multicolor ondeando al viento. En la cubierta, la Jazz-Band ejecutaba sus mejores piezas sin decaer, pese a que la estridente sirena saludara cada cierto tiempo a los curiosos que se apretujaban en el muelle.

Conectar el Guadalquivir con el Hudson fue uno de los proyectos que el marqués de la Vega-Inclán llevaba tiempo acariciando y que encomendó a Adrien. Contactó con la Compañía Trasatlántica Española —que contaba con más de medio siglo de experiencia surcando los mares— y pronto se pusieron de acuerdo en las condiciones. La idea era despertar el interés por España en los norteamericanos, facilitándoles una estancia de lujo mientras recorrían ciudades emblemáticas del país. Para ello Adrien encargó la impresión de cientos de carteles que se enviaron a las agencias de viajes, con los que se empapelaron las calles de Nueva York. La llegada del Manuel Arnús suponía la culminación de muchos meses de trabajo.

Para presentar en sociedad el proyecto, se celebró una rueda de prensa dentro del propio barco. Allí convocaron a los más prestigiosos periodistas nacionales, así como a gran parte de la alta sociedad.

—Es un orgullo para mí encontrarme en el día de hoy con todos ustedes para inaugurar lo que, sin lugar a dudas, será un hito en la historia de este país —comenzó a explicar Adrien nada más subirse al estrado—. No les quepa duda de que el turismo en España entra en

este momento en una fase pletórica de engrandecimiento nacional. Y Sevilla, la ciudad que custodia el Archivo de Indias, el árbol genealógico de toda América, será el puerto de unión. Cuando los periodistas aquí presentes pongan negro sobre blanco las palabras que ahora estoy pronunciando, ya será una maravillosa realidad el servicio de vapor directo Sevilla-Nueva York que desde hace tiempo la Compañía Trasatlántica Española, en colaboración con la Dirección de Propaganda para la Promoción de la Exposición, ha venido fraguando. Quiero mostrar nuestro agradecimiento al representante de la Compañía Trasatlántica, el señor Jorge Satrústegui. —Adrien Chevalier inclinó la cabeza su dirección—. Todo ello permitirá que los turistas americanos accedan a la Sevilla embrujada, la de las leyendas y las novelas. Pero también a la Sevilla moderna y acogedora que sabe fusionarse con su historia. Y ahora le doy paso al marqués de Monteflorido, delegado de la Trasatlántica en Sevilla para que tenga a bien acompañarme en este emocionante momento.

—Gracias, muchas gracias. En primer lugar, no quiero regatear en encomios al presidente del Consejo de Administración de la mencionada entidad naviera, señor conde de Güell, por la oportunidad de montar este servicio, orillando cuanto se oponía a su realización por amor a España. El barco tiene prevista su llegada a Nueva York el 12 de junio. Su misión será recoger a un buen número de turistas americanos que viajarán a nuestro país con la tranquilidad de ver lo más relevante que este puede ofrecer. El Manuel Arnús, al retornar al puerto sevillano, servirá de hospedaje a los viajeros que disfrutarán de los monumentos más notables de la ciudad durante tres días. Al cuarto saldrán en tren camino de Granada para admirar la Alhambra, el Generalife y el Albaicín. Al sexto día partirán hacia Madrid, donde recorrerán los diferentes monumentos de la capital, así como el Monasterio de El Escorial, realizando también una excursión a Toledo. Al décimo día los turistas irán a Córdoba, donde visitarán la célebre Mezquita. De allí regresarán a Sevilla para volver a instalarse en el Manuel Arnús. Al día siguiente partirán rumbo a sus hogares en la ciudad de Nueva York, seguramente con el corazón prendado de España. *The romantic Spain,* que ellos dicen. Y ahora, si me lo permiten, para que puedan conocer de primera mano las virtudes de este barco, cedo la palabra al capitán del mismo, don Eugenio Agacino, uno de los marinos más veteranos de la Trasatlántica.

Un hombre completamente vestido de blanco, con gorra de plato y diversas condecoraciones subió al estrado.

—Me cuesta hablar del Manuel Arnús sin mostrar la jactancia de un padre orgulloso —comenzó diciendo con una amplia sonrisa

asomando bajo su bigotón de morsa—. Este barco ya ha dispensado varios años de leal servicio a la Trasatlántica. Tras las mejoras llevadas a cabo recientemente, está dispuesto para los cruceros de placer, sin que en nada tenga que envidiar a otros trasatlánticos de lujo como el Leviathan o el Majestic. El Manuel Arnús se propulsa por medio de dos juegos de turbinas Parsons que accionan dos hélices, comunicando al buque una marcha de dieciséis millas por hora. Los americanos que tengan el placer de viajar con nosotros se sentirán, como ellos dicen, *at home*. Aquí podrán hacer vida en familia en el gran comedor acristalado desde el que se puede ver el mar, amueblado con mesas pequeñas para que cada cual pueda comer con su familia o amigos. Fomentarán relaciones sociales en nuestros salones decorados al estilo Renacimiento español. Contamos también con salón de música, café de verano, salón de fumadores… así como con una cubierta de paseo y otra en la que practicar deportes, ya que el vapor dispone de piscina de natación y pista de tenis. Para mayor distracción, el viajero puede visitar la extensa biblioteca surtida de libros de arte español, así como álbumes de fotografías de diversos rincones de nuestro hermoso país. El Manuel Arnús cuenta con consultorio médico, enfermería, capilla, barbería y peluquería, equipados con todas las medidas higiénicas. Ciento sesenta y dos hombres componen la totalidad de la tripulación. Respecto a nuestro servicio de restauración, ¡qué podría yo decir! Les aseguro que a bordo del Manuel Arnús se come mucho mejor que en el Ritz-Carlton neoyorquino, ya que contamos con uno de los mejores chefs del mundo y las cámaras frigoríficas conservan en perfecto estado los alimentos. En lo que respecta a nuestros servicios de bar, teniendo en cuenta la prohibición de beber alcohol en toda América del Norte, estoy seguro de que los turistas encontrarán muy interesante nuestro surtido de espirituosos —concluyó con amplia sonrisa—. Y ahora quiero ceder la palabra al representante de la Compañía Trasatlántica, el señor Jorge Satrústegui.

Se escucharon unos tímidos aplausos antes de que el elegante caballero comenzase a hablar.

—Seré breve. El rey, que sabe la importancia de este encuentro entre naciones, ha apadrinado la patriótica iniciativa de fomentar y encauzar el turismo norteamericano hacia España. Estamos en una fase pletórica, contribuyendo a ello las facilidades en las comunicaciones. Para los americanos, en nuestro país la realidad se confunde con la leyenda. Nuestras costumbres, nuestro espíritu, nuestro concepto de cómo ha de vivirse sin gran preocupación… Para descubrirnos vendrán los americanos. Quieren comprobar si nuestra

gloria perdura. Quieren ver la patria; la madre de veinte naciones. En esta primera travesía rumbo a Nueva York para recoger a los primeros turistas que han de disfrutar de la experiencia del Manuel Arnús, nos acompañará gran parte de la Sevilla oficial, el embajador de los Estados Unidos, Alejandro Moore, el marqués de la Vega-Inclán, comisario regio de Turismo y Cultura, el director y propietario del periódico *La Época,* así como periodistas de los principales diarios sevillanos y una buena parte del comité organizador de la Exposición. Para que los viajeros vayan aclimatándose al ambiente neoyorquino, la Compañía Transatlántica ha contratado a la famosa estrella del Cotton Club, Belinda Miller, que amenizará nuestras veladas junto a su orquesta, la Jazz-Band. Y ya no les entretengo más. Les dejo que disfruten de esta espléndida *merienda-party*.

Las palabras de Jorge Satrústegui le dieron el pistoletazo de salida a la fiesta de la que se harían eco los periódicos del día siguiente. El capitán y los representantes de la Trasatlántica no habían exagerado nada al hablar de las cualidades del barco: lámparas de araña, jarrones de porcelana bávara cuajados de claveles, largas mesas vestidas con manteles de hilo sobre las que descansaban bandejas de plata surtidas de queso, cazón en adobo, gambas blancas de Huelva, tortillitas de camarones, pescaíto frito, pipirrana… En pequeños veladores, discretamente emplazados, fuentes con gazpacho. Y en una de las esquinas, un joven moreno cortaba jamón de jabugo en lonchas tan finas que se deshacían nada más introducirlas en la boca.

Adrien avanzaba por el *hall* en el que estaba previsto que se celebraran los bailes, saludando a derecha e izquierda. Agradecía la presencia de las elegantes damas y los prestigiosos caballeros, todos ataviados a la última moda, ellas con bolsos de mano a juego con los vestidos de talle bajo, inmensos collares de perlas que daban dos vueltas al cuello y diademas con broches de plumas. Ellos adhiriéndose a la corriente de los grandes bigotes y los cuellos altos que Alfonso XIII había puesto de moda. Y ambos, tanto hombres como mujeres, conquistados por la novedad del deporte al aire libre, abandonando la idea romántica de las pieles blancas de los tuberculosos para abrazar el saludable bronceado del veraneo en el Cantábrico.

Conrado Palacios fue a su encuentro para ofrecerle una copa de fino.

—Acompáñanos, Adrien. Estamos con el capitán y con el embajador estadounidense y su familia tratando temas muy interesantes. Mi hija está poniendo en duda las capacidades del barco —lanzó una sonora carcajada y continuó hablando—. Dice que

el Titanic también se publicitó como insumergible y se hundió cuatro días después de salir de puerto.

Adrien se dejó guiar por Conrado hasta la chimenea, junto a la que estaba la pequeña reunión.

—… y eso sería francamente horrible —le escuchó decir a Emily Suffield mientras se acercaba—. Si nos hundimos en medio del océano nadie podrá ir a mi entierro. Y yo me he pasado la vida asistiendo a los entierros de los demás para que nadie se perdiese el mío.

—Puede estar usted tranquila —se jactó orgulloso el capitán—. El interior del casco de este barco está dividido en once mamparos. Los ingenieros que lo construyeron lo calcularon todo a la perfección. Aunque se inundaran dos de ellos, el buque seguiría flotando.

—Pero tengo entendido que el casco del Titanic estaba dividido en dieciséis compartimentos estancos. Se suponía que podía seguir navegando aunque se inundaran cuatro y sin embargo… —insistía Cristina Palacios.

—Me reafirmo en la robustez de este navío —interrumpió el capitán Agacino—. El Manuel Arnús tiene un doble fondo corrido de popa a proa que impide la entrada de agua en el interior en el caso de una colisión con el fondo. Es decir, que el casco tiene las mismas defensas que un acorazado moderno.

—Disculpe usted a mi hija, capitán —añadió Conrado mirándola con reprensión—. La juventud es muy osada.

Cristina bajó los ojos y guardó silencio. Se concentró en observar las evoluciones de los cubitos de hielo del refresco que tenía entre las manos. Acababa de cumplir diecinueve años y sabía distinguir perfectamente cuándo sus padres la querían calladita y sonriente. Y ese era uno de aquellos momentos.

Cristina se había despedido de la infancia sin hacer ruido. Ni mucho menos fue la estudiante más brillante del colegio, algo que compensaba con su gran talento para la música en general, y para el piano en particular. Había heredado de su madre los ojos verde uva, la piel lechosa y el pelo intensamente rojo, que Emily intentaba aplacar añadiendo azul de metileno a su champú. Un día se dieron cuenta de que los vestidos de volantes, lacitos y picunelas se le estaban quedando cortos y que le apretaban a la altura de los sobacos. Fue entonces cuando decidieron cortarle las trenzas y renovar su vestuario. Aquel viaje a Nueva York supondría para Cristina Palacios su definitiva incursión en sociedad como persona adulta.

Se llevó el vaso a los labios y un rayo de luz atravesó el ventanal para posarse en sus rizos, dejando constancia del verdadero fuego que llevaba atrapado en ellos.

—Me van a permitir que les felicite; su hija es absolutamente encantadora.

La que acababa de hablar era Temperance Baker, cuñada del embajador estadounidense. Desde que enviudó —incluso era posible que mucho antes— se había impuesto la trabajosa labor de guiar a los seres humanos por el buen camino; una misión en la que involucraba el cuerpo y el alma. Vestía siempre de negro, fuese invierno o verano. No lucía una sola joya, a excepción de los anillos de boda, y llevaba el cabello gris sujeto en un moño bajo. Temperance nunca dejaba de sonreír. Una sonrisa condescendiente, dulce, melancólica. Una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

—Deben vigilarla bien, ahora que se dirigen a Nueva York —siguió diciendo con voz suave—. Es muy triste observar cómo las muchachas jóvenes de mi país se están echando a perder. Ya lo comprobarán ustedes mismos cuando vean a esa joven que han anunciado… la cantante. ¿Cómo se llama? La que va a actuar durante el viaje… Belinda Miller. —Esperó un par de segundos y añadió encogiendo levemente la nariz—. Una *flapper*. Resulta aterrador ver a jovenzuelas como ella con el cabello cortado como si fuesen muchachos, fumando, bebiendo, conduciendo… bailando como locas, dando saltos sin corsé, enseñando los muslos con esos vestidos tan cortos, sin vergüenza ni recato alguno. Charlestón, charlestón… solo piensan en el charlestón, con lo hermosos que son el vals o la polca. Se están perdiendo los valores. Esas muchachas pretenden ser como los hombres excepto por el maquillaje. Se pintan la cara como la ramera de Babilonia. Y esa música que escuchan. ¡Virgen santísima! El *jazz*. Seguramente obra del mismo diablo.

Pese a la crudeza de sus palabras, la voz de Temperance no se elevó en ningún momento. Tampoco se borró de sus labios la triste sonrisa.

Poco podía imaginar Adrien Chevalier que pocos meses después estaría dispuesto a arriesgar de nuevo su vida —como hizo en tiempos de la guerra— por Belinda Miller. Mientras Temperance Baker la describía a ella —y a otras *flappers* como ella— él sintió la imperiosa necesidad de escapar de esa reunión.

—Si me disculpan…

Adrien sacudió el mentón y se alejó de allí en dirección a la cubierta, en busca de aire fresco.

Fue allí donde la conoció.

Tengo que aclararte que, instantes antes de posar sus ojos por primera vez en Belinda, lo que vio fue a los dos hombres que se dieron la vuelta para observarla boquiabiertos. Siguió el rastro de sus miradas y llegó hasta ella. Acababa de sacar un clavel de los jarrones colgantes

que adornaban la cubierta y se lo colocaba en el pelo, detrás de la oreja, mirándose en el reflejo de una ventana, absolutamente ajena a la admiración que estaba despertando. Adivinó sin dificultad que se trataba de Belinda Miller por las afanadas descripciones que le habían hecho de ella. Incluso llegó a pensar que fue precisamente por eso que, por primera vez en mucho tiempo, le llamaba la atención una mujer. Llevaba un vestido sin manga hasta la rodilla de crepe georgette rojo. Estaba adornado con volantes plisados que hacían juego con otro volante más pequeño —a la altura de los hombros— que resbalaba por la espalda descubierta. Pese al talle bajo se insinuaban perfectamente sus caderas. Aunque en realidad era esa espalda morena y sedosa, dividida en dos por la columna, y el cuerpo que vibraba y mecía la fina tela como si ocultase algo pecaminoso —al menos eso pensó Adrien—, lo que le impedía apartar sus ojos de ella. O quizás es que llevaba demasiado tiempo solo. ¡Santo cielo! No era de extrañar que a Temperance Baker le preocupase la integridad moral de los hombres del barco. Si estuvieran en el comienzo de los tiempos, y la cubierta fuera el paraíso terrenal, sin duda alguna esa mujer sería la portadora del cesto de las manzanas.

La garganta se le quedó seca y las manos frías. Supo que algo especial acababa de pasar en su vida. Hizo un esfuerzo por recordarse a sí mismo que estaban en un lugar público, que estaban rodeados de gente. Intentó mantener la compostura. Cerró los ojos y aspiró el aroma del Guadalquivir, que a veces trae recuerdos del mar. Pero en esta ocasión solo olía a fritanga, por los puestos de buñuelos que habían instalado en el puerto, así que volvió a abrirlos. Volvió a mirarla. Belinda se dio cuenta. Al verse descubierta, echó hacia atrás la cabeza y soltó una carcajada que no sonó más alto que un suspiro. Llevaba el pelo cortado al estilo *bob cut* y unas ondas oscilaron levente junto a sus orejas. Posó los ojos en Adrien; una mirada ambarina, que contrastaba con su tono de piel.

—He tomado prestada la flor —se justificó señalando el clavel reventón que se había colocado detrás de la oreja y que hacía juego con el rojo de su vestido, con su laca de uñas y con sus labios—. Son tan bellas…

Su voz sonaba a entrechocar de hielos dentro de un vaso de *whisky*.

—Yo diría que lo ha robado.

El comentario sonó tosco, acusatorio. Belinda bajó los ojos, desconcertada. Entonces él se dio cuenta de que estaba oxidado. Había olvidado por completo cómo flirtear con una mujer.

—No se preocupe, será nuestro secreto —añadió sonriendo, intentando convertir su frase anterior en una broma.

—Quien nos guarda un secreto es el dueño de nuestra libertad.

—No quiero que se sienta privada de libertad por mi culpa. No podría perdonármelo.

Ambos se echaron a reír.

Belinda llevaba un pequeño bolso de mano que abrió para sacar su pitillera. Le ofreció un cigarro que él aceptó un instante antes de sacar del bolsillo de su pantalón una caja de cerillas. Encendió una para ofrecerle la llama que protegió entre sus manos. Al acercarse, ella le rozó levemente la muñeca con las yemas de los dedos. Otra persona apenas lo habría percibido, pero Adrien sí. Aprovechó la llama que aún se mantenía en el fósforo para encender su propio cigarrillo mientras ella le daba la primera calada al suyo. Lanzó el humo al exterior de la cubierta y volvió hacia él sus increíbles ojos.

—Es el héroe de Verdún, ¿no es cierto? He oído hablar de usted.

Ahora era él quien se sentía avergonzado.

—Me llamo Belinda. Belinda Miller.

—Adrien Chevalier —respondió él, inclinando su cabeza a modo de saludo.

—Lo he reconocido por su acento francés —explicó ella—. ¿De qué parte de Francia es?

—Del norte.

—¡Qué maravilla! Me gustaría conocer Francia. Triunfar en París, como Joséphine Baker. ¿La conoce usted? —Belinda no esperó a que contestara—. Es absolutamente extraordinaria. Llena los teatros. Baila como nadie… su sonrisa eclipsa los focos de los escenarios…

Belinda le dio otra calada a su cigarro. Dejó que su mirada se perdiera en el ir y venir de la gente que paseaba por el muelle antes de seguir hablando.

—Ese es mi sueño —soltó de pronto—. ¿Cuál es el suyo?

—¿Cómo dice?

—Su sueño. ¿Cuál es su sueño? ¿Qué es lo que más desea en la vida? —Se dio la vuelta y apoyó los codos en la barandilla del barco, de manera que quedaron frente a frente, mirándose a los ojos.

Él la observó perplejo. ¿Que qué es lo que él más deseaba de la vida? No lo había pensado. ¿Había esperado algo de la vida en alguna ocasión? ¿Esa mujer olía como el algodón de azúcar o es que le llegaban efluvios de los puestos ambulantes del muelle? Sin lugar a dudas allí olía a algodón de azúcar. O a manzana de caramelo. Eso seguro.

—Supongo que no tengo sueños —respondió Adrien antes de que Belinda se diera cuenta de que su mente estaba divagando—. Voy dejando que el devenir de los días me sorprenda.

—Pero… Eso no puede ser —objetó ella mirándolo como se miraría a un pajarillo enfermo—. Es imposible hacer realidad un sueño cuando no se tiene ninguno. Si uno no sabe a dónde va, se corre el riesgo de no llegar jamás. ¿Con qué se ilusiona alguien que no tiene sueños que cumplir? ¿Para qué levantarse de la cama cada nueva mañana si no es para perseguir un sueño?

Adrien no respondió. Quizás tuvo sueños en el pasado —quizás, solo quizás. Lo cierto es que no podría asegurarlo—. Pero sin duda, en ese preciso instante, no tenía ninguno.

—Discúlpeme, soy una tonta. Me presento de nuevo: Belinda Miller, cantante y experta en meter la pata.

—No… no, por favor… El tonto soy yo. Tendré que valorar su sabia reflexión. Voy a darle vueltas a la cabeza. Seguro que se me ocurre algún sueño que perseguir.

—¡Maravilloso! Me alegra haberle servido de inspiración. Ahora tengo que irme. No me despido porque supongo que nos veremos por el barco.

A él no le dio tiempo a decir nada más. La observó alejarse, caminando con pasitos cortos y rápidos, taconeando rítmicamente. Aparte del olor a manzana de caramelo que había dejado flotando en el ambiente, fue como si Belinda nunca hubiera estado allí.

La fiesta terminó tres horas después. Los que no iban a emprender el viaje a Nueva York habían abandonado el barco y esperaban para despedirlo desde el muelle. Los camareros se apresuraron a recoger los restos de la *merienda-party* para que los salones volvieran a lucir perfectos. Acabaron de embarcar los últimos fardos en la bodega, entre los que se encontraban los quinientos ejemplares del *Libro de oro* y la cartelería y pasquines propagandísticos de la Exposición.

Sonó la estridente sirena y suavemente, como un patinador sobre hielo, comenzó a deslizarse el Manuel Arnús por el Guadalquivir, camino a su siguiente parada: Cádiz. Los que se quedaban, sacudieron sus pañuelos hasta que el vapor apenas fue un punto en mitad del horizonte. Los que estaban dentro, dejaron sus ojos fijos en la Torre del Oro y la Giralda, hasta que el sol del ocaso terminó por difuminar sus contornos.

Mientras tanto Gonzalo Aguilar deshacía la maleta. Colocaba su ropa en las perchas del armario con espejo del espacioso camarote en el que iba a pasar los siguientes diez días. Olía a recién pintado y estaba equipado con calefacción para el invierno y refrigeración para el verano. Daba a la cubierta de paseo y su amplio ventanal estaba provisto de cortinas que impedían la entrada del sol a primera hora de

la mañana. Era lo bastante grande para acoger un diván de lectura y un buró surtido de diversos útiles de oficina, entre los que se encontraban sobres y folios con el membrete de la Compañía Trasatlántica. Junto al armario, una pequeña puerta daba paso a un baño privado, con ducha de agua caliente.

Con diferencia, ese camarote era mucho más lujoso que su pisito, pero a él eso no le importaba. Se sentía orgulloso de lo que tenía. Al morir su madre a punto estuvo de perderlo. La mujer se había pasado la vida pagando mensualmente el préstamo de bajo interés ajustado por la ley de Casas Baratas, convencida de que todo lo que era suyo quedaría para su hijo cuando ella faltara. Pero resultó que la burocracia le llevaba la contraria. A los pocos días del entierro de Dolores, Gonzalo recibió una carta certificada en la que le indicaban que debía abandonar el piso, ya que el contrato figuraba a nombre de su madre. Al tratarse de viviendas cedidas bajo condiciones especiales, no consideraban que él tuviera derecho a heredarla. Su amigo Adrien le convenció para que visitara a un abogado. Tras un sonado juicio que sentó jurisprudencia, el pisito de Dolores Aguilar se escrituró a nombre de su hijo. Tras ello, Adrien le recomendó que contratase un seguro con La Unión y el Fénix, por si más adelante volvían a surgir problemas con la vivienda.

A esas alturas, Gonzalo podía presumir de tener un piso a su nombre, además de una saneada cuenta corriente con sus ahorros en el Banco de Andalucía. Realmente se sentía orgulloso de lo que había conseguido. Le encantaba su trabajo, aunque en los últimos tiempos le incomodaba que su jefe le obligara a redactar esos artículos críticos con la gestión económica de la futura Exposición. Pese a firmarlos con seudónimo, todo el mundo parecía saber que era él quien se escondía tras el Curioso Cauteloso. Además, le incomodaba que alguno de ellos pudiera perjudicar el trabajo de su amigo Adrien.

—Gonzalito, tú escribe las noticias sobre el trasatlántico, los viajes a New York y todas las pamplinas que te venga en gana, pero entérate bien de en qué se gastan los cuartos estos tipos por las Américas, que eso lo pagamos entre todos —le había ordenado su jefe.

—Tú sabes que para investigar delitos está la policía, supongo…

—No te pongas chulo que todavía estás a prueba, chaval.

—Llevo trabajando aquí seis años. ¿Aún estoy a prueba?

—¿Seis años? —preguntó sorprendido—. ¡Válgame Dios! ¿Tanto llevo aguantándote? En fin… que lo que tú digas, pero que me tienes que traer noticias jugosas, que luego vienen los de *El Liberal* y nos chafan. Aprovecha las oportunidades. Esta es una buena ocasión para demostrar lo buen periodista que eres. Seis años ya… ¡Válgame Dios!

Gonzalo terminó de colgar su ropa en el armario. Cerró la maleta y la deslizó bajo la cama. Abrió el cajón de la mesita de noche para guardar la funda de sus gafas, y entonces la vio: una nota compuesta con letras recortadas de los periódicos, sin duda para que nadie pudiera identificar la letra.

Era evidente que quien había dejado allí el anónimo debía saber que aquel sería su camarote. ¿Debería informar del asunto al capitán? En la rueda de prensa les habían explicado que el barco contaba con un médico y un cura, responsables de los males del cuerpo y del alma de los viajeros durante la travesía. Pero no comentaron nada sobre la presencia de policía. ¿Qué ocurriría si alguien cometía un delito mientras se encontraban en mitad del océano?

Lanzó la hoja sobre la cama y salió a cubierta para que le diese en la cara la brisa de la noche, por ver si así se tranquilizaba. Atrás habían quedado las fanfarrias, el silbato, los olores a feria, los aplausos, las despedidas pañuelo en mano desde el muelle… Seguramente la mayoría estarían regresando a sus casas, presos de una emoción que se desvanecería a la mañana siguiente. Frente a sus ojos vio deslizarse el paisaje de las riberas del Guadalquivir. Los vastos campos, los olivares, las dehesas con cortijitos blancos al fondo… una belleza que no se cansaba de admirar, fascinado por los colores verdes, amarillos y ese violeta del cielo al anochecer.

Regresó a su habitación. Allí seguía la nota amenazante. Chasqueó la lengua con desgana antes de romperla en pedazos. La lanzó a la papelera que había debajo del buró, dispuesto a olvidarse de ella. A fin de cuentas, nunca había que responder a una carta anónima.

Capítulo V

El Noticiero Sevillano — Miércoles 26 de mayo de 1926

Del Guadalquivir al Hudson

Travesía magnífica. — Temperatura ideal. — Primera parada: Cádiz. — El carboneo del «Manuel Arnús» antes de adentrarse en el océano

Por GONZALO AGUILAR

Sirvan estas notas para dar una idea de mis primeras impresiones tras haber pernoctado en el confortable camarote en el que el ilustre conde de Güel, actual presidente de la Compañía Trasatlántica, ha tenido a bien hospedar a los cronistas embarcados en este viaje.

En este momento estamos atracados junto al muelle de Cádiz. Permaneceremos en la ciudad un par de horas. El motivo de la parada es surtir nuestro barco de combustible. La tarea no pudo realizarse en Sevilla por la razón de que, no siendo muy profundo el cauce del Guadalquivir, necesitaba el barco ir lo más descargado posible. Y es que solo el «Arnús» cumplía las condiciones de calado exigidas para remontar el río, especialmente en la nueva corta de Tablada.

Escribo desde el café de verano cuya terraza, orientada a la cara de popa, queda resguardada de los vientos de costado por dos mamparos a babor y a estribor. Eso me permite observar las evoluciones de los veinte esforzados obreros que cargan el carbón. El capitán nos comentaba ayer que se necesitan 64 toneladas de carbón para mantener la velocidad de 13,5 nudos.

Desde mi privilegiado lugar, contemplo el maravilloso espectáculo de la bahía gaditana. Pero veo que los pasajeros comienzan a organizar su excursión. Me dispongo a acompañarlos, pues he de enviar estas líneas a la redacción ya que me advierten, entre chanzas, que océano adentro no tendré ocasión de encontrar ni un triste buzón de aquí a Nueva York.

Desde su ventana del camarote de primera clase, Cristina Palacios observó el paisaje. Ese año la primavera fue lluviosa y los campos revelaban las frondosas consecuencias: dehesas cuajadas de naranjos, olivos, trigales, bosques… flores, flores y más flores, lanzando su polen a la atmósfera, pensó Cristina un segundo antes de sentir esa intensa irritación en el paladar, esa quemazón, el picor de la nariz. Estornudó sin recato porque estaba sola y podía permitírselo. Cuando había gente delante intentaba comedirse, mantener bajo control el inevitable estornudo que contenía con su pañuelito de hilo fino bordado por las monjas, las mismas que llevaban más de dos años preparando su ajuar de boda: organza para el velo, algodón para los camisones, juegos de cama de hilo de Holanda. Todo bordando con su inicial, en blanco roto sobre blanco hueso; una C sinuosa y descentrada que esperaba paciente acoger la inicial de su futuro marido.

—Lo más seguro es que sea una A —le decía la madre de Cristina con media sonrisa a la monja que las atendía cuando iban a llevarle más tela—. El capitán está a punto de caramelo.

Pero Cristina no estaba tan segura de ello. Le incomodaba en extremo tener que esperar a que el capitán Chevalier se decidiera a elegirla, cuando ella ya hacía tiempo que lo había elegido a él. Quizás el francés no había dado el paso porque no le resultaba lo bastante atractiva. O quizás la conocía desde hacía tanto tiempo que aún la veía como una niña. Imposible saberlo. Ese hombre era demasiado hermético. Sí, se sentía incómoda. Acababa de cumplir diecinueve años y ya había rechazado a dos pretendientes en espera de que Adrien Chevalier se rindiera por fin a sus encantos. Le hubiera gustado que las normas de urbanidad permitiesen a las mujeres plantarle cara a un hombre para preguntarle si estaba interesando o no en ella.

Había conocido al capitán cuando apenas contaba trece años. Desde el primer momento llamó su atención por la manera en la que su propio padre hablaba de él. Conrado Palacios no solía mostrar admiración verbal por nadie en el ámbito privado; más bien al contrario. Adrien Chevalier, el héroe de guerra, el capitán del Ejército francés, un valiente que había soportado los estragos de un campo de prisioneros alemán sin despeinarse. Cristina se contagió del

entusiasmo de su padre y de las descripciones apasionadas que de él hacía su madre; su gallardía, sus rasgos nobles y serenos, su resuelta mirada azul que denotaba una fiereza sublime. Estaba claro que ese hombre estaba hecho de otra pasta. Una pasta que algún día legaría a los descendientes de la afortunada a la que pidiera matrimonio.

—Algún día ese hombre hará muy feliz a una mujer —concluía Emily Suffield.

Pero fueron pasando los años y, pese a seguir siendo el galán favorito de las celestinas, él parecía inmune a los encantos femeninos. Ni siquiera en los mentideros se tenía constancia de ninguna aventurilla protagonizada por el capitán.

—Quizás sea afeminado. —Se inquietó su padre—. Con los franceses nunca se sabe

—¡No digas tonterías! —refutó la madre—. Lo que yo creo es que está esperando a nuestra Cristina.

—¿A la niña?

—Ya no es tan niña… —respondió Emily con media sonrisa picarona.

Y así fue como Cristina terminó convencida de que el capitán Adrien Chevalier sería su esposo. Aunque a veces le asaltaban las dudas. Pese a que se mostraba siempre atento a lo que tuviera que decirle, escuchándola en silencio, sin interrumpirla jamás, asintiendo como si lo que le estaba contando le resultara de verdad interesante, de vez en cuando asomaba a sus ojos azul metálico el velo de la nostalgia, y entonces el azul quedaba salpicado de tonos plomizos. Cristina estaba segura de que esa armadura de guerrero invencible con la que todos le habían investido, recubría el alma de un ser delicado, inundado de sensibilidad.

¿Adrien también le daba tantas vueltas a los gestos de Cristina?

A ella le hubiera encantado que así fuera. Lo sé porque la conozco desde que nació y he sido testigo de sus días y sus noches, de sus llantos y sus risas, de sus dudas y de sus certezas. Incluso he sido testigo de sus caricias nocturnas, sobre todo cuando terminaba de leer alguna de esas novelas de amor que a su madre le parecían tan horribles. Cristina imaginaba a Adrien buscando reflejarse en sus pupilas, deslizando la mano por detrás de su cuello y atrayéndola hacia él para besarla, como Valmont besaba a Madame de Tourvel.

Cristina cree conocerme, pero yo la conozco mejor a ella. Igual que conozco a los demás, porque siento lo que ellos sienten: la emoción al escuchar el primer llanto del hijo, el miedo al despertar de una pesadilla, la vanidad por el trabajo bien hecho, la envidia por el nuevo coche del vecino, el alivio inconfesable tras la muerte del padre que

enfermó…

Yo veo eso.
Y lo recuerdo siglos después.
Aunque se me olviden las caras.

Y también vi el momento en el que Cristina se limpiaba sonoramente los mocos con su delicado pañuelito de lino bordado por las monjas, asqueada ya de la tortura anual de la fiebre del heno, deseosa de llegar al mar, donde sus síntomas se mitigaban bastante.

Sintió que reducían velocidad y que comenzaban las maniobras de atraque. La noche anterior el capitán del barco les explicó que debían parar en Cádiz para surtir de carbón la bodega antes de salir al océano. Se asomó a la ventana de su camarote. Vio que se cruzaban con otros vapores más pequeños y se acercaban al dique. Suspiró satisfecha. Se alegraba de haber convencido a su padre para que la dejase viajar en un camarote individual. El Manuel Arnús contaba con sesenta y dos camarotes para una, dos y tres personas, y con otros ocho de clase *studient* de dos, tres, cuatro y cinco plazas. Por un momento temió que su madre se empeñase en que toda la familia compartiese un mismo compartimento durante diez días. Se hubiera muerto de vergüenza de haberse tenido que enfrentar a la imagen de su padre antes de acostarse, o a primera hora de la mañana, con la bigotera que usaba para dormir. Disponer de su propio espacio hacía que se sintiese bien; una adulta dueña de su vida. Así que decidió que saldría a recorrer el barco antes de que sus padres vinieran a tocar a su puerta y volviera a ser la niña de siempre.

Desde su camarote, saliendo a mano izquierda, se tenía acceso a la doble escalera de hierro forjado. Se aferró al pasamanos de bronce y ascendió al *hall* de primera clase, amueblado enteramente con roble, con sillones tapizados en terciopelo violeta oscuro. La monumental chimenea de piedra labrada acogía unos leños de madera que, mediante algún subterfugio eléctrico moderno, fingían arder. Atravesó la sala de música y el salón de fumadores, hasta llegar al café de verano, decorado con zócalo de azulejos sevillanos. Se sentó en una de las mesitas de mimbre y le encargó al camarero un café con leche con dos azucarillos. Sonrió, aspirando profundamente el aroma de la libertad, algo de lo que se arrepintió al instante porque volvió a sentir el cosquilleo de un estornudo recorriendo su nariz. Se dio prisa en

abrir su bolsito de mano para sacar el pañuelo y contenerlo. Como estaba en público, mantuvo la boca bien cerrada, presionó las dos fosas nasales, y cerró los ojos. Se escuchó algo así como un pirichitsssss que no resolvió el picor, de manera que Cristina tuvo que repetir la operación dos veces más.

—¡Pirichitsssss! ¡Pirichitsssss!

—¿Son sus primeros estornudos?

Alguien acababa de llegar al Café de Verano. Se dio la vuelta y allí estaba el periodista de *El Noticiero Sevillano* que tan mal les caía a sus padres.

—¿Se dirige usted a mí? —le preguntó sorprendida.

—Sí. Quería tranquilizarla. Solo hay que practicar un poco y verá que con el tiempo mejoran —respondió sonriente—. Me refiero a los estornudos.

Gonzalo rozó levemente con los dedos el ala de su jipijapa en señal de saludo, y se sentó en la mesa de al lado. Le pidió un café solo al camarero, sacó un pequeño cuaderno del bolsillo de su chaqueta y se puso a escribir en él con urgencia. Saliendo de su camarote le habían asaltado los versos de un poema que hablaba de su madre y del mantón de dolor con el que cubría sus hombros morenos. Gonzalo Aguilar sabía por propia experiencia que si no se daba prisa en plasmar sobre el papel los versos que le venían a la mente de forma inesperada, desaparecían para no regresar. Querer atrapar unos versos que se disipan resultaba igual de infructuoso que pretender atrapar un globo que escapa de la mano de un niño.

¿A dónde van los globos que se pierden en el cielo?
¿A dónde los versos que ningún poeta logra cazar
con su pluma?
A ningún lugar. Desaparecen. Sin más.

—¡Maldita sea! —farfulló Gonzalo.

Arrancó la página del cuaderno e hizo una bola con ella, hastiado. Él no quería ser un simple plumilla de manguito y café con leche. Él sería un *reporter,* así, en inglés, porque le interesaba escribir sobre temas internacionales, y ese viaje le estaba brindando la oportunidad de mostrar su valía. Además aspiraba a escribir grandes historias de

ficción: novelas, poemarios… que conmovieran el corazón de las gentes, que hicieran soñar. Pero en ocasiones como esa, en la que las palabras resultaban incompetentes a la hora de plasmar lo que de verdad llevaba dentro, no solo se sentía un periodista desaprovechado, sino también un escritor tramposo.

—¡Nada! ¡Se acabó! Lo he perdido —concluyó arrancando otra hoja del cuaderno y lanzándola sobre la mesa, hecha un gurruño.

Cristina le dio un sorbo a su café y aprovechó para echar un vistazo de soslayo, por encima de la taza. Fue cuando se dio cuenta de que él la estaba mirando fijamente, con la mano apoyada en la barbilla. No es que no la hubieran mirado antes de esa forma. Mirarla la habían mirado, pero no con esa insistencia. Y ella, al sentirse tan mirada, y por tanto rato, lógicamente también lo miró a él, porque le sorprendía que la estuviera mirando de una forma tan impertinente. Se notaba que el periodista era ese tipo de hombres que se toman su tiempo para mirar, sin importar la opinión que los observados tuvieran al respecto. Ahí seguía, con una sonrisa de oreja a oreja, impropia de un caballero. Sin lugar a dudas, era el tipo de miradas que jamás le lanzaría a una mujer el capitán Adrien Chevalier.

Cristina pensó más tarde que debería haberse levantado y haberse ido, pero esa mirada la retenía. Estaba ofendida y a la vez atrapada, como si le hubieran echado por encima un cazamariposas.

—El barco está atracado. Ya han colocado la pasarela —le informó Gonzalo rompiendo el silencio.

Ella no respondió. Nadie los había presentado oficialmente. Como si él hubiera leído su mente se incorporó de la silla y se dirigió a ella con la mano extendida.

—Soy Gonzalo Aguilar. Periodista.

A Cristina no le parecía ético entablar una conversación con alguien que su padre consideraba un enemigo. Sin embargo estaba educada para ser cordial y modosa. Se sentía un poco desconcertada ante esa situación.

—Cristina… —comenzó a presentarse.

—Palacios —interrumpió él—. Sé quién es usted.

«Claro que sabes quién soy. Y también sabes quién es mi padre», pensó Cristina. Lo que no tenía tan claro eran sus intenciones acercándose a ella. Y tampoco entendía lo que le estaba sucediendo. ¿Por qué no se iba de allí y lo dejaba con la palabra en la boca?

Se estrecharon las manos y Cristina sintió la suya muy pequeña.

—Realmente mayo es un mes maravilloso para enamorarse, ¿no cree? Y más en un lugar como este —continuó diciendo Gonzalo—. ¡Qué tiempo tan estupendo!

—Pues tendrá que darse prisa. Le quedan cinco días.

—¿Cinco días para qué?

—¡Para enamorarse! —respondió ella, molesta de que no recordara lo que le acababa de decir—. A mayo le quedan cinco días para terminar.

—Creo que me sobran cuatro, entonces —sonrió él de forma pícara.

Cristina no respondió por educación. Aunque le hubiera encantado poder decirle lo que pensaba; que era un arrogante y que esperaba no volver a encontrárselo en toda la travesía. Pero no se lo dijo. Y no lo hizo porque la habían aleccionado para mostrar siempre su mejor cara. De hecho, tenía varias caras que mostrarle al mundo: la de jovencita turbada de mirada huidiza, cuando la halagaban, piropeaban, o ensalzaban alguno de sus atributos; la de muchacha agradable y serena, cuando sonreía y asentía aunque estuviese mortalmente aburrida; la de dama modesta, cuando le restaba importancia a sus logros… Tenía varias caras, sí, las cuales le habían granjeado fama de encantadora damita sevillana, aunque a ella no le quedaba demasiado claro cuál era la Cristina original, y cuáles las imitaciones. Por eso se despidió vacilante, con un «encantada de conocerle».

Se dio la vuelta y echó a andar en dirección contraria a él, rezando internamente por no dar un traspiés y quedar en ridículo. Al llegar a la altura del salón de fumadores, torció a la derecha y volvió a mirar de soslayo en la dirección en la que se encontraba Gonzalo. Tal y como suponía, él seguía mirándola, pero ya no se sentía admirada, ni molesta, ni idealizada. Esa mirada le hizo sentir auténtica.

Entonces Cristina no lo sabía aún pero Gonzalo, al contrario que ella, solamente tenía una cara, y era la que siempre le mostraba al mundo, lo cual le había granjeado más de un problema a lo largo de su vida. Por regla general las personas suelen guardar rencor a los agraciados con belleza, riqueza o talento, pero lo que más les cuesta perdonar es el buen humor. Pocos toleran al que es capaz de sonreír cuando todo se está poniendo en contra.

La línea de flotación del Manuel Arnús había descendido considerablemente tras abarrotar la bodega con el equipaje de los pasajeros, los quinientos ejemplares del *Libro de oro* y los carteles y pasquines promocionales de la Exposición. Eso impidió llevar a cabo la operación de carboneo el día anterior en el canal de Alfonso XIII. El primer oficial informó por megafonía que tardarían aproximadamente dos horas en cargar el combustible necesario para atravesar el océano, y los animó a visitar las proximidades del puerto, sin alejarse demasiado. Un nutrido grupo de pasajeros abandonó el barco, entre

ellos la familia Palacios al completo, el marqués de la Vega-Inclán, el embajador de los Estados Unidos con su esposa y su cuñada Temperance Baker, Gonzalo Aguilar y Adrien Chevalier. Caminaron hasta una taberna cercana y allí pidieron unas manzanillas y unos platos con aceitunas, queso y jamón. Conrado Palacios se llevó a la boca el catavinos y saboreó el líquido dorado con los ojos cerrados.

—Tendremos que aprovechar estos días para remojarnos por dentro, que cuando lleguemos a las Américas entramos en zona seca, ¿no es cierto, *mister* Moore? —le preguntó al embajador.

—Sí, bueno, sí —carraspeó antes de dar un sobro a su manzanilla —... Ya se sabe que el consumo desmedido de alcohol puede traer consecuencias tremendamente perjudiciales. Diversos estudios indican que la embriaguez está detrás de múltiples accidentes y sucesos criminales.

—Es interesante este planteamiento —intervino Gonzalo recolocándose las gafas sobre el puente de la nariz—. El alcohol por sí mismo no tiene la capacidad de cometer crímenes, ni de provocar accidentes. Las personas son las responsables de sus actos.

Temperance Baker, que hasta ese momento se había mantenido callada, coqueteó con algo que parecía una sonrisa antes de lanzarse a hablar.

—¿Conoce usted los orígenes de la ley Volstead? —preguntó con dulzura, sin apartar la vista de su vaso de agua; ella era la única que estaba bebiendo agua. Gonzalo no respondió, convencido de que se trataba de una pregunta retórica—. Yo se lo diré. Hace más de diez años, un inmigrante italiano llegó a su casa ebrio y agredió a su esposa embarazada. Fue tan brutal lo que le hizo que la pobre criatura que ella llevaba en sus entrañas nació con graves malformaciones. Lo abandonaron en un orfanato, pues sus propios padres llegaron a la conclusión de que ese ser era la constatación viva de las trampas que el diablo pone en el camino de los hombres. La noticia corrió como la pólvora y propició que muchas mujeres se atreviesen a describir las consecuencias de que sus maridos llegasen a casa borrachos —comenzó a enumerar—. Insultos, palizas, violaciones, transmisión de enfermedades venéreas… Y eso por no hablar de los sueldos despilfarrados en las tabernas. El alcohol enloquece la mente de los hombres. Los transforma en seres incontrolados y peligrosos.

—Y se prohibió el consumo de todo tipo de alcohol en América del Norte —concluyó Conrado Palacios, que ya iba por la segunda copa de manzanilla.

—Bueno… la ley no dice exactamente eso —señaló el marqués de la Vega-Inclán dirigiéndose al embajador—. Corríjame si me equivoco,

mister Moore, pero tengo entendido que lo que está prohibido es fabricar, vender, intercambiar, transportar, importar o exportar cualquier bebida que tenga un volumen de alcohol superior a medio grado. A excepción de las autorizadas por esta misma ley.

—¿Hay bebidas alcohólicas autorizadas por la ley seca? —preguntó sorprendida Cristina Palacios.

—Me acaba de quitar la pregunta de la boca, señorita —indicó Gonzalo mirándola con picardía.

Cristina deseó que sus padres estuvieran lo bastante entretenidos con la conversación como para no haberse dado cuenta del descaro del periodista.

—Pues sí —informó el embajador—. Los médicos pueden prescribir alcohol con fines medicinales. También queda fuera de la prohibición el alcohol sacramental. En los últimos tiempos hay unas cuantas bodegas en California que producen unos caldos interesantes.

—Había escuchado hablar de eso —añadió Adrien—. Al parecer esas bodegas han evitado la quiebra firmando acuerdos con la Iglesia para convertirse en sus proveedores de vino para misa. Parece que se han incrementado bastante el número de misas diarias.

—Y hay quien dice que, desde que se promulgó la ley seca, se han multiplicado por miles las recetas de alcohol que expiden al año los médicos —siguió ahondando el marqués.

—Publicamos un reportaje al respecto en el periódico hace un año —señaló Gonzalo—. Existen medicamentos para los que ni siquiera es necesaria la receta. El *Jamaica ginger,* creo que se llama, que tiene un ochenta por ciento de etanol. En pequeñas dosis, mezclado con agua, se usa para el tratamiento de los trastornos menstruales y los gases, pero ya se han descrito casos en los que los usuarios han sufrido parálisis en manos y pies. Y al parecer son muchos los que se están especializando en la elaboración de cerveza de bañera con la que surtir a los vecinos.

—Está claro que habrá pocas restricciones que unan tanto a un pueblo como la ley Volstead —se jactó Conrado Palacios, que ya apuraba su tercer catavino.

El grupo se unió en una carcajada generalizada, a excepción de Temperance Baker, que se mantenía en silencio con gesto severo. Sus manos crispadas sobre los muslos arrugaban la tela de su falda.

—Pueden burlarse si quieren, pero la realidad es que los americanos se lo estamos poniendo difícil al demonio —pronunció casi en un susurro—. Estamos en el camino de conseguir un país sin barrios bajos, sin delincuencia, sin violencia. Llegará el momento en el que los hombres regresarán a sus hogares erguidos y no gateando, con

la mente clara y no bajo el embrujo del vicio. Amarán a sus mujeres y jugarán con sus hijos. Y las cárceles quedarán vacías, porque desaparecerá la delincuencia de nuestras calles.

—Pero tengo entendido que es precisamente ahora cuando la criminalidad sacude su país con más fuerza —apuntó Adrien—. Que hay mafias al cargo de verdaderos imperios. Que importan alcohol y lo distribuyen de forma ilegal. Dicen que su poder llega a las altas esferas. Que hasta la policía, los jueces y los políticos están bajo sospecha de corrupción.

Temperance mantenía intacta aquella sonrisa que indicaba que ya había juzgado las palabras que aún no se habían llegado a pronunciar.

—Le aseguro, señor Chevalier, que soy muy consciente de la vergüenza que Cristo Nuestro Señor debe sentir al observar todo lo que se han descarriado algunas de las ovejas de su rebaño. La inmigración es otra de nuestras lacras. Las mafias de las que habla están dirigidas por inmigrantes italianos, irlandeses… sus negocios sucios se benefician de la debilidad moral provocada por el alcohol. También dirigen casinos y regentan burdeles. —A Temperance le brillaban los ojos de la rabia, pero seguía sonriendo tristemente—. Mantienen atrapadas bajo su poder a muchas mujeres; solo Dios sabe con qué denigrantes recursos. Como esa chica mestiza que viaja con nosotros… la cantante. Una pobre marioneta cubana en manos de ese mafioso italiano: Flavio Leone, que hace negocios aprovechándose de las debilidades de los pecadores. Los inmigrantes han traído la desgracia, extendiendo su suciedad por los Estados Unidos.

—Chica mestiza… —repitió para sí mismo Adrien, simplemente para constatar el desprecio con el que Temperance había pronunciado esas dos palabras.

El marqués de la Vega-Inclán se rebulló en su silla.

—No creo en absoluto que la señorita Belinda Miller pueda ser tachada de «pobre marioneta» —replicó molesto—. Es una artista de talento ampliamente reconocido en los mejores locales de Nueva York. Es un lujo contar con ella para que amenice nuestra travesía.

Temperance aguardó un par de segundos, sopesando si debía contestar. Al final decidió que sí lo haría.

—Tengo entendido que tiene usted en alta estima las capacidades de esa joven; que fue precisamente usted quien le recomendó al señor Satrústegui que la contratara para este viaje.

El marqués y Temperance se midieron con la mirada.

—Pues yo sigo insistiendo —añadió Gonzalo, poniendo fin al incómodo silencio—. El alcohol no golpea a las mujeres, ni echa a los hombres del trabajo, ni deja a los niños sin hogar. Las personas no son

mejores por no beber. De hecho creo que les han prohibido beber y eso les ha despertado el interés por hacerlo. Proclamar una ley como la Volstead es un error —sentenció—. Un Gobierno que no trata a sus ciudadanos como adultos, solo puede aspirar a que se comporten como niños.

La última frase del periodista quedó flotando en el ambiente enrarecido que los envolvía. Enrarecer ambientes era una de las especialidades de Temperance Baker.

—Tendrán que disculparme —Gonzalo se incorporó de su silla e hizo una leve reverencia—… me veo obligado a abandonar esta encantadora reunión. He de echar al correo la última crónica que he escrito para el periódico antes de que nos llamen para el embarque.

—Sí, mucho mejor que la envíes desde aquí. Me han dicho que no hay ni un solo buzón en todo el océano —respondió Adrien en tono jocoso, intentando aliviar la tensión del momento.

Y lo consiguió. Todos lanzaron una sonora carcajada.

—Muy gracioso… mucho. Nos vemos en el barco —se despidió el periodista, lanzándole la última mirada a Cristina Palacios.

Gonzalo caminó por las calles de Cádiz intentando no prestarle atención a esa vocecilla que le susurraba que la joven damita sevillana jamás repararía en alguien como él. Le gustaba esa chica. Le gustaba de verdad. Con esa piel nacarada, los ojos verdes, el cabello rizado y rojo, de sirena recién salida del mar dispuesta a instalarse en la cubierta del Manuel Arnús. Y no le llamaba la atención únicamente por su belleza. Había algo enigmático en ella, como una adivinanza que anhelaba ser descifrada. No quería seducirla. Quería conocerla. Pero resultaba evidente que los padres tenían puestos los ojos en Adrien, pese a que su amigo no parecía interesado en ella en absoluto. Además, Conrado Palacios y su mujer sentían por él una antipatía que apenas se molestaban en disimular.

Llegó a la estafeta de correos y envió la crónica sobre su experiencia durante la primera noche de navegación. De regreso al barco, paró en un quiosco de prensa. Compró el *ABC, El Liberal,* el *Grafic-Sport,* cinco céntimos de pipas de girasol y otros cinco de caramelos de menta. Paseó sin prisa, comiendo pipas, hasta llegar al muelle. Parecía que los operarios estaban terminando con el carboneo. Subió la rampa de acceso al barco y se dirigió a su camarote. Se sentó en el diván, dispuesto a leer el *ABC* hasta que regresaran los demás viajeros, pero los gritos de los marineros no le permitían concentrarse, así que decidió salir a recorrer la cubierta. Caminó sin rumbo hasta llegar a la zona de la bodega. Allí fue testigo de la escena que le dio forma al concepto inicial que Gonzalo se hizo sobre Belinda Miller.

Nadie se la había presentado aún, pero la reconoció por el tono de su piel. La descripción que Temperance Baker hizo de la «chica mestiza» no dejaba lugar a dudas. Belinda Miller era la única persona de color viajando en el Manuel Arnús. Estaba con uno de los oficiales del barco, enfrascados ambos en lo que parecía una charla íntima. Fue quizás el espíritu fisgón de *reporter* lo que empujó a Gonzalo a ocultarse tras una de las columnas para poder observarlos mejor. Desde esa posición veía la espalda de ella, pero a él lo tenía de frente, de manera que no tuvo problema en reconocer la sonrisa de galán de cine de Domingo Amores. El oficial tenía el brazo colocado en el quicio de la puerta de la bodega. Daba la impresión de que se interponía en el camino de la cantante, aunque ella no daba señales de encontrarse incómoda en su compañía. Intuía en la postura de los dos armonía; algo que iba más allá de la cordialidad propia de los que se conocen desde hace relativamente poco tiempo. Aquello no tenía el aspecto de un cortés intercambio de palabras —o al menos eso es lo que le pareció a Gonzalo—. Se asemejaba más al coqueteo de dos enamorados —o de dos aspirantes a serlo—. Procurando no hacer ningún ruido que pudiera delatar su presencia, el periodista se dio la vuelta y regresó a su camarote, en espera de que el resto de viajeros volvieran de la excursión por Cádiz.

Si Gonzalo hubiera estado más cerca quizás hubiera podido escuchar algo de la conversación que Belinda Miller mantenía con Domingo Amores. Instantes antes de que el oficial se interpusiera en el camino de la cantante, ambos se encontraban dentro de la bodega. Domingo Amores le había cedido el paso para salir a cubierta. Mientras cerraba la puerta con llave, Belinda encendió un cigarrillo. Aspiró la primera calada con la barbilla levantada y los ojos cerrados. Apartó la mano de su boca y se acarició las uñas color carmín de los dedos anular y meñique con la yema del pulgar. Domingo Amores se dio la vuelta y la observó en silencio. Recorrió el perfil de la cantante, desde los talones hasta su nuca, relamiéndose como un gatito frente a un plato de leche tibia.

—Y entonces… ¿confías en mí, muñeca? —preguntó con voz sugerente.

—Hazme un favor —respondió ella, casi en un susurro.

—Lo que tú me pidas, muñeca.

—No me llames muñeca.

Él sonrió, seductor.

—¿Prefieres «bombón»? *Honey?*

Ella no respondió. Deslizó la mirada por encima de la pasarela y la dejó volar antes de seguir hablando.

—Espero que no me des razones para no confiar en ti —dijo de pronto.

—Veo que estamos dando pasos hacia delante en nuestra relación.

Belinda sacudió la cabeza a un lado y a otro. Domingo Amores creyó intuir una leve sonrisa. Por eso, cuando ella dio un paso a su izquierda para esquivarle, haciendo el amago de marcharse, él se interpuso en su camino.

—¿No te gusta que los hombres te miren con lujuria?

—Todos no.

Belinda dio un paso a la derecha y Domingo Amores volvió a dificultarle el paso, colocando la mano en el quicio de la puerta de la bodega.

—¿Sabes una cosa? Me gustan las mulatas. Dicen que tenéis fuego en el cuerpo. Que no os desbarataís cuando os montan con fuerza. Que se os puede cabalgar sin contemplaciones. Que no echáis en falta palabras cursis de amor. Dicen que os gusta que os susurren palabrotas al oído…

—Y deduzco que tú te lo has creído.

La sirena del barco, anunciando que había concluido la operación de carboneo en el Manuel Arnus, anuló cualquier posible respuesta de Domingo Amores. Los que estaban en tierra tenían que regresar, y los que subieron a hacer una visita para tomar café con los viajeros que estaban a bordo debían volver a sus casas. La despedida fue más discreta que en la anterior ocasión. Desde el muelle sacudieron sus pañuelos sin estridencias hasta que el Manuel Arnús desapareció de su vista. En cambio los que estaban dentro siguieron asomados a la barandilla de la cubierta un rato más, conscientes de que esa sería la última vez que verían tierra en varios días. Eran las ocho de la noche y la bahía de Cádiz empezaba a desdibujarse. Aún podían reconocerse los edificios y las torres de la catedral. La luz del sol moribundo se reflejaba en ellos, haciendo que parecieran un incendio en el horizonte. Como última referencia los destellos del faro, con su adiós intermitente.

El agua dulce se volvió salada.
El río se fundió con el océano. Y con él me llevaba.

El sonido de una alegre corneta los informó de que debían dirigirse

al comedor porque estaba a punto de servirse la cena. Hasta allí les llegaba el sonido de la Jazz-Band que ejecutaba en la sala de música los grandes éxitos de Paul Whiteman. Las mesas estaban adornadas con orquídeas, lirios del valle y *Gypsophilas* blancas, que viajaban conservadas en las cámaras frigoríficas del barco para que se mantuvieran frescas durante los diez días que tardarían en llegar a Nueva York. Tras la cena, Adrien Chevalier huyó del comedor. Se acercó al bar que separaba el salón de música del salón de fumadores y que surtía de bebidas ambos espacios. Entre maderas nobles, acomodados en grandes sillones tapizados, charlaban los hombres que se habían fugado del comedor antes que él, custodiados por un repostero bordado sobre terciopelo rojo con el escudo de Carlos V. Conrado Palacios estaba allí. Al ver a Adrien en la barra, le hizo una señal para que se acercara a sentarse con ellos. El capitán le indicó con la mano que iría más tarde.

Le apetecía estar solo.

Le hubiera gustado tomar un calvados, ese aguardiente normando que lo mismo servía para flambear una carne, que para facilitar la digestión. Pero era demasiado vulgar. En un lugar tan refinado como el bar del Manuel Arnús sería imposible encontrarlo, así que se decantó por otro producto francés. Le pidió al camarero una copa de champaña. La música de la Jazz-Band dejó de sonar. Únicamente quedó el pianista, recorriendo las teclas deprisa, de izquierda a derecha, como si sus dedos fuesen las patas de una araña. Las luces se atenuaron, el murmullo de las voces se aplacó hasta que la sala quedó en silencio.

—Con ustedes la gran Belinda Miller —presentó el pianista.

Adrien Chevalier se dio la vuelta y allí estaba. Los aplausos la acompañaron mientras se dirigía al centro del pequeño escenario.

—Es un placer compartir este viaje con ustedes —comenzó a decir —. Quiero empezar con una canción muy especial para mí. Me trae recuerdos de mis orígenes. Estoy segura de que la conocen.

Un haz de luz cayó sobre ella y miles de chispas brotaron de las cuentas azabache de su vestido negro.

Cuando salí de La Habana, válgame Dios
Nadie me ha visto salir si no fui yo

Se aferraba el micrófono con la mano izquierda, mientras que con la derecha parecía querer atrapar una de las mínimas lucecitas con las que estaba decorado el techo, fingiendo ser estrellas.

Si a tu ventana llega una paloma

Trátala con cariño que es mi persona
Cuéntale tus amores bien de mi vida
Corónala de flores que es cosa mía

Adrien pensó entonces que Temperance Baker estaba confundida. Era posible que por las venas de Belinda Miller corriera sangre negra, pero sin duda alguna esa mujer era un arcoíris. Sin pretenderlo, comenzó a darle vueltas al asunto del color de la piel. Llegaría el día en el que no indicaría más que la cantidad de melanina de cada persona. Llegaría el día en el que el lugar de nacimiento no sería considerado más que una carambola del destino que no definía quién o qué era un ser humano. Pero ¿cuándo llegaría ese día?

Decidió salir a cubierta. Se acodó en la barandilla para admirar la enorme luna, que esa noche era similar a un foco sobre el que hubieran pintado sombras para que pareciese más real. Daba la sensación de que podía rozarse con solo estirar la mano, como si formara parte del atrezo de un espectáculo de Broadway. Su luz se derramaba en perpendicular sobre el mar, desdibujando el horizonte, salpicando de perlas las ondas del agua. Percibió que había alguien a su espalda, pero no miró hacia atrás. Sintió unos pasos que se acercaban. El ritmo de unos tacones.

Belinda se colocó a su derecha y fijó los ojos también en el horizonte. Se mantuvieron así, en silencio, atentos al leve rumor del océano, al murmullo de las voces de los que estaban en los salones, al amortiguado sonido del piano. La cantante levantó la rodilla derecha y colocó el pie en la parte baja de la barandilla. Alzó su falda hasta la altura de medio muslo y sacó la petaca plateada que llevaba atrapada en la liga. Adrien la observó de reojo.

—¿Por qué se marchó usted de Cuba?

—Atraqué un banco a punta de pistola. No me quedó más remedio que fugarme con el dinero antes de que me pillara la policía —respondió ella muy seria antes de darle un trago a su petaca y ofrecérsela a él.

—Comprendo…

Adrien estiró el brazo y tomó la petaca. Sus dedos rozaron los nudillos de ella. Tenía las manos delgadas. Firmes. Hacía años que no acogía entre sus manos las de una mujer. ¿Años? Quizás siglos. En otra vida que ya no recordaba bien. Le dio un trago a la petaca. Era ron. Estaba tibio y dulce, lo que instintivamente le llevó a pensar en que así debían de ser los muslos de Belinda. Un escalofrío le recorrió la piel.

—He mentido —confesó ella de pronto, interrumpiendo los pensamientos del capitán—. No atraqué un banco. En realidad era una

lencería. No gano para comprar medias de seda. Por culpa de estos zapatos con hebillas de falsos diamantes se me hacen carreras continuamente.

—A mí me sucede exactamente igual —respondió él en tono burlón.

Ella soltó una carcajada que se fue diluyendo poco a poco hasta acabar en un silencio que se alargó un par de segundos.

—Supongo que esta historia no coincide con lo que han estado contando de mí los de ahí adentro —susurró.

Bajo la pálida luz de la luna, la piel de Belinda parecía de bronce pulido. Se la veía apenada, enredada en algún dolor íntimo. ¿Acaso había dos Belindas dentro de Belinda? ¿Una estrella fulgurante segura de sí misma y una niña temerosa de los cuchicheos que la gente lanzaba a sus espaldas? ¿Llevaba Belinda en el corazón una pena inconfesable? En aquel momento parecía tan afectada que Adrien temió que fuese a lanzarse al mar pero, de pronto, como si alguien le hubiera dado un par de golpecitos en el hombro, su cara se iluminó de nuevo con una sonrisa.

—Tuve una infancia muy feliz en La Habana —comenzó a explicar—. Me crio mi abuela Regla. Bueno… debería decir que nos crio mi abuela. Tengo un hermano mellizo: Ernesto —aclaró—. Mi madre murió al darnos a luz, pero nunca sentí su falta porque mi abuela era una mujer muy peculiar. Cuando yo aún no me tenía en pie, ya me sujetaba por las manos y me movía a un lado y a otro mientras me cantaba canciones para que yo intentara imitarla. «Canta y baila siempre, Belinda. Mi luz… mi tesoro. Que a quien canta no se le acerca el diablo. Canta, baila… Belinda», me decía. Y así fue como se me metió la música dentro. Porque en Cuba la música está en todas partes; en el canto de los pájaros, en el rumor del viento entre las hojas de los árboles… brota del suelo, como las plantas. Por eso mi abuela siempre me decía que bailase descalza, para no ponerle trabas y que me subiera por los pies. Y así lo sentía yo. ¿Alguna vez ha puesto el pie encima de un hormiguero? —Observó a Adrien y él asintió con la cabeza—. Pues así es como me subía por las piernas la música. Como hormiguitas que me llegaban al corazón. Crecí convencida de que nada malo podría pasarnos, porque yo espantaba al diablo cantando y bailando —suspiró—. Pero cuando cumplí los diecisiete mi abuela se murió de pronto. Sin avisar. Un día llegué a casa y… ya no había nada que hacer. Fue una manera dura de comprender que algunas creencias no son ciertas. Yo no era nadie especial. Ni cantando ni bailando podía espantar el mal.

—Supongo que todos hemos pasado por algo parecido. Alguna

circunstancia termina por robarnos la inocencia —empatizó Adrien.

Belinda suspiró con aparente resolución.

—Fue entonces cuando mi padre, que es dueño de un ingenio azucarero, nos propuso a Ernesto y a mí encargarnos de sus negocios en Florida. Zarpamos del puerto de La Habana, cruzamos los estrechos y llegamos al puerto de Tampa. Pero yo necesitaba seguir cantando y bailando. Me di cuenta de que no podía vivir siguiendo los dictados de mi padre; unida a Ernesto. ¡Tenía que encontrar mi propio camino! Así que me trasladé a Nueva York, dispuesta a perseguir mi sueño de ser artista. Es lo que más me gusta de esa ciudad. En Nueva York puedes ser lo que quieras. Puedes ser quien quieras.

—¡Y lo logró! Brindo por eso. —Adrien levantó la petaca en el aire y le dio un sorbo.

Belinda sonrió orgullosa.

—¡Lo logré! —replicó ella antes de arrebatarle la petaca y beber también—. No ha sido un camino sencillo —continuó hablando—. Pese a lo que puedan decir los de ahí adentro, yo nunca había estado sola. Ernesto siempre estuvo conmigo y fue muy difícil despedirme de él. Pero me di cuenta de que puedo llevar a todo el que quiero dentro de mí. Mi abuela está dentro de mí. Ernesto está dentro de mí. Ellos combaten a mis enemigos. Su aliento me acompaña. No estoy sola, ni siquiera cuando estoy sola, porque llevo dentro de mí a todo el que me quiere y he querido.

—Es muy hermoso eso que dice.

Adrien la miraba con envidia, porque lo único que él sentía era que llevaba un cementerio en el corazón.

—Creo que yo estoy solo —confesó casi en un susurro.

—No diga eso.

—Así lo siento.

—No quiero que se sienta solo, capitán —le consoló ella—. Si me lo permite, yo me quedaré aquí haciéndole compañía.

—Es usted muy amable.

Se escuchó el estruendo de la sirena del barco. Tal y como había informado durante la cena el capitán del Manuel Arnús, cuando el trasatlántico se cruzara en la travesía con otra embarcación, la iluminarían con un reflector para que los pasajeros pudieran admirarla. Los que estaban en el interior salieron a cubierta con sus copas en la mano, riendo, aplaudiendo, saludando a gritos.

Desde el barco que tenían enfrente, un grupo de humildes pescadores observaron perplejos el escándalo que estaban formando ese grupo de ricos en mitad de la noche.

Capítulo VI

El Noticiero Sevillano — Lunes 27 de mayo de 1930

Hallan el esqueleto completo de un varón en el «aeropuerto del susto»

Tras varios días cavando en la zona donde se encontró el fémur, la Policía logra reunir un esqueleto. — Confirman que se trata del cuerpo de un varón. — Se desconoce su identidad, así como las causas del deceso

Tras el hallazgo del fémur en el cortijo de Hernán Cebolla, se procedió a un minucioso y detenido examen de las tierras adyacentes. Cerca de las seis de la tarde del pasado jueves se encontró un nuevo hueso que el médico forense, Sr. Ortega, reconoció ser un temporal derecho, sin poder afirmar ni el tiempo que el hueso llevaría enterrado, ni si perteneciera o no a la calavera de un hombre o una mujer. Poco después aparecieron un nuevo fémur y una tibia, huesos que por su tamaño sí pueden hacer suponer la pertenencia a un individuo del género masculino, pero sin que tampoco pueda asegurarse la fecha en la que se enterraron.

El trabajo realizado por los operarios fue muy minucioso. Los periodistas se entrevistaron con el Jefe Superior de Policía, Sr. Del Valle. Éste se limitó a decirles que no tenía nada nuevo que comunicarles respecto al asunto del hallazgo de los restos.

—¿Qué impresión tiene usted? -preguntáronle los reporteros-. ¿Son los restos encontrados de un varón o de una hembra?

—A falta del informe oficial por parte del doctor Ortega, estoy en disposición de confirmarles que se trata del esqueleto de un varón.

—Podría indicar a nuestros lectores cómo es posible saberlo de un simple vistazo.

—Por la pelvis. La de las mujeres es más ancha y su arquitectura es muy diferente a la de los hombres. Este esqueleto es de un individuo de género masculino.

—¿Se sabe si se trata de un homicidio?

El Sr. Del Valle se abstuvo de contestar.

El Manuel Arnús se adentró perezoso en la ciudad que nunca duerme, cumpliendo a la perfección con el programa establecido.

El río que se hizo océano volvió a ser río, adoptando el nombre del primer explorador británico que recorrió la bahía del Hudson. Reflejaba en sus aguas las ventanas de los rascacielos de acero y cristal, y las luces de neón de los espectáculos de Broadway. Era el mismo Hudson que enjugó las lágrimas de los emigrantes que buscaban su destino viajando dentro de la panza de barcos que en nada se parecían al Manuel Arnús. Ese río había oído hablar en polaco, en chino, en holandés… a aquel rebaño de desheredados que, pastoreados por la policía, se apretujaban en la isla Ellis, cargando sus míseros petates, arrastrando con ellos a sus criaturas aletargadas por el vaivén del viaje. Los agentes de admisión los examinaban como a reses, aceptando a unos y rechazando a otros, sin importarles que fueran padres e hijos, maridos y esposas, tíos y primos. El río retuvo su dolor y su aceptación resignada, y los transformó en los gritos de los que pregonaban por las calles los titulares del *New York Times* «extra, extra todo lo que debe saber por solo dos centavos», en la monótona e impersonal cadencia de las telefonistas que se limaban las uñas entre conexión y conexión, en las voces de los niños que lustraban las botas de los hombres que hacían juegos malabares con el dinero en el edificio de la Bolsa. Las riveras del Hudson habían acogido a piratas de río, como la conocida banda de la calle Charlton, que salía cada noche a robar al puerto. Vigilaban la vida nocturna de Harlem, haciendo que las aguas se mecieran a ritmo del *jazz* y el *blues*. Vibraban con las trompetas desgarradas y los pianos melancólicos. Y así trepaban los sones hasta llegar a Sing Sing para acompañar a los mafiosos que se deshicieron de los chivatos arrojándolos al lecho del Hudson con zapatos de hormigón armado.

El río es imparcial, no juzga a nadie.
No es más que agua, pero acaba revelando lo que sabe.

Una dama francesa de noventa y tres metros, que llevaba décadas alzando su mano para iluminar con una antorcha el camino de los que huyeron de la dominación, el hambre o las guerras, recibió a los viajeros del Manuel Arnús. El puerto de Nueva York, comparado con el muelle del que habían partido, les pareció descomunal. Buques de distintas nacionalidades se cruzaban con ellos, iban y venían; trasbordadores, mercantes, barcos de vela, trasatlánticos, lanchas, grúas flotantes…

Las primeras luces del amanecer lamían Manhattan mientras *mister* Moore les iba describiendo cada detalle, señalándolo desde la cubierta. Desde esa perspectiva alcanzaban a ver los picos de los rascacielos, las planicies de Greenwich, las lomas de Battery Park, el Midtown con la Catedral de San Patricio y la Grand Central Station… De haber llegado un año antes —los informó—, hubieran podido admirar la réplica de la Giralda, coronada por una estatua de la diosa Diana desnuda, pero el edificio se había demolido por el impago de la hipoteca.

—¿Sabían ustedes que los holandeses les compraron a los indios Manhattan por veinticuatro pavos? —preguntó el embajador—. Tal cual se lo estoy contando. Los primeros cuatrocientos habitantes de Nueva York eran europeos que hablaban dieciocho idiomas distintos, pero casi todos procedían de Ámsterdam. De hecho, en la bandera de Nueva York aparecen los colores blanco y naranja, que son los que lucía la bandera holandesa del siglo XVII. Y en el escudo hay aspas de molino, un marinero, un indio, un par de castores y unos barriles de harina.

Casi todos los viajeros del Arnús estaban en la cubierta, admirando el perfil de la ciudad, atentos a las explicaciones de *mister* Moore.

Casi todos, no todos.

Faltaban los miembros de la tripulación, los integrantes de la Jazz-Band y Belinda. Posiblemente pocos los echaban en falta, pero Adrien sí. Se había pasado los dos últimos días temiendo que llegara ese momento. El vapor fue dejando atrás los terminales de las diferentes compañías navieras hasta que alcanzó la altura del muelle número 8, propiedad de la Compañía Transatlántica Española. Habían llegado a su destino. El corazón de Adrien dio un vuelco. Sabía lo que eso significaba.

Desde la noche en la que Belinda le hizo la promesa de no dejarle solo, no pararon de buscarse por el barco. Eran discretos en sus encuentros. Belinda y los miembros de la Jazz-Band almorzaban y cenaban antes que los viajeros, de manera que no compartían sobremesa, ya que actuaban mientras los demás disfrutaban de los

manjares en el comedor. La cantante tampoco se involucraba en los juegos y pasatiempos que el Manuel Arnús ponía a disposición de los viajeros. Así que Adrien y ella aprendieron a tropezar todas las mañanas en la biblioteca, coincidían de casualidad tomando el té a las cinco de la tarde en el *Café de Verano,* y ambos disfrutaban de la brisa marina en la cubierta de popa cada noche, tras la actuación de ella. Adrien había conseguido mantener la calma las veces que Temperance Baker lanzaba insinuaciones acerca de la historia amoral que Belinda Miller mantenía con el mafioso italiano, pero en las últimas horas empezaba a resultarle insufrible. Cuando Adrien no estaba con Belinda no dejaba de pensar en ella: en lo satinado de su piel, en el dulce aroma que desprendía, en su voz de cubitos de hielo chocando en un *whisky on the rocks,* en esos ojos —maldita sea— esos ojos que lo mantenían cautivo. Había algo felino en ellos, y también en su forma de caminar, de fumar, de sacar la petaca de ron de la liga que circundaba su muslo derecho. Le resultaba sencillo dejarse llevar por la imaginación y suponer que ese movimiento sinuoso podría adaptarse perfectamente a los contornos de su propio cuerpo. A veces tenía la seguridad de que ella le aceptaría en su interior con un vibrante ronroneo. ¿Llevaba demasiado tiempo solo o se trataba de algo más? De algo a lo que no se atrevía a poner nombre. ¿Cómo podría estar seguro? El capitán Chevalier llevaba años a salvo de sentir ese tipo de emociones. Se consideraba un hombre solitario que evitaba el contacto físico con otros seres humanos, pero lo cierto es que había algo en ella que atraía algo que había en él. Así de sencillo. Adrien sentía —podía sentirlo realmente, no eran cosas de su imaginación— que a Belinda le sucedía lo mismo. Les resultaba imposible no hablar en susurros cuando estaban juntos, despacio, relamiendo cada palabra, mirándose a los labios. En esos momentos él podía percibir la esencia de su alma; el amor propio que no le sobraba, los sueños que aún no había cumplido, el ansia por poder confiar en alguien, el miedo al futuro, los secretos que guardaba bajo llave dentro de su corazón. Y unas ganas infinitas de vivir, de ser libre. A Adrien le hubiera gustado decirle que él era la persona que la iba a acompañar en todos esos estados, porque así era el amor. Al quinto día de travesía tuvo la certeza de que lo que quería hacer el resto de su vida era convertirse en un hombre lo bastante valiente como para no decepcionar a Belinda. Pero esa Belinda íntima y frágil retrocedía como las antenas de un caracol cuando alguien se acercaba. Tampoco había rastro de ella durante el tiempo que estaba actuando, cuando se investía de estrella, de célebre cantante del Cotton Club de Nueva York. Se la veía entonces segura de sí misma, seductora, firme… la

mujer que ponía a sus pies, con solo chasquear los dedos, a hombres tan duros como Flavio Leone.

Y precisamente fue la sombra del mafioso italiano la que hizo acto de presencia ese día en el muelle número 8 de la Compañía Trasatlántica para arrancarla de su lado. Un séquito de mozos desembarcó los tres baúles, seis sombrereras y dos maletas que componían el equipaje de Belinda y los introdujo en un furgón aparcado en el puerto. Justo detrás la esperaba un Chrysler Imperial color burdeos recién sacado del concesionario, conducido por un tipo de proporciones descomunales que se mantenía firme al lado de la puerta. Todos los viajeros lo vieron. También Adrien Chevalier.

—Es el guardaespaldas de Flavio Leone. Y llamarle guardaespaldas es un eufemismo —se apresuró a informar Temperance Baker—. El dinero del pecado es el que paga ese coche, las joyas y el apartamento de lujo en el que ella vive en Manhattan. Nada menos que en el Upper East Side.

Belinda atravesó la pasarela que conectaba el Manuel Arnús con tierra firme ataviada con un estiloso vestido náutico de talle bajo. En la cabeza, un cloche de fieltro rojo apenas impedía que sobresalieran sus rizos castaños. Cuando el gigantón la vio, esbozó una leve sonrisa. Se apresuró a abrir la puerta trasera del coche y de allí sacó un ramo de rosas rojas de tallo largo que le entregó con un gesto que indicaba cierto grado de veneración. Apenas intercambiaron un par de frases. Ella se deslizó en el asiento de atrás y el chofer se dispuso a conducir. Antes de que arrancara, Belinda bajó la ventanilla y se asomó. Sus ojos recorrieron el muelle buscando los de Adrien, hasta que dio con ellos. Entonces sonrió. A él le pareció una sonrisa afligida, semejante a una disculpa. Le mostró la palma de su mano en señal de despedida y, antes de desaparecer, le hizo un gesto, indicándole que tomara aire. Él supo inmediatamente que hacía alusión a la última conversación que habían tenido a solas, cuando ambos eran conscientes de que ya no habría más noches en el barco, de que ella regresaría a la realidad de la que nunca se habían atrevido a hablar.

—Llegas a Nueva York en el mejor momento —le había dicho Belinda—; cuando la primavera ya casi está acabando. La nieve ha desparecido y Central Park está lleno de color; de cerezos, tulipanes, magnolias, rosas, lavanda… No te olvides de aspirar ese aire porque invita a vivir.

Adrien vio alejarse el Chrysler Imperial preguntándose si esa era la última vez que vería a Belinda Miller.

La comitiva de españoles se instaló en el exclusivo hotel Plaza, con vistas a Central Park. De la cuenta de los periodistas invitados al viaje,

para dar fe de las virtudes del Manuel Arnús, se haría cargo la Compañía Trasatlántica Española. Pero los gastos del resto, incluidas esposas e hijos, irían a cargo del Comité para la Exposición Iberoamericana. Gonzalo Aguilar ya había tomado nota de ello para añadirlo a la crónica del viaje que firmaría el Curioso Cauteloso.

Desde la primera hora del día siguiente, la agenda de los españoles estaba muy apretada. Contrataron los servicios de varios choferes. A Conrado, el marqués de la Vega-Inclán, Adrien y Gonzalo los vino a recoger Osvaldo, un taxista puertorriqueño de pequeñas proporciones, todo nervio y predisposición, que parecía haber acomodado su verborrea al ritmo del tráfico de la ciudad. La mayoría de los taxistas neoyorquinos provenían de países en los que el código de circulación era un rumor lejano del que el Gobierno hablaba a veces sin mucho convencimiento. Casi todos aprendieron a conducir de forma autodidacta, en vehículos destartalados, por caminos sin asfaltar, sorteando gallinas, niños jugando a la pelota y peatones que asaltaban sin miedos ni reparos la calzada. Según la experiencia de Osvaldo, en lugares como Manhattan se habían interiorizado esas caóticas reglas de conducción a las que se sumó legitimar cualquier maniobra, ya fuera un cambio de sentido en vía de dirección única, volantazos para esquivar baches, o frenadas sorpresivas, si se señalizaban previamente de forma ostentosa con gestos, insultos en varios idiomas y golpes de claxon. Si se superaba el pánico a morir empotrado contra el mecanismo del camión de la basura, explorar Nueva York con Osvaldo al volante resultaba bastante entretenido.

—Ahí lo tienen —señalaba sacando el brazo izquierdo y media cabeza por la ventanilla—: el Singer Building. ¡Cuarenta y siete pisos! Fue el edifico más alto del mundo durante un año. —Otro taxi se cruzó en ese momento por delante y Osvaldo comenzó a tocar el claxon—. *Fuck you!* ¡Váyase al carajo! —e inmediatamente recuperó el tono jovial para añadir—. ¡Y no se pierdan ese! ¡Por allí… para abajo! ¡Ese! ¿Lo están viendo? —vociferaba dándose la vuelta para mirar a los que estaban en el asiento de atrás—: el Woolworth Building. Doscientos cuarenta y un metros de altura. ¿Qué? ¿Eh? ¿Eh? ¿Cómo se les queda el cuerpo? Aquí todo es a lo grande. Los neoyorquinos están hechos de otra pasta. A estos no les basta con invadir el suelo, necesitan adueñarse de las nubes también. Cualquier edificio de menos de cien metros aquí parecería una casita para la Raggedy Ann. Echen ustedes un vistazo. —Señaló a la gente que caminaba por la calle—. Se sabe quiénes son los turistas porque van mirando al cielo con la boca abierta, con el peligro de que les cague un pájaro en ella —y lanzó una sonora carcajada.

La primera parada la hicieron en la Hispanic Society of America. Allí tenían previsto donar uno de los ejemplares del *Libro de oro* a su impresionante biblioteca. La Hispanic Society era el sueño hecho realidad del millonario y filántropo Archer Huntington, que vivía enamorado de todo lo hispánico desde su juventud. Se ubicaba en un edificio estilo *beaux-arts,* de la avenida de Broadway, entre las calles 155 y 156.

Mister Huntington hablaba el castellano con acento andaluz, de tanto recorrer las calles de Sevilla. En ellas fue donde conoció al marqués de la Vega-Inclán, uno de sus mejores amigos. Juntos pasaban largas temporadas en París, Berlín y Londres, donde buscaban impregnarse de las nuevas tendencias artísticas y adquirir piezas para sus respectivas pinacotecas. El marqués había involucrado al mecenas americano en el proyecto de restaurar la casa de Cervantes en Valladolid y la del Greco en Toledo.

—¡Benigno! Benigno, amigo mío —exclamó *mister* Huntington poniéndose de pie y rodeando el escritorio cuando vio al marqués entrar en su despacho.

—Archer, ¡qué alegría!

Ambos hombres se abrazaron, sacudiéndose palmetazos mutuamente en la espalda.

Benigno de la Vega-Inclán hizo las pertinentes presentaciones, mostrando especial énfasis en señalar que Conrado Palacios y Adrien Chevalier eran miembros de la Comisión de Propaganda de la Exposición.

Aquella visita era importante. Al parecer la esposa del filántropo americano, la célebre artista Anne Hyatt, había esculpido en bronce una estatua ecuestre del Cid Campeador.

—Anne quiere donarla a la ciudad de Sevilla —indicó Archer Huntington.

—Será un honor hacerme cargo de los trámites, querido amigo —respondió el marqués—. Quizás pueda ubicarse en el acceso de entrada al recinto de la Exposición.

—Por mi parte, y para que no suponga gasto alguno para el Ayuntamiento sevillano —siguió explicando el americano—, tengo previsto contribuir con diez mil dólares para la fabricación de un pedestal. ¿Qué les parece a ustedes? —preguntó, dirigiendo su mirada a Adrien y Conrado.

—Será un honor para la ciudad, *mister* Huntington —respondió el segundo.

El filántropo les propuso hacer un recorrido por el edificio. Comenzaron por la impresionante biblioteca, que contaba con más de

quince mil ejemplares, algunos impresos antes del siglo XVIII. Después el museo, que reunía pinturas, esculturas, grabados, fotografías, tapices… para finalizar por las estancias del seminario de estudios hispánicos medievales. Al concluir la visita, el marqués informó que almorzaría con su amigo Archer y se despidió de ellos.

Dejándose guiar por Osvaldo, Adrien, Conrado y Gonzalo, pararon a comer en el restaurante Fornos. Cocina española de calidad en pleno centro de Manhattan —los informó el taxista—. Se sentaron en el patio, bajo el toldo, y le encargaron al camarero una ración de calamares, otra de paella, pinchitos de pollo, varios platos de queso, chorizo y jamón y una ronda de Coca-Colas.

—Aquí lo que combinaba bien era una cerveza —señaló Gonzalo mientras sacaba la pequeña libreta del bolsillo de su chaqueta y la colocaba sobre la mesa.

—Y que lo diga —secundó Osvaldo—. Bien fresquita… pero no hay nada que hacer. Estamos en territorio seco. Bueno, no del todo… ya me entienden —bajó la voz para añadir un toque de confidencialidad —. Hay que saber por dónde moverse. ¿Acaso desean saber por dónde moverse? Porque yo puedo llevarles. Conozco un sitio que…

—Cuéntenos, Osvaldo —interrumpió Adrien—, ¿se gana usted bien la vida con el taxi?

—Me da para vivir dignamente —respondió con la boca llena de jamón—. El taxi no es mío. Lo alquilo por horas. Los taxis en Nueva York nunca duermen. Unos meses se gana más y otros menos. Depende mucho de las propinas. —Le dio un trago a su refresco, se echó un calamar al buche y continuó hablando con la boca llena—. Que no les quiero decir con esto que deben darme propina al final del día. No, no… —Otro trago para pasar el calamar— . Que yo soy un tipo honrado. El Honrado me llamaban en mi pueblo, con eso se lo digo todo. Fíjense si soy honrado que hace unos meses alguien se dejó en el asiento trasero del taxi un maletín con un millón de dólares y lo devolví.

—¿Un millón de dólares? —exclamó Adrien.

—Un millón de dólares —confirmó Osvaldo asintiendo fastuosamente con la cabeza—. Me fui directo a la policía y allí entregué el maletín. Salí en todos los periódicos. Miren, miren…

Osvaldo sacó un recorte de prensa que llevaba doblado en seis dentro de la cartera. En él posaba sonriente junto al policía que le había atendido en la comisaría.

—¿Y de quién era el millón de dólares? —preguntó Gonzalo, sin apartar los ojos del pedazo de periódico.

—De un tipo al que había recogido en Wall Street. En

agradecimiento me recompensó con cincuenta pavos. Me los gasté en invitar a cenar a mi señora y en un par de caprichos para los niños —concluyó con orgullo.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Conrado—. Me parece increíble que solo le diera cincuenta dólares. De hecho me parece increíble que devolviera usted el maletín.

—¡Por supuesto que lo devolví! Yo no soy ningún batata —respondió disgustado—. ¡Soy un trabajador! No pretendo cagar más arriba del culo. Sepan ustedes que para vivir en Nueva York hace falta suerte. Esta ciudad te cambia a vida, para bien o para mal. Te sacude cada día, te pone a prueba, evidencia lo que vales… Vivir en Nueva York acarrea riesgos. Nadie piensa en venirse a vivir a Nueva York para estar tranquilo o para jubilarse. Para eso está Pensacola. En Nueva York hace falta tener suerte.

—¿Y quién le dice a usted que no fue la suerte la que puso en su camino un maletín de un millón de dólares con el que solucionar su futuro? —preguntó Conrado.

—¿Acaso piensa que me lo debería haber quedado?

—Bueno —Conrado le dio un trago a su refresco antes de responder —… si yo me encontrara un millón de dólares creo que me esforzaría en localizar a su dueño y, si fuese pobre, se lo devolvería —y tras decir eso lanzó tres sonoras carcajadas, emulando a Papá Noel. Se reía de esa forma desde que desembarcaron en Nueva York—. Lleva toda la mañana tomando notas en ese cuaderno —Conrado Palacios se puso serio para dirigirse a Gonzalo Aguilar.

—Así es —confirmó Gonzalo—. Por muy entretenido que esté resultando este viaje, no debo olvidar que estoy aquí como testigo. En eso consiste mi trabajo de periodista.

—¿Periodista o detective privado? —preguntó Conrado con ironía —. Tiene suerte de la amistad que le une al capitán Chevalier. Gracias a eso lleva usted toda la mañana informándose de primera mano de asuntos relativos a la Comisión Permanente. A fin de cuentas, el resto de periodistas de la expedición estará por ahí, recabando información sin ayuda de nadie.

Ambos hombres se miraron a los ojos durante un par de segundos que se hicieron eternos.

—No se inquiete, señor Palacios —señaló Gonzalo con resolución —. Tendré que abandonar su grata compañía en breve. Me he citado con Manuel Alonso para una entrevista.

—¿El tenista? —preguntó Adrien, deseoso de aligerar el cariz que estaba tomando la conversación.

—Así es. Además de tenista es ingeniero y está muy bien situado

aquí. Al parecer, después de participar en la eliminatoria de la Copa Davis, recibió una oferta de trabajo de la Fuller Company, los de las cintas transportadoras —aclaró—. Me ha citado en su casa dentro de una hora. De hecho —le echó un vistazo a su reloj de pulsera—, creo que debería irme ya. No quiero retrasarme.

Gonzalo Aguilar se incorporó, cogió la chaqueta que había dejado colgada en el respaldo de la silla y guardó la libreta en el bolsillo.

—¡Disfruten del resto del día! Nos vemos esta noche en el hotel —se despidió.

Adrien Chevalier y Conrado Palacios pasaron la tarde en la Casa Caples, donde el Patronato, a medias con la Comisión Permanente, pensaba poner en marcha una campaña turística que abarcara todos los Estados Unidos para promocionar los atractivos de España y sus futuras exposiciones. Adrien, como representante en ese momento del Patronato de Turismo, iba a encargar la edición de un especial del *New York American*, de dos millones y medio de ejemplares, sobre España. También tenía previsto contratar propaganda en el periódico *The Times* y empapelar el centro de Nueva York —así como los cochescama y los cochescomedor de los trenes de lujo que cruzaban el país de Montana a Texas y de Virginia a California— con los carteles que habían traído desde España. Era el mismo contrato que firmaron con la Compañía Trasatlántica que, entre otras cosas, se había comprometido a colocar folletos sobre la Exposición en los camarotes en todos sus barcos con destino a países iberoamericanos.

Tras terminar con los asuntos burocráticos, se acercaron al Empire Theater, donde Conrado Palacios había reservado cuatro entradas para ver el espectáculo de Raquel Meller. La maña estaba triunfando en ese momento en Nueva York.

—Mi mujer se ha empeñado. Al parecer es una gran admiradora de la Meller —se justificó Conrado—. ¡Y yo ni lo sabía! En fin… he sacado cuatro entradas para que vengamos esta noche Emily, Cristina, tú y yo —le dijo a Adrien—. No acepto un no por respuesta. Invito yo.

—Ciento ocho dólares, señor —indicó la taquillera.

—¿Ciento ocho dólares? ¡Virgen santísima! ¿Veintisiete dólares de talle cada entrada? Pues sí que tiene que ser bueno el espectáculo de la Meller.

—Déjame que pague mi entrada.

—De eso nada. He dicho que invito yo.

Osvaldo los devolvió al Palace a eso de las seis de la tarde. Tenían el tiempo justo para refrescarse, tomar un refrigerio y ponerse el frac.

—En dos horas estoy de nuevo aquí y les recojo para llevarles al

espectáculo —indicó.

A Cristina le habían dicho que, cuando en Nueva York daban las tres y cuatro de la tarde, en Europa eran las nueve y cuarto de diez años antes. Y era cierto. Ella misma lo estaba comprobando. Ese día había recibido una lección magistral de lo que era la modernidad. Nada más despertar llamó a recepción para que le subieran el desayuno a la habitación. Se dispuso a tomar el café y las tostadas junto a la ventana, asomada a la inmensidad de Central Park, leyendo tranquila el diario *La Prensa,* que mantenía informada a la extensa colonia de españoles que vivía en Nueva York. Aunque en seguida vino su madre a espantarle la galbana. Al parecer había quedado con la señora Moore y un par de amigas de esta para que les enseñaran los lugares más chic de la ciudad. Recorrieron Times Square, visitaron la diadema de la Estatua de la Libertad, se les fueron los ojos detrás de cada joya en Tiffany & Co y arrasaron en las rebajas de B. Altman. Allí Emily se empeñó en que Cristina se comprara un vestido para estrenarlo esa noche en el teatro.

—¿Has recogido las entradas, *darling?* —interrogó Emily como saludo a Conrado en cuanto entró en la habitación.

—Aquí están —respondió él lanzándolas sobre la mesita de té, y lanzándose después él mismo sobre el sillón que había justo al lado —.Veintisiete dólares cada una.

—Es una lástima que dos se vayan a desperdiciar —respondió ella con sonrisa picarona. Su marido la miró sin comprender—. Aysssss… Conrado, que hay que explicártelo todo —bajó la voz y dijo casi en un susurro—. Las entradas son para la niña y el capitán Adrien. Para que tengan por fin su primera cita.

—Pues para mí mejor porque vengo reventado. Pero… ¿Cristina sabe que es una encerrona?

—¡Santo cielo, Conrado! Cualquiera que te oiga —se escandalizó—. Una encerrona, una encerrona… ¡qué palabra tan… tan … tan! —chasqueó al aire—. *Rude!*

—¿Lo sabe o no?

—¡Pues claro que lo sabe! —aseguró mientras atusaba con desgana las peonías del jarrón que había junto a la ventana—. Bueno, no. Es decir… no del todo. Sabe que tenemos entradas para ver a Raquel Meller en el teatro y que vendrá el capitán.

—O sea que no lo sabe —concluyó Conrado.

No le gustaba nada la cruzada casamentera en la que se había embarcado su mujer, sobre todo porque apreciaba sinceramente a Adrien Chevalier y le incomodaba que él pudiera darse cuenta de la trampa que le estaban tendiendo. Emily pareció leer su mente y se

acercó coqueta a él. Se sentó en el brazo del sillón y le acarició dulcemente la mejilla.

—Así podremos quedarnos solitos, tú y yo, en esta habitación de hotel tan maravillosa. ¿No te apetece, *darling?* Darlingcito… *my love*…

Conrado la observó con desconfianza. Su mujer administraba con sumo cuidado sus acercamientos maritales. De hecho hacía años que no compartían habitación. Sus encuentros debían agendarse, del mismo modo que había que pedir cita para ir a la peluquería o al podólogo, avisando con una semana de antelación. Siempre se encontraban en la alcoba de ella, un espacio que no incitaba a las perversiones, revestido del suelo al techo de seda azul de diferentes tonalidades. La cama con baldaquín, con sus cojines, cortinillas con flecos y lacitos de raso, se bamboleaba peligrosamente en los momentos más agitados. Mientras tanto, una corte de muñecas de loza, de ojos de cristal y pelo de muerto, los observaban imperturbables desde lugares estratégicos —una en lo alto del armario, otra tras la talquera; sobre la cómoda—. En un principio a Conrado le daban repelús, lo cual afectó un par de veces a su virilidad, pero con el tiempo logró acostumbrarse a sus expresiones de pasmo.

—Pues claro que me apetece, mujer. ¡Cómo no me va a apetecer! Pero me preocupa que a Cristina esto no le parezca bien.

—A la niña le parecerá bien lo que yo le diga que le tiene que parecer bien. Yo siempre hice lo que me dijo mi madre. ¡Y aquí me tienes!

—¿Tu madre fue quien te dijo que te casaras conmigo?

—Conrado —suspiró agotada, incorporándose del brazo del sillón —… Tú ya me entiendes.

Pero él no lo entendía. Era la primera vez que le escuchaba decir algo así.

—Cristina sabe lo que tiene que saber —concluyó Emily—. Ahora le diremos que yo tengo jaqueca y que tiene que ir ella sola con el capitán Chevalier.

—¡¿Cómo?!

Tan enfrascados estaban en la discusión que no se dieron cuenta de que Cristina acababa de salir de su cuarto. Las habitaciones del matrimonio y la joven compartían un saloncito.

—¿Vosotros no vais a venir al teatro? —preguntó con voz aguda.

Estaba guapísima. Recién peinada. Quizás excesivamente maquillada. Estrenaba el magnífico vestido de noche azul humo, bordado con pedrería, que se había comprado esa mañana.

—*Oh… my God…* estás preciosa. Pre-ci-o-sa —vocalizó Emily con entusiasmo—. Mi niña… Creo que voy a llorar. —Pero no lloró—. El

capitán va a quedarse absolutamente impresionado. ¿Verdad, Conrado?

—Estás muy guapa. Ya eres toda una mujer —certificó él, con los ojos empañados.

—No quiero ir si no vais vosotros —rezongó Cristina—. Va a pensar que le tendemos una trampa.

—¡Equilicuá! —Conrado asintió ostensiblemente, extendiendo los brazos. Pero la mirada reprobatoria de Emily detuvo cualquier posibilidad de que pronunciase una palabra más.

—Cristina, cariño, las mujeres tenemos nuestros trucos. Hazme caso a mí. Más sabe el diablo por viejo que por diablo. El capitán Chevalier es un hombre tímido y no está de más que le demos un pequeño… *How do you say?* ¡Apretoncito! —concluyó satisfecha.

—Empujoncito —corrigió Conrado.

—¿Ves? Estás de acuerdo conmigo —apuntó a su marido antes de dirigirse de nuevo a su hija—. Tienes que hacer todo lo posible para que no te traiga directa al hotel después de la función.

—¿Y eso cómo lo voy a conseguir?

—Pues le dices que te lleve a Coney Island. Que te quieres subir en la Wonder Wheel. Le dices que de ahí puede coger ideas para montar un parque de atracciones en la Exposición. Que vea lo lista y ocurrente que eres.

—Oye… pues eso no está mal. Quizás deberíamos ir… —dijo Conrado.

—*Oh… my God…* ¡Calla!, que ahora no estamos hablando contigo —increpó a su marido. Y se dio la vuelta para continuar hablando con su hija—. Si os quedáis parados arriba del todo en la noria y quiere besarte, ¡no te apartes! Pero si intenta tocarte el pecho no te dejes. El que quiera probar la mercancía que la compre.

—¡Emily! —protestó Conrado.

—Y tú —se dirigió a su marido—. ¿A qué hora habías quedado con el capitán Chevalier?

Conrado le echó un vistazo a su reloj de pulsera.

—Dentro de cinco minutos en la recepción.

—Pues levántate del sillón, coge las entradas y acompaña a la niña.

Casi con total seguridad, esa fue una de las noches más incómodas que Cristina Palacios pasó en su vida. El rostro de Adrien Chevalier se descompuso cuando su padre le informó de que tendrían que ir solos al teatro porque Emily se encontraba indispuesta. Lo primero que hizo el francés fue intentar convencerle de que los acompañara él, pero Conrado se mostró inflexible; no iba a dejar a su esposa sola. Adrien buscó otra solución: quizás podrían cambiar las entradas para otro día.

Conrado negó con la cabeza: esa era la última actuación de Raquel Meller en el Empire Theater. Solo entonces el capitán pareció darse por vencido. Aun así, cuando su padre tomó el ascensor, Adrien se acercó a la recepción y dejó dos de las cuatro entradas a nombre de Gonzalo Aguilar, para que se las entregaran cuando llegase, por si aún le daba tiempo de asistir a la función y acompañarlos. Aquello fue lo que terminó de abochornar a Cristina. Pareciera que estar con ella a solas fuese uno de los mayores sacrificios a los que iba a enfrentarse el capitán Chevalier durante ese viaje. Pese a todo, intentó relajarse y disfrutar del espectáculo. Quizás su madre tenía razón y Adrien era un hombre tímido que necesitaba un «apretoncito» para dar el primer paso. De manera que, tras la función, le propuso ir a Coney Island.

Adrien intentó resistirse.

—Creo que vamos demasiado elegantes para un sitio como ese —alegó.

Ella insistió.

Coney Island era uno de esos lugares en los que la diversión de niños y grandes estaba asegurada; al menos eso prometían los folletos publicitarios que les dejaron en las habitaciones del hotel. Dieron un paseo entre las barracas de feria. Iban dejando a derecha e izquierda las tómbolas, los puestos de baratijas, el martillo de fuerza, el tobogán Helter Skelter del Luna Park… No cruzaron una sola palabra hasta que Cristina propuso comprar un par de refrescos.

—Me haría mucha ilusión subir a la noria —dijo con entusiasmo—. Mucha. Muchísima en realidad.

Él fue incapaz de negarse.

El espacio dentro de la cesta era angosto, de manera que los muslos de ambos se rozaban, algo que abrumó a Adrien. Se mantuvo rígido como un palo, con la mirada fija en el infinito, aferrando con los dedos crispados el vaso de cartón en el que les habían servido la Coca-Cola. Siguiendo las instrucciones de Emily, cuando se quedaron parados en la parte más alta, Cristina se acercó un poco más a él; tan cerca que Adrien pudo sentir su aliento rozándole las mejillas. De pronto la noria arrancó, de manera que la cesta cabeceó bruscamente, haciendo que la barbilla de ella chocara contra la nariz de él y que el refresco de Cristina se volcara sobre los pantalones del frac.

—¡Santo cielo! Perdona. Perdón…

La muchacha sacó del bolso su pañuelito de hilo e intentó limpiar el estropicio. Pero eso no hizo más que empeorar las cosas. Con ese ridículo trocito de tela lo único que estaba consiguiendo era extender el líquido. Y eso por no hablar de que, en las idas y venidas, estuvo a punto de rozar en un par de ocasiones las partes más íntimas del

capitán.

—¡Para! ¡PARA! —le gritó él. Cristina le miró paralizada. Al observar la cara de sorpresa de la joven, bajó la voz y añadió—. Por favor… para.

Bajaron de la noria y caminaron en dirección a la entrada del parque de atracciones. El taxi de Osvaldo los estaba esperando allí. No hablaron en todo el camino de regreso al hotel; cada uno sentado en una esquina del asiento trasero del coche, mirando por la ventanilla. Al llegar, Adrien la acompañó hasta su habitación y, una vez en la puerta, ejecutó uno de sus bruscos movimientos de mentón mientras le daba las buenas noches.

Cristina tuvo suerte. Sus padres no la esperaron despiertos, con lo cual se ahorró el bochorno de tener que explicarles cómo se había desarrollado su cita con el capitán Chevalier. Se quitó el vestido de un par de tirones y se desmaquilló mirándose fijamente en el espejo. Ella era bonita. Sí, lo era. Mucho. También era inteligente; algo que él no descubriría jamás porque no mostraba interés en conocerla.

Se lanzó sobre la cama. Por un momento tuvo la tentación de echarse a llorar. No por Adrien, sino por ella. Por la rabia, la vergüenza, la melancolía, el desaire… por lo ridícula que se había sentido esa noche. Y ella no era ridícula. No. No lo era. Así que se contuvo. Se conocía lo bastante como para saber que, si empezaba a llorar, no podría parar en un buen rato. Al día siguiente tendría los ojos rojos e hinchados y le dolería la cabeza, y eso le impediría disfrutar con los cinco sentidos de Nueva York. Sería absurdo perderse un ápice de esa hermosa ciudad por culpa de un memo incapaz de ver más allá de sus narices. Se prometió ser más cuidadosa con sus propios sentimientos desde ese momento. No hacerse daño. No permitir que nadie se lo hiciera. No salir jamás con un hombre que la viera sin mirarla. Porque eso era exactamente lo que ocurría.

El capitán Chevalier la veía, pero no la miraba.

Cristina Palacios se prometió esa noche a sí misma que no volvería a desperdiciar ni uno solo de los minutos de su valiosa vida en alguien que no la mereciera.

Antes de retirarse a su habitación, Adrien se acercó a la de su amigo Gonzalo. Se había sentido tan incómodo esa noche que tenía

ganas de desahogarse. Justo en el momento en el que tocó a la puerta, el periodista estaba haciendo una valoración de los gastos del Comité de la Exposición en ese viaje. Dejando a un lado el hotel y las dietas, calculaba que habían destinado novecientas veinticinco mil pesetas en anuncios en prensa, agencias de viajes y centros turísticos.

Lo cierto es que Gonzalo tampoco había tenido un buen día. O quizás lo que le pasaba era que Nueva York no le estaba gustado tanto como pensó que le gustaría. En esa ciudad todo era «demasiado». Las avenidas demasiado anchas, los edificios demasiado altos, la gente demasiado triste, los ricos demasiado ricos, los pobres demasiado pobres… En las callejuelas del barrio de Santa Cruz él podía escuchar el eco de sus pisadas, pero allí quedaba acallado por el ruido del tráfico. Demasiado tráfico. Ni siquiera las calles tenían nombre; las numeraban para asfixiarles el alma.

En Nueva York Gonzalo Aguilar se sentía demasiado extranjero.

El periodista le abrió la puerta a su amigo. Lo encontró apoyado en el quicio, con cara de circunstancias y con el pantalón manchado.

—Pero… ¿Qué te ha pasado? —se carcajeó.

—Uffff… una locura. Una auténtica locura —saludó Adrien—... Disculpa la hora. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto. Adelante.

Adrien se dejó caer en el sofá.

—Conrado Palacios me la ha jugado.

—¿Cómo?

—Compró entradas para que fuésemos los cuatro al teatro esta noche: él, su mujer, su hija y yo —aclaró—. Algo que no me apetecía nada. El caso es que, cuando estábamos a punto de salir, se ha presentado en la recepción diciendo que Emily estaba enferma. He tenido que ir solo con su hija. Esa chica. —Sacudió la mano en el aire mientras intentaba recordar su nombre—… Cristina. Que luego se ha empeñado en que la llevase a Coney Island… en que subiéramos a la noria… Me ha tirado un refresco encima —indicó señalando la mancha—. En fin… ¿no te entregaron en recepción las entradas que te dejé? Me he pasado todo el espectáculo rezando para que vinieras a rescatarme.

Gonzalo dirigió la mirada a la mesita de noche. Allí estaban las dos entradas. También el sobre cerrado que le había entregado con ellas la recepcionista.

—Sí. Ahí están. Pero vi la hora y ya era demasiado tarde —dijo el periodista, intentando contener el tono de desafío que sentía nacer en su estómago—. Aunque si llego a saber que estabas viviendo una situación tan incómoda al lado de una chica encantadora, me hubiera

acercado el teatro y os hubiera esperado en la puerta, para liberarte de tanto sufrimiento.

Adrien no dijo nada. Respiró hondo y dirigió la mirada a la punta de sus zapatos. Gonzalo ya había presenciado en más ocasiones ese fenómeno gracias al cual el capitán podía distanciarse de una situación que no le agradaba. Su alma saltaba por la ventana tan deprisa que a su cuerpo no le daba tiempo a reaccionar y ahí se quedaba, estático, inconmovible, como sin vida[8].

—Es curioso, Adrien… hay gente que piensa que actúas como si nada te importara —soltó una carcajada amarga—. Y lo que no saben es que en realidad no estás actuando. —Gonzalo era consciente de la crudeza de sus palabras. Él sabía que eso no era cierto pero, pese a todo, no podía evitar seguir hablando—. Supongo que Cristina no es tan interesante como Belinda Miller. ¡La gran estrella del Cotton Club!

Adrien encendió un cigarrillo sin decir nada. Sin un solo gesto, ni una mirada. Y eso indignó aún más a Gonzalo.

—Cristina Palacios no fuma, no lleva escotes, no esconde licor en petacas… no es la amate de un mafioso.

Gonzalo pronunció la última frase muy bajo. En el mismo momento que brotó de su boca se arrepintió. Pero estaba demasiado enfadado. Su habitual buen humor se había evaporado, como el humo que escapaba por las alcantarillas de las calles de Nueva York.

—¿Os habéis liado en el barco? —Adrien no respondió—. Está bien, está bien… no quiero saberlo. Solo quiero que pienses en la clase de persona que es esa mujer. Ha entrado en contacto contigo de forma muy inocente, pero la realidad es que se gana la vida actuando en un local frecuentado por gente turbia.

—No debí venir —le interrumpió Adrien mientras aplastaba el cigarrillo contra el cenicero.

—¿Te molesta lo que te estoy diciendo? —Adrien guardó silencio —. Claro que te molesta. Porque sabes que tengo razón. Belinda Miller es la clase de tías que se lían con delincuentes para ascender. Y no me metería en esto si no supiera de buena tinta que su amante, ese tal Flavio Leone, es un tipo muy peligroso.

—Ya es suficiente. Me voy —explotó Adrien incorporándose del sofá.

—No. Escúchame. —Le retuvo sujetándole por el codo—. Hoy he tenido tiempo también para investigar al tal Flavio Leone.

Gonzalo no tenía certezas, lo que le había llegado eran rumores de barra, de alguien que le había dicho a otro alguien que fue eso lo que pasó. Le contaron que Flavio Leone no tenía escrúpulos ni compasión. Que había matado al dueño de un taller de coches sin importarle que

estuvieran presentes sus trabajadores y sus clientes. Al parecer ambos hombres hablaban relajadamente en la oficina del taller y de pronto vieron, a través de los cristales, cómo Flavio arrancaba el cable del teléfono, lo aferraba fuerte con ambas manos, le daba dos vueltas alrededor del cuello del mecánico y lo arrastraba mientras los clientes echaban a correr despavoridos. Desde el otro lado del cristal de la oficina, lo único que pudieron ver sus trabajadores fue el baile de los dos —el mecánico delante, Flavio a su espalda—, los ojos desorbitados del primero pidiendo ayuda aunque, poco después, el tipo pareció resignarse a morir. Por mucha prisa que se dieran, nadie llegaría a tiempo para salvarle. El rostro del mecánico se enrojecía mientras intentaba deslizar los dedos por debajo del cable del teléfono. Un tirón hacia delante, otro atrás… Como el tipo estaba tardando en morirse, Flavio perdió la paciencia. Sacó su automática y le descerrajó un tiro a la altura del occipital. La sangre estalló, estampando la silueta de un diente de león rojo en el cristal de la oficina. Leone la observó con orgullo, como si fuese el pintor de la Capilla Sixtina. Después abrió el cajón donde el mecánico guardaba el dinero y cogió de allí cincuenta pavos. Salió de la oficina quejándose de haber tenido que dispararle, porque la sangre siempre era difícil de limpiar y llevaba uno de sus trajes más caros. Justificó el haber metido la mano en la caja alegando que el mecánico le había timado. Le había cobrado esa cantidad por cambiar las ruedas a su coche. Al parecer se las vendió como nuevas y se enteró de que, en realidad, eran de segunda mano.

—¿Te das cuenta de la clase de gente que frecuenta esa mujer? —le preguntó Gonzalo.

—No la juzgues. Tú no la conoces.

Fue lo último que dijo Adrien antes de abandonar la habitación de su amigo y cerrar dando un portazo.

Gonzalo se dejó caer sobre la cama, arrepintiéndose de su propia estupidez. ¿Qué pretendía diciéndole eso? En el barco se dio cuenta de que su amigo se había obsesionado con Belinda Miller. Exactamente con el color de sus ojos, por el amanecer que creía haber visto en ellos. Aunque Gonzalo estaba seguro de que ese color dorado era más bien un ocaso. Sabía que no había nada más ciego que el amor, y que daba igual todo lo que pudiera decirle. Por eso no le contó los extraños movimientos que vio entre ella y el oficial Domingo Amores. No solo fue testigo de aquella complicidad en el puerto de Cádiz. Una noche, cuando ya estaban navegando en mitad del océano, se despertó de madrugada y salió a cubierta para que le diese el aire. Mientras paseaba vio salir a Domingo Amores de uno de los camarotes, con actitud clandestina, abrochándose la camisa. Al día siguiente

comprobó que se trataba del camarote de Belinda Miller.

Gonzalo lanzó un suspiro resignado y le echó un vistazo al reloj que había dejado sobre la mesilla de noche. Era tarde, debería dormir. Fue entonces cuando reparó en el sobre cerrado que le habían entregado en recepción, junto con las entradas al teatro. Se había olvidado por completo de él. Lo rasgó y dentro encontró una de esas notas que comenzaban a resultarle crispantes.

[8] El trastorno de despersonalización-desrealización es un desorden disociativo por el cual el individuo experimenta una desconexión subjetiva con su propio cuerpo y con el ambiente que le rodea. Se trata de un recurso defensivo con el que la víctima pretende eludir una estimulación aversiva. Este trastorno puede darse en personas que han padecido experiencias vitales traumáticas.

Capítulo VII

En el Nueva York de aquellos días era necesario susurrar una contraseña ante una puerta con mirilla para poder acceder a los clubs en los que se saltaban la ley Volstead. Tras más de seis años de prohibición, buena parte de los habitantes de las grandes ciudades de Norteamérica consideraban la Decimoctava Enmienda una majadería de proporciones mastodónticas, movilizada por provincianos y mojigatos a los que ningún político en su sano juicio debió hacer caso jamás. En ese caldo de cultivo no tardaron en cocinarse quienes no solo se saltaban a la piola la dichosa ley seca, sino que se carcajeaban de ella abiertamente; *scoffaw,* los llamaban. Se trataba sobre todo de jovencitos universitarios que consideraban la bebida un pasatiempo chic; el culmen del *glamour*. Pusieron de moda estar achispados desde primera hora de la mañana y sustituyeron las matrículas de sus coches por placas en las que se defendía la controvertida enmienda:

For prosperity legalice beer and wine

o

Repealt 18th amendment

o

I'm no camel, I want beer

Los *scoffaw* tenían en alta estima a los ricos y refinados *bootleggers,* que ofrecían alcohol en sus establecimientos, considerándolos proscritos de gran corazón que desafiaban al poder corrupto. Los habían colocado más o menos a la altura moral de Robin Hood. La proclama que lanzó el reverendo Billy Sunday el día del simbólico funeral del *whisky*, acerca de que todos los hombres volverían a caminar erguidos por las calles, hacía aguas. En concreto hacía *whisky* con agua.

A pesar de todo, el protocolo de pronunciar santo y seña para entrar en un local donde se servía alcohol se restringía a establecimientos de poca monta que —curioso— se habían multiplicado desde la prohibición. Los clubs verdaderamente elegantes

ponían a disposición de su distinguida clientela carnés personales que debían mostrar en la entrada.

Precisamente un puñado de esos carnés de socio del Cotton Club llegó el domingo a primera hora a la recepción del hotel Plaza por cortesía de Belinda Miller, con orden de que fuesen distribuidos entre los viajeros del trasatlántico Manuel Arnús. Los acompañaba una nota de la cantante indicando que los domingos eran habituales las *celebrities nights*. El club se convertía en un hervidero de escritores, actores, periodistas, jugadores de béisbol, políticos, guionistas y, en general, todo aquel que era algo —o pretendía serlo— en esa ciudad. Los informaba además de que ella actuaría esa noche y de que se sentiría honrada si «sus queridos amigos españoles» considerasen la posibilidad de contarse entre el público.

Cristina estaba emocionada. Empezaba a cansarse de recorrer las tiendas de Nueva York con su madre y las amigas de esta. La posibilidad de acudir a un club nocturno le puso la carne de gallina. A eso de las siete de la tarde se dio un baño de sales, se impregnó de talco y se probó todos los vestidos de noche que se había llevado. Eligió uno color crudo, sin mangas, con lentejuelas del mismo color que se distribuían en forma de rayos de sol brotando de un aplique en negro colocado en su vientre. Se ciñó la frente con una banda adornada con una pluma, se ahumó los ojos, se pintó los labios de granate y roció delante de ella una descarga de su atomizador. Dio un paso al frente para que el perfume que había comprado el día anterior en una encantadora tienda de cosméticos de la Quinta Avenida se distribuyese de forma uniforme por su cuerpo, tal y como le había aconsejado la dependienta. Volvió a repetir la operación y se observó en el espejo. Satisfecha con su aspecto, salió al saloncito donde se encontraban sus padres. Emily estaba sentada junto a la mesita que daba a la ventana, rellenando el crucigrama de *The New York Times*. Al oír la puerta de la habitación de su hija levantó la vista.

—¿Qué haces vestida así? —le preguntó torciendo levemente la nariz—. Pareces una *flapper*.

—Es la moda. No voy a ir al Cotton Club vestida como una niña que va a hacer la primera comunión —dijo despreocupadamente, ajustándose los guantes de raso negro que le llegaban hasta los codos.

—Ja… —repuso Emily. Y de inmediato volvió los ojos a su crucigrama.

Última palabra. No se hable más. Punto final.

—¿Cómo que «ja»?

—Tu madre no quiere ir a un establecimiento donde se saltan las leyes —le tradujo a su hija Conrado Palacios.

—Temperance Baker lo dejó meridianamente claro durante la travesía. —Emily levantó de nuevo la cabeza, sacudiéndola a un lado y a otro con los ojos cerrados.

Cristina supo lo que eso significaba: su madre ya había tomado una decisión irrevocable que sabía causaría polémica, y no tenía ganas de ver la decepción reflejada en el rostro de los que estaban enfrente.

—Si se viola la ley Volstead, las multas pueden ascender a diez mil dólares y un año de cárcel para los reincidentes —concluyó.

—Pero… ¿cómo vamos a ser reincidentes si solo iremos una noche? —protestó Cristina—. Aunque hicieran una redada, algo que ya me parece bastante improbable teniendo en cuenta que deben quedar unos cuatro o cinco polis honestos en esta ciudad, y nos llevaran a la cárcel, no podríamos ser reincidentes. «Reincidentes» quiere decir que se «reincide». O sea que se vuelve a cometer un delito.

—¿Una redada? ¿Polis? ¿La cárcel? ¿Delito? *Oh my God!* Jamás pensé que escucharía esas palabras en una frase que saliera de la boca de mi hija. —Se llevó la mano a la frente y fingió marearse—. Que sepas que me estás dando un disgusto.

—A tu madre le parece mal que en esta ciudad haya clubs en los que se sirve alcohol impunemente, cuando el simple hecho de llevar una botella de burdeos a la cena de unos amigos está penado con un mínimo de seis meses de cárcel.

—Clubs, no —puntualizó Emily—: tugurios de mafiosos. Y, ¿cómo es eso de que «a tu madre le parece mal»? ¿Acaso a ti no te lo parece?

—A mí también, *darling,* querida. Claro que sí. Se trata de una incongruencia inadmisible. Un disparate.

—¡Cómo no vamos a ir! —se quejó Cristina. Notaba que se le estaba haciendo un nudo en la garganta y que una lágrima estaba a punto de desbordarse de su ojo derecho. Tenía que aguantar. Si se le corría el rímel tardaría media hora en recomponer el *look*—. No podemos fingir que no hemos recibido los carnés. Sería una absoluta descortesía. ¡Una desconsideración!

—Tranquila, cariño. Los hombres no tendremos más remedio que ir —le informó su padre mientras se daba un par de palmaditas en su oronda barriga, dejando que su cuerpo oscilara entre la puntera y el talón—. No hemos cruzado el océano por placer. Estamos aquí en viaje de trabajo. Al parecer el alcalde de la ciudad tiene previsto asistir al club esta noche. ¡Ay, qué envidia me dais cuando os veo salir temprano y llegar felices arrastrando paquetes al final de la tarde! Es mucho mejor que descanséis, que mañana os espera otra agotadora jornada de compras.

Cristina se dio la vuelta y volvió a meterse en su habitación. Para dejar claro su disgusto, cerró dando un portazo.

En el fondo a Emily Suffield no le faltaba razón. El Cotton Club era una paradoja en varios sentidos. Estaba ubicado en pleno corazón de Harlem, un barrio prácticamente habitado por negros desde la Gran Guerra. El propio nombre del club hacía alusión a las plantaciones de algodón del sur, a los tiempos en los que era legal que un hombre fuese el dueño de otro. En el Cotton Club los músicos eran negros, los bailarines eran negros, los cantantes eran negros… y todos ellos actuaban para un público exclusivamente blanco. La normativa del local se regía por la llamada «barrera del color». Estaba prohibida la entrada a clientela negra. Otra de sus incoherencias era considerarlo un *speakeasy,* que significaba literalmente «habla bajo», en relación a su supuesto carácter clandestino a los ojos de las fuerzas del orden. La realidad era que el Departamento del Tesoro, responsable del control del tráfico de bebidas, había despedido a más de setecientos agentes en el último año por avisar a los dueños de los clubs de las batidas, por hacer la vista gorda en los controles de carreteras y por llevarse porcentajes del tráfico ilegal de alcohol.

Los que adelantaban el dinero para montar negocios, los dueños de esos negocios, los que hacían equilibrios con los dólares en el edificio de la Bolsa, los que promulgaban las leyes, los que exigían que se cumpliesen, los que desde las columnas de los diarios indicaban a los ciudadanos lo que debían pensar… en definitiva, los que presionaban la palanca que ponía en marcha la ciudad que nunca dormía se daban cita en el Cotton Club. A los políticos era fácil reconocerlos, solían caminar en grupo, envueltos en el humo de sus habanos. Utilizaban palabras rimbombantes como «inefable», cuando hablaban de los logros de su partido político, o «vituperio», para referirse a los insultos que recibían de los partidos contrarios. Ellos también frecuentaban el Cotton Club para planear la acción contra los que se saltaban la ley seca, mientras disfrutaban del espectáculo saboreando un par de copas. No era raro que esas reuniones terminaran en visitas a casinos o burdeles.

Pero comenzaban a escucharse voces críticas de los que aseguraban que prohibir el alcohol no había hecho más que multiplicar el interés por él. Los llamaban *wet* —los húmedos—, y ya tenían representación política. Clamaban a todo aquel que quisiera escucharlos que la Decimoctava Enmienda no había mejorado en nada la vida de los ciudadanos; más bien al contrario. Los pobres seguían igual de pobres, los maltratadores continuaban con la mala costumbre de sacudir a sus esposas, los obreros no resultaban más productivos, los ricos estaban

consumiendo el triple de alcohol que antes de la prohibición y las mujeres —con las *flapper* como abanderadas— habían puesto de moda llevar una petaca en la liga. Bastó que le dijesen a la gente que no se podía beber para que tuvieran más sed que nunca. A fin de cuentas, cualquier celebración humana se hacía con un vaso de alcohol en la manos. Se brindaba en bautizos, bodas, en Nochebuena y Año Nuevo, para dejar de lado lo malo, para festejar lo bueno, para ser más valientes, para aliviar el mal de amores…

El propio Adrien pensaba que tendría que apurar alguna que otra copa por eso último antes de enterarse de que Belinda dejó en la recepción del hotel unos carnés para que fueran a verla actuar. Y es que no podía arrancarla de su mente. Pensó en ella cada minuto desde que la vio desaparecer ante sus ojos en el Chrysler Imperial que fue a recogerla al puerto. Gonzalo le animaba a olvidarla, recordándole de vez en cuando lo errado que sería enamorarse de una mujer como Belinda Miller. A fin de cuentas ella parecía no haberle dado importancia al tiempo que compartieron en el barco. Ni siquiera se despidió formalmente de él. Llevaban en Nueva York cinco días y ella —simplemente— se esfumó sin dejar rastro. Como si nunca hubiera existido. Pero ahora regresaba, y algo dentro de Adrien le decía que esa invitación era algo más que un acto de cortesía con los españoles que había conocido en el Manuel Arnús. Estaba seguro de que era una excusa para volver a verle. Todas las emociones que llevaba días intentando mantener a raya volvieron a desbocarse sin remedio.

Los hombres de la Comisión Permanente de la Exposición Iberoamericana, el marqués de la Vega-Inclán, Gonzalo Aguilar, así como un buen número de tripulantes del Manuel Arnús, entre los que se encontraba el oficial Domingo Amores, acudieron al Cotton Club esa noche que olía verano, pese a que aún faltaban unos días para que arrancara de forma oficial. Un negro de espaldas imponentes, ataviado con esmoquin blanco, los interceptó en la puerta. Tras revisar uno por uno los carnés, les mostró una sonrisa tan amplía y nívea como su chaqueta.

—Buenas noches, señores. Pueden pasar.

Una pesada cortina de terciopelo granate separaba el *hall* de entrada, donde se encontraba el guardarropa, del universo Cotton Club, conformado por luz, música y humo de tabaco. Atravesar ese umbral implicaba cambiar de escenario en apenas un par de segundos; pasar de la penumbra a la luz, del frescor nocturno al ambiente cargado, de hablar en susurros a la resonancia del *Wang Wang Blues* interpretado por la orquesta. Del suelo de mármol brotaban columnas

que remataban en una imitación de hojas de palmera. Se extendían por el techo de alabastro color beis, mezclándose con las lámparas de araña. Un camarero vino a su encuentro y les indicó que le acompañaran. Caminaron zigzagueando entre las mesas colocadas alrededor del escenario, cubiertas con manteles de damasco blanco sobre los que descansaban lamparitas de luz ambarina. En el fondo del escenario se sentaba el pianista y, a izquierda y derecha, los instrumentos de viento. En una plataforma, tras ellos, el contrabajo y la batería; todos enmarcados con un atrezo tropical.

—Estas son las mesas reservadas para ustedes —indicó el camarero —. ¿Desean que tome nota de las bebidas?

Domingo Amores les recomendó que no pidieran cócteles.

—El sabor del alcohol que se destila en la clandestinidad no siempre es agradable, por eso se han inventado lo de los cócteles. Lo mezclan con refrescos y zumos de sabor fuerte para que no pueda notarse la mala calidad del alcohol. Pero hay algo peor que el sabor; a veces usan productos que no cumplen con las normas sanitarias; ya me entienden —informó—. Les recomiendo que pidan ron cubano. Nuestra amiga Belinda se encarga de que el que se sirve en este local sea el mejor de la ciudad. —A Gonzalo le dio la sensación de que pronunciaba el nombre de la cantante con retintín.

—Avisaré a la señorita Miller de que sus amigos españoles ya han llegado —les indicó el camarero tras tomar nota de las bebidas.

A Adrien se le paró el corazón. El nombre de Belinda pronunciado por otros labios la convertía en un objeto sagrado. Estaba a punto de volver a verla y cada movimiento cercano le provocaba desasosiego. Las manos se agitaban desde las mesas contiguas para llamar la atención de las vendedoras de cigarrillos que se paseaban de un lado a otro de la sala, vestidas en tonos pastel, con sus bandejas esmaltadas, ofreciendo Lucky Strike, Camel y Chesterfield. Parecían *petis fours* glaseados.

Adrien intuyó su presencia mucho antes de llegar a verla. Miró a la derecha y ahí estaba. Ceñía su frente con una cinta adornada con un broche de azabaches que sujetaban una pluma plateada. Los flecos de su vestido negro oscilaban de forma hipnótica, como un eco mudo de cada uno de sus movimientos. Llevaba en la mano derecha una copa de champaña. Parecía ansiosa, recorriendo con la vista la sala de derecha a izquierda. Adrien tuvo la certeza de que le estaba buscando a él. A nadie más. Justo en ese instante sus miradas se encontraron, y el hermoso rostro de Belinda se iluminó con una sonrisa. Agitó la mano izquierda en señal de saludo y caminó a su encuentro, aunque no avanzaba deprisa. Le salían al paso para felicitarla, para asegurarle

que la habían echado de menos durante su ausencia, para preguntarle dónde había estado y a qué hora tenía previsto actuar. Adrien observó su recorrido impaciente. En ese momento se sentía como un adolescente atolondrado y sudoroso. Ella no dejaba de sonreír. Estaba radiante.

La cantante se materializó al fin ante el grupo de españoles. Saludó a cada uno de ellos con un apretón de manos y, al llegar a la altura del capitán francés, musitó un casi imperceptible «Has venido» mientras dejaba su mano entre las de él un par de segundos más de lo que dictaba el formulismo de saludos. Se sentó a su lado, aclarando que se terminaría la copa allí. Le quedaban pocos minutos para salir a actuar. La conversación los envolvía, pero ellos casi no escuchaban, simplemente asentían y sonreían felices, concentrados como estaban en la presencia del otro.

Belinda levantó la mano para llamar la atención de la señorita que recorría el local haciendo fotografías. Sin pudor le pidió que les tomara una a ellos dos juntos; solos. La fotógrafa les dio unas someras indicaciones —más cerca… una sonrisa… así. Perfecto— y disparó el *flash* de lámpara que llevaba en la mano. El resplandor los cegó por unos instantes. El polvo de magnesio quedó flotando en el aire, introduciéndose por sus fosas nasales e impregnando su garganta. Belinda pidió después que sacase una fotografía de todo el grupo. La muchacha repitió la operación y les entregó un tique numerado para que pudieran recoger las imágenes a la salida del club; en el guardarropa.

Entonces Belinda volvió la vista a la derecha y sus ojos dorados parecieron opacarse. Adrien siguió la senda de su mirada y tropezó con él. No hizo falta que nadie lo dijese; estaba seguro de que se trataba de Flavio Leone. Vestía un impecable esmoquin y agarrada a su brazo izquierdo estaba la que, casi con total seguridad, debía ser su esposa, la madre de sus cuatro hijos, con la que vivía en una encantadora mansión en Bedford. Ligeramente entrada en carnes, demasiado *eye liner* y demasiado carmín, la dama intentaba mantener pose interesante, aferrada a una boquilla de más de veinticinco centímetros con la que estuvo a punto de sacarle un ojo a la mujer del alcalde. James Walker solo llevaba unos meses en el cargo, pero ya había hecho correr ríos de tinta. No se trataba del típico político de currículum intachable. Nunca destacó por sus buenas notas en la universidad y decían las malas lenguas que lo que realmente le entusiasmaba era escribir canciones. Pese a todo ahí estaba, revolucionando Nueva York con sus extravagancias. Siempre vestía como un pincel y muchos eran los que le tachaban de petimetre por

encargar sus trajes en Londres. Era un habitual de clubs como el Cotton Club y no ocultaba su oposición a la prohibición de bebidas alcohólicas, lo cual le estaba labrando mala reputación entre los votantes más moralistas. El alcalde Walker opinaba que con la ley seca no se ganaba nada, más bien al contrario. Según sus cálculos, las pérdidas en impuestos vinculadas al comercio del alcohol se elevaban a más de ochocientos millones de dólares anuales, mientras que se desperdiciaban más de cuarenta luchando contra el tráfico ilegal de bebidas.

Flavio Leone sabía bien con quién debía relacionarse. Se rumoreaba que tenía en el bolsillo a tres senadores, ocho concejales del Ayuntamiento y dos representantes del Departamento del Tesoro. Era uno de los tipos más listos de la ciudad. Al comienzo de la prohibición, cuando el negocio del alcohol se repartía por orígenes: irlandeses con irlandeses, italianos con italianos, judíos con judíos… Flavio Leone entendió que había que llevarse bien con todo el mundo, de manera que sus locales siempre estaban bien surtidos de todo tipo de bebidas espirituosas, algo que los clientes sofisticados agradecían. Comenzó siendo un importador de *whisky* de Canadá y había terminado entrando en el negocio del ron traído del sur. Ganaba miles de dólares a la semana, vestía trajes a medida y únicamente calzaba zapatos de piel que hacía traer de la mejor guarnicionería de la Italia de sus ancestros.

El mafioso tardó menos de lo que a Adrien le hubiera gustado en llegar a su mesa. Una vez allí, Belinda hizo las presentaciones. Dejó a Adrien para el final.

—… y él es el capitán francés Adrien Chevalier.

—Me han hablado mucho de usted. Es un placer que nos visite un héroe de guerra.

Adrien no contestó, aunque Flavio ni siquiera se dio cuenta. Estaba demasiado ocupado sacando del bolsillo de su chaqueta la cajita de plata donde guardaba sus tarjetas de visita. Les entregó una a cada uno.

El marqués de la Vega-Inclán le propuso que los acompañara y Leone aceptó de buen grado.

—Me quedaría aquí toda la noche —se disculpó Belinda mirando a Adrien a los ojos—, pero tengo que ir a cambiarme para mi actuación.

—Déjanos con la boca abierta, querida. Como solo tú sabes hacer —la despidió Flavio Leone.

En ese momento el maestro de ceremonias, un hombre de color con el cabello tan estirado con brillantina que parecía llevar un casco de charol, anunció la actuación de las bailarinas Fanny Arden y Lillie

Muray. Interpretarían el baile del que todo el mundo hablaba.

—Agárrense a sus sillas si no quieren que los pies se les desboquen al ritmo del *black bottom* —pregonó con entusiasmo.

Un repiqueteo de batería puso en marcha el alocado baile jazzístico. Dos hermosas jóvenes salieron a escena brincando alegremente. Se contoneaban y giraban, sin aparente esfuerzo, agitando los brazos, luciendo poco más que una sonrisa. Vestían exactamente igual, una de blanco y otra de negro, con amplías camisas de raso sin manga y cuello alto. La parte inferior no resultaba tan comedida. Sus pantaloncitos parecían más bien braguitas revestidas de lentejuelas y adornaban sus tobillos con pulseras de plumas. Sus piernas bien musculadas marcaban un ritmo duro, haciendo que los zapatos con claquetas acompasaran su baile.

El marqués de la Vega-Inclán sacó la pluma estilográfica que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. Le dio la vuelta al posavasos y se lanzó a trazar sobre él líneas esquemáticas que pronto perfilaron la imagen de las dos bailarinas, con las piernas alzándose al cielo. Domingo Amores le observó con media sonrisa.

—Es usted un artista —alabó.

—Aficionado nada más —respondió el marqués, restándole importancia a su dibujo.

—Tengo entendido que es un gran admirador de la belleza femenina. En concreto de la belleza de las mujeres de color —siguió diciendo el oficial del Manuel Arnús—. Dicen que guarda en su archivo personal decenas de imágenes de cantantes y actrices de la Comedia Francesa. Me encantaría verlo.

El marqués le observó de reojo, midiendo su respuesta.

—En realidad soy un enamorado de la belleza en general; la que inspira a un artista para crear una obra de arte. Y creo que la belleza de las personas de piel oscura no está suficientemente valorada. En París, en el museo del Louvre, hay un magnífico cuadro: *Retrato de una negra,* donde la modelo muestra uno de sus senos con una sensualidad solo comparable con la Venus de Botticelli.

—Pues les aseguro que en este club sí que valoramos la hermosura de la mujer negra —se jactó Flavio Leone—. Somos muy rigurosos con la selección de las artistas que actúan en el local. Deben ser bonitas, tener menos de veintiún años y medir más de uno setenta. Aunque he de reconocer que elegimos a las de tono de piel más claro. Pero eso sí, exigimos que no olviden sus raíces africanas… de ahí las palmeras —dijo señalando el decorado del escenario—. Que si no acaban vistiendo como blancas, se peinan como blancas… y al final se pierde la esencia, ¿me entienden? Hay que enseñarles negritud a los

negros —se carcajeó.

Andrien sintió un estremecimiento en la boca del estómago que solo podía identificar como una mezcla de ira, ofensa y celos. Notaba que incluían a Belinda dentro de esa simplista clasificación por tonalidades, dejando a un lado su talento. Seguro que a ella tampoco le hubiera gustado escuchar esos comentarios.

Leone chasqueó los dedos. En apenas unos segundos un camarero les acercó a la mesa una bandeja con copas, una botella de ron, y un platillo con paté y tostadas. También traía una bolsa que contenía pequeñas cajas de cartón.

—Un obsequio de la casa —aclaró el mafioso sacando una de ellas y mostrándoles una petaca plateada con dos CC grabadas, como la que Belinda llevaba en su liga—. Las iniciales de Cotton Club. Nos gusta que nuestros clientes guarden un buen recuerdo de nosotros.

—Esta petaca le vendría bien al que escribe los artículos del Curioso Cauteloso. Dos CC. ¿Verdad, Gonzalo?

La pregunta de Conrado Palacios sobrevoló sus cabezas y quedó flotando en el ambiente mientras el camarero servía el ron.

—¡Por España! —brindó Flavio rompiendo el incómodo silencio.

—¡Por España! —repitieron al unísono.

—¡Santo cielo! Este ron es extraordinario —aclamó Gonzalo.

—¿Verdad que sí? Es curioso… mis contactos en Cuba me comentan que ustedes los españoles prefieren el ron blanco. En cambio yo considero que este más oscuro tiene mejor sabor. ¿Y usted qué opina? —Leone clavó su mirada directamente en Adrien.

—¿A qué se refiere?

—Bueno… al ser usted francés, me preguntaba cuáles son sus preferencias, ¿mejor blancas o más tostadas? —Aguardó unos segundos antes de aclarar—. Las bebidas, quiero decir… —recalcó con media sonrisa, justo antes de darle un nuevo sorbo a su copa de ron. En su mano brillaba el anillo de boda. Una alianza de oro con tres diamantes en diagonal. Demasiado ostentosa para el gusto de Adrien.

—Estoy de acuerdo con usted. Creo que este ron es verdaderamente excepcional —respondió convencido de que no le hablaba únicamente de ron.

Las dos bailarinas terminaron su actuación y abandonaron el escenario entre los sonoros aplausos del público. El presentador volvió a acercarse al micrófono y levantó el brazo para reclamar silencio.

—Señoras y caballeros. Selecto público reunido hoy en el local más imponente de todo Nueva York. Es para mí un honor anunciarles que nuestra aclamada estrella, Belinda Miller, por fin ha regresado de su viaje por Europa. De nuevo hará las delicias de nuestra distinguida

clientela. Así que no les hago esperar más. Con todos ustedes, la encantadora Belinda Miller.

El presentador dio un paso atrás y levantó la mano mientras dirigía su mirada a la izquierda del escenario. Una luz brillante iluminó la figura de Belinda. Envolvía su cuerpo un ceñidísimo vestido plateado adornado con infinidad de cuentas alargadas que centelleaban como si cayese sobre ella una lluvia de verano. Llevaba un collar de perlas grises que le daba dos vueltas al cuello, y lucía un par de zapatos de satén del mismo color. Esperó con su dulce sonrisa a que la gente dejase de aplaudir. Cuando al fin se hizo el silencio, acercó al micrófono sus labios rojos, cerró los ojos y resonó en el local el sonido de una profunda inspiración. Fue tan intenso que Adrien pudo sentir la soledad que a veces percibía en ella. Una soledad espantosa que él sabía reconocer y que le invitaba a imaginar que, pese a pertenecer a mundos tan distintos, se parecían demasiado.

Parlez-moi d'amour
Redites-moi des choses tendres
Votre beau discours
Mon coeur n'est pas là de l'entendre

Sus manos enguantadas hasta el codo se aferraron al micrófono que esparcía por el local la voz de terciopelo. Adrien estaba seguro de que había elegido esa canción por él. Estaba cantando en francés por él. No se trataba de una simple casualidad.

Il est si doux, mon cher trésor, d'être un peu fou.
La vie est parfois trop amère,
Si l'on ne croit pas aux chimères.

—La vida es a veces demasiado amarga, si no crees en las quimeras —tradujo para sí mismo.

Se dejó arrastrar por esa soledad abrumadora que percibía en Belinda y tuvo la conciencia —justo en ese instante— de que algún día le llegaría la muerte —la de verdad, la suya propia—, no la que había vivido en la guerra. Ni siquiera en los peores momentos, cuando los obuses caían a su alrededor estremeciendo el suelo como terremotos. Ni cuando vio sucumbir a los compañeros con los que media hora antes había estado hablando, tuvo la sensación de que él podría morir. Hasta entonces siempre sintió la muerte como una probabilidad ajena. Pero ahora sí, sin más, subyugado por la magia que brotaba de esa mujer de huesos largos, de cuello de gacela, de piernas infinitas… supo que era mortal. Algún día todo lo que él era dejaría de existir. De

su presencia no quedaría más que el recuerdo de las huellas que dejara en este mundo. Cada día que viviera, a partir de ese instante, era un día más que le acercaba a la muerte. Y él también cerró los ojos y suspiró, como ella estaba haciendo en los interludios de la canción.

La actuación de Belinda ralentizó el ritmo del Cotton Club. El jugador de los Yankees, que se había pasado la noche coqueteando con una corista, y un buen número de jovencitos con el pelo aplastado por la brillantina y los ojos hundidos en la cuencas, la observaron enamorados. También el juez MacArthur y el alcalde y su esposa guardaron silencio mientras cantaba Belinda. Cuando terminó y los aplausos les devolvieron a la realidad, Flavio se disculpó ante los españoles.

—Lamento tener que dejarles. Mi esposa no se encuentra bien y tendré que irme con ella a casa. Por favor, disfruten de la noche.

Cuando se fue, Domingo Amores les hizo un repaso del currículum vital de Flavio Leone. Al parecer sabía manejar bien su dinero. Para que sus finanzas cuadrasen, era socio de negocios tan legales como una peluquería para negros, una tienda de suministros eléctricos y una mercería, los cuales compaginaba con el tráfico de heroína. Desde que la ilegalizaron a comienzos de siglo, muchos mafiosos vieron la oportunidad de traficar con ella. También regentaba un bar en un edificio de Coney Island. En la primera planta estaba la sala de juego, que contaba con tres mesas de *blackjack,* una de bacarrá y seis máquinas tragaperras. En la segunda planta había un burdel con chicas a las que mantenía a raya gracias a que todas estaban enganchadas a la heroína. Y en la tercera estaban las oficias. Era uno de los pocos casinos legales de la ciudad, y allí solía darse cita gran parte de la clase alta. La filosofía de Flavio era sangrar a los clientes por el resto de su vida y, para conseguirlo sin que se diesen cuenta, había que dar y no solo quitar. Mujeres, alcohol y alguna ganancia de vez en cuando; eso era lo que atrapaba a los clientes que salían de su edificio agradecidos por haberles vaciado los bolsillos. Todo se mantenía en perfecto equilibrio, como un castillo de naipes. Los beneficios del alcohol ilegal pagaban a las chicas, y las chicas pagaban los narcóticos necesarios para enganchar a otras chicas que se acostaban con tipos que querían beber y seguir apostando después de echar un polvo.

—Pero al parecer uno de los negocios que más feliz le hace es una floristería de Manhattan. ¿Qué les parece? En el fondo es un romántico —se carcajeó Domingo Amores—. Cuentan que una vez se cepilló a uno de sus rivales fingiendo que iba a hacerle una entrega de flores el día de los enamorados. Se presentó en su casa con un ramo de

rosas de tallo largo entre las que llevaba escondida la metralleta. Se rumorea que aún conserva las rosas resecas, manchadas de sangre, en su despacho.

Pero a esas alturas Adrien había dejado de prestar atención al oficial del Manuel Arnus. Por el rabillo del ojo vio que Belinda se acercaba a la barra del bar, y aprovechó para ir a su encuentro.

—Has estado maravillosa. Algo que no debería sorprenderme. Siempre lo estás.

—Temí que no vinieras —susurró ella—. Fue muy descortés la manera en la que me despedí.

—¿Te despediste? —bromeó él.

Ella sonrió con tristeza.

—No he podido evitar enviaros los carnés al hotel. Necesitaba volver a verte… aunque solo fuera una vez más.

—Ese tipo… Flavio Leone. Es un cretino. No te merece.

Belinda guardó silencio. Rebuscaba en su mente cómo explicarle a Adrien la relación que mantenía con el mafioso. Pero no resultaba sencillo.

—No es un mal tipo —dijo sin más.

—Eso me han dicho. Te permite actuar aquí pero no te admitiría como clienta.

Ella bajó la mirada. Parecía incómoda. Adrien se arrepintió inmediatamente de haber dicho eso. ¿Por qué le estaba hablando de Flavio? ¿Llevaba días ansiando ese reencuentro y lo único que se le ocurría era hablarle de otro hombre? Ella le había buscado. Es posible que lo amase. ¿Acaso no era eso lo importante? Fuera lo que fuera lo que se escondiese tras la piel de Belinda, Adrien lo quería para él. Y para siempre. El movimiento rítmico de sus caderas al caminar, el hueco de su clavícula, la manera en la que apoyaba la barbilla en la mano mientras fumaba, dejando que el cigarrillo humease cerca de su oreja, el jadeo ronco que emitía al finalizar los estribillos de las canciones…

—Lo siento. No debí decir eso. Soy un estúpido. Perdona —se disculpó—. Simplemente me cuesta entender vuestra relación.

—Es normal que no la entiendas. Yo tampoco sabría ponerle nombre. Más allá de lo que hayan podido contarte, la realidad es que a Flavio y a mí nos unen los negocios. Temas económicos. Mi hermano Ernesto tiene tratos con él —bajó el tono hasta que su voz se tornó confidencial—. Asuntos relacionados con el ron. ¿Me entiendes?

—Supongo…

—Alguien tan honesto como tú estará escandalizado con lo que te estoy contando.

—No tengo intención de juzgarte. No eres una mujer como las demás. Supongo que ya lo sabes. Y también supongo que sabes que debe ser precisamente eso lo que me atrae de ti. Eres diferente a todas las mujeres que he conocido.

A Belinda no le gustó escuchar eso. Llevaba toda la vida queriendo ser una mujer normal. Una mujer como las demás. Simplemente eso.

—Puede que suene ridículo. Incluso infantil —siguió explicando Adrien—, pero creo que estos diez días en el barco han hecho que me enamore me de ti. ¿Crees que estoy loco? O es que simplemente estoy loco por ti.

Belinda ahogó un suspiro. Su corazón comenzó a latir desacompasado, y creyó que se le iba a parar a causa del dolor. Resultaba insólito que unas palabras tan esperadas pudieran provocar ese sufrimiento.

—Abandoné el Manuel Arnús sin despedirme porque sabía que esto iba a complicarnos la vida. Pero estos últimos días no he dejado de pensar en ti. Y estaba segura de que a ti te estaría sucediendo lo mismo. No me parecía justo terminar de esta manera. Ha sido demasiado hermoso.

—¿Ha sido? ¿Estás hablando en pasado?

Ella le miraba a los ojos. A sus ojos plomizos, más llenos de preguntas que nunca.

Justo en ese momento, desde la mesa en la que se encontraba la expedición de españoles, Gonzalo observó como Flavio Leone, que aún no había abandonado el club, le hacía una seña al gigantón que había ido a recoger a Belinda al muelle 8 de la Compañía Trasatlántica. Domingo Amores también se dio cuenta.

—Se llama Santino Neri —informó—. Ese tipo haría lo que fuera por Leone. Hace de chofer, de guardaespaldas, de limpiabotas, de niñera de su amante… es su perro fiel. Le está ordenando a su perro fiel que vaya a reclamar a su perra fiel —bromeó el oficial—. Flavio no suelta sus presas. Hay pelanduscas que le importan más que otras.

El chofer, que estaba sentado en una mesa cercana a Leone y su mujer, se puso en pie para encaminarse al espacio en el que Belinda y Adrien parecían haber perdido la noción del tiempo. Pero la cantante, con el ojo mucho más entrenado que el capitán para captar los movimientos de una pandilla de mafiosos, enseguida detectó que Santino Neri se dirigía hacia ellos; así que se dio prisa en terminar lo que quería decir.

—Has llegado a mi vida para demostrarme que el amor de verdad existe —siguió explicando—. El amor que va más allá del sexo o los intereses económicos. Hasta ahora no lo había conocido. Si no

significases nada para mí todo esto sería más sencillo. Si esto pudiera calmarse con un rato a solas los dos, sería más fácil. Lo que quería que supieras es que no soy la clase de mujer que te conviene.

—Lo que dices es una tontería. Yo tampoco soy el hombre que piensas. Yo…

—Escúchame. Por favor —interrumpió Belinda, haciendo el amago de colocar su dedo índice sobre los labios de Adrien—. Ojalá todo fuese distinto. Nada desearía más que convertirme en la mujer que te mereces. Poder pasar toda mi vida a tu lado, haciéndote feliz. Pero no puedo cambiar lo que soy. Hay tantas cosas que no sabes… Te mereces algo mejor que yo. Alguien que llegue limpio hasta ti. Flavio no es mala persona, de verdad. Siempre que estés de su parte —aclaró —. De otra forma es peligroso. Muy peligroso. Siempre estaré unida a ti, pero tienes que olvidarme.

Santino Neri llegó a su altura y colocó las manos cruzadas sobre el pecho.

—Ya tengo el coche listo para llevarte a casa —interrumpió.

—Gracias, Santino. Espérame fuera.

—El jefe me ha dicho que…

—Y yo te digo que me esperes fuera —recalcó ella—. Por favor, Santino, no tardaré. Solo voy a despedirme de unos amigos.

Belinda recuperó su sonrisa antes de acercarse a la mesa que ocupaba la expedición española. Se despidió deseándoles a todos un buen viaje de vuelta.

Adrien la acompañó hasta la puerta, evitando la más que segura mirada reprobatoria de su amigo Gonzalo.

—Flavio no me da miedo. Sería capaz de morir por ti —le aseguró Adrien.

Ella cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—No digas eso. Nadie muere de amor. El amor no mata. Aunque sí se mata por amor. Y ten por seguro que yo mataría por ti.

—Belinda…

—Tengo que irme. Se ha hecho tarde.

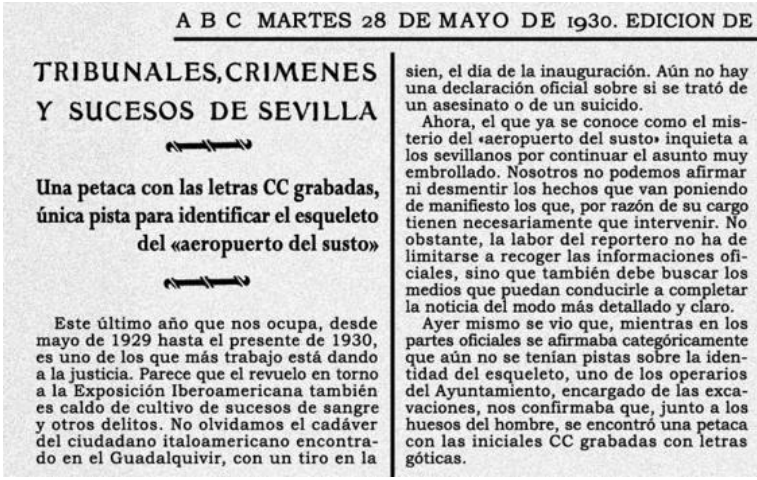
Se dio la vuelta y atravesó deprisa la acera. Sin mirar atrás, se deslizó dentro del coche en el que la esperaba Santino con el motor en marcha.

Esa noche se hizo tarde demasiado deprisa para Adrien.

Ah… antes de que esta romántica —a la par que dramática escena — haga que me despiste, he de informarte de algo. ¿Recuerdas las petacas del Cotton Club? ¿Las que tienen las dos CC grabadas? Pues bien, una de ellas aparecerá dentro de tres años enterrada junto al cadáver que encontrarán en el cortijo de Hernán Cebolla.

Me parecía importante que conocieras este dato… por si aún no has descubierto quién es la víctima.

Capítulo VIII



A B C MARTES 28 DE MAYO DE 1930. EDICION DE A

TRIBUNALES, CRIMENES Y SUCESOS DE SEVILLA

Una petaca con las letras CC grabadas, única pista para identificar el esqueleto del «aeropuerto del susto»

Este último año que nos ocupa, desde mayo de 1929 hasta el presente de 1930, es uno de los que más trabajo está dando a la justicia. Parece que el revuelo en torno a la Exposición Iberoamericana también es caldo de cultivo de sucesos de sangre y otros delitos. No olvidamos el cadáver del ciudadano italoamericano encontrado en el Guadalquivir, con un tiro en la sien, el día de la inauguración. Aún no hay una declaración oficial sobre si se trató de un asesinato o de un suicido.

Ahora, el que ya se conoce como el misterio del «aeropuerto del susto» inquieta a los sevillanos por continuar el asunto muy embrollado. Nosotros no podemos afirmar ni desmentir los hechos que van poniendo de manifiesto los que, por razón de su cargo tienen necesariamente que intervenir. No obstante, la labor del reportero no ha de limitarse a recoger las informaciones oficiales, sino que también debe buscar los medios que puedan conducirle a completar la noticia del modo más detallado y claro.

Ayer mismo se vio que, mientras en los partes oficiales se afirmaba categóricamente que aún no se tenían pistas sobre la identidad del esqueleto, uno de los operarios del Ayuntamiento, encargado de las excavaciones, nos confirmaba que, junto a los huesos del hombre, se encontró una petaca con las iniciales CC grabadas con letras góticas.

El muelle 8 del East River se animó con un ajetreo intenso de idas y venidas la víspera de la partida del Manuel Arnús. La Compañía Trasatlántica contaba con importantes instalaciones en Nueva York en las que recepcionar y almacenar los equipajes que los turistas pensaban transportar a España. La normativa era estricta: ningún bulto de grandes dimensiones debía ocupar espacio en los camarotes, por tanto debían depositarse en la bodega del barco la víspera de la salida, perfectamente etiquetados con el nombre del pasajero y el puerto de destino, siguiendo las indicaciones del oficial al cargo. Según rezaba en el pasaje, no existía la menor posibilidad de que los equipajes se extraviaran. Si pese a todo así sucediera, se practicarían las más activas averiguaciones y, en caso de no dar con él, la Compañía se haría cargo de su importe hasta un máximo de quinientas pesetas.

El día de la partida el cielo de Nueva York estaba intensamente celeste, salpicado de vetas blancas, como si se estuviera deshilachando. El Manuel Arnús volvió a mostrar su orgullo, barbilla en alto, empavesado de mil colores. Un nutrido grupo de familiares y amigos se amontonaba en el muelle para despedir a los turistas que embarcaban rumbo a España, haciendo realidad el sueño de unir los dos continentes con asiduidad y esplendor. Ese viaje confirmaría que España era líder de los transportes de lujo por mar. La actividad era delirante. El único equipaje que podría subirse al barco ese día eran pequeñas maletas, sacos de viaje, bolsos de mano y sombrereras. Pese a ello, un buen número de mozos corrían de un lado a otro con los rostros desencajados, empujando carretillas con los últimos baúles y maletas de los rezagados que no habían cumplido la específica normativa sobre equipajes que figuraba en el reverso del pasaje. Los muchachos trataban de encajar los bultos extra en la bodega del barco, con el mismo apuro del que pretende ensamblar las piezas de un rompecabezas. Otros mozos —los que vestían de blanco impoluto desde la gorra a los zapatos— acompañaban a los viajeros hasta sus camarotes, empujando carritos semejantes a los de un hotel de lujo, cargados con pequeñas maletas de Louis Vuitton.

Voces, atropellos, silbidos, saludos con la mano… un desbarajuste de idas y venidas mientras las gaviotas se peleaban a gritos, robándose

el pescado unas a otras bajo la desidiosa mirada de los obreros y los estibadores que fumaban sus cigarrillos sentados en los barriles y las redes del puerto.

Un estruendoso bocinazo anunció que la pasarela que unía el barco con el muelle estaba a punto de retirarse. Los cien viajeros americanos rumbo a España se asomaron a la cubierta. Desde allí se despidieron, lanzando las flores y guirnaldas que la Compañía Trasatlántica había puesto a su disposición con la intención de que el inicio del viaje se asemejara a una gran fiesta. Agitar de pañuelos, sonrisas y confetis, mientras el sexteto de cuerda que sustituiría las actuaciones de Belinda y la Jazz-Band interpretaba la *Marcha real*. A partir de ese momento, toda la música que sonara a bordo sería típicamente española. Eso era lo que los turistas venían buscando: la España narrada por Washington Irving, la España morisca, la romántica, la caballeresca. Querían respirar aromas de jazmín y bañarse al sol.

Las señales prometían dicha dentro del Manuel Arnús para todos los viajeros; a excepción de Adrien Chevalier. El capitán se quedó en la cubierta, con la vista fija en el horizonte. De cuando en cuando deslizaba la mirada a la superficie del agua, donde el movimiento del barco dejaba hipnóticas serpentinas de espuma. Había soportado impasible la fanfarria de aplausos, voces y silbatos, algo que a Gonzalo le sorprendió, porque sabía que a su amigo le molestaban los ruidos. Se mantuvo asomado a la barandilla mientras el barco emprendía el movimiento. Allí permaneció sin inmutarse cuando se acallaron las voces de despedida y los pasajeros abandonaron la cubierta para explorar lo que sería su realidad espacial durante los siguientes diez días. Adrien siguió contemplando el perfil de Nueva York mucho después de que se hiciera invisible a la vista humana, porque él aún creía percibir la llamita minúscula de la antorcha que sujeta la Estatua de la Libertad. Y así se lo dijo a Gonzalo cuando su amigo se acodó junto a él en la barandilla.

—Eso no es la antorcha de la Estatua de la Libertad. Es una gaviota —le aclaró periodista.

—No… no es una gaviota.

—Hazme caso. Estoy seguro. Es una gaviota —confirmó antes de preguntar—. ¿Cómo te sientes?

Adrien inspiró por la nariz y dejó escapar sonoramente el aire por la boca. Olía a sal, a pescado y a carbón. Se dio la vuelta y apoyó la espalda en la baranda. Suspiró de nuevo antes de responder.

—Como un cobarde.

—Un héroe de la Gran Guerra no puede ser un cobarde. Te condecoraron, ¿recuerdas? —le tranquilizó su amigo—. Se infravalora

la valentía del que le hace oídos sordos a las absurdas razones que da el corazón.

Pero él mismo no funcionaba así. Gonzalo era un ser guiado por impulsos. Si alguien le hubiera preguntado en otro momento qué debía imponerse, si la cabeza o el corazón, él habría respondido que la coexistencia de ambos era necesaria; exactamente igual a lo que ocurría con un delantero centro de fútbol. La cabeza debía utilizarse para controlar las evoluciones del equipo contrario, para analizar sus tácticas y adelantarse a sus jugadas, pero sin corazón no existía competición que mereciera la pena. Y de eso sabía mucho porque desde niño fue hincha del Sevilla y admirador de Juan Armet.

Adrien tampoco lo creyó. Sentía su cobardía como un hierro puesto sobre las brasas. Cuando se enfrentaba a un gran problema, el hierro se ponía al rojo vivo y se le clavaba en el vientre, atravesándole las entrañas, impidiéndole respirar. Entonces se sentía como un niño asustado, paralizado, incapaz de tomar decisiones. Abrumado por la angustia y la tristeza decidía no decidir —que era, sin lugar a dudas, la peor de las decisiones—[9]. Ya le había pasado antes.

—Te lo digo en serio. Tienes que dejar de pensar en ella —le recomendó Gonzalo—. El mundo en el que está metida es peligroso. Y muy sucio. Belinda Miller es un caso perdido.

—¡Te prohíbo que digas eso! —interrumpió irritado—. No es un caso perdido. Yo sé que no. La vida hiere y esas heridas dejan cicatrices. Todos tenemos las nuestras.

—Está bien… está bien… disculpa —le tranquilizó. Y bajando el tono de voz añadió—. Lo malo es que ella no está sola. Siempre tendrá detrás a Flavio Leone. Y por lo que sabemos ese hombre es un pulpo cuyos tentáculos llegan muy lejos. No creo que sea buena idea intentar levantarle la chica a un gánster.

—Cierto —reconoció Adrien.

—Me alegro de que entres en razón.

—¿Quién dice que haya entrado en razón? La verdad es que ese estúpido italiano me importa poco. Estoy loco por ella.

—Una cosa es la locura y otra muy distinta el amor. Se te pasará. Ya lo verás —le aseguró el periodista.

Aunque Gonzalo no tenía ni idea de las locuras que su amigo había hecho los últimos días por intentar reencontrarse con Belinda Miller, a la que consideraba su amor —su único y verdadero amor—. Locuras como regresar solo al Cotton Club sin siquiera valorar que eso pudiera poner en peligro su vida. La primera noche se acodó en la parte de la barra que quedaba en penumbra. Esperó pacientemente a que ella surgiera de pronto, como la vez anterior, iluminando el local con su

sonrisa. Pero pasaban los minutos… las horas, sin que hubiera rastro alguno de Belinda. Inquieto, preguntó por ella a una de las vendedoras de tabaco. La joven solo supo decirle que no estaba previsto que actuara esa noche. El que no faltó fue Flavio Leone, vestido con uno de sus habituales trajes cruzados de cuatro botones, sus botines blancos y su sombrero *homburg*. Adrien pensó que era demasiado osado al vestirse así. Si un enemigo encargara su muerte no tendría más que indicarle al asesino: «El que viste como un mafioso».

No harían falta más señas.

No había pérdida.

A Adrien le parecía una broma de mal gusto haberse visto obligado a matar a tantos hombres contra los que nada tenía durante la guerra y ahora, que por primera vez deseaba de todo corazón librarse de un tipo, resultase tan complicado quitarlo de en medio. Cuando Flavio le vio en el club, se acercó con media sonrisa en la que casi podía leerse un: «Sé lo qué haces aquí. Eres como un perro esperando las sobras». Aunque en realidad no fue eso lo que dijo.

—Estimado capitán Chevalier. ¡Qué sorpresa tenerle de nuevo entre nosotros! ¿Ha venido solo? ¿Tiene fuego?

Adrien asintió por partida doble. Sacó la caja de cerillas que llevaba en el bolsillo del pantalón, prendió una de ellas y le ofreció la lumbre. Flavio la acunó entre las palmas de sus manos. Cuando se cercioró de que el cigarrillo ya estaba encendido, levantó la barbilla y le echó el humo a la cara.

—Ándese con ojo —advirtió acto seguido—. No es muy seguro caminar solo por la noche en una ciudad como esta. A veces aparece muerto algún desgraciado en un callejón de los alrededores. Al día siguiente los periódicos publican que lo mataron simplemente para arrancarle los dientes de oro. —Su boca se estiró en lo que parecía ser un amago de carcajada que quedó en expiración nasal.

—Por fortuna no llevo dientes de oro.

—En cualquier caso, yo vigilaría mi dentadura. Nunca se sabe.

Adrien interpretó esa conversación como una amenaza.

Frustrado por no haber podido dar con ella esa noche en el club, recordó un comentario de Temperance Baker, cuando el barco acababa de atracar en Nueva York. La cuñada del embajador estadounidense dijo que Belinda vivía en un lujoso apartamento, en el Upper East Side. Adrien era consciente de que sería un auténtico milagro tropezar con ella por casualidad pero, pese a todo, decidió acercarse por allí a primera hora de la mañana. Paseó de norte a sur, de este a oeste, guiado por la cuadrícula de las calles, sorteando a los hombres trajeados que llegaban tarde a sus oficinas, a las señoras que

paseaban a sus caniches y a las empleadas del hogar vestidas de uniforme que llevaban a los niños —también de uniforme— a los colegios más exclusivos de la ciudad. De pronto, a lo lejos, creyó reconocerla. Le daba la espalda, pero las ondas de su cabello rozando su largo cuello resultaban inconfundibles. Llevaba un vestido bicolor de raso gris y negro, y un largo collar de perlas en distintas tonalidades de rosa. Estaba recolocándose las medias para que la costura trasera quedase totalmente recta, y se miraba en el reflejo de un escaparate para asegurarse. Los separaban unos cincuenta metros. La gente se interponía en su camino. Temió perderla de vista, así que la llamó a gritos.

—¡Belinda! ¡Belinda!

Caminó deprisa, intentando alcanzarla, repitiendo su nombre, sin entrar a valorar que a esa hora debería estar acompañando al Comité de la Exposición en la cita que tenían concertada desde hacía meses con el alcalde. ¿Y qué estaba haciendo él mientras tanto? Pues perseguir a Belinda Miller por la Quinta Avenida. Un grupo de *flappers* se interpuso en su camino, improvisando ante él un baile de cancán. El capitán gesticuló contrariado. Las esquivó haciendo caso omiso a las carcajadas de las muchachas. Estiró el cuello y creyó verla doblar la esquina, dirección a la avenida Madison. Entonces echó a correr, antes de que se diluyera entre la multitud.

—¡Belinda!

Cuando al fin la alcanzó, la sujetó por el codo y le dio la vuelta.

—Belinda —jadeó agotado.

—Pero ¿qué hace? ¿Está loco?

No era ella.

Esa noche regresó de nuevo al Cotton Club. No le quedaba mucho más tiempo en Nueva York, de manera que esa era su última oportunidad. Volvió a preguntarle a la misma vendedora de tabaco si Belinda actuaría esa noche.

—Espere un momento. Voy a consultarlo —le respondió.

Vio a la joven acercarse a la barra y hablar con el camarero. Ambos le miraban y cuchicheaban. Después ella desapareció. Minutos más tarde regresó y le indicó que la siguiera. La muchacha, cubierta de cintura para arriba con una especie de frac y de cintura para abajo con un minúsculo pantaloncito de raso, caminaba delante de él aferrando con fuerza la bandeja esmaltada en la que llevaba las cajetillas de tabaco. Se daba la vuelta de vez en cuando para comprobar que Adrien seguía allí. Le guio por un largo pasillo hasta una escalera de caracol que descendieron para acceder a un sótano que olía a *whisky* rancio y orines de gato. La vendedora de tabaco se paró delante de

una puerta, golpeó dos veces seguidas con los nudillos, esperó un par de segundos y volvió a repetir la operación. Se giró de nuevo para sonreírle; una sonrisa blanda en la que Adrien creyó intuir una disculpa. Por un segundo se le pasó por la cabeza que ese sería un buen momento para salir pitando de allí, pero tuvo la certeza de que ya era demasiado tarde.

Un individuo con la espalda del tamaño de un armario de dos cuerpos abrió y les hizo un gesto para que entraran. Adrien pudo oír el sonido de la puerta cerrándose tras él. En medio de la sala había un grupo de hombres jugando al póker, sentados en torno a una mesa repleta de billetes, bebiendo un líquido color ámbar servido en vasos opacos. Una nube de humo de tabaco sobrevolaba por encima de sus cabezas. Llevaban pantalones de raya diplomática y habían colgado las americanas en los respaldos de las sillas, de manera que quedaban a la vista los tirantes y las correas de hombro en las que guardaban las pistolas.

—Flavio me dijo que lo trajera —se justificó la muchacha ante los tipos que no les quitaban ojo y guardaban silencio desde que entraron.

El que había abierto la puerta se acercó a otra y llamó siguiendo la misma pauta: dos golpes seguidos. Pequeña pausa. Otros dos golpes. Segundos más tarde, de allí salió Flavio Leone. La cordial educación de la que había hecho gala en sus anteriores encuentros parecía haber desaparecido. Caminó en dirección a Adrien, negando muy despacio con cabeza. Un gesto similar al del padre que está a punto de darle un bofetón a su hijo antes de asegurar que eso le iba a doler a él mucho más que al crío.

—Estimado capitán —comenzó a decirle—. No sé si es que no llegamos a entendernos bien por culpa del idioma. Hablamos en inglés, pero usted es francés y yo italiano, y es posible que esa sea la razón por la que no captó mi mensaje del otro día. —Adrien echó una mirada por encima del hombro de Flavio y vio cómo los hombres sentados en la mesa habían abandonado el juego y prestaban atención a la conversación—. De manera que me veo en la obligación de tener que repetir lo que creía que ya había quedado claro.

Hablaba tan cerca del rostro de Adrien que podía oler su aliento a puro. El mafioso tenía el semblante triste.

—Intento hacer las cosas bien. De verdad, capitán. ¿Sabe lo que realmente querría hacer en la vida? —Adrien supuso que se trataba de una pregunta retórica, así que no respondió—. Pues me encantaría vivir tranquilo. Dedicarme a trabajar en mi floristería y que las personas sonrieran al ver mis ramos, mis plantas, mis centros de mesa… Hacer feliz a la gente, en definitiva. Pero siempre hay alguien

que se empeña en complicarme la existencia, obligándome a mostrar mi peor cara —suspiró con resignación—. Me pregunto qué desea usted hacer en la vida. No me lo diga… déjeme que lo adivine. Deduzco que robar a los demás, porque de otra manera es incomprensible que no le haya prestado atención a mi recomendación del otro día y que vuelva a estar aquí. —Flavio seguía observándole con gesto compasivo—. Mira que hay fulanas —suspiró de nuevo—... Pero entiendo lo que pasa. De verdad que sí. Lo entiendo porque a mí me ocurre lo mismo. Belinda es muy especial. Es difícil encontrar a otra como ella, ¿verdad? Estoy seguro de que, si te disparase en la sien en este preciso instante, pensarías que ha merecido la pena. Y eso es muy… muy… de caballero francés. O de perturbado, quién sabe…

Adrien supuso que comenzar a tutearle era la confirmación de que no iba a salir vivo de ese sótano lóbrego y maloliente. La vendedora de tabaco debió pensar lo mismo.

—No irás a hacerle daño… ¿verdad, Flavio? —preguntó con su voz aflautada.

Leone la miró de reojo y pareció sorprenderse, como si no hubiera reparado hasta ese momento en la presencia de la muchacha. Con gesto hastiado, le hizo una señal a uno de sus hombres.

—¡Sácala de aquí! —ordenó.

El tipo la cogió del codo y la arrastró hasta la puerta. Abrió, la empujó fuera y volvió a cerrar.

—¿Dónde está Belinda?

La pregunta de Adrien pasmó a Flavio, que chasqueó la lengua incrédulo.

—¡Qué barbaridad! Sí que eres terco. ¿Acaso no te preocupa lo que pueda hacerte?

—Sí. Pero más me preocupa Belinda.

—Vamos para afuera —indicó a sus hombres.

Sujetaron a Adrien por los sobacos y lo empujaron escaleras arriba. Lo sacaron por otra puerta, que daba a un callejón sin salida. La noche de junio aún conservaba el calor del día. Olía a cubos de basura y al detergente de las coladas que colgaban de los tendederos del callejón. Adrien miró a su alrededor. Valoró la posibilidad de que ese fuera el lugar en el que perdería la vida. El campo de batalla y aquello no eran muy distintos. Los dos resultaban repulsivos.

—Tranquilo, no voy a matarte —le anunció Flavio, como si leyera sus pensamientos—. De verdad que no soy tan cruel como dicen. A mí no me gusta ir matando por matar. No me gusta crearme enemigos. Tú podrías entrar en la categoría de los que incordian, pero tengo entendido que te marchas mañana. Con un océano de por medio

deduzco que dejarás de molestar. Y como bien dicen en España… la distancia es el olvido.

Amigablemente le ajustó a Adrien el nudo de la corbata. Estaba torcido por culpa de los zarandeos de sus hombres, que aún le sujetaban por los brazos. Acto seguido, Leone le dio dos palmaditas en la mejilla izquierda antes de mirarle fijamente a los ojos. Le sonrió y, sin más, le asestó un puñetazo con todas sus fuerzas en la boca del estómago. El capitán se dobló en dos. Tosió un par de veces al quedarse sin oxígeno. Flavio se inclinó y le susurró al oído.

—Yo la amo. ¿Me entiendes? Como intentes contactar con ella te buscaré, te encontraré y terminaré contigo.

Flavio Leone se incorporó, acomodándose las solapas del traje.

—Dejadle en un taxi y que regrese a su hotel —ordenó a sus chicos, antes de desaparecer por la puerta de servicio del Cotton Club.

La segunda noche a bordo del Manuel Arnús estaba programada una fiesta española, con baile por sevillanas, canciones flamencas y repique de castañuelas. La Compañía Trasatlántica lo dispuso todo para que cada mujer dispusiera de un pañolón de Manila que echarse a los hombros, y un sombrero de ala ancha para los caballeros.

A las seis de la tarde de ese mismo día, el camarote de Cristina Palacios echaba chispas. Faltaban apenas dos horas para la cena y ella aún no estaba lista —y eso a su madre le ponía de los nervios—. Emily tenía la certeza de que todas las jóvenes era más feas que su hija. Eso le aportaba una apabullante seguridad que venía extendiéndose desde hacía dos años más o menos, pero que comenzaba a causarle cierta preocupación. Ella sabía que la belleza era un bien efímero. No estaba de acuerdo con los que decían que la hermosura y las fortunas que se heredan carecían de mérito; en ambos casos había que saber gestionarlas si se pretendía sacar partido de ellas. Pese a que estaba convencida de que el dicho «la que tuvo retuvo» era cierto, también era consciente de que, de la expresión «una mujer madura muy atractiva», en lo que los hombres se concentraban era en la parte de «mujer madura». De manera que era importante no perder el tiempo y aprovechar que la gente, al referirse a su hija, la describiese aún como una «joven muy atractiva». Observaba a Cristina embobada, deslumbrada ante la belleza que había salido del fondo mismo de sus entrañas, imaginando lo lejos que llegaría con semejantes atributos frente a la débil voluntad de los hombres en general, y del capitán Adrien Chevalier en particular.

En previsión de la fiesta flamenca que se celebraría en el barco de regreso a España, los Palacios incluyeron en el equipaje un traje de faralaes que a Cristina le quedaba como un guante. Para perfeccionar

la indumentaria, compraron pendientes, peinetillas, collares y broches de idéntico color a las puntillas del vestido en la tienda de las Peluquitas. La modista había venido a probárselo a casa, primero midiendo aquí, aumentando de allá, entallando acullá… Pero el vestido estaba en la bodega, dentro de un baúl, y las estrictas normas del barco impedían que bajasen a recogerlo. Tras muchos ruegos —que por momentos parecieron amenazas—, el oficial Domingo Amores se comprometió a bajar a buscarlo, algo que calmó momentáneamente a Emily. E insisto en recalcar el «momentáneamente». A la inglesa le molestaba que su hija no estuviese tan irritada como ella por el asunto del traje de flamenca inmovilizado en la bodega.

—Da igual, mamá —le decía Cristina, sacudiendo con desdén la mano—. No tiene importancia. Me pondré el vestido rosa de talle bajo con uno de los mantones.

—Pero ¡de qué estás hablando! —protestó Emily—. ¡Cómo que da igual! En absoluto da igual. ¿Vas a vestirte tú como una de esas americanas planas como tablas de planchar? Tú te destacarás en esta fiesta por encima de todas las demás. No querrás que Adrien no sepa diferenciarte de ellas, ¿no?

Cristina suspiró con resignación, dominándose para no decirle lo que realmente pensaba. Dudaba mucho que Adrien fuese a fijarse en ella; ni esa noche, ni ninguna otra. Casi con total seguridad no se fijaría en ella ni aunque se paseara en cueros por la cubierta del barco cantando a gritos *La Marsellesa*. Hacía ya tiempo que estaba convencida de que era invisible a los ojos de Adrien. Tuvo su primera sospecha en el viaje de ida, una noche que estaba muy clara. La temperatura era perfecta y había salido a pasear por la cubierta. Reinaba un absoluto silencio. Olía a inmensidad y a sueños por cumplir. Le dio la impresión de que estaba caminando entre nubes cuando de pronto los vio. Belinda Miller y Adrien Chevalier le daban la espalda, acodados en la barandilla. Se asomaban al mar inmenso, negro como un ópalo recién bruñido, con la luna reflejada en él. Estaban muy cerca el uno del otro. Desde su punto de vista incluso parecía que sus codos se tocaban. No piel con piel; por supuesto. Cristina sabía que el capitán evitaba todo tipo de contacto físico con las personas pero, desde esa perspectiva, daba la sensación de que se rozaban. Él llevaba puesta su americana y ella unos guantes de satén que le llegaban más arriba del codo. No hablaban. La luz lunar destilaba reflejos metálicos en el cabello de él y sobre los hombros de ella. Parecía que cada uno estaba sumergido en una íntima oración, de cara al mar. A Cristina le impresionó la actitud de ambos; la armonía,

la calma, la placidez de la noche. Estuvo más de tres minutos observando la escena, segura de que había sido testigo de algo mucho más preocupante que haberlos encontrado besándose. Esa conducta no tenía aspecto de coqueteo, parecía más bien propia de dos enamorados a los que les basta la cercanía del otro para encontrar su lugar en el mundo.

En ese momento sintió muchos celos de Belinda. Y no solo porque hubiera logrado llamar la atención del hombre que —según su madre — estaba hecho para ella. Belinda había llamado la atención de alguien que caminaba por la vida sin que nadie pareciera llamar realmente su atención. Con ese físico resultaba sencillo —pensó Cristina—. La cantante cubana, haciendo honor a su nombre, era una hermosura. Con ese cuerpo de gacela, ese cabello sedoso de ondas perfectas, la boca carnosa… y esos ojos de color inverosímil. Por si eso fuera poco tenía una voz deliciosa, y había sabido utilizarla. Era su don y vivía de él. Cristina la envidió, sí. Debían de tener más o menos la misma edad, pero sus vidas eran como la noche y el día. Belinda era una mujer independiente. Cruzaba medio mundo sola, trabajando, sin miedos, sin nadie que cuidase de ella, ni a quien rendirle cuentas. Ambas iban en el mismo barco pero, ahí estaba ella, viajando con sus padres, sin mayores aspiraciones que cazar un buen marido. Desde muy pequeña adularon su belleza; ser guapa era la mejor cualidad de una mujer. Su madre la obligaba a caminar derechita, con un libro en la cabeza, a ser elegante, guardar la compostura, a no mostrar jamás una debilidad. Creció entre algodones, convencida de que a ella, por derecho de cuna, todo le iba a salir bien. Pero pasaban los años y no parecía que sus deseos fuesen órdenes; tal y como de niña imaginó. Tal vez su madre había exagerado y no era lo bastante guapa. O quizás era la más guapa de su entorno cercano pero, al exponerse al mundo, no era nada excepcional. Le echó una ojeada a su futuro. Se vio como la gran mayoría de esas mujeres que fueron hermosas de jóvenes y que, tras el matrimonio, tenían hijos, engordaban, se volvían invisibles y morían. ¿Acaso no tenía aspiraciones más allá de hacer una buena boda? Claro que las tenía. Sí, sí las tenía. Le gustaba el piano. Era muy buena tocando el piano. Podría incluso decirse que era una virtuosa. Pero ¿acaso había luchado por convertir el piano en su auténtico fin vital? No, no lo había hecho. Sentía que en su interior habitaban tres Cristinas distintas: la Cristina que sus padres creían que era, la Cristina que ella misma creía que era, y la Cristina que realmente era. Y cada una de esas Cristinas tiraba de sus extremidades en direcciones contrarias. Normal que Adrien se fijase en una chica como Belinda, toda seguridad, talento y *glamour*. A su lado ella era

una pavisosa. Pensó que, tal y como se estaban desarrollando las cosas, al final se quedaría soltera y sola, como esa tía de su padre que murió en su habitación sin que nadie se enterase. Una de las criadas acudió a su cuarto, como todas las mañanas, para descorrer las cortinas y notó el olor. La muchacha había pasado los dos últimos días llevando y trayendo bandejas de comida a la habitación, abriendo y cerrando las cortinas, sin percatarse de que la mujer estaba muerta en su cama.

Para fortuna de Cristina, no tuvo que enfrentarse de nuevo al desinterés de Adrien Chevalier. El capitán se pasó la travesía evitando a la gente. Compartía con el pasaje las comidas y las cenas, pero estaba la mayor parte del tiempo solo, leyendo en la biblioteca o paseando por cubierta. En cambio Gonzalo Aguilar comenzó a tropezar con ella al menos un par de veces al día. Tomaban algo en el bar de la piscina, jugaban al tenis y bailaban después de la cena. No podía evitar reírse con todas sus ocurrencias y en más de una ocasión se había descubierto a sí misma recorriendo el barco en su busca.

—¿Ese qué pretende? —le preguntó un día su madre durante el desayuno.

—¿Quién, mami?

—El Cauteloso.

—Nada. Simplemente está siendo amable conmigo.

—Ya… Eso es lo que tú te crees. Con la edad estoy perdiendo la vista de cerca, pero a los frescos los veo venir de lejos —respondió Emily, observándole de soslayo.

Mañana llega el trasatlántico «Manuel Arnús»

SEVILLA, 21.— Fondeará en el Canal de Alfonso XIII con una numerosa expedición de excursionistas norteamericanos. Entre los actos organizados en su obsequio figura una cena en los jardines del Alcázar la noche de su llegada, en beneficio de la Cruz Roja, así como una buñolada que se celebrará el miércoles en el campo de golf de Tablada.

Los extranjeros que nos visitan serán los heraldos de la buena nueva… De América ha de venirse a descubrir España. ¡Bien venidos sean los descubridores!

La llegada del Manuel Arnús a España truncó la posibilidad de que Cristina y el periodista siguieran ahondando en su incipiente relación. Y todo se complicó mucho más cuando, a la semana de regresar de

Nueva York, *El Noticiero Sevillano* publicó un amplio reportaje sobre los gastos de la Comisión Permanente de la Exposición durante su estancia en la Gran Manzana. Lo firmaba, como venía siendo habitual, el Curioso Cauteloso.

Gonzalo pronto retomó sus rutinas de periodista intrépido. Un día, al regresar a su pisito al mediodía, se dio cuenta de que alguien había dejado una bicicleta atravesada en la acera. La escudriñó intrigado, pero dejó de pensar en ella al entrar en el portal. El abrumador sol del mediodía se quedó fuera y un refrescante placer le recorrió la espalda. De los cuarenta grados del exterior, había pasado a veinticinco. Lanzó un soplido. El cambio de luz lo dejó momentáneamente cegado, así que esperó a que sus pupilas se acostumbrasen a la penumbra. Fue entonces cuando percibió que no estaba solo; una silueta femenina se recortaba contra la luz del patio del fondo, junto a los buzones. Pestañeó un par de veces, intentando reconocerla, pero no fue hasta que aspiró su perfume de azahar que supo de quién se trataba.

—¿Cristina? —preguntó titubeante. No podía creerlo.

Le dio un vuelco el corazón, y no sabía si tenía que ver con la vergüenza por el reportaje que acaba de publicar, o por la sorpresa de encontrarla en su portal. ¿De verdad era Cristina Palacios? ¿Allí? Nunca le dio su dirección, así que la joven habría tenido que investigar para dar con ella. Ahora que se había adaptado a la poca luz podía verla mejor. El talle bajo de su vestido le ceñía las caderas, resaltándolas, mientras los inconfundibles rizos rebeldes desprendían un halo rojizo en torno a su rostro. Gonzalo sintió un ramalazo inesperado de deseo. Una mujer como aquella permitía dejar volar la imaginación. Decidió guardar silencio un poco más, disfrutar de ese momento que sabía podía terminar en discusión. Pese a ello no pudo evitar fantasear con la idea de que Cristina estaba buscando una excusa para volver a verle. Soñar no costaba dinero. El hombre que al final la llevase al altar sería tremendamente afortunado. Planeó por su mente la posibilidad de que ese hombre pudiera ser su gran amigo Adrien. A fin de cuentas no sería extraño. Los padres de Cristina estaban deslumbrados por el capitán Chevalier. Lo que era seguro es que jamás abogarían por un hombre como él. Y quizás eso fuese lo mejor. A él le gustaba su libertad, poder vivir sin ataduras, sin darle explicaciones a nadie. Una mujer como Cristina exigía ciertos servilismos sociales: asistir a fiestas, protocolos absurdos, fingimientos… ¿Cómo iba a seguir escribiendo artículos sobre la organización de la Exposición si emparentaba con Conrado Palacios? Se dio cuenta de que era ridículo que esos pensamientos estuvieran cruzando en ese momento por su cabeza. Conrado Palacios jamás

permitiría que su única hija se casara con un cantamañanas como él; tan claro como el brillante sol que caía a plomo en la calle. Pero, si estaba tan seguro de eso, ¿por qué le batía el corazón como un tambor africano cuando ella se acercaba? Tendría que aprender a controlar sus emociones por si en algún momento su amigo olvidaba la locura que le había dado con Belinda y se decidía a pedir la mano de Cristina Palacios. Quizás porque valoraba como muy posible esa circunstancia, jamás le había confesado a Adrien sus sentimientos por la joven.

Se acercó despacio a ella, temiendo que algún movimiento brusco desmenuzase ese momento.

—Gonzalo… —musitó avergonzada.

Tenía los ojos fijos en el suelo. Parecía incluso que estaba a punto de desmayarse, así que él se acercó aún más, y la tomó delicadamente por el antebrazo.

—¿Ocurre algo? —preguntó entre susurros, agachando levente la cabeza para acercar su rostro al de ella.

A Cristina la mano de Gonzalo le pareció firme. Creyó intuir un leve movimiento de su pulgar, semejante a una caricia. Ambos guardaron silencio. Podían compartir el mismo aire, pero ella no se atrevía a mirarle a los ojos. Nunca había estado tan cerca de Gonzalo. Era posible que jamás hubiese estado tan cerca de ningún otro hombre. Percibía el olor a musgo y tinta que brotaba de su pecho. Debía liberar su antebrazo de la mano del periodista. Escuchaba retumbar en su cabeza las mil recomendaciones que le habían dado a lo largo de su vida sobre cómo conservar intacta la virtud de las damas. La suya quedaría en entredicho si alguien los descubriera de esa guisa en un portal oscuro. Pero su cuerpo no respondía; era incapaz de apartarse. Se atrevió por fin a mirarle. Encontró en su rostro algo distinto; no había ni rastro de su gesto arrogante y burlón de siempre. Los ojos negros de ese hombre parecían temerosos, interrogantes, ansiosos… sorprendidos quizás. Solo quizás… cautivados.

Cristina entonces, guiada por algún diablo que ella desconocía que viviera en su interior, entornó los ojos, entreabrió los labios y dejó escapar un suspiro. Gonzalo lo interpretó como una invitación para que la saboreara. Se acercó despacio, primero la besó en la frente, descendió a su párpado derecho, luego besó el pómulo que quedaba debajo, intentando no espantar al dichoso diablo que acababa de hacer magia en su humilde portal. Tenían los labios ardiendo, morían de sed. Sus cuerpos se pegaron, inundados de pasión, de fuego, de entrega. Se besaban mientras él seguía recorriendo su antebrazo, acariciando desde el codo a la muñeca. En ese preciso instante sintió

que algo se desprendía de la mano de ella. Cristina se apartó de golpe y miró al suelo; a la derecha, a la izquierda… buscando el papel que acababa de escaparse de entre sus dedos. Pero la oscuridad y la rapidez con la que había vuelto a abrir los ojos le impedían encontrarlo.

Gonzalo tuvo más suerte y lo localizó. El papel había trazado una doble pirueta, desde la desmayada mano de Cristina hasta el primero de los escalones. Se agachó a recogerlo y, sin querer, posó en él los ojos.

—¡No! —gritó ella. Intentó arrebatárselo, deshaciendo el hechizo en el que habían estado sumergidos segundos antes.

Pero era demasiado tarde.

—¿Qué es esto? —preguntó Gonzalo.

Una pregunta absolutamente absurda porque ya había visto el papel y reconocido sus hechuras. Y no podía creerlo.

LA CURIOSIDAD ES PELIGROSA

Y USTED NO ES CAUTO

Todo cuadraba ahora. Volvió los ojos hacia Cristina, que estaba muda, paralizada.

—Eras tú… —farfulló él.

—Yo… yo… no. Espera. Deja que te explique. Yo no…

A Cristina le hubiera gustado decirle que, desde que regresaron del viaje, no había podido arrancarse su recuerdo de la cabeza. Que hacía varias noches que había fantaseado con la idea de besarle, que había anhelado que la meciera entre sus brazos. Le habría gustado confesarle que le había faltado la respiración cuando entraba en el portal por el simple hecho de saber que allí era donde él vivía, por pensar que en uno de esos pisos estaría la cama que acogía sus sueños, las sábanas con las que se arropaba en las noches. Cristina parecía a punto de suplicar un perdón, pero no lo hizo. No la habían educado para pedir disculpas, ni para humillarse, ni para reconocer errores. La educaron para ser alabada, disculpada, obedecida…

—No nos has dejado otra opción. Tus mentiras están afectando a mi familia —se justificó.

Gonzalo suspiró decepcionado. Era incapaz de mirarla a los ojos. Se habían besado. Él había sentido el cuerpo de Cristina temblar entre sus brazos. Y resultaba que lo que él había interpretado como un sentimiento correspondido, era temor a ser descubierta.

—Soy un imbécil. Por un momento pensé que estabas aquí por mí, porque yo te gustaba. Y no puedes imaginar lo valiente que me había parecido lo que estabas haciendo. Pero no eres más que una niña mimada —mordió las palabras con rabia—. La digna hija de tus padres. Gente como tu familia y como tú os creéis por encima del bien y del mal. Pensáis que sois superiores por tener dinero. Como si con él pudierais comprar la dignidad. Confundís haber nacido con suerte con ser mejores.

—Déjame que te explique… por favor…

—Pensaba que había conocido mafiosos cuando estuvimos en Nueva York —le interrumpió él—, pero sin lugar a dudas tú no te quedas corta. Sal de aquí, por favor, no quiero terminar diciendo algo de lo que me arrepienta.

Cristina abrió levemente la boca. Estuvo a punto de explicarle que la idea de las notas no fue suya. Que era su madre la que insistió en que lo hiciera. Pero se contuvo. Estaba segura de que nada de lo que pudiera decir podría arreglar ese momento. Pocas veces en la vida se había sentido tan mal. Se dio la vuelta y salió del portal de Gonzalo sin despedirse, dejándole cabizbajo, leyendo, aún sin poder creerlo, esas palabras amenazantes compuestas por recortes de letras de periódico.

Adrien le dio bastantes vueltas al asunto a lo largo de aquel verano, pero fue el abrumador calor de finales de agosto lo que le convenció de que amaba realmente a Belinda. Al contrario de lo que le aseguró Gonzalo, el paso del tiempo no solo no estaba consiguiendo que la olvidase, sino que más bien estaba multiplicando su amor. Se daba cuenta de que era capaz de recordar, con memoria de elefante, cada instante pasado a su lado. El color exacto de sus ojos que, si antes eran ámbar ahora eran de oro, la piel de seda, las ondas de su pelo, el perfume azucarado, el tono de su voz… El paso del tiempo mejoraba el recuerdo de Belinda, igual que ocurría con los buenos vinos.

—La rememoración de los instantes que has pasado con ella es mucho mejor que los propios instantes que pasaste con ella. ¿No te das cuenta? A eso se le llama «idealizar» —le aclaró Gonzalo.

Pero no estaba dispuesto a aceptarle lecciones sentimentales a un tipo que estaba enamorado —aunque no quisiera reconocerlo— de una mujer que le enviaba amenazas anónimas. Así que decidió que no iba a renunciar a Belinda.

Para su desgracia, la Compañía Trasatlántica había cancelado durante el verano los trayectos Nueva York-Sevilla. Los sustituyó por Nueva York-Pasaje (San Sebastián), donde los viajeros pasarían dos días. De allí en tren a Santander y después Galicia, para visitar las rías

y Santiago de Compostela. Los directivos de la naviera consideraron —con muy buen criterio— que exponer a los turistas al sol corrosivo del agosto en el sur de España podría ser contraproducente en sus intentos por incentivar el turismo en la zona.

Los días se hicieron eternos ese verano en espera del carro de nieve; burlando el calor con abanicos, búcaros y colchones echados en el suelo del patio para convocar el sueño. Los hebreos de las Lumbreras recorrían las calles arrastrando los pies, con su barba bipartita, ofreciendo sus dátiles y sus babuchas por las callejuelas más viejas, las que se habían librado —de momento— del ensanche por la Exposición. Esas calles que aún guardaban la configuración tradicional que permitía que la sombra no las abandonase en todo el día. Las tardes las pasaban los hebreos traspasando sigilosos los zaguanes, asomándose al patio de las casas adormecidas a la hora de la siesta, echando un ojo a través de la cancela y el biombo, para pregonar sus productos.

—Dátiles… Babuchas… pomada para las quemaduras…

Y Adrien siempre les compraba porque le daban lástima, porque su pregón le parecía tan lúgubre como su propia alma.

Sobrevivieron un año más los sevillanos al verano.

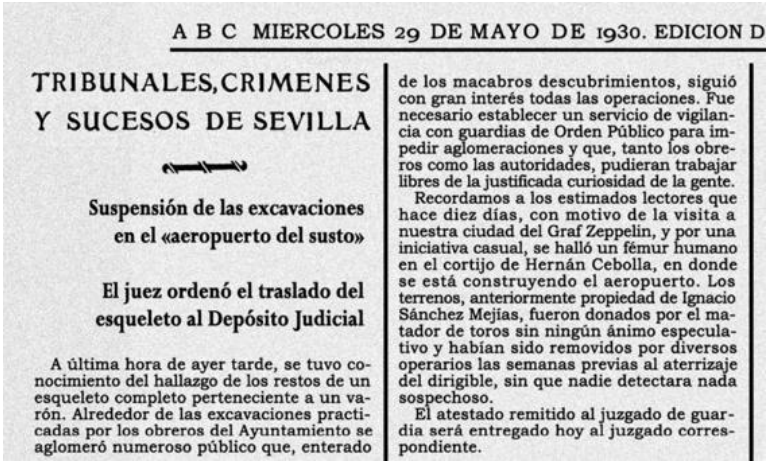
Al retomar el trabajo en septiembre se enteraron de que el Ateneo de Sevilla estaba organizando una expedición a Nueva York, aprovechando que el Manuel Arnús regresaba al Guadalquivir. Los ateneístas tenían previsto promocionar Andalucía mediante conferencias, exposiciones, películas… Pretendían que no se la conociera únicamente por las coplas, las castañuelas y las panderetas. El Ayuntamiento encontró la idea tan acertada que pensaba subvencionarla con dos mil pesetas. Se uniría a ellos el Ateneo jerezano, con el fin de difundir la industria vitivinícola y las excepcionales condiciones de Jerez como centro de turismo de la baja Andalucía. Paralelamente, la Comisión Permanente de la Exposición no solo anunció que se acababa de aprobar un anteproyecto para la construcción de un estadio y un campo de deportes con capacidad para veintidós mil espectadores en los terrenos próximos a la avenida de la Palmera, sino que se unirían a la expedición del Ateneo en su viaje a Nueva York.

Por supuesto, Adrien también se embarcaría con ellos.

---

[9] El médico y psicoanalista húngaro Sándor Ferenczi (amigo íntimo y fiel seguidor de Freud) consideraba que los afectados por neurosis de guerra vivían dominados por la angustia, la pusilanimidad, la depresión hipocondríaca, la incapacidad de soportar un sufrimiento moral o físico, y una propensión a los accesos de ira. Lo razonaba como una hipersensibilidad del «yo» que daba lugar a una regresión al narcisismo infantil.

Capítulo IX



A B C MIERCOLES 29 DE MAYO DE 1930. EDICION D

TRIBUNALES, CRIMENES Y SUCESOS DE SEVILLA

Suspensión de las excavaciones en el «aeropuerto del susto»

El juez ordenó el traslado del esqueleto al Depósito Judicial

A última hora de ayer tarde, se tuvo conocimiento del hallazgo de los restos de un esqueleto completo perteneciente a un varón. Alrededor de las excavaciones practicadas por los obreros del Ayuntamiento se aglomeró numeroso público que, enterado de los macabros descubrimientos, siguió con gran interés todas las operaciones. Fue necesario establecer un servicio de vigilancia con guardias de Orden Público para impedir aglomeraciones y que, tanto los obreros como las autoridades, pudieran trabajar libres de la justificada curiosidad de la gente.

Recordamos a los estimados lectores que hace diez días, con motivo de la visita a nuestra ciudad del Graf Zeppelin, y por una iniciativa casual, se halló un fémur humano en el cortijo de Hernán Cebolla, en donde se está construyendo el aeropuerto. Los terrenos, anteriormente propiedad de Ignacio Sánchez Mejías, fueron donados por el matador de toros sin ningún ánimo especulativo y habían sido removidos por diversos operarios las semanas previas al aterrizaje del dirigible, sin que nadie detectara nada sospechoso.

El atestado remitido al juzgado de guardia será entregado hoy al juzgado correspondiente.

A Belinda le gustaba mucho más la biografía que había inventado para Belinda Miller que su propia biografía. Tomó los datos básicos y fue recortando de aquí, aumentando de allá, omitiendo aquello, ensalzando lo otro, anhelando en muchas ocasiones que ese detalle en concreto hubiese acontecido tal y como ella lo contaba, o que eso otro no fuese más que una pesadilla consistente. Con tanta minuciosidad trazó su recorrido vital que a menudo recordaba pequeñísimos detalles de cosas que no habían sucedido. Tras esa ardua labor de diseño, Belinda había compuesto la semblanza de una diva, una mujer elegante, con un talento musical fuera de serie y con una prometedora proyección como artista; envidiada por las mujeres, deseada por los hombres. Brillante en toda la plenitud de la palabra. Estaba convencida de que la vida, a fin de cuentas, era lo que uno contaba sobre sí mismo, lo que recordaba, y ella había dejado bien lejos los detalles escabrosos de su pasado en Cuba. Si llegase algún día a ser estrella del Moulin Rouge de París —tal y como pretendía— y algún escritor quisiera redactar su biografía, todo quedaría tal y como ella deseaba, ni una coma más ni una menos, porque muy pocos conocían de verdad quién era Belinda. Aunque, sin duda alguna, uno de los que más datos tenía era Flavio Leone.

Antes de que ninguno de los dos conociera la existencia del otro, Flavio se dedicaba a traficar con *whisky* traído de Canadá. Y le iba muy bien. Mucho más que bien, en realidad. Y seguía yéndole bien el día que escuchó hablar por primera vez del ron que llegaba de Florida. Y también le fue bien las semanas siguientes. Pero poco a poco ese murmullo resonó en sus oídos con una voz fuerte y clara, llegando a incomodarle. Ese líquido acaramelado empezó a demandarse en los *speakeasy* de la competencia, hasta convertirse en un incentivo para que algunos clientes decidieran pasar más tiempo en el Radium Club o en el Smalls Paradise que en el Cotton Club.

Si de algo podía presumir Flavio Leone era de tener los pies en el suelo y saber que el mundo en el que él se movía era voluble. Un día estabas en un palco del estadio de los Yankees con un pase VIP colgado del cuello y otro caías desde el piso más alto del Woolworth Building «por accidente», como le había sucedido el invierno pasado a su buen amigo Marwin Daniels por asuntos que no merece la pena

señalar en este momento. El caso es que Flavio era consciente de que, en un negocio como el suyo, se tenía que ir un paso por delante. Siempre podía aparecer alguien más joven y espabilado con la intención de comerse su merienda, de manera que se puso a investigar. Así fue como se enteró de que un tal Ricardo Martínez estaba distribuyendo el licor desde Tampa, con una flota bien organizada de camiones. El ron de origen cubano no solo llegaba a Nueva York, a esas alturas también inundaba los clubs de Illinois, alcanzando incluso California. Al parecer Ricardo Martínez importaba la melaza directamente desde la isla de Cuba, situada a tan solo noventa millas de Florida por mar, con transacciones absolutamente legales. Una vez en territorio estadounidense la destilaba, convirtiéndola en ron. El negocio era relativamente seguro y los beneficios suculentos.

Flavio sabía reconocer el talento de los que se arriesgaban con nuevos retos, pero eso no significaba que estuviera dispuesto a permitir que un pazguato sureño viniera a pasarse de listo en sus feudos, de manera que se propuso ponerle trabas a los planes expansionistas de Ricardo Martínez. Se tomó el asunto como algo personal. Envió a sus matones a interceptar los cargamentos nocturnos de ron mucho antes de que alcanzaran la ciudad; en las carreteras de ambas Carolinas. Ricardo perdía así el negocio, no solo de Nueva York, sino también de Virginia, Ohio, Kentucky, Indiana e Illinois. Los hombres de Leone se las apañaban para echar los camiones a las cunetas, sacaban a tirones a los conductores y les sacudían una memorable paliza, para que se les quitaran las ganas de volver a por más. Después prendían fuego a los camiones que se convertían en antorchas de enormes dimensiones que ardían durante horas, alimentados por el primer estallido del depósito de carburante y el ron de las botellas. El horizonte se teñía de naranja e iba oscureciéndose, pasando al marrón, para inundar el cielo del amanecer de nubes negras y densas que se podían ver a cientos de millas a la redonda. Cada emboscada terminaba pareciendo la campaña de Atlanta. Tras varios intentos fallidos de introducir el ron cubano en Nueva York, Flavio consideró que el mensaje había quedado claro: Aléjate de mi territorio.

Pero si algo caracterizaba a Ricardo Martínez era su buen ojo para los negocios y sus capacidades de adaptación a medios hostiles. Concluyó que el pastel neoyorkino era lo suficientemente grande como para que lo disfrutaran varias personas y decidió encontrar la manera de ponerse en contacto con su enemigo para proponerle un trato. Y ahí fue donde Ernesto, el hermano mellizo de Belinda, entró en

escena.

Ernesto Miller era el hijo de Ernest Miller, un norteamericano residente en La Habana, propietario del ingenio azucarero que le vendía la melaza a Ricardo. Los negocios entre ellos no se ceñían a una mera transacción de producto a cambio de dinero, Ernest Miller participaba activamente. Intervenía en la distribución y se llevaba un tanto por ciento de las ventas del ron en territorio estadounidense. No es que no se fiara de Ricardo Martínez —la realidad es que Ernest Miller no había amasado su fortuna fiándose de la gente—, pero era de los que creían que la distancia física entre socios aumentaba la tentación de escamotear las ganancias, y por eso mandó a su hijo Ernesto a vigilar sus intereses económicos en Florida. Pese a su juventud, el muchacho tenía cualidades diplomáticas. Fue precisamente él quien propuso enviar una caja de ron envejecido en barricas de cerezo a Flavio Leone como gesto inicial de buena voluntad, cuando Ricardo barajó la idea de alcanzar un trato con el mafioso. Una semana más tarde, Ernesto contactó con Flavio y le propuso concertar una cita para un encuentro amistoso. Leone tardó varios días en responder. Al final aceptó, porque era un hombre cabal y sabía que era bueno tener a los amigos cerca, pero a los enemigos mucho más cerca aún. Decidió citarle en un lugar en el que tener las espaldas cubiertas por sus diez matones: el Cotton Club.

Ernesto Miller se presentó en el local un lunes a primera hora de la mañana. Allí le recibieron los hombres de Flavio. Le retuvieron en el guardarropa, le cachearon de arriba abajo y le quitaron la única arma que llevaba: una Derringer de un solo tiro que ocultaba en su funda de cuero, ceñida al tobillo. Que el muchacho viniera solo y aceptara entrar desarmado en una jaula de lobos impresionó a Flavio Leone. Había dos posibilidades: o era muy valiente, o rematadamente estúpido. En cualquier caso lo que sí le pareció es que Ernesto era un crío. Posiblemente ni siquiera había cumplido aún los veinte años. Delgado, de huesos largos, caminaba con cierta elegancia gatuna, como si avanzara de puntillas. Cuando se quitó su *knapp-felt* vieron que se peinaba el pelo hacia atrás con brillantina —con mucha brillantina—. Vestía traje de lino en color crudo, camisa Arrow blanca, corbata marrón claro con nudo en forma de diamante y zapatos de tipo *oxford brogue,* de piel blanca con la puntera y el talón marrones. Parecía que estuviera pasando las vacaciones en un hotelito de la costa francesa.

Pese al trato descortés con el que le recibieron los hombres de Leone, Ernesto se acercó a Flavio con una enorme sonrisa dibujada en su rostro. Estiró su mano derecha para saludarle y acogió el apretón

de ambos en su mano izquierda, como si realmente fuese cierto el placer que aseguraba sentir al conocerlo.

—Lleva usted un traje soberbio —admiró Ernesto.

—Hart Schaffner & Marx —le informó Flavio—. Hecho a media en Chicago.

—Una maravilla. Ayer me di una vuelta por Bergdorf Goodman y Lord & Taylor, pero estoy seguro de que podrá indicarme otros lugares en los que comprar trajes tan regios como el que usted lleva. Esta ciudad es impresionante. Impresionante de verdad. Gracias por invitarme a visitar su elegante local —dijo recorriendo el espacio con la mirada.

—Tome asiento, por favor —le indicó Leone conteniendo una sonrisa.

Ernesto Miller parecía encantado de estar allí. Se comportaba como si aquello fuese una visita de cortesía. Se sentó, cruzó las piernas y aceptó el cigarrillo que le ofrecieron, sujetándolo entre el índice y el corazón, mientras acariciaba la boquilla con la yema del pulgar. Resultaba un muchacho realmente fascinante, pensó Flavio.

—Creo que no hemos comenzado con buen pie —abordó de pronto Ernesto, que a esas alturas había borrado ya la sonrisa de su boca—. Mi socio Ricardo Martínez y yo queremos, en primer lugar, pedirle disculpas. Sin lugar a dudas hemos pecado de desconocimiento, lo cual no es excusa, por eso entendemos que se haya sentido ofendido, e incluso atacado. —Le dio una calada a su cigarrillo, expulsó el humo despacio, colocando los labios como si estuviera a punto de silbar, y continuó hablando—. Todo esto que ha ocurrido con el ron… los camiones ardiendo en las carreteras… Convendrá conmigo en que es una auténtica locura. Y un desperdicio. Disponemos de un producto de primerísima calidad que estoy seguro sus clientes habituales apreciarían y que resultaría un reclamo para otros nuevos. Por eso me gustaría que valorase nuestro ofrecimiento. Imagínese… el Cotton Club podría convertirse en el único local que sirviese ron cubano de primera calidad en la ciudad de Nueva York.

—Estoy atento. Me interesa escuchar sus propuestas —indicó Flavio.

—Va directo al grano. ¡Me gusta! —Ernesto le señaló con el índice —. Lo interpreto como un primer paso en la buena dirección. Lo que nosotros pondríamos a su disposición serían nuestros contactos en La Habana, los medios de transporte marítimo, nuestro personal en el puerto de Tampa, el proceso de destilación, el embotellado, los camiones, la distribución… Toda esa gente que jamás trabajaría para usted si no estuviéramos nosotros como intermediarios, se lo aseguro.

Nosotros nos encargaríamos de todo.

—Y a cambio yo… —inquirió Flavio Leone.

Ernesto sonrió. Tenía sonrisa traviesa aunque, a esas alturas de la conversación, ya no le parecía tan niño. Ni tan estúpido.

—A cambio usted respeta nuestros camiones, nos informa de posibles intervenciones policiales, nos abre las puertas de Nueva York y se lleva un tanto por cierto del negocio aquí.

—Tendré que pensarlo.

Ernesto sonrió de nuevo.

—Se dará cuenta, señor Leone, que no se puede tapar el sol con un dedo. Llegará un momento en el que no podrá tener a sus hombres las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, vigilando las carreteras. Y estoy seguro también de que sabe que un negocio como este, o como cualquier otro que gire en torno a la bebida, no debe depender únicamente del *whisky,* o de esos cócteles terribles que ya se han llevado por delante a más de uno. Por otra parte, la cerveza no resulta demasiado elegante para un lugar como este. Si nos rechaza estoy seguro de que encontraremos a otras personas interesadas en cerrar un trato con nosotros.

—En ese caso —señaló Flavio— entraríamos en guerra.

Ernesto arrugó su delicada nariz y sacudió la cabeza en señal de contrariedad.

—Considero que eso sería un error. ¿De verdad quiere darle un portazo a un negocio tan sencillo y lucrativo como este?

Flavio sonrió. Ese muchacho le hacía gracia. Había llegado hasta allí con su aspecto de chulo de barrio, y se había metido en su local armado únicamente con una ridícula pistolita que creyó que podría ocultarles. Y ahí lo tenía, delante de sus ojos, desarmado y aparentemente disfrutando del encuentro.

—Está bien. Me ha convencido. Cerraremos los términos de nuestra «cooperación» brindando con el ron que nos envió el otro día.

Flavio hizo una señal y trajeron una bandeja con una botella y dos copas.

Ese día Flavio, como prueba de amistad y compromiso, le entregó a Ernesto una de las petacas promocionales grabadas con las dos CC del Cotton Club.

Ernesto Miller justificó ante Ricardo Martínez y su padre su traslado a Nueva York indicando que debía vigilar la incipiente sociedad con Flavio Leone durante los primeros meses. Pero la realidad era que esa ciudad le fascinaba y que quería instalarse allí definitivamente. Alquiló un apartamento frente a Central Park y comenzó a vivir intensamente las oportunidades que ponía a su

disposición la Gran Manzana. Fue así como Belinda entró en contacto con Flavio Leone. Cuando el mafioso se enteró de que ella tenía aspiraciones artísticas, y la escuchó cantar por primera vez, enseguida comprendió que sería sencillo convertirla en una estrella.

—Tu lugar en el mundo es aquel donde te sientes quien realmente eres —le dijo Leone tomándola de las manos el día que debutó en el Cotton Club—. Sal ahí afuera y brilla.

Y ella brilló. ¡Vaya si lo hizo!

Belinda tenía una deuda con Flavio; le estaba tremendamente agradecida. Fue el primer hombre que le prestó atención a sus sueños, y quien la ayudó a cumplirlos. Hasta que le conoció no le había revelado a nadie sus secretos más íntimos. Belinda sabía bien lo que era permanecer en un segundo plano, almacenando emociones que debía silenciar. Pero Flavio Leone supo mirar en su interior y amarla tal y como era. La cuidaba, la consentía, la protegía… había puesto a su disposición a Santino Neri para que fuese su chofer y guardaespaldas cuando él no pudiera acompañarla. Gracias a él se había convertido en la mujer extraordinaria que era; una rutilante estrella del cielo neoyorkino. Flavio Leone la trataba como una verdadera dama. Nunca antes un hombre la hizo sentir así. Le debía todo y estaba dispuesta a hacer lo que fuera por él. Por eso aceptó viajar a España cuando Flavio se lo propuso. Gracias a sus contactos en el City Hall, el italiano se había enterado de que la Compañía Trasatlántica tenía previsto unir el viejo y el nuevo continente en vapor de lujo. Ninguno de los buques que llegaban de Europa podían atracar en Nueva York ni en Puerto Rico, por las dificultades derivadas de la ley seca, pero se haría una excepción con el Manuel Arnús. Flavio Leone vio en ello la oportunidad de ampliar la oferta de bebidas espirituosas en el Cotton Club, añadiendo diferentes variedades de vino español. Las actuaciones a bordo de Belinda Miller no eran más que una excusa para que ella pudiera controlar, desde dentro, el nuevo negocio de su amante. Disponían para ello de un contacto en el propio barco: el oficial Domingo Amores. Gracias a él se enteraron de que, por cuestiones técnicas, el Manuel Arnús debía parar obligatoriamente en Cádiz para surtirse de carbón antes de salir a mar abierto. Allí era donde Domingo entraba en acción. Además de controlar la carga de combustible, también facilitaba llenar la bodega del barco de cajas de diferentes tipos de vinos; blancos, tintos, amontillados, olorosos… Al llegar a Nueva York, el Manuel Arnús quedaba atracado en el muelle 8 de la Compañía Trasatlántica, bajo la vigilancia del oficial, en espera de que los hombres de Flavio vinieran a recoger las botellas en camiones, protegidos por el manto de la

noche.

Parecía un negocio redondo de no ser porque Domingo Amores confundió los términos y consideró que el cuerpo de Belinda entraba en el trato. Una de las noches de travesía, cuando se encontraban en medio del océano, la cantante tuvo la certeza de que alguien se deslizaba a hurtadillas dentro de su camarote. Se oía el sonido del mar pero, al prestar atención, pudo también percibir el leve silbido de una respiración agitada. Encendió la luz y allí estaba él. Domingo Amores la acechaba desde una de las esquinas. Caminó hacia ella con los ojos llenos de pasión, desabotonándose la camisa, murmurando entre dientes lo mucho que la deseaba. Entonces Belinda abrió el cajón de la mesita de noche y sacó de allí la Derringer que siempre llevaba consigo. La aferró con las dos manos y le apuntó entre los ojos.

—Largo de aquí, cerdo de mierda —pronunció muy despacio, masticando cada sílaba.

Domingo Amores quedó petrificado, con las manos aún aferradas al cinturón que ya había comenzado a desabrochar. Observó fijamente el agujero del cañón con el que ella lo señalaba y le pareció un pozo insondable. ¿Sería capaz de dispararle o iba de farol? Cambió el enfoque y la miró a los ojos, sus dulces ojos dorados que ahora parecían los de una pantera a punto de saltar sobre su presa.

No parecía ir de farol.

—Contaré hasta tres —siguió diciendo Belinda—. Si cuando termine de pronunciar el número 2 no has salido por donde entraste, te reventaré la cabeza de un disparo. Te advierto que soy buena tiradora. Uno…

Domingo Amores no llegó a escuchar el número 2. Abrió la puerta del camarote de la cantante y salió a toda prisa mientras pronunciaba la palabra «zorra», sintiendo la zeta y la doble erre vibrar en su boca.

Por cosas como esa Belinda se acostumbró a relacionar el deseo que despertaba en algunos hombres, con dominación. En su infancia aconteció un suceso traumático que acudía a su mente de vez en cuando, a pesar de lo mucho que ella se esforzaba en olvidarlo. Fue el día de su cumpleaños. Su abuela Regla la había enviado a comprar huevos con los que hacer un bizcocho para merendar. Tomar el camino habitual al colmado no le llevaría más de cinco minutos la ida y otros cinco la vuelta, pero ese día decidió aventurarse por otras calles. Cumplía ocho años y se sentía preparada para proyectar una ruta alternativa sin perderse. Era la manera de demostrarse a sí misma lo mayor que era ya. Caminaba con una cesta de mimbre en la mano izquierda y en la derecha, bien apretadas dentro del puño, las dos moneditas que su abuela le había dado para pagar el mandado. Serían

más o menos las tres de la tarde y no se veía un alma. Al final de la calle principal, en la penumbra de una de las puertas abiertas, había un hombre sentado en una banqueta de madera, mirando al exterior. Llevaba un pantalón corto desgastado y una camiseta blanca de tirantes llena de lamparones, por la que se asomaba una buena mata de pelos rizados. Estaba descalzo.

Mucho tiempo después, cuando la mente testaruda de Belinda le devolvía ese recuerdo, no podía comprender la razón por la que se paró allí, delante de la puerta, obnubilada, con la mirada fija en los pelos alborotados de aquel hombre.

—Hola —saludó él.

—Hola. Hoy es mi cumpleaños —anunció con orgullo.

—¡Felicidades!

—Gracias.

—¿Y cuántos cumples?

—Ocho.

—Vaya… eres muy mayor ¿Quieres un caramelo?

—No sé…

—¿No sabes? Es un regalo. Por tu octavo cumpleaños.

Se hizo el silencio. Ambos se miraban.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Que sí que quiero el caramelo.

—Pues ven, pasa, que los tengo dentro. Venga, ven, que no muerdo. ¡Ven!

Obedeció. Había recibido una firme educación según la cual jamás debía resistirse a una orden dictada por una persona mayor. Así que se adentró en la oscuridad de la casa, siguiendo los pasos del hombre. Olía a frijoles refritos y un poco a perro mojado. Caminaron por un pasillo estrecho que terminaba en una pequeña estancia con un armario, una mesilla y un pequeño catre. El hombre abrió el cajón de la mesita de noche y de allí sacó un caramelo.

—Ten. ¿Te gustan los caramelos? Ten. Yo te lo doy.

El hombre se sentó en el borde de la cama con el dulce atrapado entre el índice y el pulgar; mostrándoselo.

—Ven. Ven…

Y fue.

Despacio.

Hasta que llegó a su altura. Entonces el hombre lo atrapó en el puño, lo escondió a su espalda y le propuso un juego. Ocultaría el caramelo en una de sus manos y, si lograba acertar en la que estaba, se lo daría.

—¿Y si no acierto?

—Si no aciertas, pierdes. Y el que pierde paga.

—Yo no tengo dinero. Solo esto para comprar huevos. —Abrió el puño y le mostró las monedas que llevaba apretadas, que le habían dejado marcas de medias lunas en la palma de la mano.

—No hace falta que me pagues con dinero. Puedes pagarme con un beso.

—¿Un… beso…? —titubeó.

—¿Hacemos entonces el trato?

—No sé…

—No sé… no sé… —rezongó el hombre.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Que sí quiero jugar.

El hombre sonrió. Fingió esmerarse mucho en pasar el caramelo de derecha a izquierda, a su espalda. Entonces avanzó los puños y los mostró ante el rostro infantil.

—¿Derecha o izquierda?

Era complicado. Siempre que había jugado a ese juego, intentaba descubrir alguna leve variación en el tamaño de las manos que indicase en cuál de ellas se escondía el objeto.

—¡Derecha! —concluyó con entusiasmo.

El hombre puso cara de disgusto. Abrió la mano derecha y ahí estaba el caramelo. El rostro de la criatura se iluminó. Extendió la mano para atrapar su premio y entonces el hombre volvió a cerrarla.

—Espera… espera… Todavía no hemos terminado el juego.

Deshizo el papel de celofán que cubría el caramelo y se lo metió en la boca. Comenzó a degustarlo con deleite, haciendo grandes aspavientos, con los ojos entrecerrados, aparentemente extasiado por su dulce sabor. Separó los labios y dejó que el caramelo pasara de un lado a otro de su boca, empujándolo con su lengua.

—Está muy rico. Delicioso. Casi tan rico como debes estar tú. ¿Quieres probarlo?

—Sí.

—Pues quítamelo. Pero no puedes tocarlo con las manos. Tienes que usar la boca.

Colocó el caramelo entre sus dientes, dejando la mitad fuera. Entonces le hizo una seña, indicando que se acercara.

Los labios infantiles se aproximaron a los labios gruesos del hombre que, aprovechando la cercanía, colocó su mano en la corva tierna. Comenzó a subir por los muslos, circundándolos, acariciando, subiendo, más, despacio… mientras las bocas de ambos se juntaban lo

bastante como para que el hombre dejase escapar el caramelo. Acarició con la punta de la lengua esos labios que sabían a almíbar, mientras aferraba a la criatura con sus manos, que a esas alturas alcanzaban ya las nalgas. Abrió sus propias piernas. Su sexo estaba duro, palpitante, y siguió atrayendo hacia él aquel cuerpecito, que no era mucho más que huesitos y poca piel. Y empezó a frotarse contra él. El aire comenzó a entrar y salir de su boca, de forma entrecortada. Sus dedos ásperos se movían lentamente, tanteando, intentado separar las nalgas, en un principio con suavidad, pero la criatura se resistía y tuvo que imprimir más firmeza.

—No… no…

Escuchó el susurró de esa vocecita desde lejos, como si viniera desde dentro de un sueño lejano. Estaba demasiado excitado. Demasiado concentrado en la suavidad de esa piel tan íntima y virgen. El hombre boqueaba como un pez fuera del agua, de manera que su saliva se escapaba por la comisura de sus labios.

—Déjate, preciosura, que lo vas a pasar bien. Que te voy a meter el dedito bien suave. Verás… verás qué rico.

—¡Suéltame!

El hombre abrió los ojos, medio atolondrado. Aquel grito desgarrador y los llantos posteriores habían deshecho el encanto del instante. Solo tuvo tiempo de intuir una estela corriendo pasillo arriba, en dirección a la salida. Se dio cuenta de que había mojado los pantalones, y de que volvía a tener lo poco que quedaba del caramelo dentro de la boca.

Belinda llegó tarde ese día a casa de la abuela Regla, sin haber comprado los huevos, sin la cesta y sin las monedas, que debieron caérsele en casa de aquel individuo. Traía raspones en las rodillas, porque tropezó un par de veces, y los mofletes surcados de churretes por haber llorado. Su abuela no dejaba de preguntar por lo que había pasado, ¿dónde estaban las monedas? ¿Por qué regresaba tan tarde y sin el encargo? Pero Belinda se negaba a contárselo. Un sexto sentido le hacía intuir que lo que ese hombre le había hecho no era lícito, pero a la vez se sentía responsable de lo sucedido. Se alejó del camino habitual y había hablado con un extraño; no debió hacer ninguna de las dos cosas. Su abuela se enfadaría muchísimo si se enteraba. Pero los remordimientos fueron más fuertes que su firme voluntad para guardar un secreto. En mitad de la noche, cuando las pesadillas sobre el hombre que le aferraba las nalgas le asaltaron, le confesó a su abuela, entre sollozos, lo que había sucedido. En contra de lo que había pensado, su abuela no se enfadó.

—¡Maldito de mierda! —musitó.

Al día siguiente le pidió a Belinda que le indicara el lugar en el que vivía el hombre que le había hecho cosas feas. Temía decírselo porque pensaba que iba a enfrentarla con él, pero su abuela la tranquilizó. Regla se limitó a observar la casa con un ojo medio cerrado, murmurando una de sus eternas letanías. Dos días después, el hombre que engatusaba a los niños con caramelos para hacerles porquerías en su casa apareció degollado, con los pantalones bajados hasta los tobillos, encima de su cama. Con su propia sangre escribieron en la pared: «PUERCO», en letras bien grandes. Le habían cortado de un machetazo el miembro viril —que tantos desatinos le empujaba a cometer— y se lo habían metido en la boca.

Nunca se encontró al culpable.

Y tal vez era por recuerdos como ese por lo que Belinda valoraba tanto a Flavio Leone. Pese a su fama de cruel mafioso era —en la intimidad que compartían— un hombre dulce, tierno, que le inundaba el apartamento de las flores que tanto amaba, y de las que podía hablar durante horas. Cuando vivía en su Cuba natal, ni en sus mejores sueños hubiera imaginado que un hombre la trataría de esa manera. Belinda era consciente de que tenía treinta años más que ella, que estaba casado, que tenía cuatro hijos… que nunca pediría su mano. Jamás formaría parte de la familia tradicional que había añorando en su niñez; una madre cariñosa y un padre protector. Aunque ahora valoraba las peculiaridades de su abuela, en sus primeros años hubiera deseado ser como los demás. Y no hubo nada de normal en la vida junto a la abuela Regla. Lo que otros niños de su edad daban por sentado era para Belinda una tremenda suerte que no le correspondió en la ruleta del destino. Por eso sintió tanta envidia de Cristina Palacios el día que la conoció en el barco. Debían tener la misma edad, y sin embargo habían vivido en dos mundos completamente diferentes. Se notaba a la legua que sus padres procuraban que ella fuese feliz. Cristina había nacido deseada, y vivía para que la adorasen. Los mejores colegios, las clases de piano, vestidos, perfumes, unas monjas bordando durante años su ajuar de novia, las Navidades donde ella —seguramente— se convertía en el centro de la existencia de la familia. La vida no le había puesto zancadillas, simplemente la mecía entre sus brazos a ritmo de vals. Cristina y ella eran la prueba palpable de que no todos partían en la carrera de la vida desde la misma posición; pura cuestión de suerte. Era cierto que también contaban el talento, el esfuerzo, el trabajo duro… pero la suerte era fundamental. Había que tener suerte para nacer en el momento preciso, en el lugar oportuno y con el tono de piel adecuado. No ser hombre —por ejemplo— en tiempo de guerra,

como le había pasado a Adrien Chevalier.

Oh… Adrien…

El capitán francés había llegado para descolocar su existencia de nuevo.

Solo yo podía apreciar lo mucho que Adrien y Belinda se parecían. Ambos representaban un papel que ocultaba el ser asustado que llevaban dentro.

Adrien le había narrado en el barco retazos de lo que vivió en la guerra. Escenas terribles que intentaba olvidar, pero que se empeñaban en asaltar una y otra vez su mente, sobre todo cuando dormía. Aunque lo que el capitán llevaba peor era el haber perdido en Verdún al hombre que creía ser. Haber arrinconado los preceptos en los que le habían criado. De niño le inculcaron que debía amar al prójimo como a sí mismo, perdonar y poner la otra mejilla, pero todas esas reglas cambiaron de la noche a la mañana. Los cimientos que le daban sentido a su yo más íntimo se resquebrajaron. Sus superiores se erigieron nuevos dioses y exigían matar y morir por la patria. Adrien le había confesado que regresó de la guerra sintiéndose un anciano cínico que había perdido la fe y la esperanza.

Adrien y Belinda se parecían, sí. Levantaron una muralla a su alrededor con deshechos de naufragios.

¿Se había enamorado de Adrien por eso? Quizás. Posiblemente. Aunque también influía la forma en que la miraba; él, que esquivaba el contacto visual con el resto de la gente. Y su olor. O tal vez ese cabello castaño claro, o sus cejas casi imperceptibles. O ese deseo que la abrasaba el alma por rozar su piel desde que fue consciente de que Adrien no soportaba el contacto humano. Tocar a Adrien resultaba igual de tentador que acariciar el collar de diamantes más caro del escaparate de Tiffany & Co, o que sumergir los pies en la fuente de Bethesda.

Ahora había dos hombres en su vida, y con cada uno de ellos era una Belinda distinta. Ni mejor, ni peor, simplemente distinta. Estaba segura de que ambos pensaban que la conocían bien, pero la realidad es que temía morir sin que alguien llegara a conocerla realmente.

Sí, Belinda Miller amaba al capitán Adrien Chevalier como no había amado a nadie jamás, pero ya había tomado la decisión de dejarle marchar. Le rompió el corazón tener que decirle que se olvidara de ella, pero era lo mejor. Estaba segura de ello. Adrien merecía compartir su vida con una mujer que pudiera ofrecerle una vida tranquila, que llegara a sus brazos inocente, una mujer con su mismo color de piel, de la que poder presumir delante de la gente. Una mujer como Cristina Palacios.

Y sí, Flavio Leone se había dado cuenta de que se había enamorado de Adrien como jamás le amaría a él, aunque también era consciente de que los lazos que los unían eran mucho más firmes que el amor, la pasión o el romance. Pese a todo, Leone se empeñó en que no volviera a ver al capitán francés. Le prohibió acudir al Cotton Club hasta que los españoles se marcharan de Nueva York y ordenó a Santino Neri que se convirtiese en su sombra, por si Belinda caía en la tentación de citarse con el capitán en algún lugar, o se le ocurriese la idea de visitarle en su hotel.

—Yo te he creado, y no pienso permitir que nadie te arranque de mi lado. ¿Lo entiendes? —le advirtió Flavio al día siguiente de observarlos juntos en el club—. Eres mi flor más hermosa.

Belinda estaba asomada al enorme ventanal de su apartamento, desde el que se veía la frondosa belleza de la primavera de Central Park. Flavio Leone se colocó a su espalda y le besó el cuello.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—No tienes de qué preocuparte. No vas a perderme —le respondió ella, antes de darle una calada a su cigarro.

Capítulo X

The New York Times

Copyright, 1926, by The New York Times Company.

NEW YORK, THURSDAY, NOVEMBER 18, 1926

FLAVIO LEONE DECLARADO CULPABLE POR EL JURADO

Los vicios de Nueva York se enfrentan a largas penas en la cárcel

NEW YORK, 17. Las sospechas de que los vínculos de Flavio Leone con determinados políticos o con la Policía le permitían actuar al margen de la ley han dejado de estar vigentes. En la mañana de ayer, uno de los gangsters más perseguidos de New York, fue declarado culpable por un comprometido jurado. El hombre que recorría las calles de la ciudad en automóvil blindado por miedo a ser disparado por bandas rivales, se enfrenta a diez años de cárcel por fraude fiscal. Atrás quedarán las reuniones en su casa con piscina de mármol, o las noches en el Cotton Club, local del que es socio. Mucho se comentaba sobre su cuerpo de guardia, compuesto por dieciocho «caballeros» embutidos en impecables smokings, varios de los cuales vigilaban el club estratégicamente situados en las mesas del local. Cuando Leone hacía el amago de levantarse de su silla para salir al exterior, todos se incorporaban para acompañarle al coche, formando un corro protector a su alrededor. Son varios los «Flavios Leone» que se presentan a los ciudadanos: el extorsionador que infringe la ley seca, el que organiza y dirige tiroteos, el dueño de burdeles, el vicioso que apuesta mil dólares en cada giro de la ruleta, y el buen padre de familia que juega candorosamente con sus hijos y adora a su esposa.

El cuerpo de Belinda yacía inmóvil sobre la cama, a medio cubrir por las sábanas revueltas. Aún en la penumbra de la habitación, un punto de luz se reflejaba en su hombro y trazaba una línea serpenteante, marcando el recorrido de su columna vertebral, perdiéndose en los pantaloncillos de raso.

Era el mejor regalo de Navidad que Adrien recibió en su vida.

El capitán acercó la nariz a su cabello ondulado y aspiró despacio, por temor a despertarla. Cerró los ojos para disfrutarlo sin distracciones. Belinda olía a manzana de caramelo, a pan con aceite y azúcar a la hora de la merienda. Seguramente su piel llevaba impregnado el olor de la melaza de caña que su padre manufacturaba. La intimidad con ella era como volver a ser un niño, recorriendo las callejuelas de una feria.

Cuando el Manuel Arnús atracó en Nueva York, Adrien fue directamente a su hotel. Se duchó, se vistió con su esmoquin y se encaminó sin más demora al Cotton Club. Llevaba en el bolsillo derecho de la chaqueta el anillo que talló para Belinda en una moneda de cinco pesetas de plata de ley de los tiempos de Amadeo I. Hizo un agujero en el centro y pasó horas ensanchándolo, lijando el metal, dándole forma, abrillantándolo. Eso le devolvió el recuerdo del taller de joyería de su padre y de los muchos anillos que talló en las trincheras para las novias de sus compañeros. Siempre supo que algún día encontraría a la mujer para la que cincelaría una alianza.

Y ese momento había llegado.

En el taxi, camino al club, acarició el canto bruñido del anillo para darse fuerza. No temía por su integridad física; estaba al corriente de la entrada en prisión de Flavio Leone. Lo que realmente le inquietaba era la reacción que Belinda tuviera al verle de nuevo. En su último encuentro ella le había rogado que saliese de su vida. ¿Qué haría si se sentía incómoda con su presencia? ¿Y si le mostraba indiferencia? O lo que sería peor aún; si no la encontraba. Para su fortuna, nada de eso sucedió.

Belinda salió a actuar esa noche con la premonitoria sensación de que algo excepcional estaba a punto de suceder. Ya en escena, aún deslumbrada por las luces, recorrió con la vista las mesas, hasta dar con el rostro de Adrien. En un primer momento pareció sorprendida.

Un segundo después le sonrió con mansedumbre, rindiéndose a la evidencia de que su unión era inevitable. Nada podían hacer para resistirse a ese amor. Al terminar su actuación, Belinda se acercó a su mesa y le susurró al oído que la esperase en la salida. Llegó minutos después dentro de un taxi, aún con el vestido de lentejuelas con el que había actuado. Sin decir una palabra, Adrien subió en el vehículo. Poco después llegaron al apartamento de ella; una lujosa residencia en el Upper East Side. Nada más atravesar el umbral, Adrien se quedó inmóvil. Sentía que estaba adentrándose en un territorio prohibido y ajeno. Como si pudiese leer la mente del capitán, Belinda se colocó tras él. Posó las manos sobre sus hombros, las deslizó hasta las solapas, tiró de su abrigo y de la chaqueta de frac. Los colgó en el armario de la entrada.

—Sé lo que se rumorea, pero este apartamento es de mi hermano Ernesto. Lo alquiló cuando comenzó a hacer negocios con Flavio —aclaró mientas se desprendía de su propio abrigo—. Y… bueno, podría decirse que también es mío.

Caminó hacia una de las esquinas, en dirección a una mesa en la que había un gramófono. Colocó el brazo fonocaptor sobre el disco de pizarra y lo puso en marcha. El aparato comenzó a emitir el quejido de un saxo. Belinda se dio la vuelta y vio que Adrien seguía en el mismo lugar, junto a la puerta. Sonrió y le tendió las dos manos.

—Ven… —invitó de forma maternal.

Él caminó a su encuentro y se aferró a una de ellas, porque en la otra llevaba el bastón. Belinda le condujo hasta una mesita bajo una de las ventanas. En ella había una bandeja con botellas de cristal labrado que contenían líquidos de diferentes tonalidades de ámbar. Belinda llenó dos vasos y le entregó uno.

—¿Y qué ha pasado con tu chofer? —preguntó él antes de dar el primer sorbo a su copa.

—¿Santino? —Belinda lanzó un sonoro suspiro tras pronunciar su nombre—. No es mi chofer en realidad. Solo me viene a buscar y me acompaña de vez en cuando. Es un buen chico. Un poco dependiente de Flavio.

—¿Un poco?

Ambos rieron.

—¿Tengo la sensación de que está loco por ti?

—¡Qué tontería!

Según Belinda, Santino Neri poseía una cualidad muy útil en los círculos que frecuentaban y que ella denominaba «visión de gánster». A parecer tenía el poder de descubrir cosas que permanecían ocultas a ojos del resto de los mortales. En una calle en la que una persona

normal veía —por ejemplo— una carnicería, un vendedor de perritos calientes y un estanco, Santino era capaz de descubrir un antro de cartas ilegal, un poli de la secreta y un burdel clandestino en la segunda planta de una residencia de ancianos. Le contó que Santino estuvo a punto de dar una sorpresa en el campeonato juvenil de los pesos medios, años atrás. Pero ya nadie lo recordaba, por eso él lo repetía mucho. En un mundo en el que algunos eran conocidos por sobrenombres que hacían alusión a sus particularidades, algo así como Jonhy el Sucio, Navaja Parker o Harry el Naipes, a Santino le llamaban Santino el Sonado porque creían que tantos golpes recibidos en el *ring* le habían dejado lento de reflejos. Aunque también había quien le conocía como «el bueno de Santino».

—Es un gigante con un corazón de oro. De verdad. Créeme. Su padre era un jefe mafioso al que tirotearon en su restaurante favorito de Little Italy, mientras se comía un plato de espaguetis con langosta —le explicó Belinda—. Expusieron su cadáver en un ataúd extravagante, lacado en color carmín, forrado de satén blanco, con su nombre tachonado en bronce sobre la tapa. El velatorio duró tres días. Lo enterraron en Queens, en el cementerio católico de Saint John. Santino ya ha comprado la tumba contigua para descansar a su lado cuando deje este mundo. Dame un par de minutos —concluyó ella antes de darse la vuelta y caminar en dirección a la que debía ser su alcoba.

Adrien la observó alejarse mientras pensaba que Belinda era capaz de convertir una historia tan truculenta como la de la muerte del padre de Santino en una narración trivial. Seguramente los actos violentos eran el pan de cada día en el mundo en el que ella se movía. Le dio un sorbo a su vaso. Era ron. Inspiró angustiado. ¿Y si no podía soportar la intensidad de la cercanía, aunque fuese la cercanía de Belinda? [10]

Bebió de nuevo. Vació el vaso de un trago.

Belinda reapareció, liberada del vestido de lentejuelas. Lo había sustituido por un *déshabillé* color marfil. Iba descalza. Sin pronunciar una sola palabra caminó a su encuentro, le tomó de la mano y le condujo a su alcoba. Con suma delicadeza, le quitó el bastón y lo apoyó en la pared. Le miró frente a frente, aferrándole de las manos. Tenían los labios tan próximos que podían sentir el aliento cálido del otro en el rostro. Una onda rebelde ocultaba el ojo derecho de Belinda, de forma parcial. Él estiró su dedo índice e intentó apartarlo. Sus ojos eran demasiado hermosos para permitir que quedaran ocultos. Esa sería la última iniciativa de Adrien; todos los movimientos que siguieron a ese estuvieron orquestados por Belinda.

—Tendrás que perdonarme —musitó él—, hace varios siglos que no estoy tan cerca de nadie y puede que…

—Shhhhhhh… déjate hacer. No pienses en nada.

Belinda desató el cinturón de seda que ceñía su *déshabillé,* y lo apartó de sus hombros. Se deslizó rápidamente hasta el suelo, ovillándose a sus pies como un gatito mimoso. Debajo llevaba un levísimo conjunto de pantaloncito y camiseta de tirantes de raso color madreperla, que emitía un ligero frufrú con sus movimientos. Debajo se intuían unos pechos pequeños, casi adolescentes, como los de una jovencita que acabara de alcanzar la pubertad, coronados por los pezones que se señalaban en la tela. Las piernas largas, delgadas, el trasero redondeado y firme, el vientre plano, la cintura breve, los huesos y los músculos duros, apretados; no había ni un gramo de grasa en su cuerpo mestizo.

Belinda acercó los labios a la boca de Adrien. Ese primer contacto caliente, mórbido, lento, húmedo… lo dejó desconcertado. Durante el tiempo que estuvo alejado de ella había fantaseado con la idea de besarla. Ese instante de intimidad en el que sus bocas se juntaban por primera vez le pareció un momento sublime. Había algo de magia en el encuentro con los labios de la persona amada. No cualquier boca, por sensual, dulce o diestra que fuera, provocaría lo que en ese momento estaba experimentando al besar a Belinda. Para sentirlo se necesitaba un historia que poder contar respecto de ese beso. Por primera vez en mucho tiempo, el contacto con otro ser humano no le produjo inquietud o desagrado. Aquella ansiedad que recorría su cuerpo confirmaba que se encontraba en el lugar adecuado. Se estaba aferrando al mundo gracias a las manos de Belinda que, justo en ese momento, se apartó para interrogar los ojos de su capitán, intentando captar si era miedo o placer lo que sentía. Por su mirada aturdida, ella interpretó que debía manejarse con sumo cuidado.

Desanudó su pajarita, tiró de ella y la dejó caer. Los delgados dedos de Belinda se afanaron entonces en desabrochar con calma los botones de la camisa. Cuando ya no quedó ni uno solo, posó las manos sobre su vientre, circundó su cintura, recorrió su espalda, volvió a sus costados y tanteó su pecho hasta alcanzar los hombros, sin dejar de mirarle a los ojos. Y empujó la camisa, que resbaló hasta el suelo. Entonces cerró los párpados, posó su boca en el esternón y comenzó a lamerlo, succionando, descendiendo, dejando la brillante huella de su saliva en la blanca piel del capitán francés, mientras desabrochaba sus pantalones y se arrodillaba frente a él.

—No… no… —susurró él sin demasiada convicción.

—Shhhhhhh…

Adrien sintió que penetraba en un océano en el que se concentraba todo el tiempo y todo el espacio. Se hundió en la boca de Belinda sobrecogido por esa suavidad húmeda e infinita. El sufrimiento por el contacto con otro ser humano se mezclaba con la vergüenza, con la perturbadora intromisión en su intimidad. Pero ante todo prevalecía el placer, tan intenso y delicioso que le mantenía inmóvil. Un placer olvidado, lejano, como un rumor de olas en un mar que había estado demasiado tiempo en calma. Unas olas que comenzaban a enervarse, arrastrando con ellas la sal, las partículas de arena, las algas y los fragmentos de conchas, para romper espumadas en la orilla. Ese goce se propagó desde el centro mismo de sus entrañas, extendiéndose por cada centímetro de su piel. Sentía que por fin había encontrado su lugar en el mundo; por fin había logrado espantar a la soledad. Escuchó desde fuera de él sus propios jadeos, hasta estallar como un crío, por puro instinto. Tras ese incontrolable arrebato se sintió vulnerable y confundido, con un regusto de plenitud que aún hacía vibrar su piel. No deseaba estar en ningún otro lugar, ni tampoco se hubiera cambiando por nadie. Quería dejarse amar por Belinda para siempre; únicamente por ella. Nada sabían los hombres zafios que buscaban el amor en cuerpos mercenarios lo que suponía amar amando; una variación que convertía el encuentro de dos cuerpos en una obra de arte. Había descubierto que era capaz de disfrutar de nuevo con la piel de otro ser humano. Belinda le había liberado de la cárcel del aislamiento. Y lloró como un niño, sintiendo que las lágrimas se le agolpaban en los párpados para deslizarse lentas por sus mejillas. Lloraba por el miedo que pasó en las trincheras, por los hombres de uno y otro bando que cayeron en el campo de batalla, porque ellos jamás tendrían la oportunidad de volver a amar, de sentir eso que solo podía sentirse estando vivo. Lloró también por él mismo, por el tiempo que había estado muerto en vida.

Los seres humanos pueden pasar años viviendo
día a día
un mismo día.
Siempre el mismo, repetitivo, opaco y gris.
Un día que nadie reseñaría en una biografía.

Poco a poco tomó conciencia de dónde estaba y se arrepintió de ser tan egoísta; quería devolverle a Belinda todo el placer que ella le

había proporcionado. Extendió la mano hasta su hombro para deslizar el tirante de su leve camisola de raso. Apenas asomó su brevísimo pecho moreno.

—Tranquilo…

—Pero tú…

—Hay muchas maneras de hacer el amor. Tendremos tiempo. Me siento plena ahora mismo. Vamos a la cama. Quiero dormir contigo.

Y aquella respuesta le sonó a Adrien como una promesa de continuidad, una declaración de intenciones. Se convenció de que podía volver a amar. ¡Claro que podía! Si era a ella. Se la llevaría lejos, donde ningún mal pudieran alcanzarlos. Huirían juntos. Sabía cómo hacerlo. Antes de quedarse dormido, fue consciente de que toda su vida acababa de concentrarse en ese preciso instante.

El apartamento en el que vivía Belinda se encontraba en un edificio de proporciones desorbitadas, de estilo francés, con techos altísimos y calefacción central, que ocupaba toda una manzana. Contaba con suelos de mármol italiano, lámparas de araña de cristal de Murano y bronce, pista de tenis, jardín privado y zona de juegos. Estaba compuesto por un gran salón, un dormitorio principal y uno de invitados, a los que se podía acceder a través de un pasillo, pasando de una habitación a otra. Todas esas estancias daban a Central Park. El baño, la cocina y el comedor estaban orientados al patio interior, que contaba con escaleras y ascensores por donde accedía el personal de servicio, que vivía en la planta baja. El edificio tenía también servicio de restauración al se podían encargar las comidas de la semana. Los platos se hacían llegar a los apartamentos a través de un montacargas, lo cual proporcionaba intimidad a los propietarios e inquilinos.

Y de esa forma les llegó a la mañana siguiente el desayuno, compuesto por huevos revueltos, zumo de naranja, café negro y tostadas con mantequilla y mermelada. Lo tomaron junto a la ventana, viendo caer la nieve sobre Manhattan. Central Park parecía inmerso en una enorme bola de cristal agitada por un gigante loco.

—¿No te da la sensación de que esta ciudad ya estaba dentro de ti antes de pisarla por primera vez? —preguntó Belinda antes de darle un bocado enorme a su tostada.

Adrien sonrió. Estaba preciosa bajo esa luz tamizada por las nubes. Le hubiera dicho a todo que sí.

—Elegí… bueno —se corrigió Belinda—… quiero decir que mi hermano Ernesto y yo elegimos Manhattan porque es el centro del centro del mundo. ¡Exactamente el centro del centro! —insistió entusiasmada—. Manhattan es una isla. Como Cuba. Una isla con forma de pez. ¿Sabes que los colonos se la compraron a los primeros

pobladores por veintitrés dólares?

Adrien seguía en silencio, observándola, disfrutando del sonido de su voz de cubitos de hielo entrechocando, de su cabello de ondas revueltas, de sus ojos dorados, de sus labios gruesos manchados de mermelada de fresa…

—Veintitrés dólares —repitió ella levemente aturdida por la mirada intensa de Adrien—… imagínate. Veintitrés dólares…

—Podríamos irnos —interrumpió Adrien.

Sonreía abiertamente. Quizás era la primera vez que Belinda le veía sonreír de esa manera, casi infantil.

—¿Irnos? —preguntó ella sorprendida—. ¿Te refieres a ti y a mí? ¿Juntos?

—Llevo toda una vida esforzándome en olvidar. Me he convertido en un experto en olvidar. Y sin embargo estos meses separados no me han permitido olvidarte. Supongo que eso quiere decir algo.

Belinda apartó la mirada. La dejó caer en el café.

—¿Qué es lo que te gusta de mí? —preguntó muy seria.

Él sopesó la respuesta.

—Podría concretarse en tres palabras: talento, dulzura y belleza.

Ella sonrió con timidez. Esperó un instante antes de seguir hablando.

—Flavio ahora está en la cárcel —dijo de pronto—. Ha dejado muchos de sus negocios en mis manos… y en manos de mi hermano Ernesto. Flavio confía en mí —y aclaró—. En nosotros. No puedo abandonarle ahora.

—No deberías involucrarte en sus asuntos. Podría ser peligroso.

—Ya es demasiado tarde para eso. No lo entiendes. Estoy demasiado implicada.

—Nunca es tarde. Flavio Leone es un mal tipo.

—No digas eso. No le conoces.

—¿Estás enamorada de él? —Se arrepintió una milésima de segundo después de haber pronunciado la pregunta. Sentía un mordiente dolor al ver que Belinda lo defendía.

—No… No es eso. Para mí es… ¿cómo decirlo? Como un padre. Ha hecho mucho por Ernesto y por mí —suspiró—. Sé lo que la gente dice de él, pero también tiene un corazón que se romperá en mil pedazos si le traiciono.

Adrien levantó el rostro sin ocultar su disgusto. Nunca habían hablado abiertamente de la relación que mantenía con Flavio. Ella hablaba de una figura paternal, pero eso no era lo que las malas lenguas decían. El tiempo que estuvieron separados le había permitido calibrar lo que estaba dispuesto a pasar por alto y lo que no. Daría de

lado el pasado de Belinda, pero ¿y si ella no quería abandonar ese mundo? Esa insistencia en disculpar a Flavio Leone estaba arañándole el alma.

—No todo es tan sencillo. Las cosas no son blancas o negras —añadió ella, mirándole fijamente—. Adrien…

Él se rebulló inquieto en la silla. Se puso de pie y cojeó hasta la ventana. Las ramas desnudas de los árboles de Central Park arañando el cielo gris de Nueva York se quedaron grabadas en sus ojos. Cerró los párpados con fuerza, pero aún podía ver el trazo negro de esas ramas sobre un fondo rojo sangre. Belinda, mientras tanto, sacó dos cigarrillos de su pitillera, los colocó entre sus labios y encendió una cerilla con la que prendió ambos. Se acercó hasta él y le ofreció uno.

—Central Park es hermoso, ¿verdad? Es el único lugar sin pavimentar de Nueva York. Dicen que por ahí debajo hay cadáveres enterrados que jamás encontrará nadie.

—Belinda, mírame. —Ella volvió los ojos hacia él—. Dime una cosa. Necesito saber la verdad. ¿Te importo lo bastante como para huir conmigo?

Apenas tardó un segundo en responder.

—Sí.

—Entonces no hay nadie que pueda impedírnoslo. Nos iremos. Mañana parte de nuevo el Manuel Arnús de camino a España. ¡Vayámonos juntos!

—Si le dejo me matará —respondió ella.

—Primero tendría que encontrarte.

Las pupilas de Belinda se quedaron fijas en la ventana. Por un levísimo momento imaginó una vida lejos de Leone, lejos del club, lejos de la ilegalidad… lejos de tanta mentira. Fantasear con una nueva vida sin pasado produjo un regusto de placer en su interior. Una vida normal. Casarse, tener hijos…

—¿Y a dónde iríamos?

—Donde tú quieras. Podemos comenzar de cero, en cualquier parte del mundo.

—Comenzar de cero… —musitó ella.

Volvió su rostro y paseó su mirada por la maravillosa habitación, por ese apartamento de suelos de mármol, de techos de cuatro metros de altura y lámparas de vidrio emplomado.

—¿Y de qué viviríamos?

—Tengo mi pensión de guerra. Y tú… tú podrías triunfar en el Moulin Rouge, como Joséphine Baker. Eso es lo que querías, ¿no?

—París… —susurró aferrada a su cigarrillo, devolviendo la vista de nuevo a la ventana. Permitiendo que, por un instante, su cerebro

especulase con esa posibilidad.

Él se alejó un momento. Fue a la habitación en busca de la alianza de plata. Sin que ella se diese cuenta de sus intenciones, tomó su mano izquierda y deslizó el anillo en su dedo anular.

—¿Qué… qué es esto? —titubeó ella.

—Una prueba de mi compromiso.

Belinda dejó el cigarrillo y se abrazó a Adrien, sumergiendo la nariz en su cuello, aspirando su aroma.

—¿Podrás tenerlo todo listo para mañana por la noche? —le susurró él.

—¿Para irnos?

—¡Claro!

Ella levantó la cara. Su nariz tropezó con la barbilla de él. Movió de un lado a otro la cabeza con suavidad, con los ojos cerrados.

—Tienes que darme tiempo. Vete al hotel. Espérame allí. Solucionaré mis asuntos y me pondré en contacto contigo.

New York, 27 de diciembre de 1927

> Me reuniré contigo a las 18 horas en el puerto, en los almacenes traseros de la Compañía Trasatlántica. No avises a nadie, ven solo y sin llamar la atención.
>
> Belinda Miller

Dejaron una nota para él en recepción.

El taxi que Adrien había solicitado llegó al hotel a eso de las cinco. Durante el día se había encargado de que todo su equipaje embarcase en la bodega del Manuel Arnús, de manera que lo único que faltaba era registrar el que pudiera traer Belinda y esperar juntos en el hotel para embarcarse al día siguiente.

El taxista, un colombiano locuaz y vocinglero, resultó ser una fuente de información prolija en asuntos absolutamente insustanciales. Al parecer había llegado el mes anterior y no hablaba inglés, lo cual no había supuesto ningún problema para que el verdadero dueño del vehículo decidiera alquilárselo las horas en las que él no lo utilizaba. Su estilo de conducción era peculiar, basado en evitar los baches y en presionar el claxon haciendo aspavientos, a la vez que profería un amplio catálogo de insultos en inglés, que era lo único que había aprendido en las cuatro semanas que llevaba en el país. Le recordó mucho a Osvaldo.

Adrien, sin ninguna intención de dar conversación a su chofer, se arrellanó en el asiento trasero y dejó que su mirada se deslizase por las calles. Ya casi era de noche, hacía frío y no había parado de nevar en todo el día. Pese a todo, los ciudadanos recorrían las aceras a toda

prisa, cargados de bolsas y paquetes. Aquello le devolvió los recuerdos navideños de su infancia: la leche caliente con miel cerca de la chimenea, las manos de su madre revolviéndole el cabello, el calor del hogar. Algún día estaría así junto a Belinda.

—Hemos llegado —le informó el colombiano acodado en el respaldo, mostrándole una amplia sonrisa en la que brillaba un colmillo de oro—. ¿Seguro que quiere que le deje aquí? Mire que este lugar está más oscuro que el sobaco de una cucaracha.

—Sí. Me bajo aquí.

Adrien pagó y descendió del vehículo. Observó cómo el colombiano le echaba una última ojeada por el espejo retrovisor; que la sonrisa se borrara del rostro del taxista le dio a Adrien mala espina. El sonido del motor se fue desvaneciendo, según se alejaba, y llegó un momento en el que las dos luces rojas traseras dejaron de verse. Entonces fue consciente de que estaba envuelto por un silencio incómodo. De repente se sentía en peligro. Le asaltó el recuerdo de las trincheras. Le pasaba de vez en cuando, y era algo sobre lo que no tenía ningún control. La garganta se le resecaba, el sudor frío en las manos, las rodillas de algodón… Regresaba a los instantes previos a los ataques, listo para subir al andamio, que era como sus compañeros llamaban a la escalerilla de mano que les daba acceso a la tierra de nadie, a punto de quedar expuesto a los enemigos. El rostro desencajado de sus compañeros, las miradas perdidas, las manos aferradas a los fusiles, pertrechados hasta las cejas con su impedimenta, esperando la orden de ataque. Las voces de «a por ellos… a por ellos… a por ellos…», murmuradas como una oración, alimentando la rabia que facilitaría el matar a otro ser humano; a un total desconocido, por el simple hecho de haber nacido en un país que estaba en guerra con Francia. El silencio del puerto resultó igual de ensordecedor que los mordientes silbidos de las balas o de los estallidos de los obuses. Un temblor le sacudió de pies a cabeza. Comenzó a caminar lo más deprisa que su rodilla defectuosa le permitía, en dirección al edificio de la Compañía Trasatlántica, intentando pegarse a la pared, sobre la que pendía una farola que exhalaba una leve lengua de luz bajo la cual creyó que estaría a salvo.

—¿A dónde crees que vas?

La pregunta sonó a su espalda, dándole verosimilitud a sus temores.

Adrien se dio la vuelta despacio y observó a la lúgubre comitiva, compuesta por cinco hombres que caminaban a su encuentro, sin quitarle un ojo de encima, tensos como cuerdas de violín. Mostraban una siniestra calma, seguramente esperando alguna señal que marcara el comienzo del baile. Adrien había burlado en tantas ocasiones a la

muerte que le inquietó que esa fuera realmente la vez en la que le daría caza.

En la primera travesía a Nueva York, el capitán les habló de las peligrosas bandas de piratas de río que cometían fechorías en las cercanías de los muelles desde tiempos inmemoriales. Una de ellas estuvo liderada por una mujer que había perdido una oreja por el mordisco que le dio otra mujer. La conocían como Sadie la Cabra. Se había ganado a pulso su alias por asaltar a sus víctimas tras dejarlas sin aliento valiéndose de un cabezazo en el estómago.

Sin embargo aquellos hombres que le acechaban no tenían pinta de piratas. Conservaban todos las orejas y vestían de forma impecable: abrigos hasta los pies de anchas hombreras, trajes de raya diplomática, chalecos, corbata, borsalinos… ¿Borsalinos? Sí, aquellos sombreros de fieltro importados de Italia. Y entonces lo vio claro. No se trataba de simples saqueadores; creyó reconocer al más bajito, por haberle visto en el Cotton Club. Sin duda eran los esbirros de Flavio Leone.

Para sorpresa de sus oponentes, Adrien se les adelantó. Levantó el bastón y lo revoleó antes de sacudirle un mamporrazo en el gaznate al que estaba más adelantado. El golpe lo dejó tirado en el suelo, emitiendo gruñidos y gorgoteos, como si se estuviera ahogando. El repentino ataque pilló desprevenidos a los otros cuatro que se miraron desconcertados de forma interrogativa. Adrien aprovechó para volver a blandir su bastón, con una rabia de mil demonios. Lo estampó contra la boca del que quedaba a la izquierda. El golpe fue impresionante. El bastón se rompió en dos y también rompió tres dientes, que acabaron sobre el pavimento, nadando en un charco de sangre.

Los tres que se habían librado de la agresión tomaron cartas en el asunto. El de ojos negros como una noche sin luna sacó una navaja de su bolsillo. La hoja refulgió bajo la tenue luz de la farola. A Adrien solo le dio tiempo a intuir el relampagueo que se acercaba a su vientre. Por instinto, interpuso su antebrazo, bloqueando el movimiento de su contrincante antes de que pudiera alcanzarlo. Con un giro de su mano, atrapó la muñeca del navajero y la retorció hasta llevar el brazo a su espalda, obligándole a dejar caer la navaja. Aprovechando la posición en la que se encontraban, Adrien le lanzó un rodillazo directo a la mandíbula, que dejó a su adversario tirado en el suelo.

Y eso fue todo lo que Adrien pudo hacer para aprovechar el efecto sorpresa.

En apenas una milésima de segundo, sopesó sus opciones de salir

vivo de aquella emboscada. Concluyó que él solo jamás podría repeler el ataque de cinco profesionales del crimen. Su única salida era huir. Echó a correr, todo lo rápido que le permitía su rodilla inútil, su corazón acelerado, su angustia. Torció por el primer callejón que encontró en su camino. Intentaba orientarse en la oscuridad, encontrar algún recoveco en el que esconderse, mientras escuchaba los gritos de sus perseguidores que, a esas alturas, habían decidido dividirse en dos grupos para intentar acorralarle.

Y lo consiguieron.

—Está bien… está bien —jadeó agotado al ver que dos de ellos quedaban a su espalda y los otros tres frente a él—... Lleguemos a un acuerdo. ¿Queréis dinero? Tengo dinero… y puedo conseguir más. En serio…

La luz mortecina dejaba los rostros de sus atacantes en la penumbra, y aun así pudo intuir la señal que uno de ellos le hizo al resto. Se desplegaron para rodearle, sopesando la manera de acercarse a él todos a la vez para evitar que pudiera volver a sorprenderlos. Se lanzaron sobre Adrien como perros rabiosos. El primer puñetazo fue directo a su mandíbula. El segundo a su estómago, doblándole en dos. Lo siguiente fue un rodillazo en la cabeza que lo tiró de espaldas. Las costillas crujieron al impactar contra el suelo, haciendo que el mundo se desdibujase. Le pateaban el vientre, los riñones… perdió la cuenta de los golpes, porque el dolor se repartió por todo el cuerpo. Luchaba por proteger su cabeza, enterrándola entre sus brazos, temiendo perder la conciencia y quedar desamparado. Intentaba zafarse, pero esos hombres estaban plenos de energía, incentivados por las órdenes de su jefe y por la rabia de que ese tipo los hubiera vapuleado en un cinco contra uno. Escuchaba sus gritos, le insultaban en inglés, en italiano… solo Dios supo en cuántos idiomas más profirieron sus blasfemias. Adrien se sujetó sobre las manos, buscó afianzar su rodilla para ponerse en pie. Antes de que lograse incorporarse del todo, quedó a cuatro patas, con su rostro frente a los botines con polainas de uno de ellos. Vomitó un coagulo de sangre que empapó por completo la blancura de la tela.

Sonrió internamente.

Seguro que no lograría limpiar la mancha.

Pequeñas *vendettas*.

—Vaya… vaya —dijo uno de ellos mientras caminaba a su alrededor—... En qué poca cosa se quedan los héroes de guerra cuando cruzan el océano.

Adrien no respondió.

Daba igual lo alto que gritase. Aquello estaba tan solitario que

nadie podría oírle. Lo que pensaran hacerle esos hombres quedaría entre ellos. Se preguntó si alguien lo echaría de menos. Quizás Gonzalo. ¿Y Belinda? ¿Dónde estaba Belinda? ¿Podría haber sufrido el mismo destino que él?

—Eres bastante cabezota. No aprendes nada —le dijo uno de los tipos, el más alto, un instante después de dar una calada al cigarrillo que acababa de encender—. Intentar levantarle la chica nada menos que a Flavio Leone. ¡Menudo ojo tienes, chaval!

El resto lanzó una sonora risotada.

Adrien intentaba captar en sus palabras una briza de información. Por un momento, solo durante un instante, le asaltaron las dudas: ¿cómo sabían esos hombres dónde encontrarle? ¿Quién les había hablado de su plan de huida con Belinda?

—Una cartita… una cita… y aquí estaba el gorrión.

Los hombres seguían carcajeándose, observándole desde arriba.

—Y que conste que no toda la culpa es tuya —siguió hablando—. Flavio también es consciente de ello. Esa zorrita parece que vuelve loco a todo el que pilla. Mira que venirte desde España… Hay que tener dos huevos, lo reconozco. Nos descubrimos ante ti. ¿Verdad, muchachos?

Reían y se daban codazos entre ellos. Parecían estar encantados de encontrarse en ese lugar, a esa hora, con él en ese trance.

—Pero por mucha admiración que despiertes en nosotros, comprenderás que no podemos dejarte vivir.

—¿Dónde está… Belinda? —balbuceó.

Las carcajadas estallaron al unísono.

—¡Pues dónde va a estar! —clamó el individuo—. En su maravilloso apartamento de Manhattan. Seguramente a esta hora se esté poniendo su mejor vestido para salir a cenar. Y ahora debes disculparnos. Llegamos tarde a una cita así que, lamentándolo mucho, tenemos que despedirnos de ti.

Recalcó el plural, lanzándoles una mirada a los demás hombres, que lo interpretaron como una orden. Comenzaron a acercarse a él. Y entonces a Adrien le vino a la mente la Cruz de Guerra. Le hubiera gustado poder aferrarla en ese momento. Pero no la tenía. Se la había entregado a Gonzalo dentro de un sobre, con la dirección de la familia Chevalier en Francia, el día antes de partir a Nueva York en busca de Belinda.

—Nunca te separas de ella. ¿Por qué me la das ahora? —le interrogó el periodista.

—Si me pasara algo… quiero que se la hagas llegar a mi madre. Quiero asegurarme de que la tendrá ella —le sonrió con aparente

calma—. Tranquilo. No me va a pasar nada.

—Si estás seguro de que no te va a pasar nada… ¿por qué me pides que le envíe la Cruz de Guerra a tu madre si te pasa algo?

—Solo por si me pasa algo.

—¡Exacto! —le señaló Gonzalo con dedo acusador—. Porque sabes que te va a pasar algo.

Pero no… no quería que su último recuerdo fuese una discusión con Gonzalo.

Levantó la mirada y vio las piernas moviéndose sobre él, los zapatos con polainas blancas golpeándole y, por encima de ellos, una levísima luz plateada que reconoció como la luna entre las nubes.

Era hermosa la luna.

Tanto como Belinda.

La luz de la luna se fue diluyendo, como un terrón de azúcar en un café negro. Negro y oscuro como aquella noche.

---

[10] Hafefobia o miedo a ser tocado. La persona que lo padece evita las situaciones en las que eso pueda suceder. La anticipación a vivir una circunstancia que sea susceptible de dar lugar al contacto físico con otro ser humano puede provocar ataques de pánico, aumento de la frecuencia cardíaca, sudoración, sofocos, hormigueo y escalofríos. El enfermo es consciente de que dicho miedo es irracional y desproporcionado y que menoscaba su calidad de vida, pero no puede evitarlo. Es uno de los síntomas del TEPT (trastorno de estrés postraumático).

Capítulo XI

El Noticiero Sevillano — Martes 28 de diciembre de 1926

Nuevo aplazamiento de la Exposición Iberoamericana

No se inaugurará en abril del próximo año. — La primera fecha propuesta fue octubre de 1914. — Más tarde se aplazó a junio de 1916.— Ahora se habla de 1928

Pese a que estas líneas verán la luz el día de los Santos Inocentes, no se trata de ninguna broma. Los que vaticinaron que la celebración de una Exposición Internacional en Sevilla sería extremadamente gravosa para el pueblo hispalense se quedaron cortos en sus pesimistas previsiones. A los desmanes urbanísticos ordenados por el «alcalde palanqueta», que convertían un paseo por la ciudad en un pandemonio, se sumó el decreto ley que permitía al Ayuntamiento imponer arbitrios sobre productos de primera necesidad tales como harinas, pescados, carnes o conservas con los que hacer frente a los gastos generados por el certamen. La Exposición, demostración del lujo y el bienestar que gozarán los grandes y adinerados, la van a pagar los pobres, directa o indirectamente, con privaciones y miserias.

En el último pleno municipal, ante el debate del notorio incumplimiento de los presupuestos de la Exposición, se vertieron palabras ofensivas contra los progenitores de quien señaló dichas irregularidades. El cabildo decidió protestar ante el Gobierno por la ofensa y se tuvo a bien realizar una manifestación en prueba de respeto con la madre del concejal ultrajado que, en consideración a sus virtudes, desfilará por delante del domicilio de dicha Sra. en fecha aún por determinar.

A mi modesto parecer no pueden quedar sin esclarecimiento y sin sanción las infracciones cometidas, para que en lo venidero no se crea tarea fácil derrochar los caudales públicos en obras descabelladas con perjuicio del bien común.

CURIOSO CAUTELOSO

El director de *El Noticiero Sevillano* se acercó a la mesa de Gonzalo Aguilar. Estaba fumando su habitual puro habano de la mañana, al que dio una calada intensa justo antes de comenzar a hablar.

—Chaval, me da la impresión de que estás perdiendo tu *swing*. —El humo se escapaba entre sus labios con cada palabra, lo cual le confería cierto aspecto de dragón venido a menos.

—¿De qué hablas?

—Tu garra. Tu agresividad… ¡que te estás ablandando, criatura!

—¿Ablandando yo? Toca, toca —bromeó Gonzalo flexionando el codo, señalando el bíceps—. De aquí sacan el acero para los barcos.

—Pasa el tiempo y tú no maduras… está visto —suspiró sacudiendo a uno y otro lado la cabeza—. Lo que digo es que te estás ablandando respecto a los artículos del Curioso.

—Será porque tampoco hay demasiados temas susceptibles de ser criticados.

—Pareces nuevo. Siempre hay algo susceptible de ser criticado. Este negocio consiste en ponerle precio a la información; lo que es verdad o lo que es mentira carece de importancia. Espero que no seas de los que piensa que los periódicos tienen que ser objetivos. Te daré un consejito. Tómalo como un regalo… otra perla de mi sabiduría que comparto desinteresadamente contigo, como tantos otros buenísimos consejos que te doy y que tú echas en saco roto.

—Ya… ya…

—Allá va: la objetividad no existe, Gonzalito, lo único que puede ser objetivo es la mentira. Las historias son ciertas o no dependiendo de cómo tú las cuentes —sentenció justo en el momento en el que un pegote de la ceniza de su puro caía sobre su abultado vientre, sin que a él pareciera importarle en absoluto—. Mira que intento sacar lo mejor de ti para que te conviertas en una de las plumas más reconocidas de Sevilla, pero no hay manera.

—¿Sacar lo mejor de mí? Lo que quieres es que rebusque en la basura de la gente.

—Ya estás desvariando. Cualquiera que te escuche… en fin. Yo no pretendo que rebusques en «la basura de la gente». Simplemente quiero que rebusques en la basura de un grupo de personas en concreto.

—¿Y si no hay basura en la que rebuscar?

—Todos escondemos basura, chaval. Si pusieran la vida de cada uno de nosotros bajo la lupa. —Sacudió la mano para indicar que sería un desmadre—... Hay mucha competencia. Ahí tienes a *El Liberal*… por no hablar del *ABC*. A los lectores hay que darles lo que andan buscando —bajó la voz, como si fuera a pronunciar una valiosa revelación, mientras le picoteaba con el dedo índice en el hombro—. Los lectores comprarán los diarios que les den la razón en sus ideas, los que los mantengan más entretenidos. Querrán conocer el motivo por el que todas las calles de la ciudad andan patas arriba, o cuánto dinero ha costado expropiar las huertas de los Remedios y de qué bolsillos ha salido. Pero contarlo bien… ya sabes de lo que hablo. A la gente hay que darle carnaza.

—No estoy de acuerdo. Los redactores tenemos una responsabilidad. Con nuestras palabras educamos, formamos opinión pública, damos luz donde solo hay sombras…

—¡Equilicuá! Con esa intención creamos al Curioso Cauteloso —dijo haciendo un gran aspaviento con las manos, clamando al cielo de la lógica—, para que fuese un guerrero enmascarado que diese luz a las sombras. ¿Acaso te crees que todo es negro o todo blanco? ¡No señor! Cuando un político, o un consejero, o cualquiera de su calibre nos envían un comunicado oficial, lo que pretenden es iluminar lo único que quieren que veamos. La porquería escondida bajo las alfombras es lo que tú debes encontrar. Los políticos son expertos en imposibilitar que la gente se meta en lo que sí le importa. ¿Comprendes, chaval?

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme chaval? Tengo ya veintitrés años.

—¿Tantos? ¡Qué barbaridad! ¿Cuánto tiempo llevas aquí? Bah… da igual. A lo que íbamos. Quiero que el Curioso Cauteloso escriba algo sobre el gran hotel Alfonso XIII. Me cuentan que el otro día se exigieron explicaciones sobre los tres millones de pesetas de subvención que el Ayuntamiento se comprometió a entregar al Comité Ejecutivo, destinados al amueblamiento del hotel. Hoy dan allí una rueda de prensa. Ve a husmear. Vamos… busca… busca…

Gonzalo se levantó perezosamente de su silla, cogió su chaqueta y su sombrero y salió a la calle.

Hacía ya un tiempo que el gran hotel Alfonso XIII era la comidilla de los sevillanos. El Comité, azuzado por el marqués de la Vega-Inclán, insistió en que antes de construir los edificios que acogerían la Exposición, era absolutamente necesario promover nuevos establecimientos que siguieran los modelos de hotelería europea del

momento. Don Benigno era consciente de que, una de las grandes dificultades con las que tropezaba una y otra vez en su intento por fomentar el turismo en el país, era la escasa oferta hotelera de calidad. Para poder acoger a los turistas y autoridades que visitasen la futura Exposición Iberoamericana se hacía necesario levantar un hotel de primer orden, capaz de dar respuesta al turismo de lujo que comenzaba a vislumbrase como una interesante fuente de ingresos económicos. Un hotel capaz de convertirse en estación de invierno, y no solo de primavera. Un hotel que, lejos de perjudicar a la ciudadanía, supusiera un reclamo para sacar provecho económico del patrimonio histórico, arquitectónico y cultural.

Para llevar el proyecto a término se había elaborado un presupuesto inicial en el que figuraban cuatro millones de pesetas, como anticipo al Comité de la Exposición, y otro millón más con el que levantar el hotel en una parcela de más de trece mil metros cuadrados en los jardines de Eslava. A ello había que añadir los tres millones de pesetas que se emplearían en decorar el interior del que, a esas alturas, podía considerarse como uno de los hoteles más elegantes y modernos de Europa. El edificio de planta rectangular rompía con los estilos de los edificios que tenía al lado, mezclando de forma ecléctica el regionalismo sevillano y los referentes mudéjar y barroco. En la esquina principal se erigía una torre-mirador que se asomaba orgullosa a la Puerta de Jerez.

Gonzalo caminaba hacia allí dándole vueltas a la conversación que acababa de mantener con su jefe. No estaba en absoluto de acuerdo con él. Pensaba que la profesión de redactor no consistía únicamente en hilar bien las palabras, o en indagar para sacar a la luz los trapos sucios de la gente. Él creía que, tal y como ocurría con el resto de profesiones, lo importante era trabajar con humanidad. Las malas personas no podían ser buenos periodistas porque una buena persona calibraba, empatizaba, analizaba e intentaba ser justa en sus valoraciones. Y si él era justo a la hora de valorar, tenía que reconocer que con la excusa de la Exposición se habían puesto en marcha acciones que hasta ese momento fueron pura utopía. El Comité se centró en el talón de Aquiles; el asunto de la salubridad pública que ellos agrupaban en tres cuestiones básicas: el abastecimiento de agua, el alcantarillado y la pavimentación. Gonzalo recordaba los tiempos de su niñez, cuando la tuberculosis se llevaba cada año más de mil vidas, cuando el agua para el suministro diario de los hogares sevillanos había que sacarla de un pozo, cuando en el mercado no había puestos y las frutas y verduras se exponían a los compradores tiradas por el suelo. La fisonomía, y también la filosofía del mundo en

el que había crecido estaba cambiando, y Gonzalo no podía dejar de pensar que la promesa de la Exposición tenía mucho que ver en ello.

Cristina Palacios empujaba la bicicleta en la que llevaba los palos de golf. Le dijo a su madre que iba a acercarse a jugar al campo de Tablada, aprovechando que esa mañana había salido el sol. Pero la realidad era otra. Se había enterado de que estaba convocada una rueda de prensa en el gran hotel Alfonso XIII y pensó que, casi con total seguridad, Gonzalo asistiría a ella. Sin querer darle demasiadas vueltas —porque de otra manera se hubiera echado atrás— salió a pasear por la Puerta de Jerez a la hora convenida. Si el destino quería cruzarlos por casualidad, ¿quién era ella para llevarle la contraria? Es cierto que iba en su busca, que quería encontrarlo… pero a la vez no. Verlo suponía un riesgo que no sabía si estaba dispuesta a asumir. Todo sería más fácil si no se lo encontrara. Ansió el aire haciéndose consciente de que podría darse la vuelta y regresar a la comodidad de su vida ya establecida. ¿Lo haría? ¿Regresaría a casa antes de que fuese tarde? No, seguramente no. Cristina paseaba evocando el rostro de Gonzalo, y aun así le tomó por sorpresa verle surgir entre la gente. Ya era demasiado tarde; él también la había visto. Posiblemente dudada de que fuese ella, y por eso entrecerraba los ojos y torcía el cuello para mirarla de lado. Cristina siguió caminando a su encuentro, con la respiración entrecortada, siendo consciente de que no había preparado ninguna frase; no había organizado su discurso. Se había equivocado al pensar que todo resultaría más sencillo cuando estuvieran frente a frente, que se le ocurriría alguna manera de salir del apuro, con una broma quizás. Pero no era así. Todo lo que se le venía a la cabeza sonaba absolutamente ridículo, teniendo en cuenta lo que había sucedido la última vez que se vieron. Dedujo que si él no se había dado la vuelta para alejarse de ella, si no la había evitado, o fingido no verla, era porque ya no estaba enfadado. O eso, o la sorpresa le había dejado sin capacidad de reacción. Mientras se acercaba, creyó reconocer su aroma, arrastrado por el viento que estaba en su contra, y surgieron de nuevo las emociones. Le pareció que estaba mucho más guapo que en sus recuerdos; con su camisa blanca y su americana, bajo las que se podía intuir la anchura de sus hombros. Tenía el rostro bronceado, seguramente de caminar de un lado a otro en busca de noticias.

—Hola —saludó Cristina, dibujando una sonrisa interrogante en su rostro, tras lo cual expulsó el aire que llevaba un buen rato reteniendo.

Ahora que estaba delante de Gonzalo se daba cuenta de que le resultaba muy complicado ser sincera con él. Todo sería mucho más

sencillo si él dejase de mirarla así, de esa manera, con esos ojos que reían aunque su boca no lo hiciera.

—Te veo… muy… muy bien —siguió diciendo, titubeante. Temió que su frase hubiera sonado como una insinuación—. Quiero decir que tienes buen aspecto —se apresuró a aclarar.

—Gracias, yo también te veo bien.

Las primeras palabras de Gonzalo le dieron a entender que no pensaba desenfundar ante ella el hacha de guerra. Notó que eso le ayudaba a recuperar el ritmo de su respiración, aunque el corazón seguía golpeando su pecho, nublándole levemente la visión, dejándole las rodillas como de borra.

—¿Hay por aquí algún campo de golf?

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Pensé… como vi los palos… en tu bicicleta —señaló Gonzalo.

—Ah… sí… sí… iba a jugar al golf. Iré en un momento —mintió.

Él se dio cuenta de que estaba mintiendo.

Un incómodo silencio se les pegó al cuerpo, como una sábana sudorosa en medio de una noche de verano. Cristina tomó aire y cerró los ojos antes de hablar. Sabía que si no lo soltaba de pronto, si esperaba un minuto más y comenzaban a intercambiar frases vacías, no se atrevería a decirlo.

—Aquello que sucedió en tu portal…

—¿Aquello? ¿A cuál de todos los «aquello» que sucedieron en mi portal te refieres? —preguntó él, elevando la ceja izquierda.

Una pájaro lanzó un graznido desde la rama de un plátano de sombra y ambos levantaron la mirada. Ella se alegró de disponer de un par de segundos para poner en orden sus palabras.

—No sé cómo decirlo… No quiero que te quedes con una idea equivocada de mí.

Gonzalo se dio cuenta de que a la joven le estaba costando enfrentarse a la conversación. Pese a que le resultaba tentador ver cómo salía del aprieto, decidió ayudarla un poco.

—¿Qué ocurre, Cristina? —le preguntó buscando los ojos de ella, que insistía en mantener la mirada fija en la punta de sus zapatos—. ¿Es por el beso? ¿Te avergüenzas? ¿Tienes miedo de que pueda contárselo a alguien? ¿A Adrien? Estate tranquila. Jamás haría algo así.

—No, no es eso —se apresuró en desmentir Cristina. Levantó el rostro para enfrentarle cara a cara—. No es por el beso —continuó diciendo, casi en un susurro.

—¿Y entonces? ¿Qué ocurre?

—Me avergüenza lo que voy a decirte. Pensarás que soy una…

bueno… eso que me llamaste: «Una niña mimada, sin personalidad».

—No pienso que seas una niña mimada. Nunca lo he pensado —repuso él en tono conciliador—. Estaba enfadado. Cuando uno se enfada dice muchas tonterías. Y yo suelo decir muchas tonterías, incluso sin estar enfadado —bromeó.

Seguían de pie, el uno frente al otro, en medio de la plaza. Gonzalo pensó que sería una buena idea que dieran un paseo.

—¿Te apetece que caminemos un poco y me vas contando?

Cristina aceptó.

Interpusieron entre ellos la bicicleta con los palos de golf, para que nadie que se cruzase con ellos pudiera sospechar que tenían malas intenciones. Gonzalo la miró por el rabillo del ojo. Seguía pareciéndole preciosa, con sus bucles pelirrojos asomando por debajo del sombrerito de campana, esa mirada verde claro y la piel blanquísima.

—Las cartas anónimas…

—Tranquila. No tienes que pedir perdón. Ya está olvidado.

—Espera —interrumpió ella—. No fue idea mía, sino de mi madre. Fui una estúpida siguiendo sus dictados. No debí hacerlo. Yo nunca hubiera hecho algo así. He venido a pedirte perdón.

Gonzalo bajó la vista y la clavó en el suelo, sin saber qué decir. Era de las cartas anónimas de lo que quería hablarle Cristina, no del beso. Tenía que reconocer que eso le provocada cierta decepción. Él había escrito ya varios sonetos inspirado por ese beso. Al menos se alegraba de que no le hubiera pedido que lo olvidara para siempre, porque no pensaba hacerlo.

—No hacía falta que vinieras a pedirme perdón —añadió para romper el silencio—. Podrías haberme escrito una nota. Ahora ya sabes mi dirección. O haber llamado por teléfono al periódico.

—Prefería hacerlo en persona.

Gonzalo quiso entrever, en esas cuatro palabras, un hilo de esperanza.

—Si quieres que te diga la verdad, yo también prefiero que hayas venido. —El periodista acababa de recuperar su contagiosa sonrisa—. ¿Amigos de nuevo? —le preguntó, extendiendo la mano en su dirección.

—¡Amigos de nuevo! —rio ella, estrechándola con energía—. Aunque no estoy del todo segura de que alguna vez hayamos sido amigos.

—Bueno… podemos intentar serlo desde este momento.

Cada 30 de diciembre Emily Suffield organizaba una comida en su casa para celebrar las Pascuas. En la lista de invitados figuraban los

miembros del Comité de la Exposición, personalidades destacadas, terratenientes de la provincia, políticos de varios colores, socios del Círculo de Labradores, parientes lejanos y algunos vecinos cuyos nombres aparecían en los diarios de vez en vez. A Emily le gustaba organizar las cosas a lo grande, de manera que el banquete se preparaba con una semana de anticipación. Se sacaba de los trincheros la mantelería de lino bordada a mano por artesanas mallorquinas, la cubertería de plata y la cristalería de vidrio labrado de Bohemia. Se servían entremeses comprados en la tienda de ultramarinos finos de Francisco Ambrosio del Campo, y de Jabugo traían a un cortador de jamón cuya única misión era mantener entretenidos a los comensales hasta que se sirvieran los seis pavos trufados y el bacalao —que la cocinera preparaba al pilpil— encargado con bastante antelación en Casa Barea junto con el caviar del Báltico, las vieiras gallegas, el salmón de Noruega y las colas de bogavante. Todo regado con Barbadillo, fino y rioja. De postre, pastelitos de la Campana, vino de Jerez y champaña francés para brindar por las fiestas.

Emily Suffield estaba emocionada. La comida iba a ser aún más especial que los pasados años, un evento social de primer orden: Conrado Palacios anunciaría a la alta sociedad sevillana el compromiso matrimonial de su única hija.

Habían convocado a los invitados a la una de la tarde, de manera que a eso de las once y cuarto la casa se encontraba inmersa en un torbellino de actividad. Los sirvientes corrían de un lado a otro, intentando seguir al pie de la letra las órdenes contradictorias de Emily que, a esas alturas, ya marchaba arriba y abajo con la barbilla levantada, sacudiendo la mano, lanzando voces a diestro y siniestro. Llamaba a gritos la atención de las muchachas del servicio, que debían llevar el uniforme de gala: vestido negro abotonado, medias negras y zapatos negros, bien lustrados, sobre los que contrastaría el delantal y la cofia rematados con puntillas blanco radiante, almidonados hasta el punto de que se pudieran tener en pie por sí mismos.

Emily pasaba revista a cada rincón de la casa al que pudieran acceder los invitados; el cuarto de baño reluciente, con las toallas de piqué bordadas con el escudo del apellido Palacios, el jardín cuajado de flores, pese a estar en pleno invierno, las bomboneras de vidrio labrado en estratégicos rincones, repletas de bombones, las bandejas de plata bien bruñidas, atiborradas de peladillas, mantecados, mazapanes, frutas escarchadas… y las muchachas, ay… las muchachas, qué desastre de muchachas, con las cofias y los delantales torcidos, *oh… my God,* qué torpeza de criaturas. «¡Dad gracias a que trabajáis para mí! Otra señora menos magnánima ya os habría enviado

a freír… esto… esto… *How do you say?* ¡Asparagus!».

Una vez se deshizo de los nervios que llevaba aferrados al estómago, y que hubo comprobado que todo estaba dispuesto para la llegada de los comensales, se dirigió al cuarto de su hija. Subía las escaleras sintiendo el regocijo interior de la anticipación. A la lista de los habituales invitados había añadido a tres damas —y a sus respectivos maridos— con las que coincidía los miércoles en el Círculo de Labradores, cuando iba a jugar al *bridge*. Su fiesta de Navidad solía ser la comidilla de la alta sociedad sevillana los días posteriores a su celebración, de manera que había seleccionado a esas mujeres con acertado criterio. Marta Pineda, por ejemplo, era una de las organizadoras de la recogida navideña de juguetes para niños menesterosos y, por eso mismo, era más que íntima de las damas de alto copete con las que solía debatir los dimes y diretes de la alta sociedad. Lucrecia Vázquez, por su parte, era la reina del buen gusto. Desde que Emily la conocía, no había repetido vestido ni sombrero, lo cual aseguraba que deslizase la noticia del compromiso de Cristina en las casas de las mejores modistas de la zona. En cuando a Encarnita Manjón, su mayor virtud era haberse casado con un importador de coches de lujo, aunque la verdadera razón por la que la había invitado era por su condición de chismosa profesional. Esas tres damas eran las que alimentaban, agrandaban y daban color a las murmuraciones. Sus comentarios, unidos a la nota de prensa que se iba publicar al día siguiente en el *ABC,* cerrarían el círculo de difusión que necesitaba ese compromiso. En pocos días el noventa por ciento de los sevillanos sabrían que los Palacios habían emparentado con los marqueses de Rocaflor. Emily se había encargado de indicar en el tarjetón de invitación que además de la habitual comida navideña la familia Palacios anunciaría una alborozada noticia. Sabía que eso aumentaría la expectación. Estaba deseando ver la cara de envidia que pondrían las primas solteronas de su marido cuando le escuchasen anunciar que Cristina se convertiría algún día en marquesa.

Con una sonrisa de satisfacción adornando su rostro entró sin llamar en la habitación de su hija, y a poco le da una apoplejía del disgusto. Cristina estaba aún en camisón, tumbada en la cama, despeinada, con un libro de poesía en una mano y una galletita de té mordisqueada en la otra. La bandeja con el desayuno reposaba sobre la mesilla de noche con la leche caliente ya fría, y con el zumo de naranja caliente. Pero lo peor de todo era esa música endiablada que surgía de ese otro trasto endiablado que su hija se había empeñado en comprar.

—¡Santo cielo! ¿Qué es eso?

—¿Qué es qué, mami?

—Este estruendo —dramatizó tapándose las orejas con las palmas de las manos—. Parece que estén destripando a un gato.

—Es *jazz* —respondió Cristina sin apartar la vista del libro, un segundo antes de dar otro mordisquito con desgana a su pasta—. Es lo que escuchábamos en el viaje a Nueva York. ¿No te acuerdas?

—¿Y qué haces así? ¡Ya tenías que estar vestida! ¿Y dónde está el vestido? ¿Dónde?

Emily recorría la habitación, sacudiendo las manos a uno y otro lado, al borde de un ataque de nervios. Había encargado un *robe du soir* de tirantes —en tafetán rosa, fruncido en la cintura, con volantes — en la sucursal parisina de *Philippe & Gaston,* en la avenida de los Campos Elíseos. Hacía juego con unos zapatos forrados con la misma tela y un abrigo de terciopelo de seda del mismo color.

—¿Dónde? ¿Dónde? —repetía Emily mientras daba vueltas como un pollo sin cabeza por la habitación.

—En el armario, mamá —respondió Cristina, dejando el librito sobre la colcha, incorporándose al fin de la cama, lanzado un suspiro resignado.

—¡¿En el armario!? ¡¿Pero tú estás loca?! Se habrá arrugado. ¡Maruja! ¡Maruja! —Asomó la cabeza al pasillo, llamando a gritos a una de las muchachas—. ¡Maruja! *Oh, my God!* ¿Dónde está esta mujer? ¡Maruja! —Observó encolerizada la pasividad de su hija—. ¿Y tú qué haces así? ¡Quita esa música! ¡Péinate!… ¡Maquíllate!… ¡Saca el collar de perlas!… ¡Las medias de seda! Y ten cuidado cuando te las pongas, que te las pintas sola para hacerles carreras. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —Palmeó cerca del trasero de Cristina para meterle prisa.

—Dígame, señora —Maruja llegó jadeando. Había subido las escaleras de dos en dos al escuchar su nombre.

—¡Plancha el vestido de la señorita! ¡Rápido! ¡Que quites esa música! —gritó volviendo la mirada a su hija—. Aysssss… mis sales, mis sales… Me vais a matar entre tu padre y tú. Seguro.

La orquesta que Emily había contratado ya tocaba temas clásicos navideños de Berlioz Prokofiev, Bach y Tchaikovsky cuando comenzaron a llegar los invitados. Emily dio entonces la orden a los camareros de que sirviesen en el salón el cóctel mimosa de bienvenida; una refrescante combinación de champaña francés y zumo de naranja. Tras los primeros saludos y los banales comentarios sobre el terrible, terrible clima de lluvia y viento de los últimos días, Encarnita Manjón, que ya no aguantaba más la intriga, le preguntó a Emily cuál era la sorpresa que les tenía reservada. En el rostro de la inglesa se perfiló una radiante sonrisa que solo se vio opacada al

comprobar que su marido estaba ya en uno de los rincones, despistando la atención de los hombres, ofreciéndoles unos puros traídos directamente de La Habana, mientras les explicaba en qué consistía el ritual para fumarlos de manera adecuada. Por si eso fuese poco, su hija aún no había bajado y los marqueses de Rocaflor y su hijo no habían llegado todavía. Lanzó un sonoro suspiro, intentando relajarse.

—Aún no es el momento de desvelar el misterio, querida —le respondió—. No me seas impaciente. Esperemos a que estén todos.

A eso de las doce cuarenta y cinco ya habían llegado los invitados que faltaban, incluidos los marqueses de Rochaflor e hijo; el futuro marido de Cristina. Luis era atractivo, cultivado y perspicaz, además de un prestigioso abogado. Se había empeñado en estudiar, pese a tener el porvenir resuelto, ya que era el único heredero del marquesado de Rocaflor. Se especializó en derecho civil, por lo que el Ayuntamiento y la Comisión de la Exposición contaban en muchas ocasiones con él para solucionar los conflictos que estaban surgiendo por la expropiación y recalificaciones de terrenos. Era un apasionado de su trabajo y, quizás por eso, con treinta y cinco años, no se le habían conocido relaciones formales y aún continuaba soltero. Pero ese año, Luis adquirió con sus padres el compromiso de comprometerse, y Cristina Palacios fue la elegida. A ella le gustaba porque estando con él se sentía como en casa. Tenía un perfil muy parecido a su padre, y al de la gran mayoría de hombres del círculo que frecuentaban. Hombres que perseguían el éxito y el reconocimiento social, cuyo valor no solo se sustentaba en el apellido de su familia, sino también en el prestigio profesional. Aquellos hombres conformaban una raza endogámica de seres que se relacionaban entre ellos, que se veían obligados a enlazar matrimonialmente sus vidas con seres hembras con sus mismas características, con las que perpetuar su extraordinario linaje.

Aunque en su fuero interno Cristina siempre se había revelado contra aquella idea, contra la presión que su madre ejercía para que encontrarse pronto un marido que la elevase aún más por encima de su clase, se había sentido atraía por la madurez serena de Luis y, poco a poco, aprendió a respetarlo. Hacía cinco meses que se conocían. Pese a las muchas horas que le dedicaba a la abogacía, los días que venía de visita a casa de los Palacios y se sentaban juntos en la salita a tomar el té, él se portaba muy bien con ella. Hablaban de asuntos interesantes relacionados con el trabajo de él y escuchaba con atención las valoraciones que ella le hacía. Desde luego era todo un caballero; maduro, sereno, educado, responsable… un poco comedido,

quizás. La había besado. Sí. O algo parecido a eso. En las despedidas le picoteaba la boca con los labios muy fruncidos, haciendo ruido, como de pajarito bebiendo agua. En una ocasión le rozó un pecho. Aunque no estaba segura de que fuera algo intencionado. ¿Era así como se relacionaban los novios? ¿Cómo iba ella a saberlo?

La semana anterior los marqueses de Rocaflor pidieron formalmente la mano de Cristina para su hijo. La familia Palacios, por supuesto, había aceptado. El anillo de compromiso que Luis le regaló era una lanzadera de oro y platino, con veinticinco diamantes orbitando alrededor de un brillantón y dos zafiros. Por su parte ella le regaló a Luis un tresillo de brillantes.

Y precisamente con su enorme anillo de compromiso descendió Cristina Palacios las escaleras a la una en punto de la tarde. Se sentía un tanto incómoda; el tafetán del vestido era demasiado rígido y le rozaba en los pliegues. Además tenía la piel de gallina porque hacía demasiado frío para ir en tirantes, y el anillo, ¿cómo explicarlo? Era enorme. Abultaba muchísimo en su pequeña manita, abarcando del nudillo a la primera falange. Dudaba que pudiera tocar bien el piano si lo llevaba puesto. Por si eso no fuese suficiente, su madre le había obligado a sustituir la colonia Añeja con la que habitualmente se perfumaba, por un líquido de color *whisky* que había llegado de Francia junto con el vestido, en un frasco etiquetado como Chanel Nº 5. Olía a rosas, vainilla y sándalo macerados durante milenios. Se sentía un poco mareada.

Luis la vio descender las escaleras y dibujó una sonrisa en sus labios. En ese momento Marta Pineda miró de reojo a Lucrecia Vázquez, e intercambiaron un gesto cómplice.

—Y bien, ¿a qué esperamos? ¿Cuál es la noticia? —preguntó inquieta Encarnita Manjón.

—Todo se andará —le respondió Emily, dándole un par de palmaditas en el envés de la mano.

—Tú sí que sabes mantener a la gente en vilo.

Y Emily reía con toda la boca, pese a que le estaba sacando de quicio que su marido estuviera entreteniendo la atención de los hombres con el comentario sobre que el Comité estaba pensando en erigir una estatua al arquitecto Aníbal González en el recinto de la Exposición.

—Al parecer *El Liberal* está recaudando fondos para llevar a término el proyecto —aclaraba Conrado.

—Es una brillante idea —señaló uno de los caballeros.

—Conrado… *darling* —le reclamó, sujetándole del brazo—. ¿No me has oído? He dicho que pasemos ya al comedor. Las damas nos

impacientamos.

Una vez sentados los comensales, los sirvientes comenzaron a servir los platos. Emily se esforzaba por contener su emoción con comentarios triviales, pero los nervios casi no le permitían tragar. Fue al llegar a los postres cuando ya no pudo aguantar más. Conrado seguía charlando con el caballero que tenía a su izquierda, sin prestar atención a lo realmente importante que se iba a anunciar ese día. ¿Cómo podría ese hombre ser tan atolondrado? Así que decidió recordárselo lanzándole una patada por debajo de la mesa, algo que Conrado interpretó como el pistoletazo de salida de los brindis. Se puso en pie y golpeó su copa con el tenedor de postre. El tintineo hizo que los invitados guardasen silencio.

—Queridos amigos, es un placer contar un año más con vuestra presencia en nuestro humilde hogar para celebrar estas maravillosas fiestas. —Levantó la copa y exclamó—: ¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad! —corearon los demás.

Los nervios bullían en el estómago de Emily. ¿De verdad iba a volver a sentarse?

—*Darling* —reclamó su atención, sonriente—… *Darling*… ¡Conrado!

—Dime, Emily.

—¿No crees que te olvidas de algo?

Conrado la miró. Conocía lo bastante a su mujer como para saber que esa noche iban a discutir, aunque no tenía muy claro el motivo de la más que evidente molestia que podía entreverse en sus ojos.

—Oh, sí… claro… querida… ja, ja, ja —se carcajeó abiertamente Conrado Palacios. Volvió a levantar su copa y los invitados imitaron su gesto—…. También quiero aprovechar para desearos un nuevo año lleno de prosperidad. ¡Feliz 1927!

—¡Feliz 1927! —repitieron los invitados.

Emily no pudo soportarlo más. Se incorporó de su silla riendo a carcajadas.

—Como ya os habréis imaginado, mi marido está gastándoos una broma. El brindis que queremos proponeros es por la sorpresa que os anunciaba en la tarjeta de invitación —carraspeó un par de veces antes de continuar hablando—. Queridos amigos, quiero pedir permiso a los marqueses de Rocaflor para ser yo la encargada de haceros partícipes de una maravillosa noticia —suspiró, simulando estar a punto de soltar una lágrima—. Llena de dicha y orgullo, tengo el placer de informaros de que nuestros amados hijos, Luis y Cristina se han comprometido. Os invito a que levantemos juntos las copas para desearles un glorioso matrimonio. ¡Por Luis y Cristina!

—¡Por Luis y Cristina!

Tras el brindis se sucedieron las felicitaciones y los buenos deseos que se extendieron más allá de la sobremesa. Fue entonces cuando una de las primas lejanas de su marido puso el dedo en la llaga.

—¿Y qué es de nuestro capitán francés? Hace mucho que no sabemos nada de Adrien Chevalier.

Emily la miró de reojo. Las mujeres de la familia de su marido eran todas unas arpías.

—Ahora mismo está de viaje por América, cumpliendo con su labor como miembro del Comité para la promoción de la Exposición —señaló Conrado Palacios—. Hace unos días me envió un telegrama en el que me comunicaba que se había entrevistado con el diputado norteamericano *mister* Willian Vaile. Al parecer la Exposición está despertando un inusitado interés en los Estados Unidos. El diputado quiere viajar hasta aquí para conocer de primera mano nuestras actividades y exponerlas en la Cámara de Representantes de su país.

Un murmullo de asentimiento generalizado amortiguó el comentario que Lucrecia Manjón depositó cerca del oído de Emily.

—Qué sorpresa lo de tu hija con Luis. Pensaba que era el capitán Chevalier el que la cortejaba.

Emily se rebulló incómoda en su silla. Le parecía de mal gusto que señalase un asunto como ese precisamente el día en el que se anunciaba el compromiso de Cristina. Al menos se alegraba de que no la hubiera escuchado nadie más que ella.

—¿El capitán Chevalier? —preguntó con tono desganado—. Bueno… lo cierto es que no nos gustaba demasiado para la niña.

—¿Ah… no? —se sorprendió Lucrecia—. Daba la impresión de que era justo todo lo contrario.

—Que va… que va —negó Emily con la cabeza. Y bajó la voz para añadir, en todo de confidencia—… Es un hombre un poco… ¿cómo decirlo? Particular. Al parecer su participación en la guerra lo ha dejado levemente… trastornado.

—¡Me dejas helada!

—Tal cual te lo digo —asintió bajando aún más la voz—. Te diría algo si esto quedase entre nosotras.

—Ya me conoces.

Emily sonrió en su interior. Claro que la conocía. Y perfectamente además. Por eso la había invitado.

—Pues resulta que nos enteramos de que la guerra no solo le dejó inválido de la rodilla —continuó explicando Emily.

Lucrecia la observó sin comprender. Justo en ese momento, Encarnita y Marta se acercaron a ellas.

—Emily me estaba hablando del capitán Adrien Chevalier —les informó a las recién llegadas—. Sigue hablando, ellas son igual de discretas que yo.

—Pues eso, que le estallaron cerca muchos obuses y… bueno. Parece ser que una parte muy importante de su integridad masculina quedó dañada.

Guardó silencio, en espera de que sus palabras surtiesen el efecto deseado. Aquella le parecía una elegante manera de eliminar los posibles comentarios maledicentes en los que su hija pudiera quedar como una mujer rechazada.

—No comprendo… —dijo Marta.

Emily suspiró impacientada. No podía ser más clara sin añadir una palabra malsonante.

—Pues que… —Dirigió la mirada de soslayo hacia su entrepierna y movió las manos en señal de negativa.

—Oh… —exclamó Marta.

Y después la secundaron Lucrecia y Encarnita.

—Oh…

—Oh…

—Adrien Chevalier es un hombre encantador, pero Conrado y yo queremos tener nietos.

—Por supuesto —respondió Encarnita.

—Claro… claro… —corearon Marta y Lucrecia.

Seguro que has escuchado a los románticos decir que no se puede vivir sin amor. Quiero tranquilizarte al respecto.
Sin lo que no podéis vivir es sin agua.
Cinco días a lo sumo.

Yo tampoco sería lo mismo sin agua. Por no hablar de Venecia, Ámsterdam o Brujas. El agua es la vida. Pero no quiero desviarme del tema, lo que quería decirte con esto es que no fue el amor, sino el agua —o más bien la ausencia de ella—, lo que sacó a Adrien Chevalier de su segunda muerte.

Mucho antes de que el dolor por las costillas rotas o por la ceja partida se hicieran presentes, lo que Adrien sintió fue la presencia de su madre junto a él, envuelta en los velos de los sueños. Su rostro sereno, como luminiscente, en medio de una intensa oscuridad. Con la

mano izquierda apartó el flequillo de su frente. En la derecha llevaba una caracola que colocó sobre su oreja.

—¿Lo escuchas, mi príncipe? ¿Oyes el sonido del mar que está atrapado dentro?

—*Maman*… —balbuceó con la boca pastosa.

El rumor de agua le había dado sed.

Al abrir la boca sintió una punzada de dolor. La sangre reseca que formaba postillas en sus labios acaba de agrietarse. Antes de que le diese tiempo a comprender lo que le estaba sucediendo, parpadeó un par de veces, intentando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra, buscando algo conocido que le indicase dónde se encontraba. Se incorporó despacio, sin apenas fuerza, mareado y dolorido. La realidad de los últimos momentos de conciencia regresaba poco a poco a su mente. La cita con Belinda en el muelle número 8 de la Compañía Trasatlántica, los hombres de Leone, puñetazos, patadas, dolor, más puñetazos, sangre… y oscuridad.

Los ojos le ardían en cada parpadeo; era como si se estuviese asomando al mundo desde una rendija. Seguramente tendría los párpados hinchados. Pese a ello pudo distinguir un ojo de buey por el que se colaba la luz, descendiendo como un foco del Cotton Club sobre unos sacos de esparto.

Ya había estado antes en ese lugar.

Tomó aire e hizo un esfuerzo por ponerse de pie. Se levantó renqueando, sintiendo en cada uno de sus huesos que la vida estaba regresando de nuevo a él, de forma dolorosa.

—El mar… el sonido del mar —masculló—. No era un sueño…

El leve movimiento del suelo bajo sus pies terminó de convencerle de que se encontraba dentro de un barco. Tras fijarse mejor, reconoció la bodega del Manuel Arnús; el lugar en el que se llevaba el equipaje y la carga.

Con gran esfuerzo alcanzó la puerta. La luz del sol le asaltó de lleno, obligándole a poner la mano en su frente para hacerse sombra. Respiraba despacio, mientras intentaba comprender lo que había sucedido. Sus pulmones pusieron a prueba el estado de sus costillas, que no parecían encontrarse en muy buenas condiciones. Pese a todo, abrió los ojos todo lo que pudo y contempló la inmensidad del océano azul uniéndose en el horizonte con un cielo del mismo color. Al igual que le ocurrió en el 1916, cuando despertó en el hospital alemán para prisioneros, estaba perplejo de haber salido vivo de una emboscada con unos mafiosos neoyorquinos. Se sentía mareado, casi sin fuerzas… seguramente tenía un par de costillas rotas, pero estaba vivo. No podía permitirse morir. Tenía que saber dónde estaba Belinda. Ahora más

que nunca estaba seguro de que ella necesitaba su ayuda. Entonces escuchó una voz a su espalda, que enseguida reconoció.

—¿Capitán Chevalier? Pero… pero… ¿de dónde sale usted?

Domingo Amores parecía sorprendido de encontrarle en el barco, pese a que nunca le dio la impresión de que se tratase de un hombre al que se le escapase un detalle.

—No sé lo que ha ocurrido —titubeó Adrien—. He despertado en la bodega… ¿podría darme agua?

—Por supuesto. Le acompañaré a uno de los camarotes y llamaré al médico. Tiene usted aspecto de haber recibido una soberana paliza. ¿Recuerda quién le hizo esto?

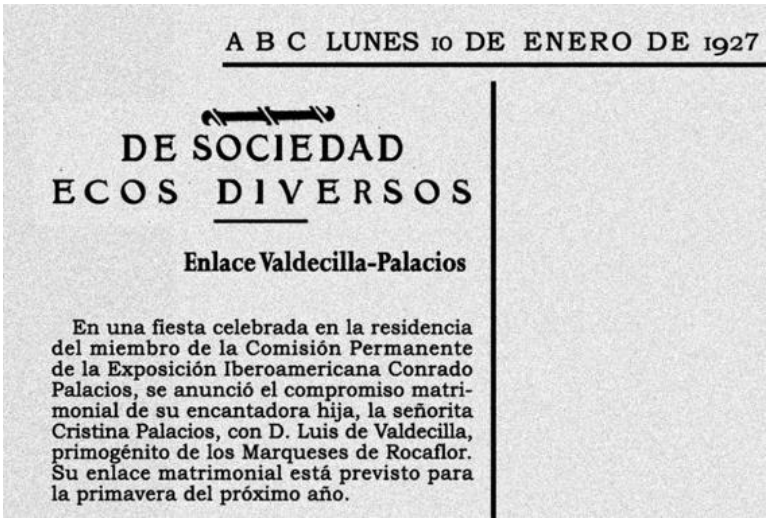
—No. No recuerdo nada —mintió.

—Hay mucho desalmado en los muelles. Tranquilo, avisaré al médico.

Domingo Amores le instaló en uno de los camarotes de primera clase. Allí fue cuando Adrien pudo ver por primera vez su rostro reflejado en el espejo. Tenía los dos ojos morados, completamente hinchados. Una herida partía en dos su ceja izquierda —le dejaría cicatriz, seguro—. Los labios estaban llenos de laceradas que se abrían y volvían a sangrar cada vez que intentaba pronunciar una palabra. Tomó una botella de agua del armario de servicio que había en los camarotes de primera clase y se la bebió de un tirón, casi sin respirar, sintiendo una punzada de dolor cada vez que tragaba. Después se quitó trabajosamente la americana, la colocó sin ningún cuidado sobre la silla. Fue cuando sintió que algo caía de uno de los bolsillos, produciendo un sonido metálico. La petaca del Cotton Club brilló en el suelo. Entre quejas de dolor se agachó a recogerla. La sostuvo en su mano. Estaba abollada.

La petaca con las dos CC fue testigo de los golpes que recibió en el muelle y, al igual que él, llevaría por siempre grabadas las huellas de la paliza.

Capítulo XII



A B C LUNES 10 DE ENERO DE 1927

DE SOCIEDAD
ECOS DIVERSOS

Enlace Valdecilla-Palacios

En una fiesta celebrada en la residencia del miembro de la Comisión Permanente de la Exposición Iberoamericana Conrado Palacios, se anunció el compromiso matrimonial de su encantadora hija, la señorita Cristina Palacios, con D. Luis de Valdecilla, primogénito de los Marqueses de Rocaflor. Su enlace matrimonial está previsto para la primavera del próximo año.

Lo primero que Adrien le dijo a Gonzalo tras desembarcar del Manuel Arnús, una vez se quedaron solos era que tenía que regresar a Nueva York porque Belinda podría estar en grave peligro. El periodista había recibido un cable del médico del barco indicándole que su amigo necesitaría ayuda al llegar. Y no le engañaba. Chevalier atravesó la rampa que daba acceso al muelle apoyado en uno de los marineros que le hacía de muleta en el brazo que le quedaba libre. En la otra mano llevaba el bastón. Tras ellos caminaba el doctor Joaquín Muñoz para darle el parte médico a Gonzalo. Al parecer Adrien había sufrido un traumatismo craneoencefálico, tenía tres costillas rotas, el labio superior partido, diversas magulladuras repartidas por el cuerpo y le habían dado tres puntos de sutura en la ceja izquierda.

—Es un caso digno de ser estudiado —le comentó el doctor con asombro—. Pese a los golpes que recibió en la cabeza, no parece tener ningún tipo de lesión cerebral.

—Sí, es bastante cabezota —señaló Gonzalo mientras dejaba que su amigo se apoyase en él para que el marinero pudiera marcharse—. Tiene el cráneo duro como una roca. Así le va.

—Gracias, amigo —ironizó Adrien—. Es tranquilizador ver que lo reciben a uno con tanto cariño.

—No hay de qué.

—No hemos acusado pérdida de memoria, ni problemas del habla —continuó diciendo el doctor—. Dimos curso a una denuncia desde el barco que no sabemos si tendrá algún resultado. Su amigo no puede aportar datos sobres sus atacantes porque sufrió el asalto en la oscuridad. Una lástima. Los muelles del puerto de Nueva York no son un buen lugar para pasear.

—Lo importante es que ya está a salvo —respondió Gonzalo.

—Tendrá que hacer reposo absoluto durante al menos cinco o seis semanas para que las costillas suelden. Nada de actividades que impliquen tener que respirar profundamente. Ahora mismo lleva un paño de compresión alrededor del pecho para inmovilizar la zona, pero es bueno que se lo quite al llegar a casa. Después de eso, tendrá que controlar la intensidad de sus respiraciones hasta volver a la normalidad. Todo irá mejorando poco a poco. Hay que tener paciencia —recomendó el médico.

—Muchas gracias, doctor Muñoz —le despidió Adrien—. Ya se lo he dicho varias veces durante la travesía… no tengo palabras para agradecer lo que ha hecho por mí.

—Es mi trabajo.

No fue hasta que llegaron a casa de Adrien, después de que Gonzalo le instalara en la cama, deshiciera su equipaje y organizara las horas en las que Manuela iría a atenderle, cuando pudieron hablar tranquilos. El periodista se sentó junto al lecho de Adrien y observó consternado su aspecto aún amoratado.

—He de volver a Nueva York. Tengo que encontrar a Belinda. Puede estar en peligro —pronunció con desesperación.

—Vaya… veo que el doctor se ha equivocado en su valoración. El golpe te ha afectado bastante a la cabeza.

—No lo entiendes, sé perfectamente quién me hizo esto. Fueron los hombres de Flavio Leone. Belinda pensaba huir conmigo. Nos citamos en el puerto, pero nunca llegó. En su lugar se presentaron ellos.

—Y claro, la mejor idea es regresar a Nueva York a que terminen lo que empezaron. Lo que yo te diga; loco de remate.

—Tengo que volver. No pienso dejarla sola.

Mientras pronunciaba estas palabras intentó incorporarse de la cama, pero una lanzada de dolor le recorrió el costado derecho, paralizando su movimiento. Gonzalo encogió su propio rostro, empatizando con su amigo. Conocía lo bastante a Adrien como para saber que nada se interpondría en su camino si ya había tomado una decisión.

—No comprendo lo que te está pasando. Toda esta locura que te ha dado. ¡Es un suicidio! ¿Acaso no lo ves? ¿Es eso lo que estás buscando? ¿Quieres que te maten? —Gonzalo se puso en pie, recorría de un lado a otro la habitación, irritado—. Esos tipos le ponen zapatos de cemento a la gente que los molesta y los tiran al fondo del río Hudson. Me sorprende que estés vivo. No me explico por qué no hicieron eso mismo contigo.

—Yo tampoco lo sé. Pero aquí sigo. Y en lo único en lo que pienso ahora es en volver para salvarla. Quiero liberarla de ese mundo terrible del que hablas.

—¿Y si está muerta?

—No lo está.

—¿Cómo puedes saberlo? ¿Acaso crees que esos tipos se andan con miramientos?

—No, no está muerta. No lo está… No puede estarlo.

Su mirada se perdió en el embozo de la sábana, mientras negaba con la cabeza. Belinda tenía que estar viva, no podía ser de otra forma

porque cualquier alternativa terminaría de hundirlo para siempre. Esa mujer era lo mejor que le había pasado. Y no por lo que ella era, sino por la persona en la que él se convertía al estar a su lado.

—Y si fue Belinda quien te traicionó. ¿Has valorado esa posibilidad? ¿Cómo sabían los hombres de Leone dónde encontrarte? ¿Quién más conocía vuestros planes? ¿Quién más sabía la hora y el lugar de la cita? ¿Quién además de ella? —Las preguntas de Gonzalo lo sacaron de golpe de sus pensamientos.

Adrien guardó silencio unos segundos.

—Belinda nunca me traicionaría —afirmó—. Mientras no tenga pruebas de que me ha traicionado, o de que está muerta, seguiré luchando por ella. Seguiré buscándola. Aunque me vaya la vida en ello.

—Hay miles de mujeres, ¡maldita sea! ¿Qué mierda te ha dado con Belinda Miller? Acaso no te das cuenta de que no es trigo limpio. No he querido contártelo nunca, pero vi movimientos extraños entre ella y ese tipo… ¿cómo se llama? Ese oficial del barco… ¡Domingo Amores!

—¿De qué hablas?

—Los vi cuchicheando cuando atracamos en Cádiz. Daba la impresión de que se conocían de antes. Y días después, ya en medio del océano, vi como él salía de su camarote en mitad de la noche. ¿Qué crees que podría estar haciendo allí a esas horas?

—Me da igual lo que digas. La amo. Y sé que ella me ama a mí.

—Definitivamente el golpe en la cabeza te ha afectado al cerebro —respondió Gonzalo antes de añadir de forma despectiva—. Lo que pasa es que esa tía te pone cachondo. Eso es todo.

Adrien torció el gesto y lo miró con desagrado.

—No te lo permito… No… no voy a permitir —buscó las palabras adecuadas, pero no pudo encontrarlas—… ¡Qué sabrás tú de amor!

—Tienes razón. Sé muy poco de amor. Mi padre no amó lo suficiente a mi madre como para que yo creciera viendo con mis propios ojos cómo se quiere bien a una mujer. Es posible que yo sepa muy poco sobre el amor. O quizás sepa demasiado. No lo sé… Pero lo que está claro es que tú tampoco sabes lo que yo sé, porque hace tiempo que mi vida te importa un comino. No sabes si estoy bien o mal. Si sufro o si soy feliz. Hace ya un tiempo que solo miras tu propio ombligo.

Gonzalo se dio la vuelta y caminó hacia la ventana. Desde allí podía ver el campanario de la Giralda. Pronto darían las ocho y todas esas campanas repiquetearían a la vez, llenando el inmenso silencio que se había interpuesto entre los dos amigos. Gonzalo deslizó la

mano por su cabello, intentando tranquilizarse. Recordó que la despensa de Adrien estaba vacía, así que pensó en acercarse a El Brillante a comprar algo de comer, al menos para pasar la noche, hasta que llegara Manuela al día siguiente.

—Ahora vuelvo —le dijo antes de salir de la habitación.

Iba pensando en las últimas palabras que había cruzado con su amigo. ¿Quién era él en realidad? ¿Era acaso un joven dicharachero, amante de las juergas flamencas y del vino de Jerez? ¿Era quizás el *alter ego* del Curioso Cauteloso, un tipo que escudriñaba en la basura de los personajes más destacados de la ciudad, buscando sacar a la luz sus miserias? ¿Era el hijo ilegítimo de la Dolores? ¿Qué es lo que Adrien pensaba que era él? ¿Cómo lo describiría si alguien le preguntara? Y en ese momento se acordó de Cristina Palacios. ¿Qué pensaría de él Cristina? Por qué no podía sacársela de la cabeza. Aquella niña mimada, esa preciosa criatura a la que hubiera querido conocer más, hacerle preguntas sobre política, cine o arte. Analizar cuáles eran sus sueños, sus miedos. Le hubiera gustado saber qué libros leía pero, sobre todo, hubiera querido besarla, al menos, una vez más. El recuerdo de ese único beso, cálido, sofocado y dulce, era un arañazo en su alma, sobre todo por cómo había terminado. Ahora su portal era un espacio encantado por el recuerdo de aquel beso. Se le aceleraba el corazón cuando entraba y veía al fondo la sombra de alguna de las vecinas; para llenarse de decepción al comprobar que no era Cristina. Quizás por eso estaba recriminándole el amor a su amigo, porque esa mañana a primera hora, cuando fue a tomar café antes de entrar en la redacción, hojeó el *ABC* que había sobre el mostrador del bar y se topó con la nota de sociedad que anunciaba el compromiso de Cristina Palacios con el hijo de unos marqueses. Y el mundo se le vino encima.

Regresó a la casa de Adrien y guardó en la despensa las galletas y la leche que había comprado en El Brillante. Después subió a la habitación.

—Estoy convencido de que eres un majadero, cabezota. Un loco y un excéntrico —le dijo—. Pero también eres mi mejor amigo y no pienso dejarte solo. Si has dicho en serio que regresas a Nueva York, me iré contigo.

Adrien lo miró desconcertado.

—No voy a permitir que arriesgues tu vida por…

—Ya está decidido, así que no le demos más vueltas al asunto.

—¿Y tu trabajo? —le preguntó Adrien.

—Hablaré con mi jefe. Le diré que me tomo vacaciones. Que aprovecharé para viajar otra vez a América y que escribiré un buen

número de crónicas sobre los países que tienen previsto visitar la Exposición. Me lo debe. Hace años que no hago un descanso.

—No sé qué decir…

—No digas nada. Para eso están los amigos.

Llegaron a Nueva York el 31 de marzo de 1927. El primer lugar al que se dirigieron fue al Upper East Side; al apartamento de Belinda. El taxi los dejó frente a la fachada del imponente edificio. La última —y única— vez que Adrien había estado allí apenas le prestó atención a la entrada; la impresionante arcada custodiada por dos faroles de bronce que en tiempos pasados permitía a los inquilinos acceder al interior del edificio con sus coches de caballos. Así conseguían protegerse de la lluvia y de las miradas indiscretas.

—Buenos días, ¿a qué piso van? —los interrogó un portero vestido de librea, interponiéndose en su camino.

—Somos amigos de la señorita Belinda Miller. Nos está esperando —respondió de forma desenfadada Gonzalo. Segundos antes de bajarse del taxi, le había comentado a Adrien que debían actuar con seguridad, como si llevaran media vida entrando y saliendo de ese edificio.

—Lo dudo mucho, señor.

—¿Cómo dice? —Gonzalo se mostró ofendido—. ¿Está insinuando que somos unos mentirosos?

El portero pareció calibrar durante unos segundos si su respuesta podría resultar irrespetuosa. Pese a ello se decidió a lanzarla.

—Sí, señor.

Adrien tomó las riendas de la conversación. Temía que su amigo y ese hombre se enfrascaran en un diálogo de sordos.

—Discúlpenos. Es cierto que somos amigos personales de la señorita Miller. Hace un tiempo que no sabemos nada de ella y estamos preocupados. Tememos que haya podido ocurrirle algo.

El portero, que hasta ese momento había mantenido su mirada en un punto inconcreto del muro que quedaba tras ellos, fijó sus ojos en Adrien.

—¿Me podría decir su nombre?

—Adrien Chevalier. Capitán Adrien Chevalier —repitió.

—¿Lleva encima algún documento identificativo que así lo acredite?

—Eh… sí… sí. Mi pasaporte.

—¿Podría mostrármelo?

Los dos amigos intercambiaron miradas. Gonzalo asintió en un gesto que parecía decir «no te queda otra que hacer lo que te está pidiendo este tipo si quieres seguir dando pasos hacia delante».

Adrien sacó el pasaporte del bolsillo interior de su americana y se lo mostró. El portero posó intermitentemente sus ojos en la fotografía del documento y en el rostro del capitán durante al menos medio minuto. Tras ello lo cerró, y se lo devolvió.

—La señorita Miller no está aquí. Pero dejó una carta para usted.

—¡¿Cómo?! —exclamó Gonzalo—. ¿Sabía que ibas a venir aquí?

—No entiendo nada… —musitó Adrien.

El portero se acercó al mostrador de recepción, sacó de allí un sobre cerrado y se lo entregó. En el exterior se podía leer únicamente: «Capt. Chevalier». Adrien rasgó el sobre y se alejó un par de metros para leer con un poco de intimidad.

Nueva York, 26 de diciembre de 1926

Mi adorado Adrien, si esta carta ha llegado hasta tus manos es porque, tal y como imaginé, tus sentimientos hacia mí son iguales a los míos; la fuerza de este amor es indomable. Soy tuya; te pertenezco en cuerpo y alma, y así será hasta el fin de mis días, por inmensa que sea la distancia que nos separe.

Ten la seguridad de que a punto estuve de dejarlo todo, Adrien, mi Adrien, pero he de aceptar que no estamos solos y que es demasiado complicado.

Regresa a Sevilla, amor… y olvídame. Eso es lo mejor para ti: Olvídame.

Te querrá por siempre,

Belinda Miller

Adrien bebió cada palabra en silencio. Dobló la hoja y volvió a dirigirse al portero.

—¿Desde cuándo no la ve? —le preguntó.

—Desde el día después de Navidad. Vino acompañada por un caballero bastante robusto. Subieron juntos y al cabo de una hora abandonaron el apartamento con varias maletas. Yo los ayudé a montarlas en el coche. En un momento en el que el hombre subía de nuevo para recoger unas sombrereras, la señorita Miller aprovechó para dejarme el sobre, indicándome que solamente se lo entregara a usted.

—¿Bastante robusto? Quizás el hombre con el que vino fuera el chofer ese… ¿Sandrino? —comentó Gonzalo.

—Santino Neri. Posiblemente… sí —afirmó Adrien.

—Aprecio mucho a los hermanos Miller —continuó diciendo el portero—. Son unos inquilinos muy amables. No me gustaría que le pasara nada a la señorita Belinda. ¿Cree de verdad que puede estar en peligro?

—Esperemos que no —le respondió Adrien—. Muchas gracias.

Su siguiente parada fue el Cotton Club, pero su intención no era entrar a tomar unas copas y disfrutar del espectáculo. Adrien sabía de

sobra que, pese a que Flavio Leone estaba preso, su influjo traspasaba los muros de Sing Sing.

Tenía otros planes.

Gonzalo y él fueron a primera hora de la tarde, cuando el club todavía no había abierto sus puertas, dispuestos a esperar a la vendedora de tabaco que le había guiado hasta el sótano el día que Leone le hizo la primera advertencia.

—¿Estás seguro de que es buena idea venir en busca de la gachí esa? —le preguntó Gonzalo preocupado.

—No, no lo estoy. Pero necesito pistas sobre dónde encontrar a Belinda. Y ella es la única persona que conozco del club que no lleva pistola.

—Que tú sepas —puntualizó su amigo.

—Que yo sepa…

La reconoció desde lejos por su cabello oxigenado. La vieron dando saltitos, intentando enderezar su tacón derecho, tras lo cual se miró de reojo en un escaparate y se lanzó una sonrisa. Estaba tan entretenida con su reflejo que no los vio llegar.

—Señorita… señorita… —la asaltó Adrien.

Ella le miró y se llevó la mano a la boca de forma teatral.

—¡Ay, mi madre! Está… vivo… Gracias a Dios…

—Efectivamente. Gracias a Dios está vivo. Porque si fuera por usted… —le recriminó Gonzalo.

Ella le miró de arriba abajo, frunciendo el ceño.

—¿Quién es este? —preguntó con su voz chillona.

—Carece de importancia. —Adrien la aferró del brazo para que le devolviera la atención—. Estoy buscando a Belinda Miller. ¿Sabe dónde podría encontrarla?

—¿Belinda? Hace mucho que no la veo. Tal vez desde Navidad.

—¿Y sabe algo de su hermano? De Ernesto Miller —interrogó Gonzalo.

—Ernesto… Ernesto… sí… hace también bastante que no viene por aquí. Por lo menos medio año. Un chico muy mono, pese a ser… ya saben —bajó levemente la voz—, de color… ustedes ya me entienden. Vamos… que yo no tengo nada en contra de los hombres de color… ni de los hombres, ni de las mujeres. Que a mí Belinda me parece una artista estupenda. Llegará lejos. Mucho más teniendo en cuenta que tiene a Flavio de padrino… ustedes ya me entienden.

—Pues no, linda. Explíquenoslo mejor —incentivó Gonzalo.

—Bueno… que todo el mundo sabe que Flavio ayuda mucho a los Miller. Y Flavio tiene muchos contactos…

—Y que nos puede contar de Santino Neri —interrumpió Adrien.

—Uffffff —resopló con desgana—… hace mucho que no viene por aquí. Y menos mal, porque es un mirón. Mira a todas las chicas, pero es cierto que con Belinda se le cae la baba… el muy memo…

—¿Sabe dónde podríamos encontrar a Santino? —volvió a preguntar Adrien.

—Creo que sigue viviendo con su madre. En Little Italy.

—¿Conoce la dirección?

—Desde luego. Casi todo el mundo la conoce. Viven encima del Catania, un restaurante italiano. Allí mataron a su padre. Fue un crimen muy sonado. Aún se habla de él.

—Gracias, señorita. Nos ha ayudado mucho.

—No hay de qué —se despidió ella. Antes de seguir caminando, se dio la vuelta y le chilló—. Que me alegro de que esté usted vivo. Cuídese.

La vieron alejarse calle abajo. Seguía mirándose la figura en los escaparates; sonriendo.

—He tenido zapatos más inteligentes que esa chica —aseguró Gonzalo.

—Anda, vamos… —rio Adrien, tirándole de la manga de la chaqueta.

Francesca Neri vivía en un encantador piso con flores en las ventanas que daban a la calle Mulberry. Adrien y Gonzalo llamaron a la puerta y se presentaron como periodistas españoles, amigos de su hijo. Le explicaron que le habían conocido a través de Belinda Miller, en el Cotton Club, y que estaban escribiendo un reportaje para una revista española llamada *Emigrados en el Mundo* en el querían reflejar la realidad de los italianos que vivían en Nueva York. Quitando que no eran amigos de Santino, y que no existía ninguna revista española con ese nombre, todo lo que le dijeron era verdad. Exceptuando que Adrien Chevalier era periodista.

Francesca los dejó pasar, invitándolos a que tomaran asiento en el sofá.

—¿Quieren un café? —ofreció. Asintieron.

Cuando tuvieron delante las tazas humeantes, se sentó en el sillón orejero, frente a ellos.

—Así que conocen ustedes a mi hijo… —empezó a decir.

—Sí —Gonzalo se adelantó, carraspeó un par de veces y le dio un sorbo al café antes de comenzar a hablar—. Es un hombre estupendo. Muy agradable.

—Sí que lo es —respondió ella con orgullo.

—Habíamos quedado en entrevistarnos con él. Para nuestro reportaje —aclaró Adrien—, pero hemos ido a buscarle al club y no le

hemos encontrado.

—Mi Santino —dijo ella con gesto indulgente—... Es un chico estupendo pero se despista mucho. Desde su desgracia… bueno… ustedes ya le han visto…

—¿Su desgracia?

—Supongo que no le conocen tanto como para saberlo. —Le dio un sorbo a su café y comenzó a narrarles una historia del pasado, con voz calmada.

Abril de 1910

Serían más o menos la una y media de la tarde cuando Umberto Neri llevó a su único hijo varón por primera y última vez al Catania, su restaurante favorito. Santino acaba de cumplir los doce años y su padre consideró que ya era lo bastante mayor como para compartir con él un plato de espaguetis con langosta *fra diavolo* y una botella de carricante. Habían pasado juntos una mañana maravillosa, jugando al fútbol en el parque, y se sentían satisfechos, fatigados y muertos de hambre.

Se sentaron al lado de los ventanales, en una mesa para dos. Umberto le encargó la comida a la camarera y le guiñó un ojo a su hijo al pedir el vino. Pasaba demasiado tiempo fuera de casa y le preocupaba que Santino se estuviese criando en un ambiente demasiado almibarado, rodeado de mujeres. Por eso le obligaba a ir al gimnasio a practicar boxeo a pesar de que la criatura llegara en más de una ocasión llorando a casa por haber recibido un par de puñetazos en el estómago.

La camarera trajo el vino y colocó los platos de espaguetis en la mesa, momento que Umberto aprovechó para preguntarle por el resultado del último partido de los Yankees.

—Ni idea —respondió ella sin dejar de mascar con desgana el chicle que llevaba en la boca—. Ahora le pregunto al cocinero y le digo.

Umberto le volvió a guiñar un ojo a su hijo y se dispuso a atacar el plato de espaguetis.

Unas campanillas anunciaron que alguien acababa de abrir la puerta del restaurante. Un par de tipos bien trajeados se sentaron en la mesa de al lado, deseándoles buen provecho. Umberto les dio las gracias. De pronto se escuchó un ruido en la calle. Un coche bajaba a gran velocidad y frenó bruscamente frente a la cristalera del Catania. Los dos tipos que acaban de llegar se levantaron y caminaron decididos hacia la mesa que ocupaban el padre y el hijo, a la vez que

sacaban sus pistolas. A Umberto no le dio tiempo a reaccionar. Estaba a punto de introducirse en la boca un ovillo de espaguetis que llevaba un buen rato enrollado en el tenedor, cuando tres disparos en el pecho le frenaron las intenciones. Se dio de bruces contra plato, momento que los dos tipos aprovecharon para dispararle en la nuca. Las campanillas volvieron a sonar y Santino vio a los dos hombres montarse en el coche, que arrancó quemando ruedas mucho antes de que la puerta del Catania se cerrase por completo.

La camarera salió gritando de la cocina. El cocinero llamó a la policía. Y Santino se quedó paralizado, sin moverse de su mesa, observando en silencio la cara de su padre aplastada contra los espagueti con langosta *fra diavolo* que tanto le gustaban. Los disparos y el ruido del coche llamaron la atención de la gente. Comenzaron a llegar los tenderos de los comercios cercanos, bajaron los vecinos, se asomaban a las ventanas los del edificio de en frente… la frutera de al lado consolaba a la llorosa camarera, que no dejaba de hipar mientras describía una y otra vez su versión de los hechos a todo el que le preguntaba.

Hasta que no llegó la policía, nadie le prestó atención al muchacho. Fue la propia camarera, que a esas alturas ya estaba un poco más tranquila, la que se acercó a él. Se dio cuenta de que Santino no se había movido de la silla y de que se había bebido él solito más de media botella de vino blanco.

—Vamos, precioso —le dijo, ayudándole a levantarse—… que estos policías tan simpáticos te van a acompañar a casa.

El crío la miró con ojos vidriosos.

—¿Cómo han quedado los Yankees?

—¿Cómo dices? —le preguntó sin comprender.

—Los Yankees —respondió él. Tenía la voz pastosa—. Mi padre quería saber cómo habían quedado los Yankees y tú no se lo has dicho.

—*Santa Madonna!* —se persignó la frutera.

—Pobre criatura. Esto no se le va a olvidar en la vida. ¡En la vida! —se lamentó la camarera mientras observaba cómo los policías lo guiaban en dirección a la puerta.

—Y realmente nunca se le ha olvidado —les confirmó la madre a Adrien y Gonzalo con gesto compungido.

—¿Se cogió a los responsables? —preguntó el periodista.

La madre de Santino lo miró de arriba abajo, como si estuviese valorando la posibilidad de que hablase en broma. Al comprobar que la pregunta iba en serio, decidió responder.

—En el mundo en el que se movía mi marido era habitual que este

tipo de delitos quedasen impunes. Toda la prensa habló de ello, pero la policía no investigó demasiado. —Se encogió de hombros y suspiró —. La vida…

—¿Y su hijo?

—Mi hijo… mi pobre niño —suspiró—. Pasó varias semanas sin hablar del tema. Se comportaba como si nada hubiera pasado, como si estuviera esperando a que su padre apareciera en cualquier momento en el umbral de la puerta. Supongo que llegó un momento en el que aceptó por fin la realidad. Santino se encerró en su cuarto y no dejaba pasar a nadie. A nadie. Mis hijas y yo le oíamos gritar, dar patadas a los muebles… no quería salir, se negaba a comer. —La madre de Santino guardó unos segundos de silencio antes de seguir hablando —... Por suerte Dios aprieta pero no ahoga, y nos envió a un ángel en la Tierra para salvarnos… para salvar a mi niño.

—¿Un ángel en la Tierra? —interrogó Adrien.

—Flavio Leone.

—¿Flavio Leone? —repitió Gonzalo, mirando de reojo a su amigo —. ¿Un ángel en la Tierra?

—Así es, continuó explicando ella. Un día se presentó en casa y nos dijo que conocía a mi marido. Se había enterado de que mi hijo había presenciado la muerte de su padre y estaba tan conmovido que quería ayudarnos. Como un milagro, ese hombre consiguió que Santino volviera a ilusionarse con la vida.

Al parecer Flavio Leone le convenció de que su padre le observaba desde el cielo y que, por tanto, debía esforzarse para que se sintiese orgulloso. Y así fue como Santino se volcó en el boxeo. Flavio pagaba sus clases y él pasaba horas y horas en el gimnasio, saltando a la comba, golpeando el saco, se ofrecía como *sparring*…

—¡Hasta llegó a participar en el campeonato juvenil de los pesos medios! —presumió su madre—. Esperen, esperen…

Se levantó y salió fuera de la salita. Regresó a los pocos segundos.

—Es que tengo los álbumes en mi habitación —se disculpó—. Me gusta hojearlos a veces antes de dormir. ¡Aquí lo tienen! —La madre de Santino señaló entusiasmada un recorte de prensa en el que se le veía en calzones de seda, con los ojos evidentemente hinchados, mientras el árbitro sujetaba en alto su mano izquierda en señal de victoria.

La mujer cambió el gesto. Un velo de tristeza empañó sus ojos. Al parecer, una de las peleas no salió bien. El adversario le dio tantos golpes en la cabeza que Santino perdió el conocimiento en el *ring* y tuvieron que llevarle al hospital. Allí pasó varios días en coma. Cuando despertó estaba como ausente. Parecía haber regresado al

momento exacto en el que mataron a su padre. Inocente, atolondrado, como un niño de doce años.

—Pero ahí seguía estando el ángel de la guarda de mi hijo. Flavio Leone le ofreció trabajo como guardaespaldas y chofer. Nunca me cansaré de agradecerle a ese hombre lo que ha hecho por nosotros. Gracias a él mi Santino tiene un trabajo y su vida un sentido. Mi Santino besa el suelo por el que pisa Flavio Leone. Haría lo que fuera por él —lanzó otro largo suspiro—. Y es precisamente por un encargo de Flavio que no ha podido acudir a su entrevista.

—¿Entrevista? —preguntó extrañado Gonzalo.

—Para su revista: *Emigrados en el Mundo*. ¿No me dijeron que se llamaba así?

—Sí … sí, claro —respondió con rapidez Adrien, lanzando una mirada de reprobación a Gonzalo de soslayo—. Y entonces dice que está haciendo un trabajo para Flavio…

—Sí. Está en Florida —respondió ella orgullosa.

—¡¿Florida?! —exclamó Gonzalo, mirando a su amigo.

—Florida —repitió Adrien.

—Esperen… esperen. —Francesca Neri volvió a coger su álbum de recortes—... ¡Aquí! Aquí está. Me envió una carta el otro día con una fotografía, y la puse aquí dentro. Vean. Está muy guapo.

En la imagen se veía a Santino en una amplia terraza, sentado en una mesa de bambú junto a un joven moreno. Ambos lucían sombreros panamá y gafas de sol. Sonreían abiertamente a la cámara, con enormes puros habanos en las manos.

—¿Me permite? —Adrien quería verla más de cerca.

Forzó su mirada para entrever en el joven moreno sentado junto a Santino algún parecido con Belinda.

—¿Conoce al hombre con el que está? —le preguntó señalándole. Ella entrecerró los ojos.

—No, no le conozco. Y en la carta no me habla de él.

—¿Y qué le cuenta entonces? ¿Lo está pasando bien en Florida? ¿Se está divirtiendo? ¿Con alguna chica, quizás? —preguntó Gonzalo entre risas. Francesca también reía.

—Oh… no… no —rio ella también—... Me dice que está hospedado en el hotel Tampa Bay, por un asunto de negocios. Y que aún tardará un tiempo en venir. Que me irá escribiendo. Que me cuide y que me echa de menos.

—¿Podría servirme otra taza de café? —preguntó Gonzalo.

—Por supuesto. Haré otra cafetera.

En ese momento Adrien aprovechó para guardarse la fotografía en el bolsillo de la chaqueta.

Adrien y Gonzalo bajaron las escaleras de la casa de Santino Neri con la cabeza llena de preguntas. ¿Para qué había ido Santino a Florida? ¿Sería por algo relacionado con los negocios que los Miller tenían con Leone? ¿Estaba Belinda con Santino? ¿Quién era el hombre moreno de la fotografía? ¿Ernesto Miller, quizás? ¿Habían viajado a Florida para encontrarse con el hermano mellizo de Belinda? Esa noche, durante la cena, ambos llegaron a la conclusión de que si seguían empeñados en encontrarla debían viajar a Florida.

Pero había otras cuantas preguntas que no dejaban de rondar la cabeza de Adrien cuando se metió en la cama. ¿Por qué Belinda hizo sus maletas y se marchó de Nueva York con Santino sin avisarle? La escena que les había narrado el portero casi parecía un secuestro. ¿Quién escribió la nota que llegó a su hotel citándole en los muelles? Ahora que tenía en sus manos la carta de Belinda y podía compararlas, se daba cuenta de que la letra era diferente a la de la nota. Y entonces, ¿quién informó a los hombres de Leone que él aguardaba en su hotel noticias de Belinda? ¿Cómo sabían que caería en la trampa?

Todo se respondía si Adrien hubiera sabido que Belinda, tras pasar la noche con él, fue a hablar con Flavio Leone a Sing Sing. Pese a que había quedado demostrado que era culpable de más delitos que Machine Gun Kelly, en la cárcel vivía a cuerpo de rey. Sus hombres tenían en nómina al alcaide, de manera que Flavio seguía manejando sus asuntos como si tal cosa desde su celda decorada al estilo *art déco*. Le preparaban comidas especiales, le asignaron un cómodo trabajo en la biblioteca y le permitían hablar por teléfono y reunirse con quien quisiera cuando quisiera.

Ese día su visita fue Belinda Miller.

La cárcel de Sing Sing quedaba a cuarenta millas de Manhattan y siempre era Santino Neri el que la llevaba en coche. Ella no lo sabía, pero Flavio conocía de cabo a rabo sus últimos movimientos.

—Mi preciosa Belinda —la saludó—. ¡Qué agradable sorpresa! Pensaba que detestabas este lugar.

—No me gusta… esa es la verdad. Pero necesitaba hablar contigo.

—¿Sobre tu amigo el capitán?

Se rebulló incómoda. Ya lo sospechaba, pero ahora tenía la certeza de que nada quedaba al margen de Flavio, ni siquiera estando encerrado en la cárcel.

—¡Qué bella eres, Belinda! —suspiró él—. Aún me parece increíble la hermosa mujer en la que te has convertido. Tanto que hasta un capitán francés está dispuesto a ponerse una venda en los ojos para estar contigo.

—Está enamorado de mí.

—¿Y tú de él?

Ella guardó silencio unos segundos.

—También —pronunció muy bajo.

—Conmovedor… realmente conmovedor.

—Queremos marcharnos a Europa. Está esperándome en su hotel. Mañana sale el barco —confesó. Hablaba muy rápido, se le agolpaban las palabras en la garganta—. Comenzaremos una nueva vida, sin lastres, sin mentiras, sin secretos… Deberías entenderlo…

Una sonora carcajada retumbó por las paredes de la celda. Flavio reía y reía, parecía incluso ahogarse de la risa que le daba. Le lloraban los ojos.

—¿Sin mentiras? —preguntó secándose las lágrimas con el envés de la mano—. Disculpa… ¿Acaso le has prometido amor eterno? ¿Le has dicho que te casarás con él? ¿Que serás la madre de sus hijos?

Belinda le observaba con los ojos vidriosos. No quería escucharle y, sin embargo, no podía dejar de hacerlo. Una voz en su interior le gritaba que Flavio tenía razón; alguien como ella no podía permitirse el lujo de enamorarse.

—¿Sabe que el viaje a España como cantante no era más que una tapadera?

—Cállate… —musitó.

—¿Le has hablando de Ernesto?

—¡Ernesto está muerto! ¡Muerto! Me prometiste que jamás volveríamos a hablar de él. ¡Me lo prometiste!

—Abre los ojos —continuó Leone, trocando la risa por una voz áspera—. Si le quieres de verdad no destrozarás su vida. Eres una muñeca rota, y él un capitán francés condecorado en la Gran Guerra.

—¡Cállate! ¡Maldita sea! ¡Cállate! —le gritó Belinda envuelta en rabia y llanto—. Cállate… cállate… cállate… —siguió repitiendo una y otra vez, llorando, con la voz cada vez más debilitada.

Él se le acercó amorosamente y la cubrió con sus brazos.

—Ya está, querida. Ya… Ya pasó… —La mecía como se mece a un niño asustado para espantarle una pesadilla.

—Somos lo que somos, y tenemos que aceptarlo… aprender a vivir con ello. No llores, Belinda. —Le enjugó una lágrima—. Mi preciosa Belinda… Sé muy bien lo que te pasa. Yo estoy aquí, encerrado, y tú estás ahí afuera… expuesta. Y eso te hace sentir desvalida. Pero debes tener siempre presente que tú existes gracias a mí. Yo te he dado la vida.

Ella seguía llorando, en silencio, con los ojos cerrados, rodeada de sus brazos.

—¿Crees que la vida es justa? No, no lo es —siguió diciendo él—.

Por eso hay que hacer trampas para sobrevivir. Tú y yo somos unos tramposos, por eso nos entendemos. —Se separó unos centímetros de ella y llevó su dedo índice hasta su barbilla, forzándola a que la levantara para que le mirase a los ojos—. En la vida real los finales felices no existen. Eso solo sucede en los cuentos de hadas. Lo sabes, ¿verdad?

Belinda asintió con los ojos rojos. Las lágrimas seguían brotando, recorrían sus mejillas y apelmazaban sus pestañas.

—Una sonrisa para Flavio —canturreó él—. Vamos… vamos… hazme feliz. Una sonrisa. Una pequeña. Pequeñita…

Ella forzó una leve mueca y se deshizo suavemente de sus brazos.

—Tengo que irme. Actúo esta noche y tengo que prepararme.

—Claro, claro… querida mía —respondió él aparentemente conforme, mientras observaba como ella sacaba la polvera de su bolso, retocaba el maquillaje y se ponía el abrigo—. Ah… se me olvidaba. Hoy no volverás al club. Ni mañana, ni pasado. No sé cuándo regresarás… aún tengo que pensarlo. En la puerta de la prisión te está esperando Santino. Ya lo he hablado con él. Te acompañará al apartamento para que prepares tu equipaje. Saldréis de allí directamente hacia un destino desconocido. No te diré dónde, por si intentas algún truco y caes en la tentación de comunicárselo a tu amante.

—¿¡Cómo!?

—Lo sé, lo sé, querida… No te gusta la idea, y no dudes que a mí tampoco, pero te aseguro que es lo mejor. Conozco bien las tonterías que pueden hacerse por amor. Es un estado mental en el que se cometen muchas estupideces. Si fuera solo por ti podría arriesgarme. Pero bien sabes que tenemos intereses económicos en común y no puedo permitir que se vayan al traste por un romance de radionovela. Entiéndelo. Es necesario que desaparezcas una temporada.

Belinda le miró con rabia. Se dio la vuelta y salió de la celda sin despedirse.

Santino condujo rumbo al horizonte. Ella no se molestó en preguntar a dónde iban. Ni siquiera era capaz de reconocer los pueblos que estaban atravesando por culpa de las lágrimas que intentaba ocultar tras sus gafas oscuras. No dejaba de pensar en Adrien y en lo mucho que iba a odiarla al darse cuenta de que se había marchado sin avisar.

—¡Qué guapa eres, Belinda! No llores… por favor —le rogó Santino —. Yo estoy contigo. Yo nunca te dejaré sola.

—Lo sé, Santino. Lo sé… —le respondió ella, con una sonrisa triste dibujada en su rostro.

Capítulo XIII

El Liberal

DOMINGO 19 DE MAYO DE 1929

EL MISTERIO EMPIEZA A RESOLVERSE

EXAMEN PRELIMINAR DEL ESQUELETO HALLADO EN EL «AEROPUERTO DEL SUSTO»: EL CUERPO FUE CALCINADO

Ayer publicaban algunos periódicos las elucubraciones hechas por determinados facultativos sobre la fecha del enterramiento de los huesos. Éstos —se decía— son de hace menos de veinte años. Posteriormente se aseguró, del mismo modo rotundo, que los restos eran de hace cuatro años, e incluso que podrían ser del año anterior. Si no fuese porque en realidad estos juicios no han sido emitidos por los responsables del asunto que nos ocupa, habría ocasión para dirigirles una justa censura.

El digno doctor Ortega, que ha dictado como siempre disposiciones oportunísimas para la satisfactoria resolución del caso, recibió a primera hora de la tarde de ayer a los periodistas que, con la ansiedad que es de suponer, esperaban su llegada. Aclarando a los presentes que no respondería preguntas, confirmó que el informe preliminar señala lo que sigue:

—No se puede determinar aún el momento exacto del enterramiento de los restos.

—El cuerpo fue calcinado antes de la inhumación, lo cual arrasó con la indumentaria, así como con los posibles documentos, o cualquier otro indicio que ayudase a los investigadores a desvelar la identidad del cadáver.

Se queda a la espera del informe definitivo de la autopsia que a buen seguro aclarará muchos otros interrogantes.

Camino de Tampa informaron a Adrien y Gonzalo de que la mejor época para visitar Florida era entre marzo y mayo, precisamente cuando ellos llegaban: un viernes 8 de abril de 1927. Según les explicó la pareja con la que compartían el departamento del tren, si se cometía el terrible error de viajar allí en la horquilla que abarcaba de mayo a octubre, casi con total seguridad pasarían noche y día sudando como pollos. Pese a ello, cuando llegaron a la estación y pusieron el pie en el andén a eso de las tres de la tarde, recibieron una bofetada de calor, como si un barbero les hubiera arrojado sobre la quijada una toalla caliente y húmeda. Y eso que iban vestidos tal y como dictaban las normas sureñas: traje de chaqueta de lino color claro, camisa blanca, corbata ligera, zapatos *oxford* de puntera picada y sombrero panamá. Gonzalo se descubrió para abanicarse con él mientras esperaban a que el mozo les trajese el equipaje. Cuando les entregó las maletas ya se había aflojado la corbata, arremangado la camisa y colgado al hombro la americana.

—Parece mentira que seas de Sevilla —rio Adrien.

—¿Crees que los que nacemos en Sevilla no pasamos calor? ¿Que hemos nacido con un gen especial repelente de calor o con un sistema de refrigeración interno? Ya te informo yo de que no es ese el caso.

Pero Adrien siguió burlándose de él, pese a que los hombres que esperaban taxi junto a ellos no dudaron en imitarlo y se desprendieron sin pudor de sus corbatas y chaquetas. Las señoras que venían del norte zigzagueaban en busca de la sombra. Intentaban esquivar el sol que caía a plomo sobre sus cloches de terciopelo. Salieron de Nueva York con vestidos de crepe, medias de seda, zapatos oscuros y pañuelos al cuello y lo tenían más complicado. Ninguna se atrevía a descubrirse por no dejar a la luz el cabello aplastado en la coronilla y encrespado en las puntas, por culpa del sudor y la humedad. Aguantarían con estoicismo —y con las caritas coloradas— a llegar a sus hoteles, observando con envidia a las que claramente vivían allí, que paseaban sin apuros luciendo sombreritos de paja y vestidos vaporosos.

—¡Esta temperatura es más propia de la selva que de un territorio civilizado! —protestó alguna de ellas.

La climatología y sus variaciones son temas de conversación recurrentes entre las personas que no saben de qué hablar. Protestan por el frío, el calor, la lluvia, el viento, la humedad, la nieve, la niebla…

Adrien y Gonzalo tomaron un taxi en la puerta de la Tampa Union Station.

—Al Tampa Bay Hotel —indicó el periodista.

—Bonito lugar, sí señor. ¿Han estado alguna vez en Florida? —preguntó el taxista, con claro acento cubano.

—Es la primera vez.

—Pues les encantará. El Tampa Bay es más que un hotel. Es un auténtico palacio; el palacio Plant, lo llaman.

El chofer les explicó que el edificio era el capricho de un tal Henry Bradley Plant, un magnate de los ferrocarriles, los barcos de vapor y los hoteles. En menos de dos años levantó un edificio que se promocionó como a prueba de fuego; con quinientas once habitaciones equipadas con los últimos adelantos del momento: electricidad, teléfono, baño privado… y varias *suites* de entre tres y siete habitaciones. Un palacio magnífico que además contaba con los primeros ascensores que se vieron en Florida.

—Plant se gastó dos millones y medio de dólares en ponerlo en pie, y otros quinientos mil dólares en los muebles y las obras de arte originales que compró en sus viajes por Asia y Europa —concluyó el chofer—. ¡Ahí lo tienen!

Justo en ese momento vieron surgir ante sus ojos las cúpulas acebolladas del edificio; seis minaretes que se alzaban por encima de las buhardillas —en las que se encontraban las *suites*—, rematando la impresionante construcción de ladrillo rojo que se asomaba a un lago. Que Henry B. Plant llevara el ferrocarril a Tampa y pusiera en pie aquel palacio en medio de la nada facilitó que florecieran muchos negocios en la zona. Algunos no demasiado lícitos.

—¿De dónde son ustedes? —les preguntó el taxista mientras sacaba sus maletas del portaequipajes y las depositaba en la acera.

—España —respondió Gonzalo.

—Vaya… vaya… así que de la madre patria… Eso me parecía —se pudo intuir su ironía—. ¿Y cómo se sienten con la pérdida de Cuba? Por ahí se dice que consideran a los cubanos poco menos que unos

pazguatos por dejar que los manejen los estadounidenses.

—Oh… bueno —se apresuró en aclarar Gonzalo—, le aseguro que no es nuestro caso.

—Mi nombre es Gilberto López, para servirle a Dios y a ustedes. Quedo a su entera disposición si necesitan un chofer para estos días. Tampa no tiene secretos para mí —precisó—. Si quieren puedo pasar a recogerles a las ocho de la tarde. Les llevaré a los lugares de mejor ambiente de la zona. Conozco unos garitos en los que hay unas mulatas que…

—No será necesario —interrumpió Adrien.

—Bueno… les dejaré que se instalen. Yo estaré aquí a las ocho, a su disposición. Sin compromiso. Si no me necesitan, no pasa nada. Aquí siempre tengo negocio.

Y debía de ser verdad. Frente a la puerta principal del hotel paró un tren del que descendieron un buen número de personas de la alta sociedad: hombres con trajes de tres piezas color crudo y sombreros jipijapa, damas con bonetes y leves vestiditos blancos de seda, niños con pantalones cortos y miradas impertinentes… seguidos por sus sirvientes negros, que cargaban con palos de golf.

—Creo que no les he dicho que el hotel cuenta con un campo de golf de dieciocho hoyos. ¿Juegan ustedes al golf? —interrogó Gilberto.

—No —respondió Gonzalo.

—Tanto mejor. No me parece un entretenimiento muy masculino. ¿Qué clase de diversión puede haber en golpear una pelotita con un palo para meterla en un agujero? ¿No les parece? Donde estén las carreras de caballos… por cierto, que el hotel también tiene pista de carreras.

Mientras hablaban, un hombre de color vestido con frac, colocó sus maletas en uno de los carros y se dirigió con él a la recepción.

—Lo dicho —insistió Gilberto—. A las ocho estaré aquí. Sin compromiso.

Adrien y Gonzalo desistieron de seguir discutiendo con él.

Cuando se dieron la vuelta quedaron apabullados por la majestuosidad del edificio. Visto desde esa perspectiva parecía una especie de híbrido entre la Alhambra de Granada, con sus arcos de herradura, columnas y yeserías, y una catedral rusa. Un despropósito ecléctico que hubiera dado para elucubrar a esos maestros de la literatura capaces de escribir páginas y páginas sobre la leve sombra del musgo creciendo en el lateral del muro de un castillo.

El interior del hotel cuadraba perfectamente con la pompa del exterior. Tal y como Gilberto les había asegurado, dentro se respiraba una atmósfera de embriagadora opulencia. Muebles exóticos,

porcelanas, espejos venecianos y esculturas elegidas con mimo en Europa. Mientras se registraban, el recepcionista los informó de que tenían a su disposición servicio de lustrabotas, salón de belleza, piscina climatizada, canchas de tenis y de croquet, sala de billar francés y americano, floristería, auditorio, bolera, oficina de telégrafos, comedor formal y una sala de música con orquesta en la que se celebraban diariamente bailes, conciertos y fiestas de té, además de un casino en el que actuaban artistas nacionales e internacionales prácticamente cada fin de semana.

Un muchacho de unos catorce años, vestido con pantalón negro, guantes blancos y chaquetilla roja con tres hileras de botones dorados haciendo juego con el fez que coronaba su cabeza, se apresuró a hacerse cargo de las maletas y acompañarles a sus habitaciones. Les indicó cómo funcionaba la radio, dónde quedaba el armario y dónde los interruptores de la luz y del ventilador del techo. Se empeñó también en enseñarles cómo se abrían y cerraban las llaves del agua de los lavabos hasta que Adrien le dio la propina y el muchacho se despidió cuadrándose de forma militar, chocando los talones.

Gonzalo y Adrien se citaron en media hora en la recepción para intentar localizar el lugar exacto del edificio donde se había tomado la fotografía que robaron del álbum de recuerdos de Francesca Neri. Pronto dieron con él. Se trataba de la terraza que se asomaba a los extensos jardines del hotel. Normalmente los clientes salían allí después de degustar la cena de ocho platos y buen vino, incluida en el precio de la habitación. Desde allí se tenía acceso a los serpenteantes senderos que confluían en la Casa de las Flores, un espacio que acogía plantas de todos los rincones del mundo.

Adrien y Gonzalo se acomodaron en una de las mesas de bambú de la terraza, quizás en la misma en la que Santino se había sentado para tomarse la fotografía. El camarero tardó poco en acudir. Eran las cinco; demasiado tarde para comer y demasiado pronto para cenar, así que pidieron que les sirvieran un refrigerio. En menos de tres minutos les trajeron una bandeja repleta de sándwiches fríos y dos Coca-Colas. Fue entonces cuando Adrien sacó la imagen de su cartera y se la mostró al camarero.

—Disculpe, ¿esta fotografía está hecha aquí, verdad?

El joven le echó una ojeada.

—Sí, señor. Creo que yo mismo la tomé.

Los ojos de Adrien se abrieron como platos.

—¿Sabe cuánto tiempo hace de ello?

—Quizás fuera a principios de enero… No lo recuerdo bien.

—¿Reconoce a alguien en la foto?

El camarero dudó. No estaba seguro de si eso entraba o no dentro de los límites de la confidencialidad que debía de guardar sobre la clientela.

—¿Son ustedes policías? —preguntó.

—No… no… claro que no. En absoluto —intervino Gonzalo, luciendo su encantadora sonrisa—. Simplemente estamos buscando a nuestro primo, ¿entiende? Es el de la derecha. El grandote. El de aspecto bobalicón. Su madre está preocupada por él y nos haría un gran favor si pudiera aportarnos información sobre la persona que le acompaña —mientras le decía eso, deslizó sutilmente un billete de cinco dólares en la mano del camarero.

El joven echó un vistazo a ambos lados de la terraza, y volvió a posar los ojos en Gonzalo.

—Su… primo —susurró, abriendo mucho los ojos, remarcando la última palabra— estuvo hospedado en el hotel más o menos una semana. Iba acompañado por una joven preciosa, de las que le hacen a uno pensar tonterías. ¿Entienden lo que quiero decir? Una mulata de ojos claros que te dejaba sin respiración. Llevaba esos vestidos de tela fina… y al caminar, las caderas se le subían y bajaban como un…

—¿Compartían habitación? —interrumpió Gonzalo.

—Pues eso no lo sé. Yo solo atiendo la terraza.

—Y el otro hombre, ¿sabe quién es? —preguntó Adrien, señalando al hombre moreno sentado junto a Santino en la fotografía.

—Por supuesto. Todo el mundo por aquí lo conoce.

Gonzalo y Adrien le observaron con ojos interrogantes.

—¿Y bien? —preguntaron los dos a la vez al darse cuenta de que el camarero no parecía interesado en seguir hablando.

—¿Saben? Me preocupa estar metiéndome en un lío por contarles esto.

—Ya —suspiró Gonzalo—… ¿Cree que cinco pavos más le harían sentir más seguro?

—Es posible.

—Es posible… —repitió Adrien mientras sacaba su cartera y depositaba el billete sobre la bandeja.

—El hombre de la foto es uno de los Ybor. Ricardo Martínez Ybor, para ser más exactos. El dueño del Tropicana.

El ofrecimiento de Gilberto de esperarlos a las ocho en la puerta del hotel les vino como anillo al dedo. El locuaz chofer cubano los condujo por la Séptima Avenida, cuajada de tiendas y de personas yendo y viniendo cargadas de paquetes, mientras los ponía al día acerca de las relaciones sociales de Tampa. Al parecer había una clara división entre blancos y latinos. Dentro de los últimos se hacían

también diferenciaciones. En los comercios podían leerse carteles en los que se prohibía la entrada a perros y latinos. En otros se especificaba que tampoco eran bienvenidos los italianos.

—Los blancos meten a todo el mundo en el mismo saco. Y todos no somos iguales. En lo único que nos ponemos de acuerdo los cubanos y los españoles por aquí es en despreciar a los dominicanos y los portorriqueños. ¡Pura basura! ¿No creen?

—No sabría decirle… —respondió Gonzalo.

—Acabamos de entrar en Ybor —les anunció.

—¿Ybor? ¿Tiene algo que ver con el Ricardo Martínez Ybor, del Tropicana?

—¡Por supuesto! —exclamó Gilberto, sorprendido por el desconocimiento de sus clientes—. Todo esto que ven es obra de un español: Vicente Martínez Ybor. Creo que era valenciano. ¿Ustedes son valencianos?

—De Sevilla —señaló Gonzalo.

—Ah… bien —Dio la impresión de que Gilberto no tenía mucha idea de geografía española y continuó hablando—… El caso es que el señor Ybor se vino muy joven, dicen que para librarse del servicio militar en su país. Levantó aquí un complejo residencial en torno a una fábrica de puros. Ybor está lleno de inmigrantes que vinieron a trabajar a las fábricas de puros. Mucho cubano, mucho siciliano, muchos españoles… sobre todo asturianos. ¿Sevilla queda cerca de Asturias?

—No. Asturias queda al norte y Sevilla está más bien al sur —aclaró Gonzalo.

—Ajá…

Gilberto siguió explicando que aquella zona era multicultural y que, por eso mismo, nadie se llevaba bien. Los cubanos blancos despreciaban a los cubanos negros, mientras que los cubanos negros estaban deseando clavarle a los cubanos blancos un puñal por la espalda. Aunque al parecer los cubanos —en su conjunto— despreciaban a todos los demás menos a los italianos. Y luego estaban los norteamericanos, que repudiaban a todo aquel que no fuese norteamericano.

Adrien dejó de prestarle atención a la conversación. Su mirada escapó por la ventanilla del coche. La arquitectura de la zona se distinguía por edificios de menos de tres plantas, con amplios balcones enrejados de hierro forjado y fachadas de ladrillo. En mitad de la calle, unos raíles indicaban que por allí circulaba el tranvía. Si uno se fijaba bien, podía distinguir a la población local de los turistas por su forma de vestir. Los hombres con mangas cortas, sobreros de paja y

pantalones de lino, las mujeres con vestidos vaporosos en tonos pastel.

—¡Hemos llegado! —anunció Gilberto con entusiasmo, señalando con el mentón la puerta de la sala de fiestas.

El Tropicana era el lugar de encuentro de los ciudadanos de Ybor. El interior era una especie de Cotton Club tropical. En el escenario, una orquesta compuesta por piano, trombón de varas y trompeta, marcaba el ritmo a un grupo de bailarinas que lucían minúsculos vestidos de lentejuelas doradas y verdes, tocadas por un casquete del mismo material, rematado por plumas de marabú de más de medio metro. Sonreían a los parroquianos que les devolvían el gesto, tan felices como molestas estaban sus esposas. Había unos cuantos estadounidenses blancos, y muchos negros, la mayoría cubanos. Los tonos de piel variaban del marrón oscuro al café con leche, seguramente por la presencia en el árbol genealógico de algún antepasado español.

Adrien y Gonzalo llamaron al *maître* y pidieron un par de cafés. El hombre bajó el tono de voz para preguntarles:

—¿Solos?

Adrien observó su rostro pícaro.

—Como sea costumbre por aquí —respondió.

—Enseguida, señores.

Regresó al cabo de unos minutos con dos tazas de café, que en realidad contenían ron.

—Qué música tan interesante —le dijo Gonzalo—. ¿De qué se trata?

—Es rumba cubana, señor.

—Muy interesante… sí…

—Estamos buscado al dueño. Ricardo Martínez Ybor —interrumpió Adrien—. ¿Podría avisarle, por favor?

El *maître* los observó con reserva.

—¿Tienen cita con él?

—No. Lo cierto es que no.

—Entonces me temo que no podrá recibirles.

—Dígale que venimos de parte de Flavio Leone. Seguro que podrá hacernos un hueco en su agenda.

El *maître* regresó al cabo de unos minutos para informarles de que el señor Ybor los esperaba en su oficina.

Ricardo Martínez Ybor era descendiente del fundador valenciano. Ponía en valor su linaje obligando a todo el mundo a que lo llamase por su hombre y dos apellidos. Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto, delgado, con el porte de los que habían alcanzado la edad

adulta sin haber pasado necesidades. Cuando Adrien y Gonzalo llegaron, estaba sentado tras la mesa de su despacho pero, al verlos entrar, se incorporó, mostrando una espléndida sonrisa. Enseguida lo reconocieron como el hombre que aparecía en la fotografía junto a Santino Neri. Vestía un elegante esmoquin con pajarita negra, tenía la piel muy blanca y lucía unas uñas impolutas que quedaron expuestas a la luz de la lamparilla de Tiffany que había sobre la mesa. Les tendió la mano y los invitó a que se sentaran en un sofá chéster de color oscuro, frente a una elegante mesita de té de cristal sobre la que depositó un puñado de posavasos con publicidad del Tropicana. Caminó de forma segura hasta uno de los muebles, abrió la portezuela y sacó una botella de ron negro que vertió en dos vasos de vidrio labrado. Los colocó delante de Adrien y Gonzalo sin preguntar. Acto seguido, se acomodó en el butacón que quedaba enfrente de ellos.

—Vaya… ¡este ron es una maravilla! —exclamó Gonzalo dando el primer sorbo a su vaso.

—Muchas gracias —respondió Ricardo sin fingir modestia—. Aquí hacemos las cosas con cariño y dedicación, no como en esos tugurios de la Séptima Avenida. Pero ustedes ya deben conocer mi trabajo, si son amigos de Flavio Leone.

Adrien y Gonzalo guardaron silencio. El gesto de Ricardo se congeló. En una milésima de segundo sacó una pistola del 32 del bolsillo interior derecho de su chaqueta.

—¡Andrés! —gritó mientras apuntaba directamente a la frente de Adrien.

El tal Andrés era un gorila de dos por dos que entró en el despacho como una exhalación, con una 38 en la mano, dispuesto a colocar la boquilla del arma en la sien de Gonzalo.

—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Quién diablos son? —preguntó Ricardo, mascando para palabra.

—Está bien… está bien —dijo Gonzalo mostrando las manos en señal de paz—… Vamos a decirle toda la verdad. No somos amigos de Flavio Leone. En realidad estamos buscando a Ernesto Miller.

Pronunciar el nombre de Ernesto fue como recitar la palabra mágica frente a la cueva de Alí Babá. Los dos hombres relajaron levemente su postura.

—¿Ernesto?

—Necesitamos hablar con él.

—¿Sí? Pues a mí también me gustaría hablar con él —admitió Ricardo.

—Por favor —rogó Adrien—. Baje la pistola. No tenemos nada que ver con Flavio Leone. Hemos llegado hasta usted por Ernesto Miller.

Ricardo los observó de arriba abajo, sopesando si podía o no fiarse de ellos. Bajó lentamente la pistola, haciéndole una seña a Andrés para que hiciera lo mismo, aunque dejando claro que no se marchase de allí.

—Ernesto está en New York… por lo que sé —indicó Ricardo.

—Allí nadie lo ha visto desde hace meses —aclaró Adrien—. ¿Cuándo fue la última vez que supo de él?

—Bueno… hace unas semanas se presentó aquí uno de los hombres de Leone. Me dijo que le habían encarcelado y que Ernesto debía quedarse al cargo en Nueva York; que no podría venir en un tiempo. Me aseguró que seguíamos manteniendo los acuerdos de nuestro negocio común con las mismas condiciones. Que desde ese momento él sería el intermediario.

—¿Ese hombre se llamaba Santino Neri?

—Efectivamente. Me pareció un tipo extraño, así que llamé por teléfono al apartamento neoyorquino de Ernesto, pero no he podido dar aún con él. ¿Acaso saben ustedes algo?

—Poca cosa. Que parece habérsele tragado la tierra —dijo Gonzalo.

Ricardo Martínez Ybor terminó de relajarse. Aferró su vaso de ron y les hizo una seña para que ellos también cogieran el suyo. Parecía preocupado por lo que le estaban contando sobre Ernesto. Daba la impresión de que le consideraba un buen amigo.

—¿De qué conoce a Ernesto Miller? —preguntó Gonzalo.

—En realidad soy amigo de su padre. Tengo un restaurante en Cayo Hueso, una plantación de tabaco en Valle de Viñales, y una fábrica de ron en La Habana, así que voy y vengo habitualmente a la isla. Del puerto de Tampa salen diariamente vapores de la Pant Line con destino Mobile, Jamaica, Cuba… Apenas estamos a cuarenta millas de distancia. Así fue como conocí a Ernest Miller. Él tiene un ingenio azucarero y yo le compraba melaza. Todo iba bien hasta que una mañana de enero de 1920, los norteamericanos nos encontramos con la tremenda sorpresa de que vivíamos en un país seco —suspiró Ricardo—. De pronto un ochenta por ciento de mi negocio quedaba destruido. Dio igual que intelectuales, escritores cantantes… clamaran por volver de nuevo a la cordura. Las gentes salieron a la calle en manifestación… pero nada. El Gobierno de los Estados Unidos decidió que no estábamos preparados para beber alcohol. Y, bueno, así fue como Ernest y yo decidimos unir fuerzas. El dinero une mucho. Es una buena excusa para entablar una hermosa amistad —explicó antes de darle un sorbo a su vaso—. Yo le compro todo el azúcar y toda la melaza que produce. La melaza aún no la han prohibido en Norteamérica, por lo que tengo entendido —ironizó con media sonrisa

—. Una vez en Florida me encargo de refinarlo, destilarlo y distribuirlo ya convertido de ron.

—¿Y las fuerzas del orden no se sorprenden de la cantidad de melaza que importa? —preguntó Gonzalo.

—Digamos que hay que tener amigos en todas partes. Son pérdidas que entran dentro de los cálculos del negocio.

—¿Y qué pinta Ernesto en todo esto?

—Un día Ernest me contó que hacía años había tenido un… ¿cómo podría definirlo? ¡Desliz! —concluyó—. Con una mulata. Quería que el «desliz» se mantuviera en secreto. Si se supiera, sería una gran sorpresa para su mujer. Conozco a Ernest y estoy seguro de que quiere mucho al muchacho, y que pretende proporcionarle un buen futuro, de manera que me lo envió para que comenzase a familiarizarse con el negocio.

—Y Ernesto se vino a vivir a Florida —dijo Gonzalo.

—Así es. En un primer momento dudé de él pero… vaya, se trata de un chico bastante trabajador. Muy serio, bien plantado, siempre vestido como un pincel… tiene sus particularidades, como todos, supongo.

—¿A qué se refiere? —preguntó Adrien.

—Nunca se excede bebiendo, es muy correcto… No se dejaba tentar por las mujeres que se interesaban por él. Y eso que algunas eran bastante insistentes. Le acariciaban la barbilla, le ponían ojos tiernos, le pedían bailar… Pero él siempre se mantenía firme. Las repelía con una sonrisa tan encantadora que ellas no se sentían rechazadas y volvían a intentarlo pocos días después. Supongo que estaba muy centrado en aprovechar la oportunidad que le estábamos ofreciendo su padre y yo. Algo que tenía mucho valor para mí. —Bebió antes de seguir hablando—. Se hospedó en una habitación del palacio Plant. Decía que no quería estar pendiente de la ropa, la comida o la limpieza… que quería concentrarse únicamente en el negocio. Cuando le insinué que quizás podría comprar una casa aquí con todo lo que estaba ganando, no quiso. —Le dio otro trago a su vaso y continuó—. En un principio todo iba bien. Producíamos suficiente y distribuíamos a toda América del Norte, hasta que Flavio Leone comenzó a meterse en nuestros asuntos —indicó Ricardo—. No podíamos entrar en Nueva York. Nos ponían emboscadas, quemaban nuestros camiones… estábamos perdiendo un montón de dinero. De manera que Ernesto decidió que iría a Nueva York para hablar con Flavio en persona. Yo pensé que estaba absolutamente loco. Pero funcionó. Leone nos daba vía libre, ponía a nuestra disposición a los políticos, policías y jueces que tenía en plantilla a cambio de una parte de los beneficios. Nos

pareció bien. La sorpresa vino cuando Ernesto me dijo que quería quedarse en Nueva York para controlar el negocio. Pensé que se había dejado seducir por el brillo de la ciudad que nunca duerme; que no quería seguir viviendo aquí. Y no le culpo. El KKK se está poniendo insoportable en Tampa últimamente. Siempre habían sido unos fanáticos de la ley seca, y no porque ellos sean abstemios, que a la mayoría los conozco y están aquí todo el día borrachos como cubas y se los tengo que quitar de encima a las chicas con una palanqueta. Lo que les pasa es que consideran que el alcohol provoca delirios de grandeza entre los negros y que conduce a la fornicación interracial. Y claro, Ernesto tenía todas las papeletas para llamar la atención de esos caraculos. No le culpo por quedar prendado de Nueva York —suspiró con gesto preocupado—. El negocio sigue funcionando como siempre, pero el no saber de él…

—Pero ¿cuándo fue la última vez que contactaron? —insistió Gonzalo.

—Las últimas conversaciones han sido por vía telefónica. He recibido también algún telegrama. La pasada Navidad me envío una postal de felicitación. —Se levantó para dirigirse a la mesa de su despacho, abrió el cajón y la sacó de allí—. Esto es lo último que tengo de él. —La dejó sobre la mesita de cristal y Adrien la cogió para observarla—. Y lo peor es que también ha dejado de contactar con su padre. Ernest Miller está preocupado. Realmente preocupado. Así que, si ustedes saben algo… les agradecería enormemente que nos ayudasen, si tienen algún tipo de información.

—¡Es la letra de Belinda! —exclamó Adrien.

—¿Belinda? —preguntó Ricardo extrañado.

—Belinda Miller —aclaró Gonzalo—. La hermana melliza de Ernesto.

—Que yo sepa no tiene ninguna hermana. Ernest Miller es padre de cuatro hijas legítimas, concebidas con su esposa, las cuales dudo mucho que conozcan la existencia de Ernesto. Nunca habló de otra hija. Nunca.

—Pero —musitó Adrien, rememorando las conversaciones que había mantenido con Belinda—, los hermanos Miller viajaron desde La Habana a Florida en el mismo barco. Vinieron juntos.

—Siento contradecirle —respondió Ricardo—. A Tampa llegó solo. Y estoy seguro de ello porque yo mismo fui a recogerle al muelle.

—No entiendo nada… —balbuceó Adrien.

—Y, cuando estuvo aquí Santino Neri —indagó Gonzalo—… ¿Venía acompañado por alguna mujer?

—No la subió al despacho, pero sí. Cuando salió de aquí me asomé a la ventana y vi que abajo, en el coche, le esperaba una joven. Era un descapotable, así que pude intuir que tenía buenas piernas. Pero poco más, porque iba cubierta con una pamela enorme y llevaba gafas de sol.

—¿Y le dijo a dónde se dirigían?

—Lo siento… —respondió Ricardo, encogiéndose de hombros.

Habían vuelto a perder la pista de Belinda.

Casi no hablaron de camino al hotel. Gonzalo insinuó algo que incomodó a Adrien, justo antes de montarse en el taxi, y el capitán deseó que su amigo desapareciera. A veces tenía la sensación de que sería mucho más sencillo llevar a término esa búsqueda estando solo.

—Esto tiene muy mala pinta, Adrien. Muy mala ¿Qué crees que significa lo que nos acaba de contar? ¿Cuál es tu hipótesis? ¡Responde! —pero Adrien no decía nada—. No quieres responder porque te da miedo la verdad —suspiró sonoramente y siguió hablando—. Por Dios bendito, esto es una locura. ¡Un disparate!

—Déjame en paz —zanjó Adrien.

No quería seguir escuchando lo que su amigo tenía que decirle. Adrien sabía de sobra lo que Gonzalo pensaba, porque le conocía desde hacía años. Podía interpretar sus pausas, sus resuellos o los respingos que daba cuando se encontraba incómodo. También Adrien sentía bullir en su interior la perturbadora sensación de que algo no cuadraba, de que todo lo relacionado con la mujer a la que amaba supuraba ocultación. Pero no quería que nadie lo dijera en voz alta, como si el simple hecho de pronunciarlo convirtiera sus sospechas en la realidad que él no quería conocer. No quería escuchar nada malo sobre Belinda. Se aferraba con desesperación a su amor, como un náufrago a una tabla desgastada, flotando en medio de un mar, en plena tormenta.

—Antes de que Belinda apareciera, no podía soportar el contacto humano —se justificó Adrien, murmurando para sí mismo, con los ojos perdidos en las calles que el taxi recorría con calma.

—Eso no tiene valor alguno. Antes o después habrías encontrado otra mujer que provocase lo mismo. El sexo es una artimaña de la naturaleza para que las especies no se extingan.

—No lo entiendes. No tiene nada que ver con el sexo —protestó Adrien—. Antes de Belinda yo era un viejo de treinta años, cínico, resentido, desilusionado… Las noches eran un tormento. No podía dormir y, cuando lo hacía, me asaltaban las pesadillas. Veía a los alemanes acechándome desde lo alto de la trinchera, con sus ojos inyectados de sangre, saltando sobre mí, buscando cazarme…

—Y ahora en tus pesadillas quien te acecha son los mafiosos de Flavio Leone —interrumpió Gonzalo con un tono de voz agrio.

No volvieron a dirigirse la palabra en todo el trayecto.

Al llegar a la recepción del hotel, Adrien se adelantó. Le dieron la llave de su habitación, unida a la pesada placa de latón atada con un

cordoncillo de seda roja. No esperó a que le entregaran a Gonzalo la suya, simplemente se despidió y subió las escaleras andando, pese a que estaba alojado en la quinta planta. Abrió la puerta y se sumergió en la *suite* de dos piezas; una en la que se encontraba la cama gigante, que daba a un amplio cuarto de baño, otra con una especie de despacho con escritorio, por la que se podía salir a la terraza, desde la que se veía el lago. Estaba decorada al estilo francés, con una elegante lámpara de araña colgada del techo y mullidas alfombras.

Apartó las pesadas cortinas de terciopelo, salió a la terraza y encendió un cigarro. Acodado en la barandilla, observó el brillo acharolado del agua y le vino a la mente el recuerdo de Belinda. ¿Dónde estaría? ¿Pensaría ella en él? ¿Seguiría viva? Esa última pregunta le asaltó a traición. La angustia se aferró a su pecho. Intentó liberarla exhalando la última calada de su cigarro.

—Belinda, ¿dónde estás? —musitó con la vista perdida.

Y entonces tuvo la certeza de que debía llegar al final de ese embrollo si quería liberarse de esa presión. Tenían billetes para regresar a España la siguiente semana, pero no podía volver sin intentarlo todo. Iría a Cuba para hablar con el padre de Belinda. Si Gonzalo no quería continuar el viaje con él, lo comprendería.

Entró de nuevo en la habitación y buscó un cenicero donde aplastar la colilla.

Capítulo XIV

El Noticiero Sevillano — Lunes 3 de junio de 1930

El esqueleto del «aeropuerto del susto» pertenece a un hombre joven

¿Qué tiempo hace que están enterrados los huesos? — ¿Qué edad tenía el fallecido en el momento del deceso? — ¿Qué información aportan los «trabajadores de la muerte»?

En nuestro afán de informar ampliamente a los lectores, hemos procurado averiguar algo relacionado con el informe provisionalmente emitido por el Dr. Ramón Ortega. El facultativo reconoce en él que los restos pertenecerían a un hombre joven, de entre veinte a no mucho más allá de los treinta años de edad en el momento del fallecimiento.

Según nuestras noticias, en el cráneo se han encontrado numerosas larvas de insectos. Estas larvas son la legión de los llamados «trabajadores de la muerte», que se apoderan del cadáver en el segundo periodo de descomposición. Su existencia es un testimonio irrecusable de que no puede hacer muchos años del enterramiento. Será preciso, sin embargo, para determinar exactamente la fecha, someter estas larvas a un examen minucioso de microscopio. Debe requerirse el auxilio de los entomólogos para llegar a una conclusión.

La Habana, 12 de abril de 1927

En el puerto los estaba esperando Norberto Cabrera, un joven periodista del *Heraldo de Cuba*. Gonzalo había contactado con él a través de *El Noticiero Sevillano*. A su jefe le dijo que quería aprovechar que el Gobierno de España había invitado oficialmente al presidente de la república cubana a concurrir a la Exposición Iberoamericana, para concertar una entrevista con el secretario de Estado. Tenía previsto realizar un reportaje sobre los detalles del pabellón y los productos autóctonos que pensaban presentar en la muestra. Aunque, como imaginarás, eso no era más que una excusa con la que disponer de más tiempo para poder acompañar a su amigo Adrien.

Norberto Cabrera aguardaba a pie de la rampa, recto como un palo, con el sombrero panamá en la mano y la sonrisa atrapada entre los labios. Llevaba una guayabera de lino color crudo por fuera de sus pantalones. Pese al calor, el muchacho no tenía ni rastro de sudor. Los saludó con un apretón de manos de los que hacen sacudir todo el cuerpo.

—¿Así que usted es el capitán francés que está interesado en la familia Miller? —preguntó mientras estrujaba los nudillos de Adrien.

—En realidad estamos más bien interesados en el hijo ilegítimo de Ernest Miller —se apresuró en aclarar Gonzalo.

Norberto Cabrera torció el gesto.

—Ya imaginarán que conseguir información acompañando la palabra «ilegítimo» a la de «hijo» no es algo sencillo. Pese a todo he estado preguntando por ahí y creo que puedo ayudarles. Les he preparado un pequeño informe que repasaré con ustedes. Síganme, tengo el coche ahí afuera. Les acercaré al hotel.

El sol del mediodía caía a plomo sobre el Marmon 34 descapotable, pintado con una peculiar combinación de tonos vainilla y turquesa. El periodista cubano no le echó la capota, así que los asientos tapizados de escay estaban listos para poder cocinar una tortilla sobre ellos. El tráfico iba lento de manera que tuvieron que soportar el terrible calor abrasándoles la cabeza hasta llegar a su hotel, ubicado en el centro de la ciudad. Norberto aprovechó el trayecto para ponerles al día sobre el estado de las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y Cuba.

—La verdad es que muchos compatriotas andan confundidos. Ahora ya no queda claro quién es el enemigo: si ustedes los españoles —pronunció con media sonrisa, intentando aligerar la descortesía de lo que acababa de decir—. O los americanos del norte.

Cuba obtuvo un beneficio con las cuadrillas de trabajadores que los Estados Unidos pagaron y supervisaron para la mejora y limpieza de las calles. Gracias a ello se construyeron nuevos edificios, carreteras, acueductos, alcantarillado… se tendieron líneas de telégrafos de una punta a otra de la isla. Los patriotas cubanos se encontraban en la disyuntiva de apoyar las intervenciones, aunque eso significase que disminuyera la soberanía de su país, u oponerse a ellas, y olvidarse de la maravilla del progreso.

—Los cubanos somos gente orgullosa —siguió explicando Norberto —, así que resulta muy frustrante ver a los políticos y a los militares norteamericanos alardeando de que la bandera de los Estados Unidos nunca será arriada en La Habana. Ya luchamos durante décadas contra ustedes… Quiero decir —se corrigió— contra el Ejército español por la libertad. ¡Su hotel! —anunció tirando del freno de mano—. Esperaré tomando un ron mientras se instalan —les indicó, señalando la cafetería que quedaba enfrente.

Una vez se registraron y dejaron el equipaje en sus respectivas habitaciones, se reencontraron con Norberto. En cuanto se sentaron en la mesa, el periodista cubano sacó su libreta y les recitó sus apuntes.

—Ernest Miller nació en 11 de febrero de 1875 en Atlanta. Estudió en la Escuela de Tecnología de Georgia. Poco se sabe de su vida allí, únicamente que nada más terminar sus estudios, se casó y se instaló aquí con su mujer, una joven americana muy hermosa y millonaria llamada Margaret Stanfield.

Al parecer Ernest Miller supo invertir sabiamente el dinero de su esposa en un ingenio azucarero, cuando ese negocio estaba en su mejor momento. Con el avance de la Gran Guerra se iban destruyendo los sembrados europeos de remolacha. El frente occidental cruzaba la zona remolachera francesa y una buena parte de los campesinos austriacos y alemanes servían en el Ejército. Las cosechas del viejo continente languidecían, y los aliados comenzaron a demandar el azúcar cubano.

—Los soldados franceses endulzaban su estancia en el frente con el azúcar que les llegaba desde La Habana —informó Norberto.

Adrien recordó lo que hubieran dando en las trincheras por haber disfrutado de un poco de azúcar, o de chocolate.

—Pronto se pudo contar a los Miller entre los más ricos de la isla. En apenas tres años, Ernest quintuplicó la herencia de su

esposa —informó Norberto.

Solo entonces el matrimonio se permitió realizar el viaje de novios que llevaban aplazando varios años. Lo iniciaron en París, lugar en el que renovaron todo su vestuario, se hicieron con un arsenal de perfumes franceses y se empacharon de *marrón glacé*. Recalaron en Tierra Santa y allí compraron varias reliquias, entre las que se encontraban un pedazo de la columna de la flagelación y una de las espinas de la corona —todavía manchada de la sangre de Cristo—. La última ciudad que visitaron antes de regresar a Cuba fue El Cairo, en donde un tratante de antigüedades de Luxor les comentó que le sobraba una momia; una joven faraona de gran belleza. La guardaba en un almacén, perfectamente conservada, y estaba dispuesto a venderla por una desorbitada cantidad de dinero, que a los Miller les pareció peccata minuta. Cuando llegaron a Cuba, las autoridades aduaneras pasaron por alto todas las antigüedades que habían comprado menos la momia, a la que no sabían qué gravamen aplicarle. En la lista de objetos que debían —o no— dejar pasar, no figuraba la posibilidad de transportar un cadáver, por muchos años que llevase en ese trance. Ante la sugerencia de Margaret de que se catalogase la momia como una obra de arte más, Ernest propuso que sería mejor aún clasificarla como «carne curada», teniendo en cuenta que los impuestos, tratándose del segundo caso, eran mucho más bajos.

—Y este no es más que un ejemplo de cómo Ernest amasó su fortuna —se carcajeó Norberto que, al darse cuenta de que Adrien y Gonzalo no le secundaban, tosió un par de veces, le dio un traguito a su vaso de ron, y siguió extrayendo datos de su libreta—. Los Miller se construyeron una lujosa mansión en el Vedado, imitando las que habían visto en las capitales europeas. Margaret regresó de su viaje de novios inspiradísima, así que la decoró al estilo Renacimiento italiano, con un poco de Luis XVI, un poco de gótico florentino —Norberto sonreía—... Ya podrán imaginar…

Los americanos ricos del Vedado se sentían constructores de un imperio: jugaban al *bridge* y pensaban en pasar sus vacaciones en el norte de la isla. El American Club era su centro social, y también la terraza del hotel Miramar. Cuba se convirtió prácticamente en una dependencia norteamericana.

—Ernest Miller llamó a la casa Las Cinco Perlas, en alusión a su mujer y sus cuatro hijas. Hembras —recalcó Norberto, levantando la vista de la libreta para mirarlos a los ojos—. Porque durante esos años Ernest y su mujer tuvieron cuatro hijas a las que envió a estudiar a las mejores universidades de Norteamérica. Pero la situación cambió. Las

cosas se complicaron.

—¿A qué se refiere? —interrogó Gonzalo.

—Se acabó la Gran Guerra —aclaró Norberto.

—Disculpe, no le entiendo —insistió Adrien.

—De pronto el planeta se llenó de azúcar. En 1920 había azúcar para dar y regalar, de manera que los precios aquí bajaron de pronto. El señor Miller formó parte de una delegación azucarera que fue a Washington a mediados del verano del veintiuno. Pretendían asegurarse buenas condiciones económicas para su azúcar, pero resultó que los intereses de la caña de azúcar cubana chocaron de frente con los intereses remolacheros del Medio Oeste de los Estados Unidos. En septiembre teníamos en Cuba enormes cantidades de azúcar acumuladas en almacenes. Gran parte de los propietarios de molinos se dieron cuenta de que tenían que cerrar. El National City Bank y el Chase National Bank recibieron títulos de propiedad de muchos ingenios, intentado saldar así las deudas. Por si eso no fuese bastante, los dentistas empezaron a dogmatizar contra el azúcar… ¡que estropea los dientes, dicen!… Ahora resulta que no se les puede dar azúcar a los niños. ¿Dónde se habrá visto eso? —Norberto se encogió de hombros—. En fin… un desastre.

—¿Eso quiere decir que Ernest Miller está arruinado? —preguntó Gonzalo.

—Ni mucho menos. Es un tipo listo. Transformó su excedente de azúcar. Lo aprovechó para crear su propia marca de ron cubano. —Norberto levantó la mano para llamar al camarero—. Chico… sírvenos tres Linda Mulata.

El muchacho se acercó, descorchó una botella de ron y llenó los tres vasos con el licor.

—Déjala aquí —ordenó Norberto.

El periodista cubano levantó la botella en el aire, sujetándola por el cuello, para mostrarles la etiqueta. En ella aparecía el dibujo de la joven mestiza que le daba nombre a la bebida.

—Dicen que está inspirada en Linda, la madre de su hijo ilegítimo: Ernesto, nacido en 1906 —aclaró Norberto.

Adrien observó la imagen representada en la etiqueta; una mujer de pelo negro, ojos y piel oscura. Un pellizco de dolor se aferró a su garganta.

—Y de su hija ilegítima, Belinda —añadió Adrien.

—De eso no sé nada. No he encontrado prueba alguna de la existencia de una hija ilegítima. A todos los efectos, del «encuentro» entre Ernest Miller y Linda Cumbá, solo nació un hijo. Varón.

—Lo cual avala mi teoría de que Belinda es, con toda probabilidad,

una usurpadora de identidad —recalcó Gonzalo, dirigiendo su mirada a Adrien.

—O quizás sea una víctima de Flavio Leone —abogó Adrien—. O tal vez a Ernest Miller le importaba poco su hija hembra. Ya tenía cuatro hijas legítimas con su esposa. ¿Para qué quería una más? Seguramente no tenía intención de arruinar su matrimonio por una hija. Por muy ridículo que parezca, para algunos hombres es importante traer al mundo un heredero varón. Consideran que entre un padre y un hijo se crea una alianza especial. Una continuidad.

Adrien recordó la primera conversación que había mantenido con Belinda en el Manuel Arnús sobre la influencia en la vida futura de haber nacido hombre o mujer, en un país en guerra, en el seno de una familia rica o pobre, con la piel oscura o clara, dentro de un matrimonio legítimo o no…

—¿Crees acaso que ese hombre se desentendería de su propia hija simplemente por ser mujer? —preguntó Gonzalo.

—Si les sirve les diré que Ernest Miller tampoco puede considerarse un «hombre intachable». Tiene sus cosas —interrumpió Norberto, intentando aportar un poco de luz. Y bajando el tono de voz añadió —... Hay incluso quien dice que mantiene relaciones con la mafia.

—¿En serio? Increíble —ironizó Gonzalo.

Adrien ni le miró. Mantuvo una perfecta cara de póker.

—Les he conseguido una cita con él —concluyó Norberto, cerrando de golpe su libreta y devolviéndola a su bolsillo—. Me consta que está muy preocupado por su hijo. Incluso ha contratado un detective privado para encontrarle; aunque de momento no ha conseguido mucho. No le he comentado nada sobre su interés en encontrar a la tal Belinda Miller. Eso ya se lo dejo a ustedes. Le dije que pertenecen al Comité de Promoción de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, y que vienen a hablar sobre su posible participación en el pabellón cubano. Nos espera a las cinco.

Ernest Miller debía rondar los cincuenta años. Era el prototipo del norteamericano hecho a sí mismo. Alto, rubio de ojos azules, vestía un pantalón informal y una camisa blanca, con las mangas arremangadas. Su piel lucía un tono rosado y pecoso, seguramente por culpa de haber estado expuesta demasiado al sol. Lo encontraron sentado en un balancín, en el porche de su casa Las Cinco Perlas. Al verlos llegar se incorporó para recibirlos, pero no descendió las escaleras, de manera que desde el principio tuvieron que mirar hacia arriba para dirigirse a él. Tras ofrecerles asiento en la terraza, les preguntó si querían tomar una limonada.

—¿Así que pertenecen ustedes al Comité de la Exposición

Iberoamericana de Sevilla? —preguntó mientras esperaban a que se la sirvieran.

Adrien suspiró. No tenía ganas de mentir, y lo cierto es que tampoco se le había dado bien jamás hacerlo, así que fue directo al grano.

—Discúlpenos, señor Miller. Es cierto que pertenezco a la Comisión de Propaganda de la Exposición Iberoamericana de Sevilla. Y es cierto también que estamos interesados en que en el pabellón de Cuba se muestre un trapiche en pequeña escala. Seguramente podremos hablar de ello más adelante, pero el verdadero motivo de querer entrevistarnos con usted es preguntarle por su hijo Ernesto.

El norteamericano dio un respingo. Dirigió su mirada rabiosa hacia Norberto Cabrera que se encogió de hombros y le aseguró que él no tenía ni idea de las intenciones que traían esos dos hombres.

—Cómo se atreven a venir a mi casa… a la casa en la que viven mi esposa y mis hijas, para decir algo así —susurró.

—No lo habríamos hecho de no ser porque se trata de un asunto importante. Estamos buscando a una joven que puede estar en peligro. Desapareció hace unos meses. Se hace llamar Belinda Miller, y asegura que es su hija; la hermana melliza de Ernesto —aclaró Gonzalo, también entre susurros.

—¡Salgamos de aquí! Vamos a dar un paseo —ordenó Ernest Miller incorporándose y bajando a toda prisa las escaleras del porche.

Los cuatro hombres comenzaron a recorrer los amplios jardines que circundaban la casa.

—No sé qué pretenden. Tengo cuatro hijas. Legítimas —recalcó rompiendo el silencio cuando se alejaron lo suficiente del edificio como para que nadie del interior pudiera escucharle—. Las cuatro hijas que tuve con mi mujer. Ellas son las herederas de todo lo que hayamos conseguido su madre y yo a lo largo de la vida. Y no hay nada más que hablar.

—Sabemos, señor Miller, que esta frialdad que muestra es por pura prevención. Es lógico que no se atreva a confiar en nosotros nada más conocernos, pero debe hacerlo. Nos consta que quiere a Ernesto; que está preocupado por él. Es posible que esa mujer de la que le hablamos sepa algo de su paradero —indicó Gonzalo.

Ernest Miller dejó de caminar. Tenía la mirada puesta en el suelo.

—¿Creen que le ha podido pasar algo malo a Ernesto?

—No lo sabemos. De momento todo son preguntas —respondió Adrien—. Pero queremos encontrar algún hilo del que poder tirar.

—Está bien. Voy a contarles una historia. Pero tienen que prometerme que guardarán silencio, que no me interrumpirán. Que no

me juzgarán…

La Habana. Febrero 1905

En esos tiempos, en Cuba, aún se construían casas sin vidrios en las ventanas. La parte vieja de La Habana era el centro de los negocios y los mercados; una ciudad a la española que a punto estaba de adoptar el estilo norteamericano. A veces se daba cierto aire a Madrid, con su hora de la siesta, sus serenos, sus farolas de gas, sus policías de capa… pero luego en las comisarías, para poner una denuncia, atendía un comisario. Poco a poco se iba colando en la isla la modernidad. Los coches de caballos y los sorprendentes automóviles a motor compartían las calles, que en su mayor parte estaban pavimentadas. Los taxis y las guaguas se encargaban de traer y llevar a los crecientes turistas de sus hoteles a las playas. Las mujeres norteamericanas, seguras de sí mismas, contrastaban con las cubanas, que aún seguían viendo el matrimonio como la única manera de encauzar sus vidas. Las chicas cubanas buscaban un hombre que las cortejase formalmente, capaz de aguantar los años que duraba un noviazgo a la española. Para encontrar marido, las cubanas se maquillaban, se vestían de forma sugerente y salían a pasear con sus amigas; a dejarse ver por las elegantes tiendas de la calle Obispo. Allí se seguía mirando con mejores ojos la moda europea que la norteamericana. Y esa era la razón por la que abundaban las modistillas, empeñadas en replicar con sus máquinas de coser fabricadas en los Estados Unidos los modelitos que las norteamericanas veían en las revistas de moda francesas. Esas humildes muchachas acudían en carnaval a la mascarada que organizaba el hotel Nacional, o a los bailes del Centro Asturiano o el Casino Español, que para la alta sociedad local eran fiestas de segunda categoría.

Y en uno de esos bailes, el pálido Ernest Miller conoció a la mulata Linda Cumbá.

Ernest se había pasado tantos años centrado en el trabajo que, una vez estuvo todo bajo control, con el negocio funcionando a pleno rendimiento, engrosando sus cuentas del banco, se dio cuenta de que apenas se había divertido a lo largo de su vida. Era el tipo de hombre que había cumplido con las expectativas que todo el mundo depositó en él. Había sido un buen hijo, un buen estudiante, un buen trabajador, un buen esposo, un buen padre… llevaba treinta años en el mundo sin haber sacado jamás los pies del tiesto. Ese deseo de disfrutar de la vida que supo acallar durante la adolescencia y juventud se adueñó de él en la madurez. Ansiaba divertirse. Comenzó

a asistir a aquellos bailes casi como si estuviera cometiendo un crimen. Se acodaba en la barra y se pedía un ron, mientras dejaba que la música le calara hondo en el pecho. Empezó yendo una vez a la semana, después una vez cada dos días… hasta el momento en que la vio, y entonces fue todas las tardes, con la esperanza de verla de nuevo.

Linda Cumbá destacaba en el grupo de muchachas con el que siempre iba. Era alta, de piernas largas y brillantes, como de madera de caoba bruñida. Tenía el rostro pequeño, aniñado, en el que destacaban sus labios carnosos, que acogían una inmensa sonrisa llena de luz. Siempre iba vestida de forma impecable, con trajes que ella misma confeccionaba con los retales que sobraban de los encargos que le hacían las señoras norteamericanas. Linda llevaba atrapado en su cuerpo de quince años toda la belleza del mundo.

Ernest Miller se enamoró de ella como un colegial, aunque jamás lo hubiese reconocido. Él estrenó su cuerpo de gacela, prestando atención para no hacerle daño. Dedicaba mucho tiempo de sus encuentros a recorrer cada uno de sus rincones, a aprenderse de memoria su olor, acariciar sus curvas, lamer su vientre, acallar sus ansias… La deseaba tanto que ella se vio arrastrada por ese sentimiento y también se enamoró de él. Posiblemente, las cinco semanas que pasaron amándose de forma furtiva en la habitación 308 del hotel Riviera fueron los momentos más felices de las vidas de ambos.

Pero todo lo que empieza tiene un final. El de esta romántica historia llegó el día que Ernest la vio salir del baño desnuda y se dio cuenta de que sus caderas estaban más redondas, que había perdido la cintura, que le habían crecido los pechos. Fue como si le lanzasen un cubo de agua helada por encima de la cabeza. Hasta ese momento había sido todo tan especial que no podía creer que algo tan sórdido pudiera surgir de esos encuentros. Y de pronto, esa fascinación que Linda le provocaba estalló como una pompa de jabón delante de sus narices. En lo único que podía pensar era en lo que sucedería si su mujer se enteraba de su infidelidad. El cuerpo delicioso de la mulata se había transformado en una amenaza; un peligro. Optó por mirar hacia otro lado. Sin una explicación, ni una carta o disculpa, dejó de buscarla y de acudir a los bailes. Ideó un plan, por si ella se presentaba en el ingenio azucarero, o en su casa, o por si intentaba ponerse en contacto con su esposa… Era sencillo: simplemente la negaría. Pasara lo que pasara, juraría por lo más sagrado que no la conocía.

Ernest Miller tuvo suerte. Las mujeres como Linda pronto

reconocen las señales. Pese a estar profundamente enamorada, nunca le confesó a nadie quién era el padre de la criatura que crecía en sus entrañas. Tampoco intentó contactar con él. Se hizo a un lado de forma discreta y prácticamente se convirtió en un fantasma que en ocasiones reaparecía en el recuerdo de Ernest; a veces como un sueño, y otras en forma de pesadilla.

—¿La abandonó? —le increpó Adrien tras escuchar la historia.

—Usted no lo entiende. No lo vivió. No debería juzgarme. En aquellos tiempos las cosas no se veían como ahora —se justificó Ernest —. Las diferencias entre negros y blancos eran grandes. Había en toda Cuba únicamente cuatro abogados y nueve médicos negros. El matrimonio interracial no estaba bien visto. Imagínese lo que suponía una relación así estando además casado. Hubiera sido mi ruina.

Las peleas de gallos era el único acontecimiento social donde los blancos y los negros se mezclaban, les siguió explicando Ernest. En todo lo demás había una barrera de color. Los ecos de la esclavitud aún resonaban. Eran los propios negros los que parecía que prefiriesen sentirse en un mundo aparte, bastarse por sí mismos y juntarse únicamente con sus iguales.

—Y eso era lo que le pasaba a la madre de Linda: Regla Cumbá. Ella había nacido en África y decía sentir en su interior reminiscencias de su antigua patria. Al parecer el padre de Linda era blanco, pero no sabía mucho más de él. Para Regla era común que el padre estuviera siempre ausente. Despreciaba el amor romántico y patriarcal de los españoles.

Pero a Ernest Miller le comían los remordimientos. Hizo sus cálculos y se presentó en casa de Linda cuando consideró que la criatura ya debía de haber nacido.

—Me abrió la puerta su madre. Me observó de arriba abajo con desprecio, y escupió a mis pies —reveló Ernest.

Regla Cumbá le dijo que su hija había muerto en el parto, tras traer al mundo a un niño sano. La impresión de la noticia dejó a Ernest al borde del llanto. Pese a su ruin comportamiento, seguía enamorado de Linda, incluso ahora que no estaba viva.

—¿Podría ver a mi hijo? —le rogó Ernest cuando se recompuso.

Regla Cumbá lo miro de reojo antes de ir a buscarlo. Tanto en la ida como en la vuelta, iba murmurando una incomprensible letanía. Cuando la mujer colocó al niño entre los brazos de Ernest, él sintió una conexión indescriptible con la criatura. De la misma manera que el vínculo con la madre se había roto al enterarse de que estaba embarazada, una llamada interna le empujaba a querer involucrarse en la vida de su hijo.

—¿Cómo se llama? —preguntó con voz trémula.

—Linda quiso que se llamase Ernesto. Como el padre.

—Como yo… —pronunció en voz baja.

Desde ese momento, Ernest Miller puso todo su empeño en ver al niño siempre que le era posible. Le enviaba dinero a la abuela, y regalos por su cumpleaños y por Navidad. Cuando cumplió los seis años, se empeñó en que acudiera a un colegio de blancos, en el que le enseñarían contabilidad y a hablar, leer y escribir en inglés. Aprendería a montar a caballo y a jugar al tenis. Regla Cumbá, en un primer momento, se resistió. Vivía inmersa en el orgullo de negra y temía que ese americano de pelo amarillo viniera a corromper a su nieto. Pese a todo era consciente de que era una oportunidad para él. Algún día ella faltaría y debería dejarle lo mejor situado posible. Le propuso que hablara con Ernestito; que le preguntara a él. Si iba a ser el único niño de piel oscura en un colegio de blancos, quería que fuese por decisión propia.

La primera vez que Ernest Miller habló de hombre a hombre con su hijo, el muchacho tenía seis años, jamás había pisado la zona rica de La Habana, ni recorrido el Vedado, ni montado en un coche. Había escuchado hablar de todas esas cosas, pero no sabía diferenciarlas del resto de historias fabulosas que su abuela le contaba antes de ir a dormir. Ese hombre que siempre llevaba zapatos, que venía de visita de vez en cuando, y que se empeñaba en que le llamara «papá», le hablaba de un lugar maravilloso; de caballos, libros y amigos que aún tenía que conocer.

—¿Qué quieres ser de mayor? —le preguntó su padre—. ¿Lo has pensado alguna vez?

El niño se encogió de hombros.

—Quiero ser alto.

—Ya… ya… eso seguro —rio Ernest—... Yo lo que te pregunto es en qué quieres trabajar. ¿Te gustaría trabajar en una oficina? ¿Tener un despacho? ¿Una secretaria que te escriba la cartas?

—Sé escribir mi nombre —informó orgulloso Ernesto.

—Muy bien. En el colegio te enseñarán a escribir muchas otras cosas. Y en inglés también. ¿Quieres aprender a escribir en inglés?

—Sí…

El día que Ernesto pisó por primera vez el colegio creyó sumergirse en un nuevo mundo. Los muros de piedra le parecieron demasiado macizos y todas las ventanas estaban cubiertas con vidrios y batientes de madera. Su padre lo llevó en coche. Atravesaron la reja y entraron en un camino de tierra, custodiado por setos. Lo que quedaba delante de sus ojos era un caserón enorme de tres pisos. Le habían vestido con

un uniforme hecho a medida y le pusieron zapatos. El director del colegio vino a saludarlos personalmente y los guio por el vestíbulo, hasta llegar a la escalera de piedra y madera que llevaba a las habitaciones. Cuando Ernesto llegó arriba, sus maletas ya estaban en el cuarto en el que pasaría los días de diario. Los fines de semana regresaría a casa, con su abuela.

—¿Qué te parece? —le preguntó su padre.

Pero el niño no respondió. Seguía con la boca abierta, muerto de miedo, intentando no echarse a llorar para que su padre no tuviera un mal concepto de él. Preguntándose si podría habituarse a una vida como esa.

—Mi hijo pronto destacó en clase. Era un niño muy inteligente —siguió explicando Ernest Miller—. Hasta tal punto que, desde los doce años, comenzó a venir al ingenio azucarero y ayudaba bastante con la contabilidad. Cuando cumplió los dieciocho le propuse encargarse de mis negocios en Florida. En un principio no parecía interesado, estaba demasiado aferrado a la abuela. Existía entre ellos un vínculo especial. Yo no lo entendía bien… ni tampoco intentaba entenderlo. Me daba la sensación de que mi hijo quería mantener de alguna manera el equilibrio entre la vida en el colegio, en el ingenio azucarero, conmigo… y la que llevaba en la casa de su abuela, siempre envuelta en misterios, lectura del porvenir en caracolas y ritos africanos. Yo tampoco podía hacer mucho. Era su decisión. Pero un día Regla se murió de repente… y él decidió que quería irse a Florida.

Ernest les siguió explicando que, desde que se marchó, habían mantenido contacto de forma habitual a través de llamadas, cartas o telegramas. Que así fue como supo de la ampliación del negocio, de la sociedad con Flavio Leone y de su nueva vida en Nueva York.

—A principios de mayo del año pasado hablé con él por teléfono. Me informó de que estaban pensando introducir vino español en el Cotton Club; que iba a viajar a España. Pero hace unos seis meses que no sé nada de él —indicó con el ceño fruncido y gesto preocupado—. He contratado los servicios de un detective privado que me dice que su pista se pierde en Nueva York. Al parecer una chica mulata, muy atractiva, entraba y salía de su apartamento. No debía vivir allí de forma habitual, porque en los buzones solamente aparecía el nombre de mi hijo. De nadie más. Y resulta que ahora, en el apartamento, no hay nadie. Ni rastro de él… ni de ella.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con Ernesto? —preguntó Adrien.

—Le llamé en diciembre. Le invité a que pasara la Navidad con nosotros. A estas alturas de la vida mi mujer ya conoce la verdad,

aunque quiere que lo llevemos con discreción.

—¿Y aceptó la invitación? —continuó preguntando Adrien.

—No. Me dijo que ya tenía compromisos para esos días. Que pasaría las fiestas con una mujer importante para él. Intenté que me diera detalles… pero Ernesto es demasiado misterioso… desde siempre, desde pequeño. Debe de ser herencia de la parte materna.

Ernest Miller guardó silencio unos segundos y luego los miró a los ojos.

—Les ruego que si saben algo de mi hijo… lo que sea… ¡Díganmelo, por favor! Ayúdenme a encontrarlo.

—Es usted un padre muy peculiar —pronunció Adrien con rostro severo—. Primero desprecia a la madre de su hijo mientras está embarazada. Regresa a buscarla cuando ya se ha muerto y quiere formar parte de la vida del niño, pero no demasiado, lo justo para que no se entere su mujer. Y más tarde, cuando pese a todo ella se entera, intenta llevarlo con discreción. Ha puesto la vida de su hijo en manos de un grupo de mafiosos. ¿Supongo que es consciente de ello?

—¡¿Han venido para juzgarme?! Dios… si van a ayudarme, ¡háganlo! —les gritó—. Y si no, déjenme en paz.

—Está bien… tranquilícese —apaciguó Gonzalo—. Es evidente que estamos todos nerviosos con este asunto. No se inquiete, señor Miller, si nos enteramos de algo sobre el paradero de Ernesto, no dude que nos pondremos en contacto con usted.

—Gracias —musitó Ernest—. Muchas gracias.

Camino al hotel, la sensación de que ese viaje solo estaba acrecentando los interrogantes, sin resolver ninguna duda, fue descorazonadora. Adrien y Gonzalo permanecían callados, mirando el paisaje que se deslizaba a través de las ventanillas del coche.

—¿Sigues pensando que miente? —preguntó de pronto Gonzalo, rompiendo el silencio de la última media hora.

—¿Cómo? —se sorprendió Adrien.

Lo miró como si acabara de descubrir que su mejor amigo estaba sentado a su lado. La desolación de seguir sin saber dónde se encontraba Belinda y la posibilidad de que estuviera en peligro le oprimían el pecho. Su cabeza daba vueltas cada vez a mayor velocidad.

—Ernest Miller niega que su hijo tuviera una melliza. ¿Crees que miente?

—Sí —aseveró Adrien—. Él ya tiene cuatro hijas legítimas. Se ha esforzado mucho en reiterarlo durante la conversación. Es más que evidente que fue en busca de Ernesto porque se trataba de un varón. Su único hijo varón. ¿Para qué querría reconocer a otra hija? Incluso

puede que su propia mujer aceptase al chico, pero no a una chica más. Demasiados herederos…

Gonzalo no quiso prolongar la discusión. A pesar de que estaba cada vez más convencido de que era Belinda la que había mentido, de que Adrien estaba cegado por sus sentimientos, de que no quería aceptar la realidad por más manifiesta que esta fuera… después de tantos años juntos, conocía lo suficiente a su amigo como para saber que, si le presionaba en ese momento, lo único que conseguiría era que lo apartase de su lado. Y si algo tenía claro era que Adrien necesitaba su ayuda. Ahora más que nunca.

Capítulo XV

El Liberal

MARTES 4 DE JUNIO DE 1930

LOS INDICIOS HACEN SUPONER QUE SE TRATA DE UN CRIMEN VIOLENTO

SE REVELAN NUEVOS DATOS SOBRE EL ESQUELETO DEL «AEROPUERTO DEL SUSTO»

A medida que transcurren los días aumentan los rumores sobre las circunstancias en torno a la muerte del hombre cuyo esqueleto apareció en el «aeropuerto del susto». Un redactor de este periódico ha celebrado una entrevista con el médico forense D. Ramón Ortega, quien ha manifestado que el estado de los huesos hace sospechar un escenario violento.

El misterioso hallazgo ha suscitado la curiosidad pública. El juzgado ha comenzado a actuar para esclarecer el hecho revisando la lista de los varones de edades comprendidas en torno a los veinte o treinta años desaparecidos en los últimos años. Se ruega a los ciudadanos que puedan disponer de información al respecto se pongan en contacto con la Policía.

Norberto fue a buscarlos al hotel. Les insistió en que, antes de que abandonaran Cuba, debían hablar con una mujer que fue vecina de Regla Cumbá, la abuela de Ernesto. Ambas tenían cierta influencia en su comunidad porque practicaban la santería, una ramificación de la religión yoruba, importada con los esclavos africanos y adoptada por sus descendientes. Les explicó que, si bien en un principio sus rituales se mantuvieron en la clandestinidad, hubo un momento en el que la religión católica y la yoruba comenzaron a coexistir, sin que fueran excluyentes.

—Es habitual sacar en procesión a algún dios desconocido por los gallegos —Norberto se corrigió—. Perdón; por los españoles. O ver sacrificar gallos blancos en honor a los santos cristianos. Es lo que tiene el sincretismo —aclaró el periodista cubano—. Por ejemplo, a Shangó, dios de los truenos, del rayo y el fuego, se le identifica con santa Bárbara.

—Pero eso… eso roza el sacrilegio, ¿no le parece? —comentó Gonzalo.

—Pues no sabría decirle. Aquí, tanto negros como blancos o mulatos participan en ceremonias yoruba —y continuó diciendo—. Me comentan que Regla Cumbá tenía un amplio conocimiento sobre las aplicaciones curativas de las plantas.

—¿Quiere decir que la abuela de Ernesto era una curandera? —le preguntó Adrien.

—Yo creo que eso es mejor que se lo explique la mujer a la que vamos a visitar. Por cierto, ahora que están ustedes preguntando por la hermana melliza de Ernesto, aquí a los hermanos que nacen en un mismo parto se les llama «jimagua».

Se montaron en el coche del periodista para alejarse del centro de la ciudad. Las carreteras se fueron estrechando hasta que entraron en un camino de tierra, conquistado por la maleza. En algunos lugares, las hierbas y florecillas salvajes se habían comido parte del sendero y rozaban la carrocería del coche. Miraran a donde miraran lo único que veían eran peñascos, matojos y monte agreste. De vez en cuando tropezaban con alguna casa de adobe sin blanquear, con el techo a dos aguas, sin cristales en las ventanas y con una pesada cortina en lugar de puerta.

—A este tipo de construcciones les llamamos bohíos. En uno de ellos nació y creció Ernesto Miller. Aquí la gente vive de manera muy humilde. No ambicionan demasiado. Han heredado de sus antepasados la idea de que cualquier esfuerzo para mejorar su situación es inútil. Ya casi estamos llegando —les anunció Norberto.

Tejas rotas, vallas de alambres flojos, gallinas correteando libres picándole la cola a perros haraganes de nariz reseca y pelaje empolvado… los bohíos fueron multiplicándose hasta quedar muy próximos los unos de los otros. El barrio en el que había crecido Ernesto en nada se parecía al Vedado en el que vivía Ernest Miller con su mujer y sus cuatro hijas legítimas.

El ruido del coche atrajo la atención de los vecinos. Mujeres de edad indefinida se asomaron a las puertas secándose las manos en sus mandiles, los viejos levantaron la cabeza y se colocaron las manos en la frente para hacerse sombra y enfocar mejor. Al menos una docena de niños moquillentos, de varias edades, algunos desnudos, otros a medio vestir, todos descalzos… corrieron a rodearlos cuando descendieron del vehículo para pedirles una moneda, un caramelo, ¿tiene chocolate, señor? Eh… señor, deme algo.

—Vamos… chicos, apartaos —los reprendió Norberto justo antes de señalar uno de los bohíos—. ¡Ese es!

En el exterior de una casa con la fachada llena de cicatrices, sentada en una silla de enea, los esperaba una mujer negra y escuálida. Cubría su cabeza con un turbante de seda color verde mesa de billar y su cuerpo con un vestido amplío y floreado. Bajo la tela, un pellejo oscuro y apergaminado recubría su osamenta. Resultaba difícil calcular su edad. La piel de su rostro era un encaje de arrugas en el que destacaban sus ojos opacados por una fina película grisácea. Entre sus dedos nudosos, rematados de uñas largas, sujetaba un habano Doble Corona del tamaño del palo de un escobón de barrendero.

—Buenas tardes, Caridad —saludó Norberto elevando levemente la voz—. Aquí le traigo a los dos españoles de los que le hablé.

La mujer olisqueó el aire y suspiró.

—¿Así que son ustedes los que andan preguntando por el niño Ernesto?

—Hace tiempo que no se tienen noticias de él y queremos encontrarle —comentó Gonzalo.

—Hemos estado hablando con su padre, el señor Miller, y nos ha contado un poco de su historia. Que vino a buscarle aquí cuando cumplió los seis años para llevarle al colegio. Pero nos gustaría saber cómo fue su vida antes de eso —amplió Adrien.

La mujer sonrió despacio, mostrando unas encías que acogían poco

más de seis piezas dentales.

—¿Les apetece un poco de ron? —Sin esperar respuesta, se levantó de la silla penosamente—. Pasemos al interior. A la gente ni le va ni le viene lo que tengamos que hablar nosotros, ¿no les parece?

Ellos la siguieron. Daba la impresión de que iba a romperse en cada uno de los pasos; que los huesos cloqueaban dentro de su saco de piel al caminar, como un sonajero. Los invitó a sentarse en torno a una mesa de comedor que había en medio de la sala. Dejó el puro sobre ella, con el extremo incandescente por fuera. Arrastró los pies hasta un mueble y sacó de allí una botella de vidrio traslúcido, sin etiqueta, que contenía un líquido meloso. La atrapó por el cuello con la mano izquierda, la levantó por encima de su cabeza y le asestó un golpe en la base que hizo saltar el corcho con un sonido seco. Un segundo después, derramó un poco de líquido por el suelo de tierra prensada.

—Hay que cederles el primer trago a los espíritus para que no se molesten con nosotros y nos protejan —aclaró.

Llenó los vasos y se los fue entregando uno a uno, en la mano, sin demasiado protocolo. Dejó el último para ella. Lo llenó. Se lo bebió de un trago, y volvió a llenarlo de nuevo. Entonces se sentó frente a ellos. Recogió el habano, le dio una larga calada y comenzó a hablar.

—Bueno… bueno… pues, ¿por dónde empiezo?

—Háblenos un poco de Regla Cumbá, si le parece bien —le indicó Norberto.

—Sí… bueno… Regla Cumbá es el nombre que le pusieron cuando llegó a Cuba, pero en África se llamaba Yaya. Y por ese nombre la llamábamos los que la queríamos bien.

Norberto les explicó que, cuando los esclavos llegaban a la isla, sus dueños les imponían un nombre cristiano de forma aleatoria; aunque ellos conservaban su nombre de origen en la intimidad. Creían que, si el esclavista no podía nombrarlos, no podría adueñarse de sus almas. El nombre secreto preservaba un pedazo de libertad. De esa manera los africanos tenían dos nombres: uno era el que se escribía en el libro de registros, junto al de su dueño, por el que se le llamaba para que cumpliese una orden. Y luego estaba el otro: el real, el verdadero, el que los protegía de los peligros y que muy pocos conocían. Ese era el realmente importante, porque compartir con alguien ese nombre, pronunciarlo, era como tocar el alma de la persona. Por eso nunca había que responder demasiado deprisa cuando se escuchaba el nombre secreto. Había que guardar ciertas reservas.

—¿Y usted también tiene un nombre secreto? —le preguntó Gonzalo.

—Ajá… —pronunció ella lentamente.

—Y supongo que no va a decírnoslo.

—Ajá…

Gonzalo sonrió. Le hacía gracia aquella mujer. Estaba seguro de que algún día escribiría un relato sobre ella.

—Yaya era muy lista, ayudaba a todo el mundo —siguió explicando la que era conocida como Caridad—. Enseñaba a los niños a orinarse en las picaduras de las avispas, a ponerse barro en las de las abejas, azúcar en las de las arañas… conocía las virtudes de todas las plantas. Era capaz de curar a enfermos que hasta los médicos de la capital desahuciaban. Así era de lista la Yaya. —Masticó el aire durante unos segundos antes de seguir hablando—. Era espiritista de nacimiento.

—¿Espiritista de nacimiento? —preguntó Adrien.

—Es un don. Eso no se puede aprender. O naces con él, o no tienes nada que hacer al respecto —aclaró Caridad—. En sueños le hablaban los muertos. Le daban consejos para su vida… incluso para la vida de los vecinos. También trabajaba conmigo en la fábrica, enrollando puros. Cuando el niño Ernesto aprendió a leer, venía algunas tardes a leernos mientras trabajábamos. Se sentaba en una silla, en mitad de la planta, y nos leía novelas de viajes a la Luna o al centro de la Tierra. Era muy agradable… Ahora hay máquinas que enrollan los puros tres veces más deprisa de lo que lo haría una persona. Y han puesto una radio, para que no haga falta que nadie lea en voz alta. Cosas de la modernidad —suspiró.

—¿Cómo se tomó Regla Cumbá el embarazo de su hija? —le preguntó Gonzalo.

—¿Cómo habría de tomarlo? Pues sucedió… simplemente. Como la noche sucede al día y viceversa. Lo que no llevó tan bien fue la muerte de Linda. Pobre muchacha, con lo joven que era —se lamentó antes de darle otra calada a su puro.

El humo nubló el rostro de la mujer durante unos segundos. Al parecer, toda la sabiduría de Regla Cumbá no bastó para que el parto de su hija acabase bien. Le regó la barriga durante todo el embarazo y le encendió velas a diversos santos. Le pasó una calabaza por el vientre hinchado, puso la fruta en alto, luego se alejó de la casa y la tiró sin mirar a dónde caía… practicó todos los rituales que conocía —y otros tantos que los difuntos le recomendaron en sueños —. Quedó convencida de que, ni su hija, ni el que estaba por venir sufrirían durante el trance del nacimiento.

—Pero nada de eso funcionó —explicó Caridad—. Linda se fue en sangre dos días después de traer a Ernestito al mundo.

Regla Cumbá llegó a la conclusión de que les habían echado un mal de ojo. Para proteger a su nieto, puso en un saquito de tela un

azabache y se lo prendió a la ropita. Ernesto llevó la piedrecilla negra encima hasta que cumplió los cuatro años.

—¿Y qué pasó cuando Ernest Miller vino en busca de su hijo? —preguntó Adrien.

—A ella no le gustó mucho. Comprendan ustedes que su hija había muerto y que ese niño era lo único que le quedaba. Pensó incluso que podría hacerle daño, para que su esposa no se enterase… Pero poco a poco entendió que el padre le quería bien. Le permitió que lo metiera en un colegio para niños ricos, incluso que pasara tiempo en el ingenio azucarero.

A lo largo de los siguientes años llegaron a la isla muchos haitianos y jamaicanos, para trabajar como recolectores de la caña de azúcar. Se suponía que regresarían a sus países de origen cuando terminase la temporada, pero lo cierto es que algunos se quedaron. Ernest Miller contrató a un buen número de ellos. Vivían en su propia finca, en bohíos de dos o tres habitaciones.

—Les pagaba un buen jornal —les explicó Caridad—. Y les daba bien de comer: sopa dos veces al día y, de segundo plato, casi siempre, huevos fritos con arroz. Y pese a todo los malagradecidos la tenían tomada con Ernestito.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Adrien.

—Un grupo de esos hijos de mala madre —repitió con gesto de desprecio—… Debían tenerle envidia. Les molestaba que Ernestito estuviera en la oficina, junto al ventilador, protegido por el jefe, comiendo pollo… cuando tenía el mismo color de piel que ellos. Se metían con él cuando estaba solo. Le llamaban «mulato lindo», le tiraban piedras cuando regresaba a casa. Unas cuantas veces se presentó donde su abuela con un ojo morado, o con las rodillas peladas porque le ponían la zancadilla.

—¿No se lo dijo a su padre? —preguntó Gonzalo.

—Nunca. Se lo guardaba todo. —Caridad se mantuvo en silencio unos segundos mientras le daba otra calada al habano. De nuevo los envolvió en una nube de humo—. Era un niño muy tímido. O quizás tuviera miedo a las represalias. ¿Quién sabe? Solo el que está allí arriba, Ernestito y esos sinvergüenzas sabrán lo que le hacían…

Yo también lo sé.
Y creo que ha llegado el momento de contártelo.

Cada viernes Ernesto regresaba a casa de su abuela para pasar el fin de semana junto a ella. El viaje suponía apenas media hora en la motocicleta que le había regalado su padre, pero ese día alguien le había pinchado las ruedas. No era un chico miedoso, pero sabía que se le haría tarde y que tendría que hacer la última parte del trecho a oscuras. Pese a todo no se amilanó y comenzó a caminar por el lado izquierdo de la carretera de tierra, apresurando el paso. Iba pensando en su abuela. La última vez que estuvieron juntos, el lunes por la mañana, a ella le había dado un ligero mareo, al que quitó importancia. Ernesto llevaba toda la semana preocupado. Pese a que Regla Cumbá era capaz de curar misteriosas enfermedades en los demás, la historia del truncado parto de su madre demostró que sus métodos flaqueaban cuando se trataba de malestares cercanos a ella. ¿Por qué estaba dándole vueltas a un simple mareo? «No lo pienses. No pienses en males o los atraerás». No, no… ¿por qué estaba pensando eso? ¿Por qué se le estaba poniendo la carne de gallina? ¿Habría heredado las capacidades de su abuela para intuir lo que otros ni siquiera sospechaban?

Tan concentrado estaba que no le prestó atención, como en otras ocasiones, al color asalmonado del cielo a la caída del sol. Tampoco vio venir al grupo de jamaicanos que trabajaba en el ingenio azucarero de su padre y que encontraban divertido mortificarle. Lo interceptaron al abrigo de una casucha en ruinas que había al lado del camino. Se colocaron delante de él y comenzaron a insultarle, como habían hecho otras veces.

—¿A dónde te crees que vas, pájaro? —le preguntó el más alto.

—¿Os habéis fijado en cómo camina? —se burló otro—. ¡Deja ya esa cundanguera!

Ernesto no los miraba. Tenía los ojos fijos en la punta de sus zapatos, de manera que podía ver cómo los chicos imitaban sus movimientos cuando intentaba esquivarlos. Un paso a la derecha, ellos daban uno a la izquierda, dos pasos a la izquierda, ellos dos a la derecha. Como no parecía que tuvieran la intención de dejarle avanzar, levantó la cabeza para enfrentarse a ellos.

—Dejadme pasar —ordenó sin demasiada convicción.

—Dejadme pasar… dejadme pasar… —corearon ellos entre risas.

Se notaba que habían estado bebiendo. El corazón de Ernesto se aceleró por el presentimiento de una desgracia, así que se dio la vuelta con la intención de desandar sus pasos y esquivarlos. Caminaba deprisa, intentando aparentar tranquilidad, pero la realidad es que estaba aterrado. En pocos minutos el sol desaparecería por el horizonte y ese descampado se convertiría en la boca de un lobo. Una

mano sujetó firmemente su hombro. Él la apartó con un movimiento brusco y aceleró aún más su paso, que ya casi se había convertido en una carrera ligera.

Pero ellos eran tres, y enseguida consiguieron rodearle.

—Qué piel más bonita tiene el mulato lindo —se burló el más bajito, acariciando levemente su mejilla.

Ernesto giró despacio, intentado valorar la situación en la que se encontraba. No había lugar por el que escaparse. Tampoco estaba seguro de que gritar sirviese de algo en una zona tan aislada como esa.

—No hagáis nada de lo que podáis arrepentiros —dijo más como una súplica que como una amenaza.

—Vaya… vaya… el niño de papá le va a decir a «pa-pá» que los otros niños han sido malos con él.

A cada palabra los jóvenes se aproximaban un paso más. Oía el sonido de sus respiraciones agitadas. Puede que Ernesto Miller fuese el hijo de un rico norteamericano, pero había crecido en un barrio y sabía lo que podía sucederle en una situación como esa. Sopesó sus posibilidades de huida e hizo lo único que vio viable. Echó a correr con la intención de ser lo bastante rápido como para sortear la barrera que habían levantado en torno a él pero, al intentar traspasarlos, le pusieron la zancadilla y cayó de forma estrepitosa, golpeándose la boca contra el suelo. Sintió como uno de sus incisivos laceraba su labio superior y un líquido tibio comenzó a recorrer su barbilla. Una mano le sujetó por la muñeca y le obligó a incorporarse. Intentó zafarse, pero otro le agarró de la camisa y tiró también de él. Medio a rastras, llevaron a Ernesto hasta la casucha abandonada, compuesta únicamente por tres paredes de adobe con un boquete irregular donde en otros tiempos hubo una ventana. Aquel terreno cubierto por los cascotes de los antiguos muros, con ramajes altos que llegaban hasta la rodilla, ahora era un área oscura que olía a humedad. Ernesto sintió un escalofrío de terror que debía reflejarse en sus ojos.

—¿Tienes miedo, cundango?

No pensaba responder pero, aunque lo hubiera intentando, no le habría dado tiempo. Un puño impactó directamente contra un lado de su cabeza, derribándolo de nuevo al suelo. Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue al más joven, mirándolo desde arriba, con el rostro ya cubierto por las sombras del ocaso. Parecía asustado, aunque no lo consideraba lo bastante razonable —o lo suficientemente valiente— como para enfrentarse a sus amigos e interceder por él. Ahora que los ojos se le estaban acostumbrando a la oscuridad, entrevió las piernas de los tres muchachos que le rodeaban. Ernesto sentía un dolor punzante en la cabeza, pero el pánico era aún peor. La

cara del más alto se acercó mucho a la suya. Le agarró por el cuello de la camisa y le obligó a que se incorporase.

—¡Ponte de pie! —gritó con el tono de voz que utilizaría para dar órdenes a un perro—. ¡Que te pongas de pie!

Tiró lo bastante fuerte de su camisa como para levantarle en vilo. Era tan alto que Ernesto apenas podía apoyar las puntas de los pies en el suelo. Deslizó la mirada hacia los lados, rogando internamente para que alguien pasara cerca y le ayudara. Pero allí no había nadie. Aquel era el lugar más solitario del mundo; al menos eso es lo que le pareció a Ernesto. Y entonces, sintiendo el desagradable aliento alcohólico del jamaicano en la cara, pensó en todo lo que aún le quedaba por hacer. En los sueños por cumplir, en su abuela que lo estaría esperando, en un perro de color canela que tuvo cuando niño, al que quiso más de lo que querría nunca a su propio padre. Y también se acordó de su madre, la que compuso su cuerpo dentro de sus entrañas, a la que nunca llegó a conocer, pero a la que tantísimo echaba de menos. Esos pensamientos se le cruzaban por la mente mientras su cabeza se movía de un lado a otro, impulsada por las bofetadas de aquellos salvajes, borrachos de ron y ansiosos de sangre. Esos individuos, que habían identificado la razón de su frustrada vida por la existencia de Ernesto, sentían alivio por estar castigándole. Una bofetada, otra, otra más… Insultos, más insultos. Escupitajos. Y esas miradas llenas de odio, de un odio inmenso e inabarcable. Un odio que no se diluiría con esos golpes, porque lo llevaban en la sangre heredada de sus antepasados, obligados a trabajar por miserias, por platos de sopa, simplemente por su lugar de origen, o por el color de su piel.

Ernesto ya se había rendido cuando recibió un último puñetazo en el estómago que le dobló en dos. Expulsó todo el aire que tenía en los pulmones, sumergido en un dolor intenso, insoportable, el dolor más grande que había sentido en su vida. Y decidió que quería morir. Quería morir en ese mismo instante; que lo mataran ya para no sentir tanto dolor y tanto miedo. ¡Ya! Que acabaran con él.

Pero la realidad es que eso no había terminado aún.

Uno de ellos —no pudo ver quién— le aferró fuerte del cabello de la nuca, obligándole a levantar la cabeza.

—Mirad… mirad chicos. El mulatito lindo con la cara hinchada y llena de sangre ya no es tan lindo.

Se escuchó un coro de risas tras él.

—¡De rodillas! —ordenó—. ¡De rodillas!

Mientras le gritaba, tiraba del cabello de Ernesto, de manera que se hizo muy complicado desobedecerle.

—Sujetadle los brazos —berreó a los otros.

Ernesto no quería mirarle, así que cerró los ojos. Lo único que pudo sentir era que, el que le sujetaba del pelo, con la mano que le quedaba libre, parecía estar bajándose los tirantes y desabrochándose los pantalones. En ese momento Ernesto comprendió lo que pretendía hacer, y un ramalazo de horror y repulsión se apoderó de él.

—Venga, que sé que esto te va a gustar. ¡Chúpame la polla!

Ernesto intentaba mantener la cabeza agachada, pero le tiraba del pelo tan fuerte que sintió que se lo iba a arrancar.

—¡Chúpeme la polla, cundango! ¡Chúpamela!

Los otros seguían sujetándole de los brazos, pero estaban perplejos ante el cariz que había tomado la situación. Su compañero de fechorías blandía sin pudor su miembro viril, inusitadamente firme e inflamado. Al percibir la sorpresa de sus amigos, intentó justificarse.

—Va a ver este pájaro lo que es tragar una polla de verdad. ¡Abre la boca! Abre la boca o te rajo aquí mismo.

Le echó la cabeza hacia atrás de un tirón, pero Ernesto se negaba a abrir los ojos, y mucho menos los labios. Sintió como aquella verga caliente se restregaba contra su boca, contra sus mejillas, su nariz… podía sentir su olor acre y el tacto rasposo de su vello púbico en la cara. Lo aplastaba con tanta fuerza contra su entrepierna que Ernesto entreabrió los labios ligeramente, momento que él aprovechó para introducirle su miembro hasta la garganta, mientras lanzaba un hondo suspiro de placer.

Ernesto apenas podía respirar. Sintió aquel sabor agrio, ese repulsivo olor que le produjo arcadas. Unas lágrimas de dolor, de asco, de rabia… recorrían sus mejillas tumefactas. En medio de las tinieblas podía intuir el gesto del que le tenía sujeto por el pelo, la estupefacción de los otros dos que, pese a la sorpresa, no le soltaban las manos. Y los jadeos, y ese trozo de carne dura entrando y saliendo de su boca… y más jadeos, y las embestidas, y más lágrimas, y las náuseas…

—A que esto te gusta… A que sí… Di que te gusta… —exigía entre estertores un segundo antes de derramarse dentro de la boca.

Entonces Ernesto tuvo un presentimiento de muerte.

Esos hombres sabían que en esta ocasión el acoso había ido demasiado lejos. Si lo dejaban vivo podría contárselo a su padre, o denunciarlos. Su destino quedaría marcado. Dejarle vivo sería un grave error.

Pero sucedió un milagro. A lo lejos se escuchó la voz de un hombre.

—¿Qué andáis haciendo? —les gritó.

El que lo tenía todavía sujeto por el pelo, debió de sorprenderse bastante, porque lo soltó y se guardó rápidamente la polla en los

pantalones. Los otros dos le soltaron los brazos, intentando interponer su cuerpo entre el hombre que acababa de llamarles la atención y Ernesto, que aún estaba de rodillas.

—Os he preguntado que qué cojones estáis haciendo aquí a estas horas.

La sombra de un hombre corpulento, cargando con una escopeta de perdigones, se recortaba en la oscuridad del cielo nocturno, avanzando entre los hierbajos, dando grandes zancadas.

—¿Estáis mariconeando? Porque como sea eso os voy a meter hierro por el culo para que se os quiten las ganas de enchufaros por ahí detrás.

Los jamaicanos salieron corriendo. Dejaron a Ernesto tirado en el suelo, con el cuerpo y el alma llenos de heridas, mientras el hombre de la escopeta los seguía con la mirada, hasta perderlos de vista. Solo entonces fijó su atención en Ernesto. Se acercó a él sin dejar de apuntarle con su escopeta. Vestía un peto de tela vaquera sin nada debajo. Sus ojillos de rata parecían estar valorando si el muchacho era una víctima o un verdugo. Seguramente, por el aspecto, dedujo que se trataba de lo primero. Su expresión se suavizó y bajó el arma.

—¿Te encuentras bien, chamo?

Como única respuesta, Ernesto vomitó. Hacía ya un buen rato que comió, de manera que lo único que expulsaba eran espumarajos sanguinolentos. De rodillas, doblado, sujetándose el estómago, aceptaba con agradecimiento cada una de esas arcadas que sacaban fuera el mal que le habían introducido por la boca. Estuvo un buen rato así, hasta que se dio cuenta de que ya no había nada más que echar. Tomó fuerzas e intentó ponerse en pie, trastabillando. El hombre, que aún permanecía a su lado, le sujetó del brazo para ayudarle.

—¿Mejor ahora?

Ernesto asintió, incapaz de levantar la mirada, avergonzado, asustado, humillado…

El hombre debió de compadecerse de él. Sin hacer muchas preguntas, lo llevó a su casa, un bohío humilde cercano en el que permitió que se lavase las heridas, se compusiese la camisa y se peinara un poco. Ernesto se movía como en trance, temblando aún de miedo y de ira, mientras escuchaba al hombre murmurar una letanía en la que le aseguraba que lo que había pasado no era algo nuevo. Que los malditos jamaicanos no habían traído más que desgracias y piojos. Que se servían de la obscenidad de sus delitos y de la decencia de los humillados para que todo quedara sumido en el silencio. Le dio un vaso de agua y esperó a que Ernesto se tranquilizara. Cuando vio

que el ritmo de su respiración se acompasaba, lo montó en su camioneta y lo acercó a su casa, sin hacer más comentarios. Al llegar, mientras Ernesto descendía, le despidió con una recomendación.

—Los valientes hacen una hoguera con los malos recuerdos y ríen. Es un error tener buena memoria si es para ponerse triste. ¿Me oyes, chamo?

—Muchas gracias —respondió, aún avergonzado.

No alcanzó a entender las palabras del hombre. En ese momento se sentía un enorme pedazo de mierda y no estaba seguro de que pudiera volver a reír. Pese a haberse lavado la cara aún podía percibir el pestilente olor, y el agrio regusto en su boca. Caminaba intentando no llorar, convencido de que no habría agua ni jabón capaces de eliminar de su piel el sabor del ultraje. Quería matar a los jamaicanos con sus propias manos, destriparlos, arrastrar sus intestinos por los caminos y regar los campos con su sangre. Nunca había sentido tanto odio en la vida. Y los maldijo también por eso; por haber encendido en él un sentimiento tan terrible y mordiente.

No le dio tiempo a pensar más. Mientras se acercaba vio que la casa de su abuela estaba rodeada por la gente. Avanzó deprisa los últimos diez pasos que le separaban de la puerta y pronto se vio rodeado de voces quedas y llantos silentes. Los ojos se volvieron hacia él. En silencio comenzaron a dividirse en dos grupos, haciendo un pasillo por el que Ernesto caminaba en dirección a la habitación de su abuela. Al atravesar el umbral, reconoció la voz de su vecina Caridad. Estaba arrodillada, con los ojos cerrados, las manos unidas, murmurando oraciones, llorosa, junto a la cama de su abuela. Y entonces la vio. Tumbada, con los ojos cerrados, inmóvil… Se dio cuenta en ese mismo instante de que el presentimiento de desgracia que le había acompañado durante todo el día no hacía alusión a lo sucedido con los jamaicanos. El terrible augurio no era el de su propia muerte.

—¿Yaya?

Caridad despertó de su trance. Se dio la vuelta y observó el lamentable espectáculo de aquel muchacho hermoso, que regresaba a su casa con la camisa manchada de sangre, con el labio partido y los ojos hinchados, para comprobar que su abuela, la mujer que le había cuidado como una madre, acababa de abandonarle.

—Tuvo un entierro precioso, precioso… vino todo el mundo —les explicó Caridad—. A Regla le hubiera encantado verlo —suspiró antes de lanzarles otra bocanada de humo.

—¿Cuánto dura ese puro? —preguntó sorprendido Gonzalo, que ya comenzaba a sentirse mareado.

—Una hora más o menos —informó Caridad. Y continuó con su

narración—. A los pocos días del entierro de su abuela, Ernestito dijo que se marchaba de la isla. Que se iba al norte a llevar los negocios de su padre. Y ya no ha vuelto a aparecer por aquí.

Ernesto Miller se olvidó de su pasado. La muerte de Regla Cumbá cercenó los lazos que le unían a ese lugar. Florida y Nueva York modelaron un nuevo ser que en poco se parecía al niño que Caridad les había descrito. Antes de marcharse, cuando Adrien estaba ya despidiéndose de ella, mientras le agradecía su hospitalidad y toda la información que les había proporcionado, Gonzalo le lanzó la pregunta que habían estado reteniendo.

—Una última cosa, Caridad… ¿Qué nos puede contar de la hermana de Ernesto? ¿sabe si se marchó con él?

Caridad le miró frunciendo aún más su estriada frente.

—¿Hermana? ¿Se refiere a las blanquitas… las otras hijas de Ernest Miller? —indagó extrañada—. Por aquí no las trajo nunca. Seguro que habrían resultado todo un espectáculo en el barrio —dijo soltando una risita burlona.

—Según nos han contado, Ernesto tenía una hermana melliza… Belinda creo que se llamaba —aclaró Gonzalo con aire despreocupado, tal y como hacía siempre que quería sonsacarle información a alguien.

—Yo creo que ustedes están confundidos. Yaya solo tuvo un nieto. Y se lo digo yo, que vi cómo salía como un frijolito lavado del cuerpo de su mamá. Si ya pariéndolo solo a él la pobre se murió. Seguro que si hubiera venido con una jimagua los habríamos enterrado a los tres.

Regresaron a España directamente desde La Habana, en otro de los vapores de la Compañía Trasatlántica, el Montevideo, que trazaba la línea mediterránea. Ellos descenderían en Cádiz, pero el vapor continuaría hasta Barcelona, parando antes en Málaga y Valencia.

Adrien convirtió su camarote en un despacho policial. Recopiló todos los documentos que tenía con la intención de que, viéndolos todos juntos, con perspectiva, pudieran dar luz a la desaparición de Belinda y Ernesto. Gonzalo y él repasaron lo que habían descubierto, empezando por el principio —considerando el principio el momento en el que Belinda había desaparecido para Adrien, exactamente la mañana del 26 de diciembre del 1926—.

A Gonzalo no le quedaba ninguna duda; la única forma de que Flavio Leone y sus hombres se enterasen de los planes de la pareja era que la propia Belinda se lo hubiera confesado al mafioso. En ese sentido Adrien tenía poco que objetar. Estaban solos en la habitación cuando hablaron. Ni siquiera se podía poner en valor la idea de que Flavio tuviera el teléfono del apartamento de Belinda pinchado, como se supo que hacía de forma habitual en el juicio que lo llevó a la

cárcel con los teléfonos de la policía. Pese a todo, Adrien no podía —ni quería— considerar que ella le hubiera delatado con la intención de que los esbirros de Leone le dieran una paliza. Por otra parte, existían también otras posibilidades más mordientes para él. ¿Y si Leone la había torturado para sonsacarle esa información? Podría estar en peligro. O algo mucho peor.

Dibujaron un mapa de la Costa Este americana en el que marcaron los tres enclaves en los que se había visto a Belinda y a Ernesto. De norte a sur señalaron Nueva York, bajando hasta Florida y, más al sur, La Habana. Repasaron las revelaciones que les hicieron las personas con las que se habían entrevistado esos días; anotando las fechas en las que Belinda y Ernesto habían estado con seguridad en las ciudades.

—La última vez que viste a Belinda fue en la mañana del 25 de diciembre pasado, ¿no es así? —preguntó Gonzalo mientras trazaba un círculo sobre la representación de Nueva York en el mapa, marcando la fecha.

—Cierto.

—Había quedado contigo en los muelles la tarde del 26 de diciembre —Adrien asintió—. Pero no se presentó. En su lugar vinieron los hombres de Flavio Leone para dejarte claro su mensaje. Es evidente que te traicionó.

El rostro de Adrien se encogió ante esa posibilidad.

—Imaginemos por un momento que eso es como tú dices. Ella me delató ante Flavio Leone —Gonzalo asintió—. ¿Qué motivo podría tener? Podría haberme rechazado, simplemente. Podría haberme dejado plantado en el muelle, esperándola. O haberme enviado una nota al hotel despidiéndose de mí. Sin embargo sí que le dejó una carta al portero de su apartamento, por si yo volvía a buscarla, declarándome su amor.

Adrien atrapó la carta entre las manos y la sacudió en el aire para, un instante después, leer en voz alta las últimas palabras escritas en ella.

—«He que aceptar que no estamos solos y que es demasiado complicado. Regresa a Sevilla, amor… y olvídame. Eso es lo mejor para ti: Olvídame».

Gonzalo se encogió de hombros antes de lanzarse a dar su versión.

—Puede que sea una romántica y que quisiera despedirse de una manera especial. ¿Es una carta emocionante? Sí. Sin duda. No voy a negártelo. Pero se trata evidentemente de una despedida. Todo se resume en la última palabra: «Olvídame». No te lo niego; es posible que se haya enamorado de ti. Pero puede que esté más enamorada de su vida de lujos y éxitos en Nueva York.

Adrien suspiró de forma teatral, dejando a las claras el hartazgo que sentía respecto a las insinuaciones de su amigo. Volvió a fijar sus ojos en el mapa y añadió otra nueva fecha junto a Nueva York.

—El 26 de diciembre por la tarde, justo en el momento en el que debería haberse encontrado conmigo en el muelle número 8 de la Compañía Trasatlántica, Belinda estaba haciendo las maletas para abandonar su apartamento.

—Y parece ser que iba acompañada por Santino Neri, y que se dirigieron a Florida. Allí estuvieron los primeros días de enero —apuntó Gonzalo, señalando junto al nombre de la ciudad los primeros días de enero como última vez en la que se vio a Belinda.

—No tenemos evidencias de que la mujer que Ricardo vio en el coche de Santino fuera Belinda —interrumpió Adrien—. Solo vio unas piernas.

Gonzalo resopló derrotado.

—Está bien. Eliminemos esa posibilidad. El 26 de diciembre de 1927 es el último día en el que se vio a Belinda con la absoluta certeza de que era ella —recalcó—. ¿Y qué me dices de su supuesto hermano, Ernesto Miller?

—¿Supuesto? —se sorprendió Adrien.

—Ernest Miller niega que su hijo tuviera una melliza. Puede que él tuviera motivos para mentir pero ¿por qué razón mentiría la vecina de su abuela? —insistió Gonzalo.

Adrien guardó silencio. Era evidente que Belinda y Ernesto no eran hermanos, pero aun así, estaba seguro de que había una explicación para todo aquello.

—Además, nadie los ha visto juntos —insistió Gonzalo.

—Eso no es verdad. ¿Qué me dices de la chica del tabaco del Cotton Club? Ella conoce a Ernesto como hermano de Belinda.

—Puede ser… pero tienes que reconocer que es algo raro. A fin de cuentas, la última vez que ella dice haberle visto fue antes del verano. Por lo demás; nadie ha vuelto a verlo ni a saber de él desde hace cuatro meses. —Guardó silencio unos instantes—. No hemos valorado otra posibilidad… Imagina que Belinda conociera a Ernesto en el barco que los llevaba de La Habana a Florida. Se hicieron amigos. Puede incluso que se convirtiesen en amantes. Él la introduce en el Cotton Club, la ayuda a convertirse en una estrella y ella se alía entonces con Flavio Leone. Se dan cuenta de que, si eliminan a Ernesto, pueden quedarse con su parte. Y por eso siguen fingiendo durante meses que él sigue vivo. Seguro que el cadáver de Ernesto Miller descansa en el fondo del Hudson con unos zapatos de cemento.

Adrien negó con la cabeza. Le parecía imposible que la dulce

Belinda que él creía conocer bien hubiera cometido semejantes atrocidades. Volvió a repasar las fechas mentalmente antes de volver a garabatear sobre el mapa, añadiendo una E mayúscula que indicara las huellas que Ernesto había dejado desde su llegada a Nueva York.

—A comienzos de diciembre, Ernest Miller habla por teléfono con su hijo para invitarle a pasar la Navidad con su familia —siguió diciendo Adrien—. Debería haber resultado algo muy especial para él, ya que lo reconocerían como un miembro más… conocería a sus hermanas… Sin embargo rechaza la invitación excusando que va a pasar la Navidad con una mujer especial.

—¿Y si estaba hablando de Belinda? —insistió Gonzalo—. Y si Belinda fuese su amante, y no su hermana. Ricardo Martínez Ybor recibió una postal navideña firmada por Ernesto con remite en el apartamento en el que tú estuviste con Belinda. Y se trata de la misma letra de la carta que dejó allí para ti. Está claro que Ernesto Miller y Belinda Miller compartieron apartamento a comienzos de diciembre. O que fue Belinda la que escribió a Ricardo para que no se preocupara por la falta de noticias de Ernesto.

Adrien no tenía respuesta para eso.

—Deberíamos valorar la posibilidad de que Flavio Leone esté detrás de todo esto. Piénsalo —presionó Gonzalo—. A principios de mayo de 1926 Ernest Miller habló por teléfono con su hijo. Le dijo que iba a viajar a España para poner en marcha un negocio de vinos. Pero tú y yo sabemos que Ernesto no viajó en el Manuel Arnús. Fue Belinda. Insisto: ¿y si se han deshecho de Ernesto Miller para quedarse con su parte del negocio? Es posible que Belinda Miller sea la cómplice de Flavio Leone en esto.

Pero Adrien no aceptaba las explicaciones que Gonzalo tenía para cada una de sus preguntas. Las dudas quedaban en suspenso, revoloteando en torno suyo, como una nube de mosquitos en un cañaveral. ¿Por qué iba Belinda a dejar una carta para él si no le importaba? ¿Por qué iba a mentir respecto a ser o no hermana de Ernesto Miller? Y si no lo era, ¿qué clase de relación unía a ambos? ¿Por qué se iría Belinda con Santino Neri, abandonando su exitosa carrera como cantante? ¿Dónde estaba Ernesto Miller? ¿Habría tenido Belinda algo que ver con su desaparición? Y, quizás la pregunta que a él más le inquietaba de todas: ¿estaría Belinda en peligro?

—Necesito tomar aire —dijo de pronto.

Adrien salió del camarote. Se asomó por la barandilla a la inmensidad del mar, aspirando con desesperanza. Eran más de las siete de la tarde y estaba agotado de tanto pensar. Ante el abanico de posibilidades sobre Belinda, lo único en lo que quería concentrarse era

en la tesis pronunciada por el propio Gonzalo de que ella lo amaba. En ese momento le importaba poco si amaba más el dinero, si formaba parte de una banda de mafiosos, incluso si le había mentido y Ernesto no era su hermano, sino su amante. Todo le daba igual si ella le amaba a él porque, si no era así, si no era así… ¡Maldita sea!

Tenía los ojos húmedos y la garganta seca. En el cielo únicamente había una nube alargada, intensamente blanca, semejante a un pañuelo agitándose en señal de despedida.

Capítulo XVI

El Noticiero Sevillano — Lunes 30 de mayo de 1927

La cara y la cruz de Sevilla

La Sevilla del deleite y la Sevilla que se aflige. — De los palacios suntuosos a los chozajos inmundos. — Las grandes vías y las callejas sin asfaltar

Los cambios de los últimos veinte años han supuesto una transformación revitalizadora de la Ciudad de la Gracia, pero no por ello debemos quedar ciegos ante las injusticias. A los ojos del mundo se pinta a Sevilla como una sucursal del Paraíso donde los viajeros encuentran mujeres de ojos negros tocadas de blonda, palacios árabes, copas de manzanilla y toreros rumbosos. Las agencias de viajes venden la idea de encontrar en esta tierra las vivencias narradas en las coplas, con amores trágicos armados de trabuco y navaja, de manera que llegan los turistas para mirarnos como especímenes pintorescos, pretendiendo encontrar en nosotros la confirmación de que el hombre desciende del mono. ¡Basta ya de este intento nefando de presentarnos como supervivientes de un cuadro de Goya! Para la Sevilla de la Exposición se han abierto vías, plazas, palacios, grandes hoteles de lujo, cierto es, pero también han escondido bajo la alfombra a la Sevilla que nunca se queja, a la que sufre y vive al margen de toda esa fastuosidad; la que no atisbará, ni de lejos, los festejos iberoamericanos. Quienes con su esfuerzo hicieron posible la grandiosa Exposición viven en suburbios miserables, huérfanos de las mínimas condiciones higiénicas, sin luz, sin agua, sin alcantarillado... lo que sitúa a Sevilla a la cabeza de la lista de ciudades con mayor número de víctimas por tuberculosis. Sed valientes, viajeros, y cuando lleguéis a la ciudad no la creáis siempre jaranera. Se ha roto la pandereta. No lo dudéis; son los que cobran cincuenta duros al mes quienes hacen posible las maravillas de la Exposición.

CURIOSO CAUTELOSO

—Pero será… será… ¡cagalindes!

—*Oh… my God!* Conrado, te lo pido por favor, controla tu lenguaje —reprendió Emily Suffield retocando su peinado con la palma de su mano, como si el exabrupto de su marido lo hubiera alborotado.

Conrado Palacios mantuvo bajo control su siguiente opinión sobre el Curioso Cauteloso lanzando un bufido. Cerró el periódico de golpe y lo depositó en la mesa haciendo alarde de su enfado. Tenía el rostro enrojecido y las manos crispadas. Los últimos años los había pasado trabajando con tesón en el proyecto de la Exposición Iberoamericana. Estaba convencido de que, antes o después, se reconocería su labor y que le pondrían su nombre a alguna calle. Desde que Rodríguez Caso propusiera en la plaza de toros de la Maestranza, allá por el 1909, la celebración de una exposición ultramarina, Conrado Palacios había formado parte de una u otra manera de lo que en un principio se conoció como Comité de la Exposición Hispanoamericana. Fue uno de los primeros en firmar la memoria presentada al Ayuntamiento en la que se declaraba que de nada servía poner en pie el proyecto de una exposición de ese calibre si no se subsanaban los problemas urbanos de sanidad e higiene que menoscababan a la población. El certamen no era un objetivo, sino un pretexto para sacudirse de encima la modorra y salir del quietismo.

Conrado Palacios era de la opinión de que la Exposición importaba menos que la conservación de las vidas que se perdían año tras año por la ausencia de una política orientada a la sanidad y la higiene públicas. Importaba la limpieza, las escuelas, el alcantarillado, el acceso a la sanidad, que el agua corriente llegase a las casas de todos los sevillanos… Creía que las fiestas, las ferias, las galas y las solemnidades llegarían por añadidura después de eso. En la memoria que los miembros del Comité presentaron al Ayuntamiento se analizaba, punto por punto, con un estudiado presupuesto de gastos, un plan de reforma en el que forjar una ciudad nueva más allá de las murallas de la antigua.

Y por eso a Conrado le exasperaban tanto los soplagaitas que se creían más listos que nadie y que quitaban brillo a todo su esfuerzo poniendo pegas a todo. Esos desagradecidos que les criticaban

acusándolos de hacerse los buenos cristianos simplemente por redactar un listado de obras para realizar, cuando de todos era sabido que el dinero no iba a salir de sus abultados bolsillos sino que, por el contrario, terminaría saliendo del sudor y el esfuerzo de los mismos a los que pensaban ayudar. Según los correveidiles, de nada servía asfaltar las calles si los niños correteaban por los barrios más desfavorecidos desnudos y sin zapatos. Si no llegaba el agua corriente a las casas. Si los padres de familia no tenían un trabajo digno con el que pagar un mendrugo de pan para saciar el hambre de sus hijos. No merecía la pena tirar chabolas si a cambio no se facilitaba el acceso a una vivienda digna barata e higiénica que no fuera foco de tuberculosis. En uno de los lugares del mundo con más horas de sol al año, las familias se hacinaban en cuchitriles húmedos y malsanos a los que no llegaba la luz, asediados por los caseros.

Conrado Palacios no quería ni oír hablar de gente como el Curioso Cauteloso porque le parecía que, tras el seudónimo, se parapetaban los que espiaban la labor a la que estaba dedicando su vida para poder sacarle defectos, Dios sabría con qué abyectas intenciones. Él, personalmente, había solicitado al Ayuntamiento que se construyeran casas para obreros, con ventajas y subvenciones más eficaces de las que ya aparecían en la ley de Casas Baratas. Él había sido uno de los promotores de la Ley de Accidentes en el Trabajo. Así que, según su opinión, gente como el Curioso Cauteloso soliviantaba a la población.

—¡Qué desatino! ¡Cuánta memez! —se quejó Conrado a voz en grito, recorriendo a grandes zancadas los pasillos de su mansión de la avenida de la Borbolla—. Estos mangurrianes saben leer y escribir gracias a que yo, y gente como yo, nos hemos deslomado para que hasta el último de los desheredados pudiera acceder a la escuela. No tienen ni idea, ¡ni idea tienen! No saben lo difícil que lo tuvo mi padre para bregar con todos esos cenutrios que trabajaban en sus tierras. Antes de que él llegara, ni limpiarse el culo sabían. La frente huidiza y la mandíbula prominente tenían. ¡Mi padre los rescató del Neolítico! Mi padre y hombres como mi padre han sacado a esta tierra de la miseria. Involucraron todo su capital en mejorarla a golpe de buena planificación y trabajo duro. A los braceros les pagaba bien, a los sirvientes también. Mi padre me enseñó a respetar a los que no tuvieron la suerte de nacer en el seno de familias como las nuestras. ¡Soy católico, apostólico y romano! ¡Válgame el cielo! Tengo a un montón de personas trabajando en mi casa que se irían al cuerno si no fuera por mí. ¡Soy como un padre para ellos! Su referente. Les aporto seguridad. Sin mí no sabrían qué hacer. Antes de que yo los contratara se limitaban a trapichear aquí y allá, malviviendo, sisando todo lo que

podían, concentrando sus pocas luces únicamente en timar al prójimo. Yo he puesto a su disposición la humanidad. Les puse por primera vez zapatos de dama a sus mujeres, que ni dos pasos daban sin tropezar porque se habían pasado la vida en alpargatas, caminando sobre la tierra apisonada de sus chamizos. Que se iban cayendo por los pasillos, tirando la sopa aquí y allá. ¿Y me enfadé por ello? ¡Jamás! No se dan cuenta de que yo sé de lo que hablo. Que no todo el mundo sirve para ser jefe. Que somos unos pocos los que tenemos que decirles a los menos instruidos qué es lo que les conviene. Pero si mi padre tuvo que pagarles el jornal al día porque, si les pagaba a la semana, esos merluzos veían los reales en sus manos y se les olvidaban la mujer y los niños… que se iban a la Venta de los Gatos a gastarse los cuartos en vino peleón. Y que ahora me vengan pardillos como el Cauteloso ese a darme lecciones de manejo de los fondos públicos… es que me pongo enfermo. ¡No se lo permito, no señor! Que necesitan gente que dirija, que no somos todos iguales, que lo mismo que se hereda el color del pelo y de los ojos, lo mismo se hereda la inteligencia y la capacidad de dirigir a las masas. Unos nacen líderes y otros nacen seguidores. ¡Eso es así! Y contentos tendrían que estar con que tengamos en mente el mejorar sus condiciones de vida. Hemos puesto en marcha la pavimentación de la ciudad al completo. ¿Cómo iban a pasear los mandatarios de otros países que visitaran la Exposición por una ciudad sin asfaltar? ¡Se les llenarían los trajes de polvo a los caballeros y se echaría a perder el peinado de las señoras! Pero claro, todos estos entrometidos no se dan cuenta de que antes de acometer semejante obra, teníamos que instalar en el subsuelo el servicio del alcantarillado y las nuevas tuberías del agua, que no sería nada práctico poner el pavimento hoy para levantarlo mañana. Y más críticas… y más: que si el alcalde palaquetas, que si estábamos destrozando la historia de la ciudad, que si por qué hemos echado a abajo el colegio de Santo Tomás, que si por qué echar abajo la Universidad de Santa María —remedaba atiplando la voz—. Pues porque lo decimos nosotros. ¡Hombre por Dios! ¿Acaso no puso Napoleón III patas arriba París para dejarlo tan hermoso como lo podemos disfrutar ahora? Pues nada, que no se enteran. De lo que no hablan es de los cuarenta kilómetros de canalización completa. Que calculen estos trapisondistas que vomitan sus porquerías en los periódicos cuántos metros de pavimentación corresponden a eso. ¡Que se creen que es gratis! Lo que no debía salirles gratis es desprestigiar a los buenos ciudadanos. ¡A la cárcel por calumniador metía yo al dichoso Curioso Cauteloso!

Los gritos de Conrado Palacios quedaron amortiguados tras cerrar

la puerta de su despacho, dando un portazo. Emily suspiró aliviada. Le dio un sorbito a su té, levantó la mirada, sonrió. Depositó su mano sobre la de su hija y le dio un par de palmaditas.

—He pensado que las flores perfectas para decorar los bancos de la iglesia son las fresias blancas. ¿Qué me dices?

—Muy bonitas.

—Simbolizan la inocencia y la pureza. Y además huelen muy bien.

—Sí.

—Podrías incluso llevarlas en el ramo de novia. No sé si solas o combinadas con otras flores. Peonías blancas, quizás… ¿Qué te parece?

—Muy bonitas.

Se hizo el silencio. Emily sustituyó su sonrisa por un gesto severo.

—¿Se puede saber qué te pasa? Estás rarísima. En vez de preparar una boda parece que estás organizando un funeral. No me asustes. —Se llevó una mano al corazón—. ¿No habrás llegado demasiado lejos con Luis?

—Por supuesto que no, mamá.

—Menos mal —suspiró aliviada, Emily—. Los hombres no respetan a las mujeres que se entregan con facilidad. No te creas que ya está todo hecho con haber anunciado el compromiso. Hasta que no os caséis ante Dios y ante la Iglesia todo se puede ir al traste. ¿Me entiendes?

—Por supuesto, mamá.

—Hoy en día hay por ahí mucha lagarta. Y tú has pescado un pez gordo. Tienes que tener muy claro que la virginidad es una virtud, porque no es nada fácil de conservar. Los hombres insisten en que las mujeres se la entreguemos como prueba de amor. Insisten, insisten, insisten… pero pobre de la tonta que entrega esa «prueba» antes del matrimonio. La que lo hace entra directamente en la categoría de… de… *How do you say?*

—Golfa.

—¿Cómo?

—La palabra que estabas buscando: «golfa».

—*Oh… my God!* ¿Quién te enseña esas palabrotas? —resopló antes de continuar—. Pues eso, que una vez te meten en el saco de las golfas ya no hay forma de salir. ¿Comprendes? Los hombres van corriendo la voz, se lo cuentan unos a otros… un despropósito. Si entras a formar parte de la categoría de «suelta» de ahí ya no te saca nadie. Los hombres se casan con las decentes.

—Pues me parece injusto.

—¿Injusto?

—Que los hombres puedan dar rienda suelta a sus deseos sin que les pase factura.

—Pero… ¿a ti qué te pasa? ¿No estarás leyendo tonterías de la Carmen Burgos esa, verdad? Las mujeres decentes no tienen «deseos». Lo que tú llamas deseo es un apuro masculino que tiene que ver con el orden de la naturaleza. Ellos se inflaman y nosotras nos enamoramos. Así es como se perpetúa la especie.

Cristina guardó silencio, lo que inquietó aún más a Emily.

—Una chica decente no siente deseo —concluyó, porque no estaba segura de haber dejado claro el mensaje.

—¿Tú nunca deseaste a papá?

—Tu padre me respetó hasta el día de nuestra boda. ¡Y no se hable más! No pienso compartir con mi hija mis intimidades. Me asustas con estas preguntas. Es evidente que no has heredado de mi familia esa vehemencia. Ya me lo decían mis padres: los españoles tienen la sangre caliente y la cabeza llena de coplas —Emily relajó el tono al observar el rostro turbado de su hija—. Mi niña… Estás nerviosa. Eso es lo que te pasa, ¿a que sí?

Cristina asintió.

Estaba cansada de esa conversación y la excusa de los nervios por los preparativos de la boda era perfecta. Todo el mundo entendía que una jovencita se alterase ante una expectativa como esa. La lista de invitados, confeccionada al alimón entre su futura suegra y su madre, ya ascendía a más de trescientas personas. La noticia del compromiso se hizo hueco en las páginas de sociedad de todos los diarios y, desde ese momento, comenzaron a llegar por correo felicitaciones de parientes y amigos que ella no conocía de nada y que dejaban entrever que esperaban ser invitados al evento. El teléfono no dejaba de sonar preguntando por ella. Le daban las más peregrinas recomendaciones para que todo le fuese bien; que si tenía que ofrecer trece huevos a las hermanas clarisas para que no lloviese el día de la boda, que si debía llevar un velo bien tupido que le cubriese de pies a cabeza antes de entrar en la iglesia para que no pudieran atacarla los malos espíritus, que si algo prestado por un matrimonio que fuese feliz para contagiarse de su dicha, que si algo viejo, que si algo nuevo… y, por supuesto, nada, nada, nada de llevar perlas, que luego cada una de ellas se convertía en una lágrima.

Sin embargo, pese a que todo lo relacionado con la boda la tenía abrumada, lo que realmente hizo que su corazón se encogiera esa mañana fue la noticia firmada por el Curioso Cauteloso. Eso indicaba que Gonzalo Aguilar había regresado de su viaje a América. Saberlo hizo que le faltara el aire, y no quería preguntarse la razón. Lo único

que ansiaba en ese momento era alejarse de su madre. En los últimos tiempos percibía las sutiles manipulaciones con las que lograba que se comportara como ella quería. Desde niña había tejido a su alrededor una tela de araña de prejuicios, culpabilidades, refranes y proverbios españoles e ingleses convertidos en leyes incuestionables. Cristina se preguntaba si todavía le quedaba algo de su verdadera personalidad, algo de su intimidad, de sí misma, de su yo puro… que su madre no hubiera mancillado.

Cristina tenía miedo de haber matado a Cristina.

Tenía que salir cuanto antes de allí, así que se incorporó de golpe de la silla.

—Voy a ir a dar una vuelta por las tiendas del centro —se justificó.

—¿Quieres que te acompañe?

—Solo iré a echar un vistazo. Necesito un tiempo de descanso. Estar un rato paseando a solas.

—Cristina —la voz de su madre la interceptó antes de que cruzara el umbral de la puerta. Ambas estaban de espaldas. Ninguna se dio la vuelta para mirar a la otra—... Estoy segura de que piensas que no te entiendo pero, aquí donde me ves, yo también he sido joven. Y también leía novelitas rosa y poemas de amor. Y también pensaba que existían los príncipes azules que venían al rescate montados en caballos blancos. Pero en algún momento hay que bajarse de la nube y poner los pies en el suelo. A veces nuestro destino viene impuesto por quienes somos. La gente como nosotros hace lo que debe hacer. Lo entiendes, ¿verdad?

—Por supuesto, mamá.

Lo cierto es que Cristina había pasado una mala noche. Se mantuvo en duermevela casi todo el tiempo, de manera que escuchó todos los cucús que el reloj de cuco del pasillo marcó cada hora y cada media hora. Lo peor de todo era abrir los ojos en mitad de la oscuridad y descubrir sombras fantasmagóricas acechando en las esquinas. Por eso, en cuanto las primeras luces del alba se perfilaron tras las cortinas, se incorporó de un salto, las descorrió, y abrió las ventanas de par en par. Dejó que la sutil brisa del verano besara sus mejillas, a esa hora en la que el sol aún daba una tregua. Abrió los brazos y aspiró a pleno pulmón para exhalar después con fuerza las angustias de la noche. En ese momento sintió que todo sería posible y mejor a

partir de ese día. Era joven y libre. Tenía toda la vida por delante. Sería como quería ser. Amaría como quería ser amada. Todo iba a ser maravilloso a partir de ese día.

Eso decidió.

La charla con su madre a la hora del desayuno le había revuelto por dentro. Fue una de las cosas que dijo, una que no era especialmente dañina, ni malintencionada sobre adornos florales lo que hizo que tomara una determinación. Acababa de decidirlo: renunciaba a renunciar. Le comentó a su madre que iría a dar una vuelta por los alrededores de la plaza del Duque, en busca de inspiración para la boda. A Cristina no le gustaba mentir, pero su madre jamás aprobaría lo que estaba a punto de hacer. Para convencerse a sí misma, se dijo que en realidad no se trataba de una mentira, sino de no decir toda la verdad. Algo que seguramente su padre hubiera considerado una actitud muy de político. Pero qué podía importar lo que pensaran sus padres sobre el particular. Se trataba de un asunto suyo, personal e intransferible. Nada tenía que ver con ellos, o con su prometido.

Fue hasta el armario de tres cuerpos y sacó un leve vestido de seda y blonda color *champagne* de talle bajo. Al cerrar la puerta, sus ojos tropezaron con los ojos que la observaban desde el espejo. Podría decirse que era bonita. Desde niña todo el mundo le había asegurado que era preciosa. La piel blanquísima, los ojos verdes y el cabello rojizo, heredados de sus ancestros británicos. Los pómulos marcados, la nariz recta, los labios rosados. Dirigió entonces la mirada al pecho pequeño y firme y fue descendiendo al vientre liso, la cintura breve, las caderas proporcionadas a su busto. Un impulso la empujó a acariciar las curvas de sus senos, descender a su cintura para abrazarla, deslizar las manos… cerró los ojos y lanzó un breve suspiro.

Se peinó y maquilló sin prisa, disfrutando del olor de los cosméticos, del sabor de carmín en sus labios, del roce del cepillo en su cabello. Depositó dos gotas del perfume que habían encargado en París detrás del lóbulo de sus orejas. Se puso el vestido, los zapatos y el cloche de paja trenzada, adornado con una gardenia de organza color vainilla, que le protegería la cabeza del cruel sol del verano. Salió de casa sin hacer ruido, evitando tropezar con sus padres.

Afuera ya hacía calor, pero aún se podía caminar sin quedar aplastado por el bochorno habitual, que cubría la espalda de sudor. Todo estaba en calma. La inundó una plácida sensación, un olor de tiempos antiguos que espoleó un recuerdo de su memoria. Caminaba concentrada en los rayos de luz que se filtraban entre las hojas de los naranjos, convirtiendo cada árbol en un broche de esmeraldas. Posaba los pies en las sombras del suelo y, por un momento, se le cruzó por la

mente que quizás no estaba tomando la decisión correcta. Pero apartó la idea de un plumazo; jamás se lo perdonaría si dejaba pasar esa oportunidad.

Pensó en acercarse andando hasta la casa de Gonzalo, en lugar de ir en su bicicleta, como la vez anterior. Aunque caminar tampoco parecía buena idea. Se había arreglado con especial cuidado y no quería llegar sudorosa, jadeante, con las mejillas coloradas como tomates. Bastante vergüenza estaba pasando solo de pensarlo. Tampoco creyó conveniente coger un taxi. Decidió tomar el tranvía, algo que jamás había hecho y que, por lo mismo, encontró muy exótico. Los habituales pasajeros también la encontraron exótica a ella.

—Buenos días, caballero. ¿Pasa este tren cerca de la Alameda de Hércules? —le preguntó al conductor.

—Nosotros vamos donde usted mande, señorita.

Ella le observó confusa. No sabía distinguir si eso era un sí, o si se trataba de un piropo, o de una frase hecha, o si las normas de usos y costumbres del tranvía dictaban que el conductor se comportase como un chofer al que había que indicar la dirección a la que se quería ir.

—Pues… yo quiero ir cerca de la Alameda —respondió turbada.

—Pues para allá que vamos.

El conductor y el cobrador, que conocían a la mayoría de los pasajeros por sus nombres, apellidos o, en su defecto, por sus apodos, observaron interrogantes a la elegante señorita. Cristina recorrió el pasillo y se sentó en uno de los bancos del fondo, junto a un lector solitario que, por un momento, levantó la mirada de las páginas de su libro para observarla también de reojo. Ella se dio perfecta cuenta, pero le restó importancia. Estaba acostumbrada a despertar la admiración de los hombres. Sacó de su bolso la cajita con los caramelos de violeta que siempre llevaba encima y se metió uno en la boca. Dejó que sus ojos volasen tras los cristales, ignorando las risas de los niños que daban pataditas en su respaldo desde el asiento de atrás, los sollozos de los bebés que las tatas acunaban en el regazo, las charlas sobre el último partido del Sevilla y el Betis de los hombres subidos en los topes del tranvía. Vio pasar la Torre del Oro, la Torre de la Plata, la Catedral, la Campana… reconociendo las huellas del trabajo de su padre y de resto de miembros del Comité de la Exposición. Todas esas cosas que parecían quedar ocultas a los ojos de gente como el Curioso Cauteloso.

Eso le hizo pensar en lo que sus padres opinarían sobre lo que estaba a punto de hacer. Con total seguridad no aprobarían su comportamiento, sobre todo su madre. Le parecía increíble que las dos

pudieran estar tan alejadas, pese a pasar tanto tiempo juntas. Al llegar a la plaza del Duque descendió del tranvía para hacer el resto del camino andando. Sintió que le temblaban las rodillas, que tenía las manos frías y la garganta reseca. No recordaba haber estado tan nerviosa jamás. Quizás el día que sus padres la llevaron a que le pusieran la vacuna de la viruela, cuando tenía cinco años. Lo recordaba perfectamente. El día anterior su padre le dijo que iban a inocular dentro de sus venas un bichito muy malo y muy pequeño al que, con anterioridad, habían sometido a procedimientos debilitantes para que no pudiera hacerle daño. De esa manera, según le explicó, su organismo sabría reconocerlo y rechazarlo si en algún momento otros bichitos como él —pero más fuertes— quisieran colarse en su cuerpo. Recordaba que se mantuvo expectante en la sala de espera del doctor Meléndez. Observó sin perder un detalle la jeringuilla que acercó a su brazo; quería ver nadando en el interior del líquido al dichoso bichito. Pero nada. Simplemente sintió el dolor del pinchazo, pese a que su madre le había asegurado que solo le haría cosquillas. Desde ese día tenía la sensación de que, dentro de ella, vivía un ente extraño, quizás el responsable de todas las locuras que se le ocurrían desde entonces.

Locuras como la que estaba a punto de hacer.

—Vamos… vamos —se animó a sí misma—... Has llegado bastante lejos. Un poco más. Solo un poco más… Pero ¿qué estoy haciendo? No debería haber venido. No… no… ¡cállate! ¡Maldita conciencia! Ya casi has llegado. Sabes bien la razón por la que estás haciendo esto.

Gonzalo se había levantado a las siete de la mañana, como todos los días. Se vistió y salió a pasear cerca del río para aprovechar los estertores del frescor nocturno, que pronto quedarían disipados por el rigor del sol. Era su momento para disfrutar en soledad, cuando tenía tiempo para pensar. Solía guardar los restos de pan duro que le iban sobrando durante la semana para echárselos luego a los peces. Le gustaba ver sus boquitas intentando atraparlos y, en cierto sentido, los envidiaba. Sin responsabilidades, sin jefes, sin divisiones de clases, sin miedo al desempleo o a no poder comprar el pan al día siguiente; únicamente concentrados en vivir un día más. ¿En qué momento de la historia de la humanidad había complicado el hombre tanto su existencia? Mirar a los peces le invitaba a relativizar sobre su propia vida. A veces se acordaba del día que murió su madre, esa mujer silenciosa que le había inculcado la idea de que ellos, y la gente como ellos, tenían pocas oportunidades y que solamente podría acceder a ellas a golpe de esfuerzo, con pequeñas elecciones diarias.

—Tu futuro comienza ahora —le decía—, en este preciso minuto. En este segundo. Tú decides. O salir a jugar por las mañanas al fútbol

con esos niños llenos de mocos, o ir todos los días a la escuela para aprender a leer y escribir. La diferencia en la elección la verás al cabo de los años: o vivir de forma miserable, acodado en la barra de una taberna, o conseguir un buen trabajo que te permita sentirte orgulloso del hombre en el que te has convertido.

Su madre fue una mujer inteligente, aunque nadie se dio cuenta. Ni siquiera él. Empezó a valorarla en el mismo momento en el que se marchó, cuando la vio en su lecho de muerte, pálida, con los ojos hundidos en las cuencas, y hermosa pese a todo, con su pelo negro extendido sobre la almohada. Las vecinas, que pasaron buena parte de su vida criticándola, aprendieron a respetarla con el paso del tiempo. Ellas fueron las que se encargaron de amortajarla, y la lloraron, y se lamentaron, y abrazaron a Gonzalo «qué buena era la Dolores. Cuánto te quería a ti tu madre».

Pusieron la cama junto a la ventana que daba al corredor y por ahí fueron desfilando los que quisieron despedirse de ella: el panadero, las «pescateras» del mercado, sus compañeras de trabajo… y hasta su jefe en los almacenes Peyré. Le daban el pésame mientras él la observaba ahí tumbada, preguntándose si su madre habría vivido la vida que quiso, o la vida que le dejaron vivir.

En sus paseos por el río pensaba si a él no le estaría pasando también eso. El periodismo estaba bien. Muy bien. Le gustaba. Aunque lo veía como un producto de usar y tirar, más una necesidad social que un alimento para el alma. Además le inquietaba el asunto de la objetividad, de la línea editorial que obligaba a criticar o defender lo mismo y lo contrario dependiendo de quien hablara.

Pese a su fama de tipo dicharachero y bromista, dentro de Gonzalo Aguilar vivía un poeta que anhelaba poder escribir versos que hicieran soñar. Obras como *La ciudad*, de Chaves Nogales, que conmovieran el alma. En alguna ocasión había escrito versos para enamorar a alguna damisela que llamaba su atención, pero se daba cuenta de que sus palabras edulcoradas tenían más de pose que de real certeza, porque ninguna de esas chicas llegaba realmente el centro de su corazón. Solo una se había adentrado en su pecho y se había aposentado allí sin intención de abandonarlo: Cristina Palacios. Esa chica a la que jamás tendría acceso porque, pese a que se esforzó todos y cada uno de los días de su vida por ser mejor que él mismo, tal y como le había recomendado su madre, él nunca dejaría de ser de baja extracción social. Un muchacho de padre desconocido, una mácula que no se limpiaba con el bautismo, ni con estudios, ni con trabajo, ni con sabiduría. Los padres de Cristina jamás la dejarían ennoviarse con alguien de su condición.

Y pese a todo, Gonzalo seguía pensando en Cristina.
Así de terca es la mente humana.
En el fruto prohibido reside el germen del deseo.

Pensaba en ella sobre todo por las noches, cuando el único beso que se dieron multiplicaba sus efectos desatando una sed que era incapaz de aplacar con caricias propias o ajenas. Solo se calmaba levemente cuando le escribía sonetos en los que hacía un repaso en versos endecasílabos de las virtudes, los defectos, el amor que despertaba en él y lo vilipendiado que se sentía por su traición. Y tenía que reconocer que estos últimos poemas eran los que le resultaban más fáciles de componer, como si la desdicha le conectara directamente con la realidad de su propia existencia, como si ese dolor enlazase directamente con su yo más íntimo, con el dolor que le pertenecía únicamente a él. Un dolor egoísta que imbricaba con la raíz de la creación.

Un día —que se había tomado dos vermuts de más—, decidió escribirle un único y reverencial soneto en el que le pediría una tregua. Si no podía ser su amor, al menos quería tener presencia en su vida. Pero el día que por fin se había decidido a dar ese paso, tropezó con la noticia de su próxima boda. Aquel poema nunca escrito fue la vez que más cerca estuvo Gonzalo de dar un paso en dirección a Cristina.

Antes de regresar a su piso entró en el bar de Paco. Mientras repasaba los periódicos que había sobre la barra se tomó una tostada con aceite y un café con leche con tres azucarillos. Al salir del establecimiento ya se podía sentir el bochornoso día que les esperaba. El termómetro que colgaba en la puerta de la farmacia marcaba los treinta grados. Entró en la panadería de Julián, que todos los días acudía a primera hora a la estación a esperar el tren de los panaderos, que traía el delicioso pan que se horneaba en Alcalá de Guadaira, y compró un picaíto. Se lo envolvieron en un pedazo de papel de estraza y regresó a su casa buscando la sombra.

Y entonces fue cuando la vio.

Aunque, para ser más exactos, creyó haberla visto un segundo antes de verla realmente. Caminó hacia ella con paso tranquilo, sin tener muy clara la razón de su presencia allí, intrigado por si el motivo de la visita era el artículo del Curioso Cauteloso publicado ese día. Llegó un

momento en el que, si daban un paso más, chocarían de bruces, de manera que dejaron de caminar. Se quedaron frente a frente, mirándose el uno al otro, un buen rato, sin moverse ni decir nada.

Cristina Palacios, la damita de alta sociedad, prometida con el heredero del marquesado de Rocaflor estaba allí de nuevo, en su calle. Y Gonzalo Aguilar, el hijo bastardo de la Dolores, el ocurrente periodista de *El Noticiero Sevillano,* la estaba observando, lleno de preguntas. Aquel silencio se alargó demasiado y Cristina pensó que quizás no había sido buena idea presentarse sin avisar. Pese a ello se armó de valor, respiró hondo y sonrió.

—Has comprado el pan…

Aquel comentario pareció sorprender a Gonzalo, que dirigió la mirada al bulto que llevaba debajo del brazo.

—Sí… esto… sí. Un picaíto. —Se le cruzó por la cabeza la idea de que quizás tuviera hambre—. ¿Quieres un piquito? —Se avergonzó al instante—. Quiero decir un trozo… un pico del pan… un trocito… del pan, digo…

Cristina no pudo evitar soltar una carcajada que intentó contener con el envés de su mano. Quería mantener el control. Debía mantener el control. Estaba prometida a otro hombre, y sin embargo estaba allí, ante Gonzalo. Había susurrado tantas veces su nombre en la oscuridad de su habitación que podía reconocer el recorrido que la lengua trazaba dentro de su boca cuando pronunciaba la zeta.

Gonzalo…

Gonzalo…

—Gonzalo —pronunció casi sin darse cuenta—. Lo siento… yo… debí avisarte antes de venir.

—No pasa nada. Estoy un poco sorprendido. Eso es todo.

Ella intentó recuperar la compostura.

—He leído el artículo del Curioso Cauteloso esta mañana.

Gonzalo suspiró, un poco decepcionado. Así que era eso…

—No puedo revelar la identidad que se esconde tras ese seudónimo. Yo… —añadió.

—No… no… disculpa. Creo que no me he explicado bien —interrumpió ella temiendo haber vuelto a meter la pata—. Lo que quería decir es que me enteré que estuviste fuera… con Adrien, en Nueva York. Mi padre lo dijo en casa. Y bueno… al ver el artículo, supuse que habías regresado.

—Dichosos los diarios que nos traen la información de unos y otros —bromeó Gonzalo—. Yo también leí hace unas semanas que te vas a casar con un marqués.

—Bueno, el marqués es su padre —aclaró Cristina, buscando la

manera de cambiar de tema. No había ido hasta allí para hablar de su futuro marido—. Te ha sentado bien el viaje.

—Gracias. Y dime, ¿qué te trae por esta zona? ¿Me has encontrado por casualidad? O…

Gonzalo no quería hacerse ilusiones pero, si estaba allí por él, le pareció que era una actitud muy valiente. A lo largo de su vida había conocido a muchas mujeres fuertes, de hecho su madre fue una de ellas, pero pocas reunían esa combinación tan deseable de belleza, inteligencia, dulzura, elegancia y pasión como la que dejaba traslucir Cristina Palacios. Alguno de esos rasgos los ambicionaba para sí mismo.

—¿Cuándo regresasteis?

Cristina eludió sus preguntas. Gonzalo se dio cuenta.

—¿De Nueva York? A comienzos de mes —suspiró antes de continuar—. Ya tenía ganas de regresar. Y… bueno… Cuéntame tú, ¿cuándo será «el gran día»?

—La próxima primavera —respondió ella con la vista puesta en el suelo—. Luis quería que nos casáramos este otoño, pero considero que el jardín de mis padres se pone más bonito en primavera y…

—Eso está bien. Es tradición que la fecha la decida la novia, ¿no?

Ella no contestó.

—¿Estás enamorada?

Gonzalo quería y no quería saber más, así que se arrepintió al momento de haber preguntado algo tan íntimo. Cristina seguía en silencio. Parecía estar dándole vueltas, como si aún no se hubiera parado a pensarlo realmente.

—Luis es un hombre muy inteligente —dijo de pronto—. Trabajador. Educado. Un buen hombre. Sí… es un buen hombre.

—Si lo amas, si te hace feliz. Si crees que es la decisión adecuada… no intentaré convencerte de lo contrario. Pero si estás aquí porque albergas alguna duda… aunque sea muy pequeña… quiero que sepas que yo soy tu amigo. ¿Recuerdas?

—Sí. Lo sé… supongo que necesito un amigo. Todo esto de la boda me abruma, y no puedo hablar con nadie de ello.

El calor del mediodía comenzaba a hacerse más y más intenso. Cristina aspiró con fuerza, tratando de liberar el nudo de angustia que se aferraba a su garganta. Se sentía culpable de estar traicionando a su prometido. Gonzalo pareció darse cuenta.

—¡Vaya calor! —exclamó cambiando de tema—. Te invito a tomar unas tapitas. Conozco un lugar en el que preparan los mejores chipirones a la plancha de toda Sevilla.

—¿Sí? ¿Y dónde es eso? —rio ella, anhelando espantar su congoja.

—Ahí arriba. —Señaló—. En mi piso. ¿Qué te parece?

—Pues… no sé…

Cristina dudó. Era posible que fuese inconveniente aceptar la propuesta, pero de lo que estaba convencida era de que quería pasar más tiempo con él. Lo necesitaba.

—¿Y me dejarás probar un piquito del pan de piquitos? —bromeó.

—Todo suyo, señorita —le ofreció Gonzalo, desenvolviéndolo para que cogiese un pedazo.

Capítulo XVII

A B C SABADO 17 DE MARZO DE 1928 EDICION DE

El aplazamiento de la Exposición de Sevilla

El Comisario Regio de la Exposición de Sevilla, Sr. Cruz Conde, sostuvo en la tarde de ayer una conferencia con el presidente del Consejo, quien dio cuenta de la marcha del certamen. Convinieron en realizar una reunión con embajadores y ministros americanos en la que se tratarán todos los aspectos relacionados con el aplazamiento de la Exposición Iberoamericana, que pasaría de celebrar su inauguración del 12 de octubre del presente año a la primavera del 29.

En otro orden de cosas, señalar que el ilustre arquitecto Aníbal González ha declinado el honor de que una estatua ensalce su figura en el recinto de la Exposición. Como bien conoce el pueblo sevillano, tras su dimisión como arquitecto director de la Exposición Iberoamericana, es en la actualidad presidente de la Asociación de Arquitectos de Andalucía, así como miembro de la junta directiva del Ateneo hispalense. A Aníbal González, arquitecto del color y de la gracia, se debe cuanto se ha hecho de bello y artístico para este certamen, pero es sabido que los elogios y homenajes turban su humilde carácter.

Las llamas devoraban sin piedad el piso de Gonzalo Aguilar. El periodista se sentó en la acera para observar cómo los bomberos intentaban controlar el incendio que convertía en humo los recuerdos de su infancia. Derrotado, sacó la libretita y la estilográfica que siempre llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Anotó que sería interesante escribir un artículo sobre la rapidez de acción y la efectividad de los bomberos, en caso de que se requiriesen sus servicios en el recinto de la Exposición Iberoamericana.

Poco más podía hacer en esa situación.

Alguien —no recordaba quién— se presentó en la redacción del periódico gritando su nombre para avisarle de que había un incendio en su casa. Gonzalo corrió escaleras abajo, avanzó a grandes trancos por las calles con las sienes palpitantes y la boca seca. Lo primero que vio al llegar fueron las llamaradas asomándose por los huecos de las ventanas, sacudiéndose en el aire como sábanas anaranjadas, dejando una huella de humo negro en torno a ellas. Intentó entrar en el edificio. Quería salvar la máquina de escribir, algunos libros, la fotografía de su madre… pero se lo impidieron. El fuego solo afectó a su piso. El resto de viviendas —en algo que únicamente podría calificarse como de milagro— quedaron intactas, según le indicó el jefe de bomberos.

—El incendio se ha concentrado en una zona muy concreta. Creemos que fue provocado. Seguramente utilizaron un acelerante, porque huele bastante a gasóleo —le informó con el rostro de estar visitando a un familiar enfermo—.Vigile sus espaldas. Tiene por ahí un enemigo peligroso.

—Gracias.

Cuando al fin le permitieron entrar en el piso ennegrecido y encharcado, apenas pudo reconocer nada. Quizás la sombra color sepia de las flores de un pedazo de papel pintado que aún quedaba en la pared. Abrió con dificultad uno de los cajones de la mesilla de noche del cuarto de su madre. De milagro se había salvado su rosario de plata con cuentas de nácar; el que él olvidó meter dentro de su ataúd el día que la enterraron. Mientras hacía inventario del desastre, apareció su amigo Adrien. El director del periódico le había avisado y vino lo más deprisa que pudo desde su despacho en el Ayuntamiento.

—¡Santo cielo, Gonzalo! ¿Estás bien? —le preguntó con el rostro afligido, abalanzándose sobre su amigo, abrazándolo como nunca antes lo había hecho.

—Tranquilo… tranquilo… estoy bien. Estoy bien…

—Pero ¿qué diablos ha pasado?

—No lo sé…

Ante la sospecha de que se tratara de un incendio provocado, los bomberos avisaron a la policía. Uno de los agentes se asomó al umbral.

—¿Alguno de ustedes es el dueño del piso? —preguntó después de hacer el amago de llamar con los nudillos sobre el carbonizado marco de la puerta.

—Sí, soy yo —respondió Gonzalo.

—Hemos encontrado esto encima de su buzón.

Le extendió una cuartilla doblada por la mitad. En el centro, un mensaje escrito con letras de imprenta recortadas de los periódicos decía:

ALÉJATE DE CRISTINA

Gonzalo lo sujetó por una de las esquinas con reparo, pinzándolo con el pulgar y el índice.

—¿Sabe quién le ha podido enviar esto? —indagó el policía.

—No tengo ni idea.

—¿No sabe quién es Cristina?

—No… lo cierto es que la única Cristina que conozco es la esposa de Fernando VII. Pero murió hace tiempo, así que… Me temo que no. No. No tengo idea de a quién se refiere este papel.

—Pues este incendio tiene toda la pinta de ser una advertencia, así que ándese con ojo. —El policía se dio la vuelta. Estaba a punto de salir cuando volvió la vista hacia ellos y añadió—. Ah… se me olvidaba; le recomiendo que dé curso a una denuncia.

—Muchas gracias. Lo tendré en cuenta —concluyó Gonzalo.

Adrien esperó a que el agente se fuera antes de preguntar.

—¿«Aléjate de Cristina»? ¿Hay algo que no me hayas contado?

—Tal vez —Gonzalo suspiró derrotado—... Ni siquiera sé por dónde empezar. Si me acoges en tu morada y me das de cenar, prometo contártelo todo.

—Mi casa es tu casa, por el tiempo que necesites. Ya lo sabes.

Esa misma noche, ante un plato de huevos fritos con patatas,

Gonzalo le habló de Cristina. Y más concretamente de la enrevesada historia que se venía fraguando desde hacía casi dos años entre él y Cristina. El periodista trazó un esbozo de sentimientos y hechos que tenían como colofón su último encuentro; el día que la invitó a comer chipirones a la plancha.

—Le lancé la propuesta casi sin pensar —explicó—. Me estaba hablando de su prometido, de su futura boda… parecía muy abrumada. Así que le sugerí subir a mi piso y tomar unas tapas. Creí que no aceptaría…

—Pero aceptó… —apuntó Adrien.

Gonzalo asintió antes de seguir contándole que, una vez arriba, abrió una botella de vino blanco y sirvió un par de copas que apuraron mientras preparaban juntos la comida. Casi no hablaban, pero sí sonreían. Se rozaron las manos al extender el mantel sobre la mesa, chocaron sin querer cuando sacaron los platos de la alacena… se movían despacio, para retener el tiempo. El piso estaba en penumbra, con las persianas de mimbre echadas para evitar que se colase el calor del mediodía. Gonzalo sabía que estaba viviendo un momento único; de los que se guardaban por siempre en la memoria. Se preguntaba qué pensaría ella de su humilde hogar, de las copas desiguales, de los platos de loza descascarillados en los bordes. Deseó que todo aquello tan prosaico no le robara un ápice de magia al instante. Si al despertar ese día alguien le hubiera dicho lo que le esperaba a la hora del almuerzo, no lo hubiera creído.

Se sentaron a comer y miró a Cristina de reojo. Le pareció que estaba aún más bonita con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes por culpa del vino. Y esa belleza le provocó un dolor en el pecho, porque ya no le cabía duda de que estaba enamorado de esa muchacha. Todo lo que viniera después sería la búsqueda de alguien que se le pareciera.

—Cocinas muy bien —dijo ella con voz amable.

—Gracias. Pero poner en la sartén unos chipirones no tiene mucho misterio.

—Pues yo nunca había comido unos chipirones tan ricos en mi vida. —Cerró los ojos y suspiró.

Gonzalo supo que, antes o después, ella tendría que marcharse. Se desvanecería como una pompa de jabón, y él volvería a quedar confuso. Como no tenía ni idea de qué hacer, optó por no hacer nada. Otro más avispado sabría cómo comportarse. Otro intentaría seducirla, convencerla para que se quedara a su lado, pero estaba seguro de que un plumilla aspirante a escritor no era la mejor opción para alguien tan extraordinario como ella. No quería estropear su futuro.

Pero por la mente de Cristina navegaban otros pensamientos, y lo único que anhelaba era degustar cada segundo junto a Gonzalo Aguilar. No conocía a nadie como él; tan seguro de sí mismo, tan sencillo y complicado a la vez. Tan diferente a los empingorotados muchachos que a su madre le gustaban tanto. Gonzalo parecía disfrutar de la vida mucho más de lo que ella hizo jamás; quizás porque escribir le obligaba a analizar cada emoción, cada sentimiento. Entrar en su casa, aspirar el aroma que lo envolvía, la mecedora junto a la ventana, la estantería llena de libros… hizo que multiplicara lo que sentía por él. Le apetecía acariciar la piel de sus manos morenas, deslizar los dedos entre sus cabellos ondulados, sumergir la nariz en el hueco entre su cuello y su hombro. Unos deseos nuevos que provocaban calor en su vientre.

—Dime algo —susurró ella.

—No se me ocurre nada.

—Pues léeme uno de tus poemas.

Gonzalo dudó. Se pasaba el día escribiendo versos, aunque pocas veces se los mostraba a alguien, convencido como estaba de que debían mejorarse, de que podría darles una vuelta más antes de colocar el punto final. Pero sabía que ese no era el momento de negarle nada a Cristina, así que se levantó, caminó en dirección a la librería, y de allí cogió un cuaderno con tapas de hule negro. Lo abrió más o menos por la mitad. Pasó un par de páginas. Volvió al principio. Fue al final. Y por fin eligió uno.

—Está aún por terminar —justificó, asomándose por encima de las páginas.

—No importa. Léeme un poema —le animó Cristina, dándole otro sorbo a su copa de vino.

—Está bien. Se llama «Para amarte de oído».

Carraspeó dos veces antes de empezar.

Para amarte de oído,
extendí mi cuerpo sobre las sábanas
Tocaba y no tocaba
—porque te amaba de oído—
Y mis manos
—que ahora eran las tuyas—,
recorrían ávidas mi pecho,
buscando mi vientre
Por si no lo sabes,
hoy te amé de oído
y pude olerte,
y saborearte,

y encenderte,
y apagarte.

Cerró el cuaderno y lo devolvió a su rincón de la estantería. Sentía el ambiente pesado, y comenzó a arrepentirse de haber leído ese poema en concreto.

—Vaya —lanzó ella antes de respirar hondo y soltar el aire con fuerza—... Es muy… muy… sensorial.

Gonzalo sonrió, intentando restarle importancia.

—Sí, podría decirse que sí.

—La mujer que lo inspiró debió de gustarte mucho.

—Muchísimo. Me gusta muchísimo. Quizás más que eso…

—¿Y ella lo sabe?

—Se está enterando en ese momento.

Cristina se aferró a la copa de vino que tenía en la mano. Quiso beber, pero no pudo, así que volvió a dejarla sobre la mesa.

—Perdóname. No era mi intención hacerte sentir incómoda. Pero no logro sacarte de mi cabeza. Y ahora estás aquí… tan cerca…

Gonzalo intentaba poner orden en sus ideas. Recorría de un lado a otro la habitación con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, hasta que al fin se detuvo, para acuclillarse ante ella y mirarla a los ojos.

—Sé que estás comprometida. Que vas a casarte… Pero eso no cambia en nada mis sentimientos.

El silencio se instaló de nuevo entre ambos, pero ya no sonreían.

A Cristina le pareció que Gonzalo rezumaba sensualidad; desde el impertinente remolino de su flequillo, hasta las piernas largas y rectas que podía intuir bajo la tela de sus pantalones. Estaba segura de que los pensamientos que se le estaban cruzando por la cabeza eran inapropiados pero, en ese preciso instante, quizás por culpa del vino, le daba igual. No podía apartar sus ojos de él, de su piel, de sus manos… Comenzó a fantasear con la idea de que esas manos la acariciaran despacio, que recorrieran sus tobillos, ascendiendo por las rodillas, hasta llegar a sus muslos.

Esas manos quitándole el vaporoso vestido… despacio… muy despacio.

No quedó del todo claro quién dio el primer paso. Quién traspasó esas barreras que los demás, y ellos mismos, habían interpuesto entre los dos. Cristina se encontró en los brazos de Gonzalo, entre las sábanas revueltas de su humilde piso de las casas baratas. Las caricias con las yemas de los dedos, los besos en el cuello, las lenguas unidas, la humedad, y ese nudo en la garganta. Espoleados por las respiraciones del otro, disueltos el uno en el otro, la piel, el sudor, el

corazón acelerado, el ansia…

—Yo… nunca antes… —susurró Cristina.

Y entonces Gonzalo supo que no podía seguir adelante sin hacerse responsable de lo que estaba a punto de suceder. Ella pareció leer sus dudas.

—Quiero que seas tú.

Con reverencial cuidado, Gonzalo bajó el rostro hasta sus pechos y los besó, mientras recorría cada curva de su piel. Todo sucedía despacio, más despacio aún, acompasando los movimientos, hasta que fueron un solo cuerpo. El leve lamento de ella dio paso a un jadeo; le clavaba los dedos en la espalda y se dejaba mecer por Gonzalo, que la contempló maravillado por el milagro que había sucedido ese día.

Todos los días ocurren milagros semejantes
en algún lugar del mundo.
No todos los protagonistas se dan cuenta.
Las personas deberían estar más atentas.

No supieron cuánto tiempo permanecieron sumergidos en ese estado de ensoñación pero, tal y como Gonzalo se temió, hubo que volver a la realidad. Cuando el reloj de la iglesia dio las cuatro de la tarde, Cristina tomó conciencia de la situación.

Y se deshizo el milagro.

Se incorporó de un salto para buscar la ropa que tenía repartida por todo el piso. Gonzalo la observaba ir y venir, recomponiéndose el peinado, abrochándose la cremallera, buscando los zapatos bajo la cama… sin mirarle. Y él comenzó a temer que ese fuera el principio del fin.

—Tengo que irme.

—Te acompañ…

—¡No! —gritó ella levantando la mano, como si intentara impedir que se le acercara—. No —repitió, aflojando el tono—. Es mejor que coja un taxi. Le diré a mis padres que me encontré con alguna amiga y que me invitó a comer en su casa. Que se nos fue el santo al cielo con la hora… En fin, espero que se lo crean.

—Lo siento —susurró él—. No quería que nos despidiéramos así.

—Ha sido culpa mía. No debí venir.

Gonzalo se le acercó para intentar coger su mano. Cristina la apartó.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor?

Ella negó con la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos.

—No. Lo que tengo que hacer, lo tengo que hacer yo sola. —Bajó su vista y dulcificó la voz, como si hablara con ella misma—. Soy responsable de mis actos. Tengo que hacerme cargo de quién soy.

Gonzalo sentía una opresión en el pecho.

—No vamos a vernos más, ¿verdad?

—No lo sé… No lo sé. —Las lágrimas corrían por sus mejillas—. No quiero hacer daño a nadie. No quiero que mi madre sufra, ni que mi padre sufra, ni que Luis sufra… por mi culpa. No quiero perjudicar a nadie. La infelicidad de los demás me hará infeliz a mí. No quiero traicionar a todos.

—Y para que los demás no sufran… debes sacrificarte tú. Y yo. ¿Es eso?

Ansió el aire, como una niña a la que comienza a pasársele un berrinche.

—Quiero un final feliz. Como el de los cuentos de hadas —dijo, mirándole a los ojos.

—La vida no siempre es como los cuentos de hadas, Cristina. Pero yo intentaría ofrecerte lo más parecido a eso.

—Lo siento… tengo que irme.

Gonzalo movió la cabeza de un lado a otro, intentando mantener actitud serena.

—Supongo que esto es una despedida.

—Tengo que irme.

El gesto de Adrien navegaba entre la sorpresa y la perplejidad. Escuchó la historia que le contaba su amigo con los ojos muy abiertos, extrañado de que el mundo —y el amor— siguieran avanzando sin él.

—No he vuelto a verla —concluyó Gonzalo.

—¿No has intentado contactar con ella?

—¿Y qué crees que puedo hacer? Después del incendio me queda claro que la familia Palacios, con Emily Suffield a la cabeza, se sirve de unas técnicas muy similares a las de Flavio Leone para desembarazarse de sus enemigos.

—En eso tienes razón…

—Además —Gonzalo bajó la voz—, no quiero ponerla en un aprieto.

El periodista llevaba días intentando desentrañar el significado de las palabras que Cristina pronunció antes de abandonar su piso. Les daba la vuelta del derecho y del revés, y sacaba diferentes conclusiones, no siempre favorables para él.

—Parece que estamos los dos en la misma situación —señaló

Adrien—. Aquejados por el mal de amores.

Gonzalo sonrió con tristeza.

—Parece que sí.

—¿Crees que es un buen momento para que nos tomemos un *whisky?* —le preguntó el capitán mientras abría el armario donde guardaba los licores.

—Para mí uno doble, por favor.

A la mañana siguiente, a Adrien le despertaron los canturreos folclóricos que profería Manuela mientras limpiaba el patio. Por la intensidad de la luz que se filtraba por las rendijas de las contraventanas, calculó que debían pasar de las once. Se alegró de que fuese domingo. Bajó las escaleras al ritmo del «pisa morena, pisa con garbo» y caminó medio sonámbulo en dirección a la cocina, coreando mentalmente «que un relicario, que un relicario me voy a hacer». Mientras le servía el primer café de la mañana, la casera le informó de que Gonzalo había salido temprano para acudir a la redacción del periódico. Adrien se compadeció de él. Estuvieron bebiendo hasta tarde y sentía la cabeza pesada y la boca pastosa. Quizás por eso mismo, la visita sin previo aviso del marqués de la Vega-Inclán aquella mañana le resultó tan incómoda.

Hacía mucho que no lo veía. Echó cuentas y recordó que la última vez que coincidieron fue durante el primer viaje a Nueva York. Eso inevitablemente le devolvió el recuerdo de Belinda. Si no hubiera sido por el marqués, nunca la hubiera conocido, no solo porque fue él quien le recomendó para el puesto que ocupaba en el Comité para la Promoción de la Exposición, sino porque también intercedió ante la Compañía Trasatlántica para que la cantante americana actuara durante la travesía. A veces, en el repaso que hacía a la biografía de su amor, recordaba cada minuto de ese viaje.

—Estimado capitán. ¿Cómo le trata la vida? Espero que mi visita no sea una molestia —le saludó el aristócrata.

—Marqués, qué sorpresa…

—Benigno, llámeme Benigno.

—Entonces tendrá usted que apearme el tratamiento de capitán.

El marqués de la Vega-Inclán se carcajeó con exageración.

—Bueno, bueno… eso está por ver. Precisamente vengo a verle por su condición de militar.

La Comisaría Regia de Turismo, dirigida desde 1911 por don Benigno, había pasado a ser el Patronato Nacional de Turismo; el mismo concepto pero con mayores medios económicos y personales y menor dependencia del marqués que, liberado de responsabilidades, se embarcó en busca de otras nuevas. Llevaba semanas volcado en el

proyecto de restaurar y convertir en museos la casa del Greco, en Toledo y la de Cervantes en Valladolid. Y aún tenía otras muchas ideas relacionadas con la restauración y promoción el patrimonio artístico y monumental del país.

—Y, ¿a qué debo el honor de su visita? ¿Desea tomar algo? —le preguntó Adrien, tras indicarle que tomara asiento.

—Le aceptaría un carajillo.

—¿Carajillo?

—¡No me diga que no sabe lo que es! —Adrien le observó sin comprender—. Cuando se le echa al café un licor, ya sea *brandy,* coñac, anís… A eso se le llama «carajillo».

—¿Para qué querría alguien echarle licor al café? —bromeó Adrien.

—Supongo que para ahorrar tiempo. En lugar de café, copa y puro, pues el café y la copa se toman de una vez y luego solo hay que darle al habano. ¿Cuánto tiempo lleva usted en España?

—Hace más de siete años…

Echó la vista atrás; muchas cosas habían cambiado desde que llegó. Él también había cambiado mucho.

Llamó a Manuela y le encargó dos cafés solos. Mientras la mujer se alejaba en dirección a la cocina, Adrien observó el cuerpo de Benigno arrellanado en el butacón, y comenzó a sentir la imperiosa necesidad de desaparecer. Le vinieron a la mente los recuerdos del marqués atajando con alabanzas las insidiosas palabras que Temperance Baker le dedicó a Belinda. Y también los dibujos de las bailarinas que esbozó en los posavasos del Cotton Club, junto a su exaltación de la belleza de las mujeres de color. Unos celos irracionales le presionaron el corazón. Se incorporó de un impulso para espantarlos al oír los pasos de Manuela, que regresaba con los cafés. Aprovechó que estaba de pie para abrir el trinchero en el que guardaba los licores.

—¿Qué desea tomar? —le preguntó.

Don Benigno dudó un momento.

—¿Tiene usted anís?

—Hummmm… no.

A Adrien el anís siempre le había parecido una golosina española con la que embadurnar el chupete de los bebés para que se quedasen dormidos. En su país se bebía algo parecido, pero mucho más varonil, llamado *pastis,* una mezcla entre anís y ajenjo. Pero cuando el segundo ingrediente se prohibió, tras comprobarse que llevaba a los poetas a la locura y a los pintores a cortarse las orejas, lo sustituyeron por regaliz. Pese a todo, lo cierto es que Adrien tampoco contaba con *pastis* entre las bebidas que guardaba en el armario.

—¿Coñac, quizás? —propuso.

—Perfecto.

—Sírvase usted mismo —invitó Adrien, colocando una botella de Soberano sobre la mesita.

Se mantuvieron en silencio, observando cómo Manuela servía el café, hasta que volvió a dejarlos solos. El marqués abrió la botella de coñac, la levantó haciendo una señal con sus cejas sobre la taza de Adrien, indicando si quería que le sirviese licor a él también. El capitán negó con la mano. Benigno echó un chorrito en su café y comenzó con su discurso.

—Vengo para que hablemos de la Gran Guerra, *monsieur* Chevalier —dijo al fin, mientras abría el azucarero y se echaba cinco cucharaditas de azúcar en su taza.

Adrien puso mentalmente los ojos en blanco. Quizás a un militar retirado como el marqués le resultara placentero debatir sobre batallas, aviones, tanques, enemigos, uniformes, lanzallamas, posiciones estratégicas y campos de prisioneros, pero él jamás había dado señal alguna de interesarse por esos temas.

—Pues usted dirá —respiró con resignación.

—*Monsieur* Chevalier. Capitán Chevalier —rectificó—. Bien sabe que considero un honor que una persona como usted forme parte activa de la que será nuestra insigne Exposición Iberoamericana, pero creo que puede aportar mucho más. Seguramente no habrá olvidado la propuesta que le hice el día que nos conocimos.

Adrien le miró sin comprender.

—Es cierto que España no participó en la contienda que mantuvo en vilo al resto del mundo hace ya diez años, por eso considero que una manera instructiva de mostrar el compromiso militar de nuestro país sería incluir en el plantel de pabellones uno dedicado al Ejército. —Benigno le dio un sorbo a su carajillo y continuó hablando —. Hablamos de la posibilidad de dar forma a una exposición inspirada en las batallas de la Gran Guerra. ¿Lo recuerda? Incluso de que pudiera usted ser el comisario de la misma. ¿Quién mejor? Un heroico capitán condecorado con la Cruz de Guerra, superviviente de la batalla de Verdún, prisionero de los alemanes…

—Yo no…

Adrien escuchaba de fondo la voz del marqués hablando de honor, condecoraciones y héroes, pero para él la guerra era lluvia invernal que convertía las trincheras en barrizales, la cola de la sopa aguada, los cigarrillos liados con restos de colillas, las ratas como conejos mordiendo las orejas de los que se dormían, el gas mostaza, los muchachos aterrorizados que se disparaban en las manos para que los devolvieran a sus casas, las cartas de amor impostado de las «madrinas

de guerra», jovencitas que mantenían correspondencia con soldados a los que no conocían para que no se sintiesen tan solos…

—No hay laurel que adorne más la frente de un hombre de honor que la modestia —continuaba diciendo don Benigno—. Pero considero que usted no faltaría a ella si hablase más de su experiencia, de su valentía, de su patriotismo… Sé, porque le conozco, que intentará sustraerse de las distinciones de dirigir un pabellón militar. Lo entiendo. Por eso le propongo que se encargue de organizar dentro de él una exposición sobre la Gran Guerra con mapas, documentación, quizás maquetas de las batallas… He pensado entrevistarme con el presidente de su país en mi próximo viaje a París para hablarle de usted y…

Las últimas palabras del marqués retumbaron como un eco dentro de la cabeza de Adrien.

—¡No! —gritó, incorporándose de golpe de su silla.

Un silencio absoluto se hizo entre los dos hombres. El marqués de la Vega-Inclán dejó de darle vueltas con la cucharilla a su tacita de café, mientras le observaba con rostro interrogante. Fue un momento crítico que Adrien quiso deshacer con rapidez. Apretó los dientes. Sentía que le faltaba el aire.

—Verá… don Benigno. —Tragó saliva antes de continuar hablando —. No estoy seguro de que un pabellón dedicado a lo sucedido durante la guerra tenga cabida en la Exposición Iberoamericana.

—No estoy de acuerdo. Es usted ejemplo de valentía y patriotismo, valores que deben calar hondo en las mentes de los más jóvenes que…

Adrien se sentía levemente mareado. Salir vivo de aquel despropósito fue un auténtico milagro. Todo el mundo pensaba que el campo de prisioneros había supuesto una tortura, pero la realidad es que, en su interior, estaba agradecido a esos alemanes que le sustrajeron de continuar en las trincheras, evitando así el campo de batalla. Sí, él sobrevivió mientras otros quedaban cojos, mancos, desfigurados de por vida… o terminaban en tumbas sin nombre. Nada de lo que sentirse orgulloso. Nada heroico, ni patriótico. Nada que quisiera volver a traer a su memoria[11].

—Tendrá que disculparme —concluyó Adrien. Su actitud corporal dejaba a las claras que quería que el marqués se marchase de su casa —. Tengo una cita en media hora y tendría que estar ya preparándome.

—Oh… claro, claro… la culpa ha sido mía por presentarme sin avisar.

Don Benigno apuró de un sorbo lo que quedaba de su café, se levantó y caminó en dirección a la salida, seguido por Adrien.

—Por favor, capitán —le dijo como despedida—. Al menos dé un par de vueltas a mi propuesta antes de negarse por completo.

—Así lo haré —aseguró con benevolente sonrisa, que mudó a gesto de hastío tras cerrar la puerta de la calle.

Esperó a que Manuela se fuera para aferrar la botella de Soberano que se había quedado sobre la mesita de café. Le pesaba el alma. Dos tragos de coñac le devolvieron el olor de los cuerpos que se descomponían ante sus ojos, día tras día, en tierra de nadie. El recuerdo de los charcos que se formaban en los agujeros que dejaban los obuses en el terreno. El barro, el miedo, la destrucción, la muerte. En ese momento odió al marqués de la Vega-Inclán por haber venido a su casa a remover sus malos recuerdos[12].

Cuando Gonzalo regresó de la redacción, a última hora de la tarde, se encontró con su amigo derrumbado en un sillón, lanzando pestes del marqués y su inoportuna visita.

—Pero ¿de qué estás hablando? —rebatió su amigo—. Ese hombre ha hecho mucho por esta ciudad. Y no solo por esta ciudad… gracias a él mi madre pudo darme un techo… aunque ahora no sea más que cenizas. La ayudó a encontrar un trabajo con el que me pudo sacar adelante. Es un hombre íntegro…

—¿Íntegro? ¿Íntegro dices? Ja —rezongó Adrien con la voz pastosa —… ¡A saber cuáles eran realmente sus intenciones! Por ahí se comenta que guarda en su archivo un buen número de fotografías de actrices y cantantes de la Comedia Francesa en paños menores. Y… y… ¿acaso no recuerdas cómo miraba a Belinda?

Gonzalo le observó con dureza durante unos segundos que se hicieron eternos.

—Ya veo… así que es eso. Belinda. Ella otra vez —lanzó un hondo suspiro—. Estoy cansado, amigo. Me he quedado sin casa. Es posible que haya perdido a la mujer de mi vida. Tienes que darme una tregua. Y deberías dártela a ti también.

Adrien vio a su amigo subiendo despacio las escaleras, en dirección al cuarto de invitados. Cerró sin darse la vuelta. Sin desearle las buenas noches.

Gonzalo soportó, con moderada serenidad, la posterior semana tras su encuentro con Cristina, pero el octavo y el noveno día se le hicieron insufribles. Al décimo desesperó. Como buen periodista necesitaba información. Necesitaba verla, aunque fuera un momento, paseando por la calle o cortando rosas en el jardín. Si tenía que hacer el esfuerzo de olvidarla, quería al menos que se lo pidiera, como Belinda había hecho en la carta que escribió para Adrien. Así que decidió ir a su casa.

Desde primera hora de la mañana, recorrió la acera de la avenida de la Borbolla que lindaba con el parque de María Luisa, esperando tropezar con ella, fijándose en todas las ventanas, sin saber si la suya daría hacia ese lado de la calle. Intentaba no llamar demasiado la atención, por temor a que Emily Suffield le descubriera y llamase a la policía. A eso de las diez de la mañana, vio a una de las muchachas del servicio salir, y se dispuso a poner en práctica sus destrezas para sonsacar información.

—¡Señorita! ¡Señorita! —la llamó a gritos cuando se hubo alejado un poco de la casa.

La muchacha se dio la vuelta. Observó al joven que la llamaba. Al no reconocerlo, miró a ambos lados, para asegurarse de que no había nadie más en la calle.

—¿Se dirige a mí?

—Por supuesto. Acabo de verla salir de la casa de los Palacios y necesito que me ayude.

—Pues dígame.

—¿No será usted la señorita Cristina Palacios, verdad?

Ella se ruborizó hasta los tuétanos.

—Oh… no, señor, ¡qué cosas tiene! —respondió mirando de soslayo su uniforme de chica del servicio.

Él le mostró su encantadora sonrisa antes de continuar hablando.

—Tiene un porte tan elegante y distinguido que pensé que quizás era ella. Porque, en el caso de que fuera ella, no podría demandarle la información.

—¿Qué información?

—No sé si debería confiar en usted… —vaciló él.

—Pues no sé qué decirle…

—Está bien. Si insiste se lo diré. Tiene cara de saber guardar secretos. Verá… soy tuno. No un tunante, sino tuno de la tuna. ¿Entiende lo que le digo?

—Claro —se disgustó ella—. ¿Cómo no voy a saber lo que es un tuno?

—Claro… claro. Soy un estúpido. En fin… Pues resulta que el prometido de la señorita Cristina Palacios nos ha encargado, a mis compañeros de la tuna y a mí, que le demos una serenata esta noche. Me ha dicho el nombre de la calle y el número, pero necesito saber la ventana exacta de su habitación para no terminar cantándole a su madre.

—Eso sería terrible —indicó la muchacha.

—Ya lo creo.

Los dos guardaron silencio.

—¿Y bien? —preguntó Gonzalo de pronto.

—¿Y bien qué? —respondió la muchacha.

—La ventana… la de Cristina Palacios. ¿Que cuál es?

La joven parecía dudar.

—¿Y dice usted que su prometido le ha encargado una serenata?

—Así es.

—Pero se la encargaría hace mucho —repuso extrañada—. Por lo menos hará más de una semana.

—¿Por qué dice eso?

La joven bajó la voz hasta que adquirió tono de confidencia.

—La señorita Cristina ha roto su compromiso con el señorito Luis.

De pronto Gonzalo sintió que le temblaban las piernas de la impresión.

—La señora Emily está muy enfadada. La tiene encerrada en su habitación. La señorita Cristina apenas come —suspiró—. Así que no creo que sea buena idea que… ¿A dónde va?

Gonzalo caminaba deprisa en dirección a la casa de los Palacios. Llamó al timbre y le abrió otra de las muchachas del servicio. Ni siquiera saludó. Entró en la casa como una exhalación llamándola a gritos.

—¡Cristina! ¡Cristina!

—*Oh my God!* ¡Pero qué es este alboroto! —aulló Emily, saliendo del salón.

—¡Cristina! —Gonzalo no tenía ninguna intención de intercambiar palabra alguna con la pirómana.

—¿Qué hace usted aquí? ¡Maruja! ¡Maruja! Llama a la policía. *Oh my God!*

—¡Cristina!

—¡¿Gonzalo?! ¿Qué… qué haces aquí?

La joven se asomó a la baranda del primer piso de la casa.

—¿Es verdad que has roto tu compromiso matrimonial?

Ella asintió muy deprisa con la cabeza, sonriéndole. Gonzalo se puso de rodillas.

—¿Te quieres casar conmigo?

Ella volvió a asentir, riendo a carcajadas.

—¡Pues vámonos! —la incitó a bajar, haciendo gestos con la mano.

Cristina corrió por las escaleras. Al llegar al *hall* miró a su madre.

—Lo siento, mamá. Perdóname.

Se aferró al brazo de Gonzalo y salieron de casa de los Palacios, escuchando de fondo un buen número de insultos en inglés.

Se casaron una semana después en la iglesia de San Lorenzo, con Adrien Chevalier como padrino y Manuela como madrina. La boda fue

totalmente distinta a la que su madre hubiera querido para ella. Cristina no se casó en la catedral, ni tuvo trescientos invitados, ni el convite se celebró en los jardines de la mansión de los marqueses de Rocaflor. Las alianzas las talló Adrien, con dos monedas de plata, y les regaló el viaje de novios a San Sebastián. Celebraron una fiesta en el patio de la casa de la Cuesta del Bacalao. Manuela llenó las mesas con platos de jamón, queso, lomo, pescaíto frito, gambas de Huelva, tortillitas de camarones… Invitaron a los compañeros del periódico de Gonzalo, incluido su jefe, que prometió solemnemente que, siendo ya un hombre casado, dejaría de llamarle «chaval».

A día siguiente, *El Noticiero Sevillano* anunciaba en sus páginas de sociedad que uno de sus redactores, Gonzalo Aguilar, se había casado con la encantadora Cristina Palacios.

Así fue como Conrado y Emily se enteraron del matrimonio de su hija.

Llegó el invierno, y tras él una nueva primavera, y el capitán Adrien Chevalier se iba marchitando a ojos vista. Hacía meses que no asistía a reuniones sociales, ni al teatro, ni a los conciertos de Navidad. Lo único que hacía era ir de su casa al Ayuntamiento, a primera hora de la mañana, y regresar bien entrada la tarde. Vivía concentrado en el trabajo y solo salía de esa rutina cuando recibía los informes de los detectives que contrató para intentar encontrar a Belinda.

Uno vigilaba la zona de Nueva York. Por él supo que el apartamento en el Upper East Side continuaba vacío. Las únicas personas que entraban eran las empleadas de la limpieza, una vez por semana. Belinda tampoco había vuelto a actuar en el Cotton Club, ni en ningún otro club de *jazz* de la ciudad. El detective neoyorquino también pasó revista a los teatros, incluso revisó uno por uno los nombres de las chicas que trabajaban en los espectáculos del famoso productor Flo Ziegfeld, por si estaba actuando en Broadway. Pero no encontró nada. Belinda Miller había desaparecido, artísticamente hablando.

El otro detective que Adrien contrató vigilaba Florida. Le dio la orden de seguir los pasos de Ricardo Martínez Ybor, el dueño del Tropicana, por si Ernesto Miller volvía por allí o se ponía en contacto con él. El tercer detective controlaba La Habana, con la familia Miller y su ingenio azucarero en el punto de mira.

Tras un año sin conseguir una sola pista de la presencia en el mundo de Belinda Miller, Adrien dejó de contar con los servicios de los detectives.

Las pesadillas regresaron a sus noches con más fuerza que nunca. A

veces incluso no bastaba con despertar para salir de ellas. Una en particular era muy recurrente. Estaba en las trincheras, rodeado de oscuridad, con los pies empapados dentro de los borceguíes. En los charcos flotaban colillas. Sobre los sacos de arena, tazones de latón y máscaras antigás. Un impulso le hacía asomarse a la tierra de nadie. Y allí estaba Belinda, vestida con un traje rojo con escote en forma de corazón cubierto de lentejuelas que titilaban en medio de la noche. Parecía no importarle el frío. Miraba a Adrien a los ojos y le hacía un gesto con la mano para que la siguiera, pero él no podía salir, por mucho que lo intentara. Y entonces oía horrorizado el sonido de los aviones enemigos acercándose. Le gritaba que corriese hacia él; que se pusiera a cubierto, pero ella permanecía impasible. Los obuses caían a su alrededor, tantos que quedaba oculta a sus ojos. Cuando el humo y la tierra se asentaban, veía su cuerpo tendido en el suelo. Entonces, por fin, podía ir a su encuentro. La cogía entre sus brazos llamándola, apretándola contra su pecho, acunándola, como si fuera una criatura. Pero, cuando se asomaba para mirar su rostro, quedaba horrorizado. Los ojos, sus preciosos ojos dorados, habían desaparecido. Solo quedaban los dos agujeros de las cuencas. Poco a poco, el cuerpo de Belinda se deshacía y lo único que le quedaba en las manos eran puñados de arena que se escapaban entre los dedos cuanto más intentaba retenerla. Despertaba sudoroso, con un grito atascado en la garganta.

Cristina se preocupaba de que cenara todos los días y le preparaba infusiones de brácteas de tilo para que se le calmaran los nervios y pudiera dormir tranquilo; libre de pesadillas. Adrien la observaba agradecido, sintiendo mucha envida por Gonzalo, que era feliz al lado de la mujer de la que él debió haberse enamorado.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntaba Cristina cada día, con gesto maternal.

Él siempre le respondía que bien. Pero ella sabía que eso quería decir «mal».

—¿Has tenido mucho trabajo hoy?

Adrien respondía que no. Eso quería decir «no el suficiente para olvidar».

—¿Alguna noticia de Belinda?

Y él guardaba silencio. Eso siempre quería decir «no».

---

[11] Síndrome del superviviente. Se da entre sobrevivientes a una desgracia, como desastres naturales, accidentes, guerras… Quien lo padece siente que no merece vivir cuando otras personas han muerto. Se siente culpable por lo que cree que podía o debía haber hecho.

[12] En algunos casos, la maniobra adoptada por los enfermos de estrés postraumático es la evasión. El paciente muestra insensibilidad emocional e indiferencia y elude lugares o pensamientos que le hagan recordar el acontecimiento que causó su trauma.

Capítulo XVIII

Gonzalo compró una casa en ruinas en plena Alameda con sus ahorros de toda la vida y el dinero que recibió como indemnización de la aseguradora. Contrató una cuadrilla de albañiles, carpinteros y plomeros, empeñado como estaba en convertir aquella calamidad en la casa más sólida, amplia y moderna que se hubiera visto jamás en la zona. Quería que su vivienda fuese realmente magnífica; un hogar para él y Cristina, el refugio que habría de servirles de nido de amor y consuelo, donde acunarían los sueños por cumplir y conservarían los frutos de los que se fueran cumpliendo. El periodista hizo traer de Madrid un refrigerador automático fabricado por la General Motors; un auténtico prodigio técnico. En Cerámicas Triana encargaron la azulejería con motivos ornamentales elegidos por Cristina. En la cristalería La Veneciana, vitrales multicolores para las puertas interiores y un montante en abanico para la exterior. Cerraduras y griferías de bronce de Gilbert y Cía S.L. en la avenida de Miraflores y, en los almacenes Peyré, lámparas de cristal de Bohemia y alfombras persas.

Como Gonzalo siempre quiso tener una bañera, compró una de hierro fundido y esmaltado, con patas de bronce que semejaban garras de león. El día que los operarios fueron a instalarla supuso todo un acontecimiento para el barrio: «¡El de la Dolores se ha comprado un baño!», gritaban niños moquillentos que jamás conocieron a la Dolores en vida. Los muchachos se pasaron la mañana encaramados a los álamos, comiendo pipas, viendo cómo los operarios trajinaban con las poleas para deslizar la bañera por la ventana del primer piso. Otra de las habitaciones se acondicionó como sala de música. Cristina encargó un piano en Casa Damas y Gonzalo aprovechó la visita a la tienda para adquirir un tocadiscos moderno, cinco discos de *jazz,* cinco de música clásica, otro con las «Noches en los jardines de España» de Falla y el de las *Danzas fantásticas* de Turina. Compraron la vajilla en la Cartuja y encargaron en la Maison de Blanc un ajuar completo con el que vestir la casa, porque la madre de Cristina había ordenado quemar el baúl de sándalo donde guardaba, entre lavanda y alcanfor, el que las monjas estuvieron años bordando para ella. El velo de organza, los camisones, las cortinas, los juegos de cama de hilo de Holanda, las toallas de piqué con las iniciales C y L entrelazadas…

ardieron en una pira infame que Emily Suffield organizó en medio del patio, mientras lanzaba pestes de su ingrata, ingrata, ingratísima hija, y el desarrapado de su marido.

Instalarse en una vivienda confortable, junto al palacete El Recreo, supuso para Gonzalo la constatación de todo lo que había conseguido en la vida. Desde la ventana de su dormitorio podía ver las dos esfinges de bronce que remataban el muro del edificio colindante, a las que los sevillanos llamaban «sirenas». Recordaba que de pequeño, unos niños le retaron a subirse a la grupa de una de ellas. Gonzalo caminó por el borde del muro, guardando el equilibro, mientras los niños le jaleaban desde el suelo. Al llegar a la altura de una de las esfinges, se encabalgó sobre ella. Se abrazó al pecho de bronce con la mano izquierda mientras saludaba con orgullo con la mano derecha, con tan mala fortuna que resbaló y cayó de bruces al suelo. Tuvieron que llevarlo a la casa de socorro de la plaza de San Lorenzo, donde le pusieron cuatro puntos de sutura. Lo que más le dolió fue el gesto resignado de su madre, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Le hubiera gustado que ella pudiera verlo ahora desde el más allá. Que supiera que su hijo había logrado superar todas las privaciones de su infancia. Que pudiera estar orgullosa de él.

Gonzalo acondicionó una de las salas más amplias como despacho. En el centro colocó su mesa de trabajo, que estaba hecha de madera de nogal. Tenía cuatro cajones, dos a cada lado, uno central y un compartimento secreto en el lateral, y estaba protegida con tapete de piel. Una librería cubría dos de las paredes, del suelo al techo. Allí pensaba colocar los pocos libros que se salvaron del incendio de su piso, y los muchos que pensaba adquirir en el futuro. Encargó a la Papelería Ferrer un sello de caucho con su nombre y nueva dirección, así como folios y sobres con membrete a nombre de él, de Cristina, y de los señores de Aguilar. Y unas cien tarjetas de visita.

Adrien se llevó las manos a la cabeza por lo que a su juicio era un auténtico despilfarro, pero Gonzalo le explicó que Cristina había renunciado a un título nobiliario, además de a todos los lujos y comodidades que le correspondían por derecho. Su familia le había dado la espalda por correr a su lado y él quería recompensarla con un refugio sólido, tanto físico como emocional. Y no estaba dispuesto a aceptar críticas al respecto, ni de él, ni de ella. No estaba construyendo una casa; estaba poniendo en pie un hogar. Debía reunir comodidad y encanto. Quería yeserías y zócalos en las paredes, fuente, columnas y tiestos con geranios que buscaran la luz en un patio central de mármol, desde el que ellos pudieran adueñarse de un pedazo de cielo azul. Un patio, a fin de cuentas, en torno al que

levantar el resto de su vida. No quería cuartos oscuros, ni goteras, ni escaleras estrechas, ni paredes desconchadas; de eso ya había quedado más que harto. Quería limpieza, orden y pulcritud. Quería que los murmullos de las vecindonas se fueran extendiendo de ventana en ventana, de zaguán en zaguán, del puesto de frutas al del pescado; que llegara hasta los oídos de sus suegros que a Cristina no le había hecho falta casarse con un marqués para vivir como una reina.

Y ahora sí.

Ahora es cuando regresamos al principio. Al instante en el que el capitán francés Adrien Chevalier se fijó en el imberbe rostro que le devolvía el espejo, sintiendo que la vida que le había tocado en suerte era una montaña rusa. ¿Lo recuerdas? Ciertamente había muerto tantas veces que no le importaba morir una vez más. Con esa certeza abrió la caja fuerte para sacar la fotografía tomada tres años atrás en el Cotton Club, en la que aparecía junto a Belinda, ambos felices y sonrientes. Allí guardaba también la petaca con las dos CC, la carta de amor que ella le había escrito y la pistola Ruby que utilizó durante la guerra. Acarició esta última como si se tratase de la mano de su amada.

—¿¡Dónde estás!? —demandó al rostro que le observaba desde la fotografía.

Fue entonces cuando sonó el teléfono y la voz de Gonzalo le informó que había tenido acceso al programa inaugural de la Exposición. Belinda Miller figuraba en él, actuaría tras la gran cena de gala que se ofrecía la primera noche en honor de los reyes y del resto de autoridades.

Belinda volvía.

La inminente inauguración de la Exposición Iberoamericana había multiplicado los servicios de la Compañía Trasatlántica. Seguía funcionando el rápido directo España-New York, con nueve expediciones al año, los servicios regulares de la línea Mediterráneo, Cuba, México y New Orleans, con catorce expediciones al año, la línea Mediterráneo a Fernando Póo, con doce expediciones al año y la línea a Filipinas, con tres expediciones al año. Pero el producto estrella que la compañía naviera puso en marcha en la primavera de 1929 fue el *yacht* de lujo Reina María Cristina; un yate de recreo que saldría de Nueva York y atracaría junto a la Torre del Oro para que los americanos pudieran disfrutar de las lindezas de la capital andaluza. Contaba con todos los servicios de un hotel de cinco estrellas, baño privado en todos los camarotes, radiotelefonía, orquesta y capilla. La primera travesía coincidiría con la inauguración de la Exposición Iberoamericana.

En el yate de lujo Reina María Cristina
volvía Belinda Miller.
A Belinda la trajo —de nuevo— el río.

Sirviéndose de sus contactos en la Compañía Trasatlántica, Gonzalo Aguilar consiguió el listado de los pasajeros. Quería informarse de si Belinda regresaba sola. Así fue como se enteraron de que ocuparía un camarote individual, aunque en la lista aparecía también el nombre de Santino Neri; el esbirro de Leone. Gonzalo estaba preocupado por Adrien. Pese a que el periodista seguía convencido de que Belinda ocultaba algún secreto oscuro, y que estaba involucrada en la extraña desaparición de Ernesto Miller, observaba impotente cómo su amigo regresaba a la vida tras saber que iba a reencontrarse con la mujer de la que estaba perdidamente enamorado.

El 9 de mayo de 1929 fue un día de fiesta. Tuvieron que pasar muchos años sembrados de ilusiones, contrariedades, retrasos, reinvenciones, críticas y discusiones en el Ayuntamiento para que llegara —al fin— ese momento. El pueblo decoró los balcones de sus casas con banderas, mantones, flámulas, gallardetes… y se lanzó a las calles desde primera hora de la mañana para coger buen sitio en la ceremonia de la inauguración del sueño ampliamente acunado.

La plaza de España, aquel enclave caprichoso y singular en forma de semicírculo, surgido de la imaginación de Aníbal González, estaba adornada con las banderas de España, Portugal y las repúblicas americanas concurrentes al certamen. Fuerzas de la guarnición, formadas en dos filas, cubrían el camino que había de recorrer la comitiva real, que iba desde la puerta del León, en el Alcázar, hasta la plaza de España. Una vez allí, entre los puentes de Aragón y de Navarra, habían colocado la tribuna regia, adornada con tapices, con un altar sobre el que descansaba un crucifijo de marfil, donde el cardenal arzobispo tenía previsto oficiar la misa. Ochenta guitarristas ocupaban la terraza principal. Desde mucho antes de la hora prevista, el espacio comprendido entre la ría que recorría el semicírculo de la plaza, y los bancos dedicados a las diferentes provincias españolas, estaba atestado de un público entusiasta ataviado de domingo, pese a ser jueves.

Unos minutos antes de las doce del mediodía, se escucharon unas salvas de artillería que, lanzadas desde el Prado de San Sebastián, anunciaban la inminente llegada de los reyes. Alfonso XIII y su esposa

hicieron su entrada a la plaza en un coche Victoria a la Grand Dumont. Los seguían varios landós ocupados por sus hijos. El cortejo regio fue recibido con aplausos, mientras las tropas les rendían honores al son de la *Marcha real*. A continuación, los coros vascos y la coral sevillana interpretaron el himno de la Exposición. Se calculó que unas cien mil personas estuvieron presentes en el acto de inauguración.

Tras ello, los reyes recorrieron los principales pabellones de la muestra; la exposición del libro, con una réplica exacta de la prensa de Gutenberg, y las máquinas donde se fundían los tipos manejadas por operarios vestidos de época. El pabellón de Nestlé, donde obsequiaba a los niños con pastillas de chocolate. El pabellón de Guinea Ecuatorial, en el que varias familias de las tribus bubis, bengas y pamues, en paños menores, alojadas en un asentamiento de cabañas, fingían vivir su día a día en África, ante los perplejos visitantes. Agotados por el paseo, los monarcas y sus hijos se retiraron a descansar a su residencia en el Alcázar. Querían reservar energías para lo que el Comité de la Exposición les tenía reservado al final de ese día.

Adrien apenas pudo pegar ojo la noche previa a la actuación de Belinda. Se sentía incapaz de predecir cuál sería su reacción al volver a tenerla frente a él. ¿Cómo saberlo? Desconocer el motivo por el que había desaparecido sin dejar rastro le colocaba en una incómoda situación. Quizás Belinda salió de su vida voluntariamente, ante lo cual lo único que podía hacer era enfrentar la realidad y continuar adelante —o no—, como había hecho hasta ese momento. Pero por otro lado atesoraba la íntima esperanza de que existiera una explicación —lógica, indiscutible, razonable, o francamente absurda— a la que poder aferrarse para volver a abrir las compuertas con las que aprisionaba su corazón. Tenía miedo de que, sin eso, su alma quedase definitivamente inválida. En cualquiera de los casos, necesitaba que el reencuentro respondiera a algunas de las preguntas que le carcomían las entrañas. Con suerte podría encontrar un poco de alivio.

Se vistió con el frac, porque se trataba de una cena de gala que el Comité de la Exposición ofrecía a los reyes de España, al primer ministro, a los embajadores de los países participantes, a los diplomáticos y, en general, a todas las personalidades que se habían reunido para celebrar la inauguración. El pabellón de Sevilla estaba engalanado para el evento, siguiendo estrictas normas de seguridad y protocolo. De los coches de lujo, abrillantados con cera, descendía lo más granado de la alta sociedad, luciendo sus mejores galas. Tras el banquete, los comensales se dirigieron al Teatro de la Exposición,

donde estaba prevista la función en honor de sus majestades que, al hacer acto de presencia en el edificio, fueron recibidos con la *Marcha real,* interpretada por la orquesta. La Comisión Permanente en pleno caminaba detrás; entre ellos se encontraba Adrien, con las manos frías y la garganta seca.

Él no podía saberlo, pero Belinda estaba oculta tras las pesadas cortinas del teatro recién estrenado, observando cómo se iba ocupando poco a poco el patio de butacas. Vio a Adrien dirigirse a uno de los palcos y el mundo volvió a tener sentido para ella. Esperó impaciente el momento en el que debía salir al escenario, porque su actuación de esa noche estaría totalmente dedicada a él. Cantó como no lo había hecho nunca. Podía sentir los ojos del hombre que amaba acariciando las ondas de su pelo, el contorno de su cintura, el brillo de sus ojos. Adrien sopesaba los cambios que se habían producido en ella. Quizás la voz había madurado y su piel parecía más dorada, aunque eso podía deberse a las luces del escenario. Lo que no había cambiado eran las emociones de ambos con la cercanía del otro.

Al terminar el espectáculo, tras la salida de los monarcas del teatro, de nuevo acompañados por los sones de la *Marcha real,* Adrien vio a Belinda descender las escaleras del escenario y caminar a su encuentro.

—Belinda…

—Adrien…

Se quedaron inmóviles, frente a frente, en silencio, durante unos segundos eternos en los que el mundo se paró a su alrededor. En ese instante no existía nada más que ellos, envueltos en el murmullo del ir y venir de la gente a la que ni siquiera veían. La mirada de él parecía preguntar: «¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Qué pudo ser tan grave como para alejarte de mí? ¿Por qué no has dado señales de vida? Convénceme de que no tuviste alternativa… de que me has echado de menos. No vuelvas a marcharte. Te amo». Y la de ella parecía decir: «Perdóname. No me quedó más remedio que desaparecer. Cada noche me acostaba con tu recuerdo y despertaba con las manos llenas de arena de desierto. No volveré a marcharme. Te amo».

Pero no pronunciaron ninguna de aquellas frases.

—Llevas puesto mi anillo… —fue lo primero que él le dijo al observar su dedo anular.

Estaba frente a la mujer que le había roto el corazón y las mil preguntas que responderían a sus mil dudas habían perdido el sentido.

—Nunca me lo he quitado desde que me lo diste.

—Estás espectacular. Tu voz —sopesó lo que iba a decir—… Los

has dejado impresionados. A todos. A mí también. Tenía tantas ganas de volver a verte…

También se le habían olvidado los reproches. No quiso forzarse a recordar que Belinda no había acudido a su cita con él en el muelle de Nueva York. Quien no faltó fue la pandilla de Leone, para darle una paliza. Y después, simplemente la ausencia. Pese a eso, al volver a verla, lo único que deseaba era sentirla más cerca. Quería llevársela lejos y disfrutarla, como no lo había podido hacer en el pasado.

—Vayámonos de aquí… —propuso él.

Y eso hicieron.

Se acercaron al pabellón de Portugal y subieron al pequeño trenecito que recorría la Exposición, custodiados por la maravilla de la música sin hilos sonando por los altavoces. Atravesaron el túnel del monte Gurugú y se bajaron en el parque de atracciones. Compraron algodón de azúcar y manzanas de caramelo, montaron en la barca que subía despacio por unos raíles hasta llegar al punto de soltarse para caer a un estanque lleno de agua. Belinda reía como una niña, como Adrien jamás la había visto reír. Después subieron en la noria. Desde lo más alto vieron desfilar la cabalgata histórica de la raza hispanoamericana, con sus celtas, fenicios, cartagineses, Aníbal, Viriato, Séneca, Trajano, los Reyes Católicos y la carroza con la forma de la nao Santa María. Al bajar fueron dando un paseo hasta la fuente que cambiaba de color, en el centro de la plaza de España.

Adrien se sentó en el borde de la pila y la observó desde abajo, como hechizado. El juego de las luces de colores iluminaba el rostro de Belinda y arrancaba reflejos de oro a sus increíbles pupilas. Ese tiempo que estuvieron separados había borrado de su rostro los rasgos infantiles que creyó ver en el pasado. La deseaba como jamás había deseado a nadie.

—Te he buscado por cielo y tierra. ¿Dónde te habías metido? —le preguntó al fin.

—Me trasladé a Los Ángeles. Estuve haciendo cine.

—No recordaba que fueras tan hermosa. Pensar en ti me hacía tanto daño que intenté arrancar tu imagen de mi mente. Y ahora apareces de pronto y yo…

—Tenía miedo de regresar y encontrarte casado. O quizás odiándome… sin querer saber nada de mí. —Belinda se sentó a su lado, en el borde de la fuente. Notaba minúsculas gotas de agua salpicar su espalda—. Pensaba que el tiempo me permitiría olvidarte. Flavio me aseguró que estarías mucho mejor sin mí. Y en aquel momento yo también estaba convencida de que así era. El día que no acudí la cita que tenía contigo en el muelle… fue terrible. —Una

lágrima corrió deprisa por su mejilla—. Pese a que estaba segura de que alguien como yo te complicaría la vida, a punto estuve de cerrar los ojos y correr a tus brazos. De no ser porque Flavio puso a Santino para que me vigilase, hubiera ido a tu encuentro.

—¿Cómo supo Flavio dónde nos habíamos citado?

—Yo se lo dije. En aquel tiempo se lo contaba todo. —Miró al suelo, avergonzada, antes de confesar—. Porque se lo debía todo…

—¿Sabías que Flavio envió a sus hombres para darme una paliza?

Belinda le observó horrorizada.

—No… no lo sabía. —Acarició el rostro de su amado—. Lo siento… lo siento —sollozó—... Perdóname. Flavio me aseguró que te dejaría en paz si me alejaba de ti. Y eso hice. Le creí… Pero ahora todo eso ha cambiado.

Belinda siguió explicándole que Flavio Leone continuaba en la cárcel por fraude fiscal y evasión de capitales. Lo habían encerrado por el chivatazo de uno de los suyos, y ya no se fiaba de casi nadie, excepto de ella. Se había convertido en su mano derecha. Iba a verle a menudo y él le daba instrucciones concretas para manejar sus negocios. Belinda le confesó a Adrien la verdadera razón por la que realizó el viaje en el Manuel Arnús, que era contactar con Domingo Amores para que este los ayudase a cargar la bodega de cajas de vino cuando barco realizaba el carboneo en Cádiz. Como se trataba de un barco con disposiciones especiales, no pasaban por la aduana. Las cajas de vino se quedaban en el muelle 8 de la Compañía Trasatlántica y allí Domingo Amores les facilitaba a los hombres de Flavio descargarlas en mitad de la noche, llevándose por ello una comisión. Así fue como el Cotton Club se convirtió en el único lugar de Nueva York en el que se servía vino español de primera calidad.

—He logrado convencer a Flavio para reactivar el asunto del vino. A él le preocupaba que pudiera reencontrarme contigo, pero le he asegurado que ya te he olvidado. Que no significas nada para mí.

—¿Y es cierto?

—No. No lo es. Sigo amándote como el primer día.

—¿Y qué es lo que ha cambiado ahora? ¿Por qué has querido regresar?

—Muchas cosas son diferentes —le informó ella con los ojos brillantes por la emoción—. Puede que pienses que estoy loca pero… ¿Recuerdas la primera vez que hablamos? Cuando te dije que había que perseguir los sueños —Adrien asintió—. Ahora estoy en condiciones de cumplirlos todos. Absolutamente todos. Incluso los que pensé que eran sueños imposibles. Y pretendo cumplirlos a tu lado… si quieres acompañarme.

Belinda le confesó que llevaba meses trazando ese plan. Lo tenía todo previsto. En su camarote del Reina María Cristina escondía dos millones de dólares en billetes grandes.

—Podemos escaparnos juntos. Huir a cualquier lugar de Europa. Jamás nos encontrarán. —Adrien la observaba atónito—. Flavio está en la cárcel. El dinero que me llevo no es más que calderilla para él. En cambio a nosotros nos permitirá comenzar una nueva vida.

—Hablas en serio… —dijo él. Y no era una pregunta.

—Sí —respondió Belinda con firmeza—. Totalmente en serio. Mi sueño solo será completo si aceptas venir conmigo. Dime que huirás conmigo. Que yo también soy tu sueño por cumplir.

—Lo eres. Sin duda lo eres…

Era tiempo de huir y debían darse prisa. Pese a que Flavio creyó a Belinda cuando esta le aseguró que se había olvidado de Adrien, envió a Santino Neri para acompañarla en ese viaje. Ella había conseguido dar esquinazo al gigante saliendo apresuradamente del teatro, pero estaba segura de que Neri debía de estar buscándola como un loco por todo el recinto de la Exposición, así que Belinda propuso ir al barco a recoger sus pertenencias y el dinero, mientras que Adrien hacía lo propio en su casa. Ambos se darían cita dos horas después en la estación de ferrocarril de Plaza de Armas. El que antes llegase compraría billetes para el primer tren que los sacara de España. Pero Adrien no estaba dispuesto a repetir el error de la vez anterior.

—No pienso separarme de ti nunca más —le aseguró él—. Te acompañaré al barco y recogeremos tus maletas. De allí iremos a mi casa. Recogeré un par de cosas… No me hace falta mucho. Y nos iremos.

—Perfecto —respondió ella emocionada.

Caminaron en dirección al yate Reina María Cristina lo más deprisa que les permitían los tacones de Belinda, pero el velo de intimidad que los acogió al entrar en el camarote se hizo demasiado palpable. Habían llegado hasta allí sin poder contener las caricias, anhelando la piel del otro en los cruces de las manos, en los inocentes roces al caminar, hombro contra hombro. Una vez dentro del habitáculo, tras cerrar la puerta, alumbrados únicamente por una luna pálida que derramaba su débil luz sobre el río, se abrazaron, y Adrien pudo sentir en su pecho la levedad de los pequeños senos de Belinda. Era una sensación perturbadora que despertaba en él una suerte de recuerdos que casi creía olvidados; el miedo, el deseo, el ansia del muchacho francés que una vez fue, antes de marcharse a la guerra. Belinda respiraba muy cerca de su boca. Esa boca. ¡Maldita sea!… Esa boca por la que —ahora podía confirmarlo— estaría dispuesto a morir o

matar.

—Tengo algo que confesarte —jadeó Adrien, apartándose de ella.

El calor de su aliento rebotó en los labios de Belinda, que se puso de puntillas, adelantando la cabeza, de manera que sus labios se rozaron. Él intentó evadir el contacto, sin demasiada convicción.

—Espera… espera un segundo. Tengo algo que confesarte —repitió.

Belinda le miró a los ojos, agitada.

—Yo también…

Pero vencer la tentación de esa cercanía era demasiado complicado. El calor de sus cuerpos y la humedad de esas lenguas encontrándose deshizo una vez más sus intenciones. Comenzaron a devorarse dulcemente. Se sentían flojos, como sin huesos, como si la sangre se les hubiera vuelto almíbar y la piel fuera un papel de seda colocado junto a una cerilla encendida.

Adrien sujetaba la cintura de Belinda con su antebrazo izquierdo, mientras que con la mano derecha asía su cuello, como el gato asustado que teme que el pequeño ratoncillo que ya considera suyo pueda escaparse. Quería beberla, apropiarse de ella, atraparla dentro de su corazón y tirar la llave para que ni nada ni nadie pudiera arrancarla de ese lugar jamás. Pero una voz en su interior le decía que tenía que parar. Aún con los sentidos desbocados era consciente de que no podía seguir adelante sin que Belinda supiera la verdad. De manera que relajó la presión de sus brazos y se apartó levemente de ella.

—Espera… espera —volvió a susurrar—... Tengo algo que contarte.

Ella desvió la mirada con la cabeza baja.

—Yo también…

Adrien sonrió.

—Yo lo he dicho primero.

—Deja que hable yo antes —rogó Belinda—. Es muy importante. Necesito explicarte algo sobre Ernesto Miller.

Adrien aflojó del todo su abrazo, momento que ella aprovechó para acercarse a la mesilla de noche y encender la lamparilla. Una débil luz ambarina se derramó por el camarote.

—No quiero saber nada de Ernesto Miller. ¡No quiero saber nada de nada! Me da igual si fue tu amante… o si te viste obligada a —dudó sobre las palabras que debía pronunciar—… deshacerte de él. Tu pasado ha quedado atrás. Y el mío también. Comenzaremos de cero. Desde este momento. No volveremos a hablar del pasado nunca más.

Belinda sonrió.

—Está bien. Así lo haremos, si es lo que quieres. Pero antes tengo que contarte esto.

Adrien estaba apoyado en la puerta del camarote y ella le dio la espalda. Recorrió despacio los siente pasos que la separaban de la ventanilla del camarote, que daba al río. Cerró los ojos antes de comenzar a hablar. Le daba la sensación de que lo que iba a contar era un sueño, algo que no sabía si recordaba realmente, o si se trataba del recuerdo de otro, que le habían repetido muchas veces. Era como intentar reconstruir el argumento de un libro leído tiempo atrás. Le vino a la mente una calle de tierra con cantos rodados, y un hormiguero enorme detrás de una casa sin vidrios en las ventanas. Evocó un jagüey blanco que crecía cerca de la pared, y el sonido de los caracoles entrechocando que Regla Cumbá utilizaba para leer el destino. Belinda recordaba la silueta de un muchacho delgado, de piel canela y hermosa mirada, que observaba de lejos jugar a los demás niños; demasiado tímido para interactuar con ellos. Estaba asustado, porque no sabía quién era. Pese a que vivía en las mismas condiciones que el resto de vecinos, su abuela se había encargado de recordarle cada día que él no era como los otros; que él era único. Diferente. Que daba igual lo que le rodease por fuera, porque lo importante era lo que él llevaba dentro. Eso le hacía especial. Muy especial. Esa particularidad se le fue esponjando y tomó el tamaño y la consistencia de su propio cuerpo. Ese algo maravilloso que habitaba en su interior salió al exterior, y entonces ya no hubo ninguna duda.

—Mi abuela supo, desde la primera vez que me tomó por entre sus brazos, quién era yo realmente —siguió explicando Belinda—. Reconoció enseguida a la bebita aprisionada en el cuerpo equivocado. Mi abuela siempre estuvo a mi lado cuando mi ilusión, mis sueños, mis esperanzas… tropezaban con aquel horrible… diminuto… ridículo… trozo de carne que había entre mis muslos. Aquel castigo que debí heredar por el pecado cometido por mi madre, y que yo intentaba arrancarme entre llantos desconsolados. —Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos—. Entonces llegaba mi abuela, con sus infusiones de serenoa, asegurándome que si me las bebía, sería a ojos de todos lo que ya era para ella. Porque para mi abuela fui Belinda desde el día en que nací, pese a que me bautizara con el nombre de Ernesto. Mi verdadero nombre… el nombre por el que ella me conocía era Belinda.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó entre susurros Adrien, sin llegar a comprender.

Belinda continuó hablando, de espaldas a él. No quería enfrentarse a su rostro mientras le explicaba que, el día que llegó a Nueva York, intuyó que esa ciudad le daría la oportunidad de ser al fin ella misma. Nueva York era el lugar perfecto para hacer realidad los sueños.

—Flavio Leone lo supo enseguida —siguió diciendo—. No tardó en darse cuenta de que Ernesto en realidad no existía. Que simplemente era el cascarón en el que se resguardaba Belinda. Flavio se enamoró de Belinda, y me ayudó a darle vida.

—Flavio Leone… —repitió Adrien como un autómata.

—Le debo mucho… muchísimo, pero el agradecimiento no tiene nada que ver con el amor que siento por ti… Adrien. Además, Flavio quiere que todo se quede como está. Él no lo entiende. Cuando Belinda surgió al completo… cuando te conocí… Ernesto se retiró. Ernesto murió hace tiempo. Ernesto sabía que tenía que irse. Lo aceptó con resignación porque era consciente de que, más pronto o más tarde, así debía ser. Pero Flavio se resiste a aceptarlo. Yo necesito evolucionar.

—¿Qué?… No… no…

Adrien comenzó a caminar de un lado a otro del camarote, aferrando con fuerza sus cabellos, negando entre susurros, convencido de que aquello no era más que otra de sus pesadillas. Esos sueños horribles que le asaltaban por las noches, de los que quería despertar.

—En otra vida… En una vida anterior, lejana, ajena —seguía explicando ella—… Ernesto existía en mí por culpa de un tremendo error de la naturaleza. Pero eso se puede corregir.

Belinda se dio la vuelta y se puso a rebuscar en su neceser. De allí sacó una carta que desplegó ante los ojos de Adrien. Él, con la mirada vidriosa, aferró el papel entre sus manos.

Institut für Sexualwissenschaft
(Instituto para el estudio de la sexualidad)
Tiergarten. Berlín (Alemania)

Estimada señorita Miller:

Deseo que al recibir la presente se encuentre bien.

Efectivamente, tal y como comenta en la carta que nos remitió, es misión de nuestra institución deshacer los errores que haya podido cometer la naturaleza. Lo llamamos «cirugía transformadora». El proceso podría extenderse a lo largo de varios meses. La primera intervención se realizaría bajo la supervisión de un sexólogo y consistiría en la extirpación completa de los órganos genitales masculinos. Una vez recuperada, intentaríamos injertar en su cuerpo un útero y un par de ovarios sanos.

No es nuestra intención alimentar esperanzas vanas, pero creemos posible que, tras esta última intervención, usted pueda ser madre, si es que ese es su deseo.

Estaremos encantados de recibirla en nuestro instituto para realizarle los estudios pertinentes.

Hasta entonces, la saluda cordialmente,

Doctor Magnus Hirschfeld

—¿Te das cuenta, mi amor? El error se puede solucionar. Cuando desaparecí en el pasado, lo hice porque no quería destruir tu vida. Flavio me dejó claro que, si te amaba de verdad, dejaría que estuvieses con una mujer al completo. Pero ahora es distinto. La ciencia me brinda una oportunidad y no pienso desperdiciarla. ¡Ahora puedo ser una mujer plena! Podremos casarnos… tener hijos. No es una intervención barata, pero dispongo del dinero que he ganado estos años. Estos dos millones me pertenecen. He trabajado duro. Flavio tiene bastante. Además está en la cárcel. Él no lo necesita. Yo sí… Nosotros sí…

—No… no… no puede ser…

Adrien tenía aún los ojos fijos en el papel que le había entregado Belinda. No era un sueño, sino una realidad. Incapaz de aceptar lo que estaba leyendo, dejó que la carta resbalase de sus manos, mientras la voz de Belinda retumbaba en sus oídos, como un eco lejano.

—El dichoso doctor Freud no deja de hablar del sufrimiento de las mujeres por la ausencia del miembro masculino —seguía explicando —. Pero él no sabe nada. No tiene ni idea del terrible dolor que se siente al no tener útero. Al no poder parir hijos. Esa sí es una verdadera mutilación.

Adrien volvió su mirada hacia ella, anhelando encontrar en su rostro una sonrisa; algo que indicase que todo era una broma. Una broma terrible, de mal gusto, cruel y despiadada, pero una broma a fin de cuentas, de la que se reirían en el futuro. Pero al mirarla ya no reconoció a Belinda. Lo único que vio fue a un hombre maquillado, vestido de mujer. Los pómulos de un hombre, las mandíbulas de un hombre, los hombros de un hombre, los brazos de un hombre, las manos de un hombre… Cómo no se había dado cuenta antes. Le vino a la mente la histriónica imagen de esos soldados que se disfrazaban de mujeres para bailar delante de sus compañeros en las peores noches de la guerra. El recuerdo de los que los miraban de forma lasciva, con el juicio absolutamente perdido.

Le dio asco, mucho asco.

—¡Eres un hombre! —gritó.

—¡No! —respondió Belinda con los ojos empañados—. No me has entendido. No me veas como un hombre… ni siquiera te pido que me veas como una mujer. Solo soy una persona. ¿Lo ves ahora? ¡Soy una persona! La persona de la que te has enamorado.

—¿De qué estás hablando? Eres un jodido hombre. Me has engañado.

—Escúchame… por favor. —Belinda intentaba acercarse a Adrien, que caminaba de un lado a otro del camarote, sacudiendo la cabeza,

llorando con desconsuelo—. Hay cosas de nuestra fisonomía que podemos alterar: nuestro peso, nuestro color de pelo, nuestro nombre… y, como ya puedes ver —dijo señalando la carta del Institut für Sexualwissenschaft que yacía en el suelo—, también nuestro sexo. Pero hay otras cosas que no podemos cambiar, y que son las que nos definen realmente. Una vez te pregunté qué era lo que te había enamorado de mí, y enumeraste tres cosas: talento, dulzura y belleza. ¿Lo recuerdas? Tú lo dijiste. Eso es lo que te ha enamorado. Te has enamorado de mí, ¡de Belinda! Como yo de ti, Adrien, amor mío.

Se acercó a él con la mano tendida, buscando acariciar el rostro de su amado.

—¡No me toques! —Adrien apartó su brazo de un manotazo.

Ella lo miró decepcionada, con las lágrimas brotando de sus ojos.

—Es posible que posea todas esas virtudes de las que decías estar enamorado —siguió hablando Belinda—, pero estoy segura de que también tengo fortaleza, porque sin ella no hubiera llegado a donde estoy. Y valor para robarle a un gánster por ir en busca de un sueño. Y un amor por ti infinito, que irá conmigo hasta el momento mismo de mi muerte.

—Belinda… —gimió Adrien, con los ojos inundados de lágrimas.

—¡Estoy aquí! ¡A tu lado! —clamó ella—. Lo único que he hecho ha sido luchar para poder ser digna de ti. ¿No lo comprendes?

—¡Devuélveme a Belinda! —sollozó.

—¡Estoy aquí! ¡Mírame!

Pero él ya no la veía. Una rabia creciente comenzó a hervir en su interior y lo único que percibía delante de sus ojos era el rostro de un joven asustado. Las manos de Adrien temblaban de ira y tenía los dientes tan apretados que le dolía la mandíbula. Se adelantó un par de pasos y observó el breve cuello moreno. Parecía el de un niño; tan delgado como un bambú. Aferrándolo entre sus manos, simplemente haciendo un poco de presión, y podría partírselo. Nunca le había quitado la vida a nadie por una razón. Todas las personas a las que había matado en el pasado eran completas desconocidas. Adrien sintió una oleada de pánico al darse cuenta de que podría arrebatarle en ese mismo instante la vida al ser que más había amado en el mundo. Estaba tan cerca que pudo alcanzar su cuello apenas estirando los brazos. Lanzó un grito que salió del mismo fondo de sus entrañas y que retumbó fuera de su cuerpo, mientras no paraba de repetir:

—¡Devuélveme a Belinda! ¡Devuélveme a Belinda! ¡Devuélveme a Belinda!…

Llegados a este punto creo que no voy a poder contenerme; supongo que ya sabes lo que va a pasar, ¿verdad? Eres demasiado

perspicaz. Quizás, mientras seguías con atención la pista de mis palabras, fuiste sospechando a quién podría pertenecer el cadáver del aeropuerto del susto. Te dije al comienzo de esta historia que un buen investigador no buscaba sospechosos, sino que posaba su atención en la víctima. La víctima tiene todas las respuestas. De ahí habrás sacado conclusiones sobre quién podría ser el asesino. Habrás estado atando cabos, uniendo puntos, escudriñando en lo que te he ido contando… así que no quiero mantener más la intriga. Te lo diré antes de que me consideres una tramposa.

Lo único genuinamente hermoso de la noche en la que murió Belinda Miller es que el aire olía a azahar, porque de su aroma me perfumo en primavera. Cuando quise darme cuenta, ella ya estaba muerta. Al ver su breve cuerpo sin vida sentí que se me inundaba el alma del sonido de un *blues* cantado a media luz en un famoso club de *jazz* de Nueva York; un murmullo que poco a poco se convirtió en el tarareo de una nana susurrada en lengua africana. Me vino a la boca el sabor de la melaza, que era igual al sabor de su piel, tal y como Adrien degustó en su momento. Y también me asaltó el recuerdo de un muchacho en La Habana que, al escuchar el estruendo de los motores de una avioneta, dirigió su mirada dorada al cielo. Un muchacho de piel oscura y enorme sonrisa sobre el que cayó una lluvia de panfletos en los que se anunciaba la Exposición Iberoamericana de Sevilla, impresos con la imagen de una hermosa mujer de pechos livianos que le recordó a ella misma.

Acogí a Belinda como la madre acuna por primera vez a su criatura recién nacida, con miedo de hacerle daño, admirada de que la naturaleza hubiera dado forma a tanta belleza con las mismas partículas que conformaban la luna, las estrellas y a mí misma.

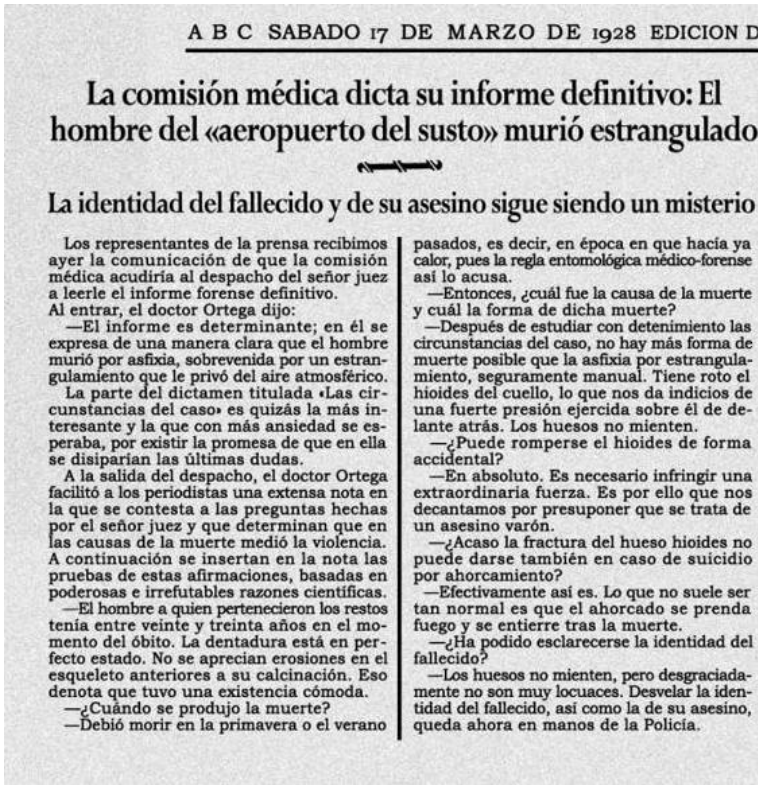
Son muchas las veces que he abierto mis entrañas. Otros seres en el pasado me conmovieron, pero lo de Belinda fue diferente. A ella la amaré para siempre. Ella, como tantos otros, forma parte de mí.

Me han cambiado el nombre tantas veces que en ocasiones me confundo: Hisbaal, Hispalis, Isbiliya, Sevilla… ¿Qué más da uno u otro? ¿Recuerdas lo que te decía al principio?

Una ciudad es algo más que tierra, por mucho que definan mi esencia con límites.
Y lo mismo ocurre con las personas. Algunas son infinitas.

Una ciudad lo ve todo desde el cielo,
pero no todos llaman su atención.
Solo algunos…

Capítulo XIX



A B C SABADO 17 DE MARZO DE 1928 EDICION DE

La comisión médica dicta su informe definitivo: El hombre del «aeropuerto del susto» murió estrangulado

La identidad del fallecido y de su asesino sigue siendo un misterio

Los representantes de la prensa recibimos ayer la comunicación de que la comisión médica acudiría al despacho del señor juez a leerle el informe forense definitivo.

Al entrar, el doctor Ortega dijo:

—El informe es determinante; en él se expresa de una manera clara que el hombre murió por asfixia, sobrevenida por un estrangulamiento que le privó del aire atmosférico.

La parte del dictamen titulada «Las circunstancias del caso» es quizás la más interesante y la que con más ansiedad se esperaba, por existir la promesa de que en ella se disiparían las últimas dudas.

A la salida del despacho, el doctor Ortega facilitó a los periodistas una extensa nota en la que se contesta a las preguntas hechas por el señor juez y que determinan que en las causas de la muerte medió la violencia. A continuación se insertan en la nota las pruebas de estas afirmaciones, basadas en poderosas e irrefutables razones científicas.

—El hombre a quien pertenecieron los restos tenía entre veinte y treinta años en el momento del óbito. La dentadura está en perfecto estado. No se aprecian erosiones en el esqueleto anteriores a su calcinación. Eso denota que tuvo una existencia cómoda.

—¿Cuándo se produjo la muerte?

—Debió morir en la primavera o el verano pasados, es decir, en época en que hacía ya calor, pues la regla entomológica médico-forense así lo acusa.

—Entonces, ¿cuál fue la causa de la muerte y cuál la forma de dicha muerte?

—Después de estudiar con detenimiento las circunstancias del caso, no hay más forma de muerte posible que la asfixia por estrangulamiento, seguramente manual. Tiene roto el hioides del cuello, lo que nos da indicios de una fuerte presión ejercida sobre él de delante atrás. Los huesos no mienten.

—¿Puede romperse el hioides de forma accidental?

—En absoluto. Es necesario infringir una extraordinaria fuerza. Es por ello que nos decantamos por presuponer que se trata de un asesino varón.

—¿Acaso la fractura del hueso hioides no puede darse también en caso de suicidio por ahorcamiento?

—Efectivamente así es. Lo que no suele ser tan normal es que el ahorcado se prenda fuego y se entierre tras la muerte.

—¿Ha podido esclarecerse la identidad del fallecido?

—Los huesos no mienten, pero desgraciadamente no son muy locuaces. Desvelar la identidad del fallecido, así como la de su asesino, queda ahora en manos de la Policía.

Serían más o menos las ocho y media de la mañana del viernes 11 de mayo de 1929, cuando sonó el teléfono en la redacción de *El Noticiero Sevillano*. Gonzalo Aguilar descolgó. Era su contacto en la policía para informarle de la aparición del cadáver de un hombre flotando en el río, a la altura del muelle de Nueva York.

—Lo más inquietante es que no ha muerto ahogado —le indicó la voz al otro lado de la línea—. Tiene un tiro en la sien. Te aviso por si quieres cubrir la noticia. Están esperando a que llegue el forense para proceder al levantamiento del cadáver.

Gonzalo sintió que una mano gigante le aferraba la garganta. Hacía dos días que no sabía nada de Adrien; era como si se le hubiese tragado la tierra. El día anterior, tras llamarle varias veces por teléfono, se acercó a su casa. Tocó al timbre de forma insistente. Como nadie atendió, abrió con la copia de la llave que guardaba por si acontecía alguna emergencia. El entrar en la alcoba de su amigo, se dio cuenta de que había vaciado los armarios y que faltaban dos maletas. Como también tenía la combinación de la caja fuerte, la abrió y comprobó que no había dinero, y que faltaba la pistola y la Cruz de Guerra.

Ni una nota. Ni una señal. Nada.

Gonzalo fue a hablar con Manuela, la casera, que vivía a una manzana, pero tampoco tenía noticias de Adrien. Lo mismo sucedía con Belinda Miller, desde su actuación en la gala del día de la inauguración, nadie volvió a verla. Se acercó al yate Reina María Cristina y allí tropezó con Domingo Amores. Lucía gesto severo. Su habitual sonrisa sardónica había desaparecido, sustituida por un profundo rasguño en su mejilla derecha. El oficial le mostró su inquietud por la ausencia de noticias sobre la cantante.

—En el camarote 23 están sus pertenencias: su ropa de calle, sus joyas, sus vestidos para las actuaciones… todo está allí, pero no hay rastro de ella. Quizás esté «entretenida» con algún hombre con el que haya coincidido la noche de la inauguración —insinuó con desagrado —. Con estas artistas americanas nunca se sabe…

—¿Me permitiría revisar su camarote? —le solicitó Gonzalo, obviando la valoración del oficial—. Quizás encuentre alguna pista que poder seguir para encontrarla.

—Lo siento muchísimo —se lamentó de forma teatral Domingo Amores—. Nos está absolutamente prohibido permitir el acceso a los camarotes de nuestros viajeros.

—Por supuesto. Lo comprendo. Claro…

El oficial le acompañó hasta la pasarela que unía el barco con el muelle y allí le despidió. Gonzalo la atravesó con la incómoda sensación de que no tardaría en arrepentirse si abandonaba el Reina María Cristina sin inspeccionar el camarote de Belinda. Cualquier pequeña pista sobre el paradero de Adrien que pudiera encontrarse en ese lugar desaparecería a lo largo de las siguientes horas, ya fuese por un posible registro policial o por la presencia del servicio de limpieza de la compañía naviera.

Aún no había puesto un pie en tierra cuando se dio la vuelta para volver la mirada al interior del barco. Domingo Amores había desaparecido, de manera que se le ocurrió que podría darse prisa y acceder a la zona de camarotes. El número 23 era el que Belinda ocupaba, según le había informado el oficial. Sin pensárselo dos veces, Gonzalo Aguilar se precipitó por la pasarela con el corazón acelerado, desandando sus pasos, rezando para no encontrarse con nadie por el camino. Si todos los barcos de la Compañía Trasatlántica tenían más o menos la misma configuración, el periodista supuso que encontraría la zona de camarotes de primera clase cerca de la cubierta principal. Desde allí se tenía una magnífica vista. Encontró la primera puerta numerada y se fue guiando hasta llegar a la 23, cruzando mentalmente los dedos para que no estuviera cerrada con llave. Tuvo suerte. Se deslizó dentro con rapidez y certificó que se trataba del camarote de Belinda Miller.

Domingo Amores le había dicho la verdad; las pertenencias de la cantante estaban allí y el desorden aportaba bastante información. Parecía que alguien la había interrumpido cuando se encontraba en proceso de hacer el equipaje. Las puertas del armario estaban abiertas de par en par y de las barras colgaban las perchas vacías. En la cama los vestidos, aparentemente lanzados sobre ella sin ningún cuidado, y una maleta a medio hacer. En el tocador, el neceser con el maquillaje, los perfumes, peines y cepillos dentro; parecía esperar a que alguien cerrase la cremallera.

De pronto algo llamó la atención de Gonzalo. La esquina de un papel asomaba por debajo de la mesita de noche. Se agachó para recogerlo. Era una extraña carta con el membrete de un instituto berlinés para el estudio de la sexualidad en la que se hablaba de la posibilidad de operar a Belinda Miller para amputar sus órganos masculinos.

—¿Qué diablos es esto? —masculló.

Creyó oír pasos al otro lado de la puerta, así que dobló el papel y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Esperó unos segundos con la mano en el picaporte. Cuando se hizo de nuevo el silencio al otro lado, abandonó el camarote. Caminó a toda prisa por la cubierta, en dirección a la pasarela. Tropezó con un par de pasajeros, los saludó con cortesía, y regresó a tierra con las manos temblorosas y el cerebro lleno de preguntas para las que aún no tenía respuesta.

Gonzalo llegó al lugar que le había indicado su contacto en la policía, diez minutos después de haber recibido la llamada en la redacción. El corazón le golpeaba en el pecho y sentía los latidos en las sienes, no solo por lo rápido que había recorrido la distancia que separaba la sede de *El Noticiero Sevillano* con el lugar en el que se había encontrado el cadáver, sino por el miedo a que el cuerpo cubierto con una manta, que descansaba en ese momento sobre el muelle, fuese el de su amigo Adrien. El forense ya había llegado y estaban a punto de colocarlo en la camilla para llevárselo.

Gonzalo se acercó al grupo de policías, con la libreta y la estilográfica en la mano.

—¿Se conoce ya la identidad del finado? —preguntó al único que no llevaba uniforme, que supuso era el forense.

—Según la documentación que llevaba en su cartera, se trata de Santino Neri, uno de los viajeros americanos del yate Reina María Cristina —le respondió sin mirarle a la cara.

—Tengo entendido que ha recibido un tiro en la sien. ¿Se sabe si es el resultado de un acto criminal? —siguió indagando el periodista—. O podría tratarse de un suicidio.

—¿De dónde ha sacado usted esa información? Tendrá que esperar al informe oficial. —El forense le dio la espalda, con gesto de desagrado.

—¿Podría verle el rostro? —insistió Gonzalo.

—Los periodistas son unos buitres… —murmuró uno de los policías.

—No me interpreten mal —continuó diciendo—. Yo puedo ayudar en la investigación. Conozco personalmente a Santino Neri y estoy seguro de que sería capaz de reconocerlo.

Los policías le observaron de arriba abajo y se miraron luego entre ellos.

—¿Y de qué conoce usted a Santino Neri? —inquirió el forense.

—Hace tres años hice el viaje inaugural de los trayectos Sevilla-New York, invitado por la Compañía Trasatlántica. Belinda Miller era la artista que actuaba durante la travesía y Santino Neri era su chofer.

Fue quien vino a recogerla cuando llegamos a América.

Mientras hablaban, un par de hombres colocaron el cuerpo en la camilla y lo levantaron para introducirlo en la camioneta de atestados. Gonzalo observó los movimientos con ansiedad. Necesitaba ver el rostro de ese cuerpo antes de que se lo llevaran al depósito. Necesitaba cerciorarse de que se trataba de Santino Neri y no de otra persona a la que le hubieran colocado en el bolsillo de la chaqueta la cartera del esbirro de Leone. Necesitaba corroborar que, debajo de esa manta, no estaba el cuerpo de Adrien.

—Puedo reconocer el cadáver, se lo aseguro —insistió—. No encontrará a mucha gente en la ciudad que pueda hacerlo.

El forense miró de reojo al jefe de policía, que asintió con gesto resignado.

Levantaron la esquina de la manta que quedaba más cerca de la cara del cadáver, y entonces pudo verlo. Un escalofrío recorrió su espalda. El rostro estaba abotargado y cerúleo, con los labios de un intenso tono violeta. Un pequeño agujero negro marcaba el centro de la sien derecha. Gonzalo no pudo contener las náuseas. Se dio la vuelta y trastabilló hasta llegar a la orilla del río, y allí vomitó el primer café de la mañana, y posiblemente la cena de la noche anterior. Cuando comenzaba a recuperar el aliento, una voz a su espalda le reclamó.

—Y entonces qué, ¿certifica que se trata de Santino Neri o no? —la pregunta sonaba burlona.

Gonzalo sacó un pañuelo de su bolsillo. Se dio la vuelta mientras se limpiaba la boca y asentía.

—Lo es… lo es… Santino Neri. Sin duda.

Fue lo único que pudo decir antes de que otra náusea sacudiera su cuerpo.

—Periodistas… —escuchó decir entre risas a los policías que ya se alejaban.

Tardó un buen rato en recuperar el aliento. Era un alivio que el cuerpo no fuese el de Adrien, pero la extraña muerte de Santino Neri, con un disparo en la sien, no hacía más que añadir nuevas preguntas al misterio. ¿Dónde estaba su amigo? ¿Dónde estaba Belinda? ¿Quién había matado a Santino Neri y por qué? Quizás Adrien y Belinda habían huido juntos. Primero hicieron las maletas en casa de él y después fueron al barco a hacer las de ella. Posiblemente Santino los descubrió y le dispararon para librarse de él. Tuvieron que huir de manera tan precipitada que no les dio tiempo a recoger las pertenencias de Belinda. Pero ¿qué significaba la carta del instituto alemán para el estudio de la sexualidad? ¿Era posible convertir un

hombre en una mujer? ¿Belinda no era una mujer? ¿Desde cuándo lo sabía —si es que lo sabía— Adrien?

Demasiadas preguntas sin respuesta que no pensaba formular en voz alta delante de nadie. Si Adrien y Belinda se habían fugado juntos, no estaba dispuesto a hacer averiguaciones que pusieran a su amigo en un aprieto.

Guardó silencio.

Gonzalo Aguilar en ese momento no podía saberlo, pero ese silencio iba a estar corroyendo su conciencia durante mucho tiempo.

Los locos años veinte terminaron de golpe el 24 de octubre de 1929, en lo que más tarde se conocería como el Jueves Negro, que paradójicamente se levantó soleado. Los americanos, inmersos como estaban en su exultante superioridad, en sus industrias automovilísticas, farmacéuticas, textiles, aéreas… en ese frenesí de la telefonía, la radio y las estrellas de cine… no supieron leer las señales. Los inversores mantuvieron la calma en un primer momento, recolocando sus gemelos de oro y aspirando el humo de sus puros habanos, hasta tal punto que el Jueves Negro se extendió al lunes y al martes. Y entonces se desató el caos. La policía tuvo que clausurar el edificio de la Bolsa. El derrumbe de la banca arrastró a la quiebra a infinidad de empresas que saldaban sus productos. El descenso de la actividad económica dejó a millones de personas en el paro. Los precios agrícolas cayeron por debajo del coste, llevando a la ruina a la gente que vivía del campo. Cuando los empresarios que hasta ese momento se habían considerado más prósperos comenzaron a lanzarse desde las ventanas de sus oficinas de Wall Street, se aceptó definitivamente el empobrecimiento de la sociedad estadounidense.

Estando así las cosas, la Compañía Trasatlántica tuvo que reconsiderar su proyecto de trasladar norteamericanos a España en viajes de lujo. Sus travesías cada vez tenían menos demanda y la oferta turística se dividió a la mitad. Pese a ello, el Manuel Arnús realizó unas cuantas idas y venidas más a Nueva York, manteniendo el mismo nivel de tratamiento y distinción hacia sus clientes.

Un día, a comienzos del año treinta, llegó a la redacción de *El Noticiero Sevillano* un teletipo que llamó poderosamente la atención de Gonzalo.

El cadáver de un marinero español aparece flotando en el río Hudson

New-York, 12 febr. (AP).— Domingo Amores, uno de los oficiales más veteranos de la Compañía Trasatlántica Española, apareció esta mañana flotando en el río Hudson, a la altura del muelle 8, con dos tiros en la cabeza, sin que se tenga constancia de las motivaciones de tan desagradable crimen.

Lille (Francia), 17 de mayo de 1934

El clima era maravilloso el día que Gonzalo Aguilar se decidió al fin a visitar a Jacqueline Chevalier. El periodista conservaba la dirección que Adrien le había dejado escrita en un papel para que le hiciera llegar a su madre la Cruz de Guerra, en caso de que algo malo le sucediera. La ausencia de noticias sobre su amigo le quitaba el sueño, pero fue la aparición del cadáver sin identificar en el campo de Hernán Cebolla, con una petaca con las dos CC del Cotton Club grabadas, lo que reavivó sus temores. Se empeñó en ser él quien se hiciera cargo de las noticias que surgieran sobre el caso para el periódico. Así se enteró de que la petaca estaba intacta, en comparación con la de Adrien, que se encontraba abollada en uno de los laterales por la paliza que había recibido en el muelle de Nueva York. También supo que, excepto por los daños en el hueso hioides, el resto del esqueleto estaba en perfecto estado, contrariamente a la lesión que se hubiera detectado en la rodilla derecha de tratarse del cuerpo de Adrien. Pero lo que fue definitivo era el anillo que encontraron cerca del cuerpo, y que los investigadores dudaban que perteneciera al cadáver. Pensaban que podría tratarse de un objeto perdido por alguno de los asistentes al aterrizaje del zepelín. Pero él lo reconoció de inmediato; se trataba de una alianza hecha con una moneda de plata, exactamente igual a las que Adrien talló para su boda con Cristina.

Igual a la que talló para Belinda Miller.

Gonzalo fue recogiendo cada pista, analizando datos, atando cabos… y lo que era el breve susurro de una sospecha se hizo palpable y difícil de ignorar: el cuerpo hallado en el aeropuerto del susto podría ser el de Belinda Miller. Ante la posibilidad de que así fuera, sin tener claro dónde estaba su amigo, y sin saber a ciencia cierta qué era lo que había sucedido, solicitó hacerse cargo del cadáver para que no lo enterrasen en una fosa común. Quería tenerlo localizado.

Tras realizar una pequeña investigación en la Embajada francesa, se enteró de que, en la dirección que su amigo le había dado, ya no vivía la madre de Adrien Chevalier. Tirando de un par de hilos supo de la existencia de la que debía ser su cuñada, que a esas alturas ya era la viuda de su hermano Tristán. Vivía en una encantadora casita a las afueras de la ciudad, con un pequeño jardín en el que estaban floreciendo las rosas. Llamó a la puerta y abrió una muchacha del servicio que le acompañó a un salón en el que le esperaba Jacqueline. Se trataba de una dama madura, delgada, elegante, con el cabello recogido en un moño bajo, vestida de pies a cabeza de negro, con un soberbio camafeo adornando el centro de su cuello. Le pidió a la

muchacha que les trajese café y unas pastas. Gonzalo se había puesto en contacto con ella por teléfono y no pareció sorprendida cuando le explicó que quería hablarle de su cuñado: el capitán del Ejército francés Adrien Chevalier. Como respuesta le propuso un encuentro en su casa.

La muchacha trajo la bandeja, la depositó sobre la mesa y Jacqueline le indicó que se marchara. Sirvió ella misma el café en la delicada vajilla de porcelana, decorada con florecillas rosadas.

—En su llamada de teléfono creí entender que usted conoce a mi cuñado Adrien —comenzó a decir.

—Sí. Efectivamente. Somos amigos desde hace muchos años.

—¿Desde cuándo lo conoce?

—Lo conocí en 1920, en Sevilla. Realizó un acto heroico y entablamos nuestra amistad a partir de ese momento. Pero hace cinco años que ha desaparecido y me preguntaba si, por fortuna, regresó al lado de su familia… si lo encontraría aquí.

Jacqueline le echó un par de cucharillas de azúcar a su café y le dio unas cuantas vueltas antes de comenzar a hablar.

—Es algo complejo —dijo de pronto—. El Adrien Chevalier que usted conoce me visitó aproximadamente en el tiempo que indica que le perdió de vista.

—¿El Adrien Chevalier que yo conozco? Disculpe. No entiendo…

Jacqueline le dio un sorbo a su taza con parsimonia y volvió a depositarla en el platillo. Tomó aire y continuó. Al parecer hacía unos cinco años, se presentó en su casa un hombre que decía llamarse Étienne Duval. Esbelto, de ojos azul metálico y piel pálida, le informó que había sido compañero de Adrien durante la guerra.

—Se sentó justo donde está usted ahora… en ese mismo sillón —indicó Jacqueline—. En realidad quería hablar con mi marido, pero lamentablemente Tristán había muerto de un ataque al corazón hacía dos años. Después de eso, y de forma bastante tímida, se interesó por mis suegros. Nunca conocí a mi suegro en vida. Había fallecido años antes de que yo me casara con Tristán. A quien sí conocí fue a mi suegra; yo la acompañé hasta su último suspiro. Étienne Duval quería saber si la madre de Adrien sufrió por la ausencia de su hijo. Insistía en conocer los detalles de cómo fueron sus últimos años; saber si las cartas que le llegaban de cuando en cuando desde España calmaban el dolor de la separación.

Aquel hombre que decía llamarse Étienne Duval, sentado en el salón de Jacqueline Chevalier, comenzó a narrar el horror de lo que tuvieron que vivir en la guerra. En mitad de la noche el cielo se partía en mil pedazos y el horizonte ardía como si se encontraran a las

puertas del infierno. Había muertos por todas partes, porque los vivos que se escondían en las trincheras también estaban muertos, apenas sujetos a su humanidad por pequeños detalles, como aquel soldado que encontró un gatito recién nacido y concentró toda su sensibilidad en salvarle la vida, como si fuese la única manera de recuperar al hombre que fue antes de llegar a ese lugar. La mayoría de los soldados habían perdido la noción del tiempo y apenas recordaban qué hacían allí y la razón por la que estaban muriendo y matando. ¿El amor a su país? ¿El patriotismo? ¿El honor? ¿La gloria? Argumentos ridículos si lo que había que entregar a cambio era una vida.

—Pocos días antes de la batalla de Verdún, el clima empeoró muchísimo. No paraba de nevar —siguió explicando Jacqueline—. Suspendieron todos los permisos, porque les llegaron noticias de que los alemanes estaban preparando un ataque, así que se pasaban el día y la noche escavando trincheras y extendiendo alambradas. Étienne Duval me contó que mi cuñado Adrien no desfalleció en ningún momento. Ayudaba a sus compañeros, los animaba… y así siguió cuando comenzó la batalla y se encontraban en clara desventaja.

Adrien Chevalier mantuvo su presencia de ánimo cuando los lamentos de dolor se escuchaban por encima de los bombardeos, como si fuese la misma Tierra la que clamara por las cicatrices que los obuses dejaban en su corteza. Los soldados tenían que caminar entre despojos humanos: pisando brazos, piernas, torsos… con intestinos enrollándose en los tobillos de los que seguían caminando aterrorizados, con las materias cerebrales de sus compañeros pegadas a las suelas de sus borceguíes.

—Étienne Duval me contó que un soldado alemán le clavó su bayoneta en la rodilla, y lo dejó inválido de por vida. Sentía tanto dolor que quiso ponerse a cubierto. Miró a su alrededor y vio a mi cuñado acercándose a él, y se sintió aliviado. Adrien era un hombre valiente, profundamente convencido de las razones por las que estaban allí. A fin de cuentas llevaba desde los dieciocho años formándose para una situación como esa, en la Escuela Especial Militar de Saint-Cyr. A mi cuñado Adrien le educaron para dar su vida por Francia. Como así hizo.

—Disculpe… no entiendo… Creo que no estamos hablando de la misma persona —interrumpió Gonzalo.

Jacqueline Chevalier sonrió.

—¿Desea otro café?

Sin esperar a que Gonzalo le respondiera, llenó de nuevo las tazas.

—Étienne Duval despertó dos días más tarde en un hospital de campaña enemigo sin saber quién era, sin un solo recuerdo de su

pasado, ni de cómo había llegado hasta allí. —Volvió a endulzar su café con dos cucharaditas y siguió hablando mientras lo removía con calma—. Un amable doctor alemán le explicó que le habían sacado del fondo de un cráter dejado por un obús. Estaba rodeado de cadáveres y tenía la rodilla destrozada. Era uno de los pocos supervivientes de su batallón. Por consideración a su rango, le habían hecho prisionero de guerra. Cuando le encontraron tenía en su mano la chapa de identificación. La única pista que tenía sobre quién era. En ella ponía: CHEVALIER Adrien. Nº 1827.

—No es posible —susurró Gonzalo—... Adrien no…

Étienne Duval le confesó que, poco a poco, fue recuperando la memoria. Su infancia feliz en Fleury-devant-Douaumont, los *crêpres* de azúcar hechos por su madre, las tardes en el taller de joyería de su padre… su nombre, su verdadero nombre, y su rango inferior al de capitán, algo que no debía aclarar en ese momento si quería salvar su vida. Hizo un esfuerzo para recordar la razón por la que tenía entre sus manos la chapa identificativa del tal Adrien Chevalier. Entonces le vino a la mente aquel agradable y aguerrido capitán que le encargó un anillo, como esos que él hacía con monedas, para la prometida de su hermano. Rememoró el clamor de la batalla, el momento exacto en el que el capitán extendió la mano para ayudarle, el estallido del obús que los lanzó a los dos por los aires, el terrible golpe contra el suelo, el olor mareante que los envolvía… y él aferrando el cuello de Chevalier en busca de un rastro de vida. Y luego la oscuridad.

—Pero… ¿cómo es posible? —seguía susurrando Gonzalo.

Jacqueline se levantó y caminó hasta la chimenea. Sobre ella, en el estante, había una caja de madera de la que sacó algo antes de regresar al sofá.

—Este es el anillo —le mostró.

Era similar al que llevaban Gonzalo y Cristina. Igual al que se encontró en el campo de Hernán Cebolla. Algo lógico, teniendo en cuenta que los había hecho la misma persona.

—Y este es mi cuñado, Adrien Chevalier… junto a Étienne Duval. —Jacqueline puso en las manos del periodista la fotografía de dos hombres, un capitán y un soldado, tomada en el interior de una trinchera—. La envió mi cuñado junto con el anillo, con una carta en la que nos explicaba el talento que el joven que posaba junto a él en la fotografía tenía haciendo alianzas con las monedas. —Gonzalo se aferraba a la imagen reconociendo a su amigo en ella—. Este es Étienne Duval —le aclaró Jacqueline, colocando el dedo índice sobre el que Gonzalo siempre había conocido como el capitán Adrien Chevalier.

—Nos ha estado mintiendo todos estos años…

—No creo que deba tenérselo en cuenta —disculpó la mujer.

Cuando la guerra terminó y le liberaron del campo de prisioneros, Étienne Duval regresó a su casa dispuesto a deshacer el equívoco del intercambio de identidad, rezando para que sus padres estuvieran bien. Pero sus plegarias no fueron escuchadas. Fleury-devant-Douaumont fue uno de los nueve pueblos que quedaron arrasados tras la guerra. Las declararon *village mort pour la France* «villas muertas por la patria». En lugar de las calles, las plazas, la iglesia, la joyería, su casa… lo único que encontró fue un territorio baldío, un paisaje lunar. En algunas zonas el nivel del terreno se había hundido hasta siete metros, por la cantidad de obuses que cayeron sobre él. No había registro de supervivientes. Si alguien se salvó, huyó del lugar sin dejar rastro.

Étienne Duval no sabía qué hacer, ni a quién acudir. Entonces le vino a la mente la doctora Nicole Mangin, la mujer que le atendió en el hospital de campaña cuando sufrió la diarrea sanguinolenta, la que le escuchó en sus peores momentos, invistiéndole fuerza y confianza. Recordaba que ella le había dicho que tenía una clínica que atendía a tuberculosos en París, y decidió viajar hasta allí. No sabía muy bien lo que andaba buscando; quizás simplemente encontrar a alguien conocido, recuperar la sensación de pertenencia, sentir que su existencia tenía un significado para alguien. Pero la vida parecía burlarse de Étienne. Al llegar a la capital francesa, cuando se dirigió a la dirección en la que se suponía que estaba la clínica, le informaron de que Nicole Mangin había muerto en junio de 1919, apenas un mes antes de que él llegara. Unos decían que de cáncer, otros que de una sobredosis de morfina con la que intentaba aliviar el dolor que le provocaba la enfermedad. Pero él estaba seguro de que a Nicole le había asaltado la misma desolación que él sentía en ese momento. Pero ella fue mucho más valiente a la hora de encontrar alivio.

Esa noche Étienne Duval tomó varios calvados de más en una taberna de mala reputación cerca del Passage Verdeau. Estuvo a punto de pelearse con un tipo que miró de reojo su cojera. Luego apostó diez francos a que era capaz de ganarle un pulso al camarero, un marinero marsellés con la espalda como una armario de dos puertas. Étienne perdió la apuesta. Tras eso le acompañaron con poca cortesía a la salida. Caminó por las calles dando bandazos, trastabillando, dormitando a ratos en el quicio de algún portal, hasta que se hizo de día. Con la mente pesada y la boca pastosa, recorrió los puestos de los *bouquinistes,* aquel mercado fascinante de libros antiguos y de segunda mano que se extendía a las orillas del Sena; el único río del mundo

cuyo cauce transcurre entre librerías. Allí encontró una edición manoseada de *Carmen* de Prosper Mérimée. La compró y caminó hasta los Campos de Marte. Se sentó en un banco y desayunó un *croissant* mientras la leía. Al terminar, contempló absorto la belleza de la Torre Eiffel, sorprendido de que tanta gente la hubiera considerado una aberración. Y fue entonces cuando decidió que Étienne Duval acababa de morir. A partir de ese momento sería Adrien Chevalier.

El capitán Adrien Chevalier. Un héroe.

Un buen día, una persona decide que es un fracasado.
Un buen día, una persona decide que es un héroe.
Decida de lo que decida, en eso se convertirá.

Se dirigió al Ministerio de Pensiones, Primas y Subsidios de Guerra con sus chapas identificativas y el justificante que le dieron en la prisión de Baviera de haber pasado los últimos meses de la contienda cautivo por los alemanes. De esa manera consiguió que le expidieran un duplicado de sus documentos de identidad. En ese momento supo que el verdadero capitán Chevalier era cinco años mayor que él. Temió que el funcionario sospechase la mentira tras observar su rostro imberbe. Pero no tuvo ningún problema. El hombre le informó con solemnidad de que le iban a condecorar con la Cruz de Guerra en agradecimiento por sus actos heroicos. Además, teniendo en cuenta su herida en la rodilla, le correspondía de forma vitalicia una pensión a cuenta del Gobierno francés.

—¿Y ustedes no hicieron preguntas? —se extrañó Gonzalo—. Sus suegros, su marido… ¿no intentaron averiguar el paradero de Adrien?

—Por supuesto —interrumpió Jacqueline—. Mi suegra pasó meses destrozada desde que le dijeron que su hijo había desaparecido en la batalla de Verdún. En su corazón siempre albergó la esperanza de que Adrien estuviera vivo en alguna parte. Quizás con la memoria perdida. Se asomaba cada día a la ventana, esperando su regreso.

—Debió sufrir muchísimo…

—Sí, así fue… sufrió muchísimo… hasta que recibió la primera carta firmada por Adrien, en la que le anunciaba que estaba vivo, que vivía en España, que tenía un buen trabajo y que era feliz allí. Siguió recibiendo cartas, una por mes, desde Sevilla, en las que le hablaba de

las flores, de la luz del sol… de su amistad con usted.

—¿Les habló de mí?

—Muchas veces. Le tenía en alta estima.

—¿Nunca sospecharon que no era el verdadero Adrien el que les escribía?

—Mi marido siempre supo que no era él. Conocía bien a su hermano. Era militar de corazón, amaba Francia y a su familia… especialmente a su madre. Jamás se hubiera ido de esa manera.

—¿Y entonces…?

—Entonces… entonces… ¿nunca ha oído usted hablar de las mentiras piadosas? ¿Sabe usted lo que hacían con los pocos muertos que lograban encontrar de una pieza tras las batallas?

Jacqueline le contó que, si los cadáveres tenían la suerte de que las bombas no les hubiesen arrancado las chapas de identidad, se quedaban con una de ellas para enviarla a la familia junto con la cartilla militar y una carta tipo, lamentando el fallecimiento de su allegado. La otra chapa se quedaba con el cadáver, o la dejaban colgando en la cruz que clavaban en sus tumbas.

—Y eso si el que los enterraba tenía la deferencia de colocar dos palos cruzados encima —suspiró Jacqueline—. Al acabar la guerra, algunos padres fueron a buscar a sus hijos. Entonces se supo que los enterraban envueltos en un saco, que muchas tumbas carecían de señas de identidad, que en otras habían clavado en la tierra una botella boca abajo, con un papel dentro en el que habían garabateado un apellido. Algunos exhumaron el cuerpo que yacía bajo el nombre de su familiar y lo que encontraron fue a un soldado con uniforme alemán. Así que…dígame usted, ¿qué cree que una madre débil y triste preferiría: un hijo ausente viviendo feliz en Sevilla, o un hijo desmembrado, enterrado Dios sabe dónde? —Jacqueline se encogió de hombros—. Mi marido eligió la primera opción para mi suegra.

—Lo entiendo perfectamente —respondió Gonzalo.

—Creo que Étienne Duval no era una mala persona, simplemente se vio arrastrado por una mentira. Las mentiras procrean, ¿sabe usted? Una mentira genera otra y otra y otra… y es muy difícil salir de eso —siguió explicando Jacqueline—. Escribía a mi suegra puntualmente cada mes. Las cartas seguían llegando, incluso cuando ella murió, porque no teníamos manera de contactar con él para avisarle. Nunca puso remite y tampoco queríamos ir a preguntar en el Ministerio de Pensiones, Primas y Subsidios de Guerra a dónde le enviaban el dinero, por no levantar sospechas. Lo dice la Biblia: «Quien esté libre de pecado que lance la primera piedra». Estoy segura de que todos hemos hecho algo de lo que nos arrepentimos; algo que

nos gustaría poder reparar… y esa fue la manera que él encontró. Esa y venir a traer la Cruz de Guerra hace cinco años. —La señaló con la mirada. Gonzalo no se había dado cuenta de que estaba enmarcada, sobre la chimenea—. Me dijo que esa cruz le había servido para dirigirse por la vida con honor. Que le ayudaba a honrar el nombre que había adoptado: capitán Adrien Chevalier. Pero aseguró que en los últimos tiempos había cometido un acto terrible y que no era digno de llevarla encima. Esa era una de las razones por las que debía a alejarse de esa cruz. Y del resto del mundo.

—¿Sabe a dónde fue? ¿Dónde podría encontrarlo?

Jacqueline negó con la cabeza.

—No creo que lo vaya a encontrar. Parecía realmente apesadumbrado. Dijo que merecía un castigo y que iba a entregarse a la policía militar. Iba a confesar que había usurpado la identidad de un superior y que llevaba más de diez años recibiendo una pensión que no le correspondía.

—¡¿Se entregó a la policía militar?! —exclamó Gonzalo.

—Le dio igual que yo le dijera que no iba a denunciarle. Insistía en que merecía un castigo.

—¿Está en la cárcel?

—Algo mucho peor.

Jacqueline Chevalier le contó que le juzgaron por estafa al Gobierno francés, usurpación de identidad y por desertar del campo de batalla. Para ellos, el tiempo que el capitán Adrien Chevalier fue prisionero de guerra en Baviera fue un tiempo en el que Étienne Duval desertó de sus obligaciones militares.

—Eran cargos muy graves —le explicó Jacqueline—. Le condenaron a pasar quince años en la Isla del Diablo.

—¿La Isla del Diablo? ¿Qué es eso? ¿Una prisión?

—Es el lugar al que llevan a los hombres de los que se quieren olvidar.

Tras abandonar la casa de Jacqueline Chevalier, Gonzalo se puso a investigar sobre la Isla del Diablo. Se trataba de un islote frente a la Guayana Francesa que el Gobierno de Francia utilizaba como penal desde los tiempos de Napoleón III. Al parecer, allí iban a parar todos aquellos que la sociedad quería apartar de su lado, con independencia del crimen cometido. Si lograban sobrevivir al traslado hasta la isla, a las enfermedades tropicales y a los mosquitos, se enfrentaban a trabajos forzados, catres húmedos y aislamiento. El fuerte oleaje que azotaba la zona hacía que la gran parte de los prisioneros desistiera de un intento de fuga. El nombre de la Isla del Diablo era perfecto para un lugar como ese.

Gonzalo estaba horrorizado. Se puso en contacto con la Embajada española en París para hablarles del caso. Destacó que Adrien Chevalier, o Étienne Duval, o como quiera que apareciera registrado en esa maldita prisión, había trabajado por España, ayudando a poner en pie la Exposición Iberoamericana. Exigía una mediación diplomática para poder traerlo de vuelta a casa. Pero no consiguió nada. Al parecer era un asunto interno del Gobierno francés en el que ellos no tenían nada que decir. El embajador intentó quitarle de la cabeza la idea de que su amigo regresara alguna vez con vida a la civilización. De hecho, el ochenta por ciento de los presos enviados a la Isla del Diablo jamás regresó. Cuando su condena se terminaba, debían permanecer en la Guayana Francesa el mismo número de años que habían estado en la isla, antes de regresar a Francia. Pocos lo lograban. Ni siquiera muertos podían volver. Los lanzaban al mar y había quien aseguraba que la población de tiburones que rodeaba la isla se había multiplicado desde que los franceses decidieron poner allí su prisión.

—Lo siento mucho —le despidió conmovida la jovencísima secretaria del embajador cuando le vio salir cabizbajo del despacho.

—Quizás usted pueda ayudarme —le indicó Gonzalo—. Si en algún momento se entera de que un prisionero de la Isla del Diablo llamado Étienne Duval es liberado y regresa a Francia, ¿podría avisarme?

—No sé si yo…

—Me basta con que me diga que lo intentará —rogó—. Tenga mi tarjeta. Le escribo por detrás el nombre. Bueno, mejor dicho, le escribiré dos nombres: Étienne Duval o Adrien Chevalier. Si se entera de algo relacionado con alguno de ellos, no dude en ponerse en contacto conmigo. Es un asunto de vida o muerte.

Los años fueron pasando. Cristina y Gonzalo intentaron seguir adelante con los planes que tenían previstos para su vida. Ella se convirtió en una destacada concertista de piano y tenía pensando poner en marcha un conservatorio. El tiempo suavizó las relaciones con sus padres, incluso llegó el momento en el que Emily Suffield presumía ante sus amistades del talento periodístico de su yerno. Cerraron *El Noticiero Sevillano* y Gonzalo comenzó a trabajar para el *ABC,* a la vez que intentaba escribir la novela que daba vueltas a su cabeza desde hacía años; con los viajes en barco entre Europa y América, la crisis tras la Exposición y el mundo después del crac del 29 como telón de fondo.

Pero entonces vino el desastre de la guerra entre hermanos a sacudir España. Fue como si una mano gigante le hubiera lanzado un zarpazo en el pecho y luego hubiese echado sal sobre las heridas.

Gonzalo perdió un poco de su alegría, porque nunca imaginó que las personas fueran tan ridículamente estúpidas como para repetir historias de guerra como las que le contó Adrien Chevalier. El ser humano no terminaba de aprender jamás. Al finalizar la contienda, Gonzalo publicó su novela, aunque el tema había cambiado. La tituló *Eclipse de luna* y en ella describió, con mordiente rabia, las atrocidades que se cometían en las guerras mundiales en general, y en las guerras civiles en particular.

Deseoso de seguir encontrando pistas que dieran respuestas a sus preguntas, aprovechó un viaje a Alemania para visitar el Institut für Sexualwissenschaft en Berlín. Lamentablemente, tras la llegada al poder de los nazis, se creó un programa nacional de censura y las investigaciones que se llevaban a cabo en el instituto para el estudio de la sexualidad fueron prohibidas. Sus archivos, historiales médicos y biblioteca sucumbieron una noche, pasto de las llamas. Gonzalo supuso que entre ellos estaría el expediente de Belinda.

Al menos una vez cada tres meses, llamaba a la Embajada española en Francia para preguntar por el prisionero de la Isla del Diablo, Étienne Duval. La secretaria siempre le respondía lo mismo:

—No hay noticias al respecto.

Hasta 1946.

Fue entonces cuando los medios de comunicación internacionales anunciaron que el penal francés de la Isla del Diablo se cerraba. Los prisioneros que aún continuaban allí serían repatriados.

En el mismo momento en el que Gonzalo se enteró, telefoneó a su contacto en la Embajada española en Francia, pero seguía sin poder darle buenas noticias. En la lista de los casi dos mil presos que regresaban a la metrópoli no figuraba ningún Étienne Duval. Tampoco había nadie llamado Adrien Chevalier.

—Eso no quiere decir que haya muerto —se apresuró a informar la secretaria, tras detectar la desilusión en la voz de Gonzalo—. Muchos han preferido quedarse en la Guayana Francesa. Allí hace buen clima y nadie los juzga. Quizás su amigo se encuentre allí.

—Quizás… —respondió lacónicamente el periodista.

Capítulo XX

«El corazón de un sobreviviente es como una campana
de cristal con una pequeña grieta: Ya no resuena».
Fred Wander

(…). El enunciado «La mirada de las mil yardas» surgió por vez primera en un artículo de *Life Magazine* (1944). Hacía alusión a una pintura del artista Tom Lea en la que destacaban los ojos vacíos de un soldado en plena batalla. En la actualidad sirve para definir la mirada inerte que puede aparecer en personas que han tomado parte en una guerra o que se han visto expuestas a una terrible tensión (…). Un sonido elevado o un suceso traumático pueden detonar incapacidad de reacción y que el sujeto parezca ajeno a la realidad que le rodea.

Fue el británico Charles Myers el que en 1915, tras observar a determinados combatientes de la Gran Guerra, utilizó por primera vez el término *shell shock* para referirse a una enfermedad que se atribuyó al efecto de la explosión de las granadas (…). Más tarde, con el desarrollo de la II Guerra Mundial, el mismo cuadro fue descrito bajo el nombre de «fatiga de combate». A lo largo de la historia ha recibido otros nombres: neurosis de guerra, síndrome del corazón del soldado o choque de las trincheras (…). Los síntomas más comunes son la hipersensibilidad al ruido, irritabilidad, depresión, insomnio, actividad onírica agitada, represión voluntaria de recuerdos perturbadores…

Artículo publicado en *The Modern Scientist*. Mayo de 1969

Gonzalo Aguilar llegó a París un 12 de mayo de 1969. La secretaria de la Embajada española en Francia, que a esas alturas estaba a punto de jubilarse, le telefoneó para informarle de que acababan de ingresar en el área de geriatría del hospital de la Pitié-Salpêtrière a un anciano llamado Étienne Duval. El resto de señas también coincidía. Tenía setenta y tres años y le habían condenado a quince en el penal de la Isla del Diablo por usurpación de identidad, deserción y estafa al Gobierno de Francia. Gonzalo ardía en deseos de verlo, pese a estar temeroso por lo que podría encontrarse, por si la vida le había tratado demasiado mal.

El hospital de la Pitié-Salpêtrière estaba en el distrito XIII de París, en la margen izquierda del Sena. Se trataba de un edificio del siglo XVII que muy bien podría definirse por su elegante estilo arquitectónico, aunque eran los intríngulis de su pasado lo que lo convertía en una institución legendaria. Encargado por Luis XIV siguiendo la idea inicial de una sobrina de Richelieu, fue planteado en su origen para salvar las almas y atender los cuerpos de los mendigos de la ciudad que, hasta ese momento, vivían en desorden y libertinaje como Dios —o el diablo— les daba a entender.

El edificio se dividió en varias partes; guardería, asilo, hospicio, prisión, reformatorio, una pequeña enfermería… pero era en la llamada *salpêtrière* donde enviaban a las mujeres denunciadas por sus esposos, a las prostitutas y a las enajenadas sin solución. Allí encerraron a la condesa de la Motte, tras condenarla por estafa a cadena perpetua, por estar implicada en el espinoso asunto del collar de la reina María Antonieta. La condesa debía pasar el resto de su vida cubierta con hábito gris, calzada con zuecos y comiendo únicamente lentejas y pan negro. Para su fortuna, logró escapar vestida de hombre y huyó a Londres, donde publicó su versión de la historia del collar en la que toda la culpa la tenía María Antonieta. El libro obtuvo un clamoroso éxito de ventas.

Con el paso del tiempo, el hospital de la Pitié-Salpêtrière se había convertido en uno de los más prestigiosos para el tratamiento de enfermedades mentales, de manera que incluso el mismo Freud pasó cuatro meses formándose allí en su juventud. Las hermanas de la Caridad de San Pedro atendían una de las alas del hospital reservada a

ancianos aquejados de senilidad.

La monja que recibió a Gonzalo, una mujer joven y sobria, le indicó que la acompañara. Atravesaron una luminosa galería con ventanales que daban al patio central, hasta llegar a un pasillo de techo abovedado, salpicado cada diez metros por un banco de madera.

—¿Y cuánto hace que no ve a su amigo?

—Cuarenta años.

—*Mon Dieu!* —Se persignó—. Pues no espere demasiado. Este tipo de personas empieza olvidando dónde dejó las llaves y acaba olvidando para qué sirven las llaves. ¿Me comprende? Y su amigo… bueno… ¿cómo decirlo? Cuesta mucho relacionarse con él. No mantiene contacto visual con la mayoría de la gente. No permite que le toquen…

—Entonces en eso no ha cambiado —bromeó Gonzalo. Ella le miró de reojo—. No me haga mucho caso. Estoy un poco nervioso.

—Ha tenido que sufrir mucho —siguió diciendo la monja—. El crimen que cometiera lo ha pagado con creces —bajó la voz—. Es mejor que haya olvidado ciertas cosas. El secreto de la felicidad radica en recordar lo que debe ser recordado y olvidar lo que debe ser olvidado. Y parece que esa Isla del Diablo es uno de esos lugares que es mejor olvidar… por lo que dicen.

—Eso me han dicho —inspiró Gonzalo.

El aire que entró en sus pulmones sonó como un lamento. Ella volvió a mirarle de reojo antes de seguir hablando.

—Tiene lagunas de memoria, pero es muy habilidoso. En el taller de manualidades hace pulseras, pendientes, anillos… con cualquier metal.

—Su familia tenía una joyería en Fleury-devant-Douaumont.

—¡No me diga! Ahora todo cobra más sentido. Es muy interesante cuando algún allegado nos cuenta cosas sobre la vida pasada de nuestros residentes.

Gonzalo se sintió apenado; gran parte de los detalles que ahora conocía sobre la infancia y juventud de Étienne Duval los había recopilado durante los últimos cuarenta años; cuando ya no estaban juntos. ¿Cómo era posible que nunca hablara con Adrien de sus padres? O de su vida en Francia antes de la guerra…

Salieron a un pequeño patio porticado con pozo en el centro, rodeado de tiestos.

—¿Ve lo que le decía? Ahí lo tiene, ensartando cuentas en un collar. Le avisamos de que un buen amigo de su juventud iba a venir hoy a verle. Le hemos explicado quién era usted… y que venía de España. Pero, bueno… ya le digo que no espere demasiado. Les dejaré

solos.

Los pasos de la monja se alejaban mientras Gonzalo tragaba saliva sin saber muy bien cómo debía actuar. Su amigo… Su gran amigo, el hombre al que tanto debía y al que tanto tiempo llevaba buscado, estaba a pocos pasos de distancia. Seguía conservando todo su pelo, aunque ahora ya no era del color de la miel clara, sino absolutamente blanco. Mantenía su porte firme, pese a estar sentado en un banco, medio inclinado, afanado en su labor. Estaba lo bastante cerca como para poder posar la mano en su hombro. Pero no lo hizo.

—Étienne —le llamó bajito—. Étienne —pronunció un poco más alto.

Nada.

Gonzalo suspiró. Se sentó a su lado. Se había pasado el viaje en tren concienciándose de que no sufriría si Adrien no le reconocía, incluso si se negaba a verle. Pero, si era sincero consigo mismo, eso no era cierto. Sería muy doloroso para él aceptar que su amigo le había sacado de la memoria. En su mente romántica de escritor las historias no terminaban de esa manera.

Suspiró de nuevo.

Se asomó a sus ojos para comprobar que seguían siendo azul frío. Quizás, con el paso del tiempo, podrían definirse como gris marino. Allí estaba también la pequeña cicatriz de su ceja izquierda. Y entonces aquellas pupilas se volvieron rápidamente hacia él. Si se hubiese tratado de un ruido, hubiera sonado más o menos como un navajazo en un espejo.

—¡Adrien! —exclamó Gonzalo.

—¿Qué?

—¡Adrien!

—¿Qué? ¿Qué?

—¿Sabes quién soy?

—Pues claro que sé quién eres. El que parece que no sabe quién soy eres tú.

Gonzalo se echó a reír, más por la felicidad que por lo divertido del comentario.

—¿Por haberte llamado Étienne?

—Mi padre siempre me decía que no me olvidara nunca de quien soy. Pero ¿quién soy yo? No lo sé… ¿Quizás el joven que vivió diecinueve años en Fleury-devant-Douaumont bajo el nombre de Étienne Duval? ¿El capitán francés Adrien Chevalier que fue nueve años feliz en Sevilla? O quizás este. —Se levantó la manga de la camisa y le mostró un número tatuado en el antebrazo—. El 7846 que casi muere en la Isla del Diablo.

—Adrien… —balbuceó Gonzalo.

—Sí… a mí también es ese el nombre que más me gusta. He de reconocer que mi mejor virtud ha sido saber mentir estupendamente mientras fui Adrien Chevalier.

Guardaron silencio durante un par de minutos. El uno al lado del otro, con la mirada fija en la punta de sus zapatos, oyendo el trinar de los pájaros, el susurro del viento entre las columnas del patio…

—¿Qué le ocurrió a Belinda? —interrumpió de pronto Gonzalo.

Un lamento tranquilo sacudió la garganta de Adrien al levantar la cabeza. Buscó la fuerza para responder en la porción azul del cielo que quedaba sobre ellos.

—Belinda… mi luz. —Ansió el aire y continuó hablando—. Cómo es de caprichoso el amor… No decidimos de quién nos enamoramos. Pasa, sin más. De pronto te haces consciente de que tu vida es mejor… más plena… si esa persona está a tu lado. Y a pesar de ello todo es muy frágil, como si llevases el alma en carne viva. —Volvió la cabeza para mirar a Gonzalo—. Yo, que he sido el rey de los mentirosos, no supe qué hacer con su verdad.

—Todos mentimos, Adrien. Lo importante es conocer la razón por la que lo hacemos.

—Las mentiras no son del todo malas. Pueden incluso salvarte la vida. Las verdades son crueles a veces, y entonces llega una mentira que sirve para curar una herida. Hay mentiras que consuelan más que la verdad. Y, como tú bien dices, ella era como todo el mundo, pero su mentira me sobrepasó. Creí que su mentira era más grande que la mía. Y la juzgué y condené por ello.

Adrien comenzó a relatar lo que sucedió la noche del 9 de mayo de 1929. Los días previos a la llegada de Belinda se vio sacudido por un cúmulo de emociones. Por una parte tenía miedo de que ella le hubiese olvidado, que regresara del brazo de Flavio Leone, mostrándole indiferencia. Pero por otra necesitaba volver a verla y aspirar el aroma que la envolvía. Sentir su piel y mirarse en sus ojos. En cualquiera de los casos, esperaba encontrar respuestas a la ausencia porque, sin ellas, creía que acabaría por volverse loco —si es que no lo estaba ya—.

Le contó a Gonzalo que el encuentro no fue ni mucho menos como se lo había imaginado, sino mil veces mejor. En apenas unos segundos recuperaron los años perdidos. Esa conexión que sintieron en el pasado se restableció con el paso de las horas. Adrien hablaba del recorrido por la Exposición Iberoamericana, del algodón de azúcar, los carruseles del parque de atracciones, del agua y las luces de colores de la fuente central de la plaza de España… y de esos ojos de oro,

radiantes como nunca. Entonces tuvo la certeza indefectible, clara, evidente, de que era él quien provocaba ese brillo. Daba igual lo que sucediera a partir de ese momento; decidió que lo que quería hacer con el resto de su vida era encender cada día esa luz en los ojos de Belinda Miller.

Por eso no lo dudó cuando ella le propuso escaparse juntos, ni siquiera al saber que se había llevado dos millones de dólares de las arcas de Flavio Leone con los que le proponía empezar de cero lejos, donde nadie pudiera encontrarlos.

—No lo dudé ni un segundo, Gonzalo —afirmó—. Ni tuve miedo a las posibles represalias de Leone. En ese momento me sentía invencible. Jamás en la vida había estado tan convencido de algo —suspiró y siguió hablando—. Pero entonces esa leve vocecilla que en muchas ocasiones susurraba en mi oído… Me atormentaba, Gonzalo. También cuando estaba contigo. Esa voz recordándome que yo no era el aguerrido capitán francés Adrien Chevalier, sino un vil usurpador de identidad.

Adrien no quería comenzar su vida junto a Belinda sin que ella conociese la verdad. Le parecía una traición no decírselo. Cómo iba a formar un hogar, a casarse y tener hijos junto a una mujer que no sabía quién era él realmente. Sería como intentar levantar un edificio con andamios comidos por la carcoma.

—Quería desenmascararme ante ella. Contarle toda la verdad… toda mi mentira… pero ella se me adelantó. Se me adelantó, Gonzalo… se me adelantó… Y no pude con su sinceridad.

Adrien sintió que ese ser que le hablaba, ese ser desconocido, monstruoso, cruel… le arrebataba a Belinda. Estaba dispuesto a aceptar que ella hubiera regresado junto a otro, o despreciándole, o ignorándole… hubiera preferido pasar el resto de su vida buscándola por cielo, tierra y mar. Aunque jamás la hubiera encontrado. Estaba preparado para ello. Podía con todo eso, porque eso le permitía conservar la ilusión de volver a tenerla entre sus brazos. Pero esa verdad era cruel. Aniquilaba cualquier esperanza. Era como si estuviese muerta.

Mucho peor que si estuviese muerta.

—Me lancé a su cuello —prosiguió, adelantando la manos en el aire, repitiendo el gesto, con los ojos llorosos—. Estaba dispuesto a quitarle la vida, pero no a ella, ¿comprendes? No a ella… A ella no. Yo quería a matar esa verdad que no podía soportar.

La voz de ese ser que Adrien ya no reconocía como Belinda repetía que era Belinda. Lo repetía una y otra vez, primero deprisa, después más lento, al sentir que las manos aflojaban la presión en torno al

cuello. Y entonces Adrien vio su reflejo en los ojos de Belinda. Sus ojos irrepetibles.

Era Belinda.

Allí estaba.

En lugar de desear su muerte lo que quería era besarla. Los pulgares acariciaron un par de segundos la laringe y se le llenaron los ojos de lágrimas. Lloraba amargamente, con un dolor de siglos atrapado en el pecho, como un niño asustado. Hipando, negando con la cabeza.

Ambos lloraban.

Y entonces se dio la vuelta y caminó pesarosamente en dirección a la puerta, escuchando a su espalda la voz de Belinda, llamándole por su nombre usurpado: «Adrien… Adrien… Adrien…», incapaz de aceptar la mentira de ella.

Abandonó el camarote sintiendo que acababa de morir de nuevo.

Lo que ocurrió entonces en el camarote 23 del yate
Reina María Cristina solo yo pude verlo.

Belinda se quedó llorando. Ya había llorado antes, pero esa vez fue diferente. El dolor era más hondo y cortante. Pasó así un buen rato, justificando la reacción de Adrien: había sido una sorpresa, recapacitaría, él se daría cuenta de que la amaba… antes de bajar del barco, antes de llegar a su casa… Él volvería a sus brazos porque la amaba. Regresaría, más pronto que tarde… Hasta que aceptó que eso no iba a suceder. Por un instante sintió la tentación de rogarle a Dios, pero ya intentó contactar con él en el pasado y no le había hecho demasiado caso. Como siempre, tendría que encargarse de esa pena ella sola. Lanzó un suspiro con el que dio por concluido el llanto. Se enjugó las lágrimas con el envés de la mano y se limpió la nariz.

Podría soportarlo, igual que había soportado otras cosas terribles en el pasado.

Sus planes seguían adelante.

Sacó del armario la bolsa de viaje en la que llevaba los dos millones de dólares. La puso sobre la cama y la abrió para cerciorarse de que seguían allí. Acarició los billetes; eran su pasaporte a la vida que siempre ansió. Cuando fuese al fin una mujer completa, regresaría en busca de Adrien y él volvería a amarla. Se casarían, tendrían hijos.

Vivirían en París y ella se convertiría en la estrella del Moulin Rouge, tal y como había soñado.

Sí, eso es. Eso es lo que sucedería.

Puso la maleta junto al dinero. Comenzó a arrancar los vestidos de las perchas y a lanzarlos sobre la cama. Giró sobre sí misma. Todas sus cosas estaban desperdigadas. Debía darse prisa en hacer el equipaje, antes de que Santino la encontrara. Embutía los cosméticos en el neceser, abría los cajones donde había guardado la ropa interior, se asomaba al baño para recoger el perfume… y, justo en ese momento, cuando estaba de espaldas a la puerta, tuvo la certeza de que alguien entraba en el camarote. Por un momento creyó que podría tratarse de Adrien, así que se asomó ansiosa. Pero a quien encontró fue a Domingo Amores, observando perplejo el bolso con los dos millones de dólares.

—¿Qué significa esto?

—No puedes entrar en mi camarote. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? —le gritó ella dirigiendo la mirada a la mesita de noche; el lugar en el que escondía su Derringer.

El oficial pareció leer su mente y lanzó una carcajada. Su cuerpo se interponía entre Belinda y la pistola. Sin ella sería una presa fácil.

—Te has dejado la puerta abierta, muñeca. Pero tranquila, Belindita, ya la he cerrado yo —pronunció su nombre con retintín—. Una chica tan virtuosa como tú debería tener más cuidado. Cualquiera podría colarse dentro y… bueno… quién sabe lo que podría suceder.

Alguien golpeó la puerta con los nudillos. El oficial contrajo el rostro en señal de disgusto.

—¿Belinda? ¿Belinda estás ahí? —la voz de Santino sonó al otro lado—. ¡Belinda! Veo la luz por la rendija. ¿Te encuentras bien? Llevo toda la noche buscándote.

—¡Estoy dentro! Pasa —le gritó.

Santino Neri la obedeció, como siempre había hecho, tal y como Flavio Leone le había indicado que hiciera. Al entrar observó la escena durante unos segundos, con gesto interrogante. Domingo y Belinda juntos en el camarote. Sobre la cama una bolsa con dinero. Una maleta abierta, el armario vacío…

—¿Qué… qué… ocurre? ¿A dónde vas? —le preguntó desconcertado.

Ella le dirigió una mirada implorante, momento que Domingo aprovechó para abrir el cajón de la mesita de noche y sacar de allí la Derringer de Belinda. La guardó en el bolsillo de su pantalón.

—Santino, tienes que entenderme —intentó explicar ella—. He de irme. No lo hago por capricho. Es algo muy importante. Flavio no me

necesita. No necesita tanto dinero.

—¿Cómo…? ¿Qué… qué quieres decir con irte? —titubeó.

—¿Acaso no lo ves, gilipollas? —le gritó Domingo Amores señalando el dinero—. ¡No te enteras o qué! Que esta fulana le está robando a tu jefe.

Santino la miró con decepción.

—¿Vas a traicionar a Flavio? ¿Con todo lo que ha hecho por ti? ¿Por nosotros? —Neri la observaba sobrecogido.

—Flavio no hace las cosas por nosotros —respondió despacio Belinda—. Las hace por él mismo. Por su propio beneficio.

—¡Eso no es cierto! —gritó el gigante—. Es como un padre para mí.

Belinda sacudió la cabeza de un lado a otro. Ella conocía el verdadero motivo por el que Flavio mantenía a Santino a su lado. Se aprovechaba de su inocencia, obligándole a hacer el trabajo sucio. Siempre a su servicio, siempre al dictado de sus órdenes… pagando unas deudas de gratitud que no tenía.

—Estás equivocado —le siguió diciendo ella—. Flavio no fue en tu busca cuando te quedaste huérfano con la intención de ayudarte. Lo hizo porque le remordía la conciencia. Porque fue él quien ordenó matar a tu padre. Me lo confesó hace tiempo.

—Mentira —musitó Santino—. Eso es mentira.

—Yo no te mentiría —insistió ella mientras el gigantón negaba con la cabeza—. Por eso tengo que alejarme de todo eso. Vivimos en un mundo sucio. Necesito comenzar de cero… en otro lugar. Lejos de crímenes y extorsiones. Tú me comprendes, ¿verdad, Santino?

—Pero… ¿te vas a creer eso, capullo? Que esta zorra le está robando a tu jefe. ¡Espabila! —gritó Domingo Amores.

—Santino… Santino… Deja que me vaya —rogaba ella entre susurros, mirándole a los ojos.

Pero la voz del oficial seguía escuchándose de fondo, como una letanía: «Esta fulana está mintiendo. Le está robando a tu jefe. Eres gilipollas. Te está utilizando…».

La mano derecha de Santino se cerró despacio en un puño. Belinda supo reconocer, en los dulces ojos del gigante, el veneno de muerte que las calles de Nueva York, las bandas callejeras, las noches en los burdeles, las timbas de cartas, los amigos de Leone… habían inoculado en su inocente alma.

—Zorra… —masticó, lanzándole una mirada llena de odio.

Y Belinda comprendió que debía escapar de aquel lugar.

Aquellos dos hombres, que hasta ese momento no creían tener nada en común, se sintieron de pronto unidos por una complicidad extrema. Una alianza íntima, precisa, integrada en sus cerebros desde los

tiempos en que los humanos salían de sus cuevas, cubiertos con pieles, armados con lanzas, para asediar a un bisonte. Parecía que llevaran años cometiendo ese tipo de tropelías en connivencia, acompasados, complementándose, como si se tratase de una coreografía bien ensayada.

Santino Neri atrapó a Belinda en su huida, aferrándola por la cintura, elevándola en vilo y estrechándola contra su cuerpo; la espalda de ella pegada al vientre de él. El culo de ella pegado a la entrepierna de él…

—¡Santino! ¡Suéltame! ¡Suéltame! ¡Por favor! —gritaba pateando el aire.

El frenético movimiento de Belinda le excitaba, aceleraba su respiración. Resoplaba cerca de su oreja, sacudiendo las ondas de su pelo.

—¡Suéltame! ¡Suéltame!

Chillaba demasiado alto. Alguien podría oírla.

Santino colocó la manaza sobre su boca, cubriendo también buena parte del rostro, incluyendo la nariz. En poco tiempo ella sintió que le faltaba el oxígeno y tuvo que relajar la agitación, esforzándose por aspirar los retazos de aire que se filtraban entre los dedos que la amordazaban. Con los ojos amenazando salírsele de las órbitas, llorosos, enrojecidos por el esfuerzo, observó aterrorizada cómo Domingo se desabrochaba el cinturón y los pantalones. Forcejeaba con ellos con la mano derecha, mientras que con la izquierda le sobaba el pecho, la cintura… mordiéndose el labio inferior. Un trozo de carne purpúrea, tensa, asomó por el hueco de la cremallera del oficial. En ese momento liberó sus dos manos para aferrar el escote del vestido de Belinda. De un tirón certero los tirantes se arrancaron y quedaron expuestos los pechos minúsculos, suaves, livianos… Siguió tirando hasta conseguir que la tela se rasgase de arriba abajo. Sus largas y musculadas piernas, en cuyo muslo aún se mantenía la liga en la que llevaba la petaca, intentaban sin mucho éxito alcanzar el suelo.

Domingo Amores escupió en su mano derecha y la deslizó dentro de las bragas de Belinda. El rostro se le contrajo en apenas una milésima de segundo. Quedó paralizado. Dejó de morderse el labio para fijar los ojos en los de Belinda. No había confusión en esa mirada; más bien decepción.

—Pero qué… ¡Es un tío! ¡Es un jodido julandrón!

Santino no le prestó atención. Seguía concentrado en el deleite del culo de Belinda frotándose contra él.

—¡Es un tío! —repitió, dirigiendo la mirada a su cómplice—. ¡Qué hijo de puta! ¡Qué hijo de puta!

Neri aflojó la presión con que la mantenía sujeta, observando perplejo cómo Domingo Amores intentaba embutir su miembro erecto dentro de los pantalones. Al sentirse liberada, Belinda reaccionó. Corrió hacia la puerta del camarote, pero el oficial atrapó al vuelo su muñeca y la revoleó. La inercia la hizo caer de espaldas sobre la cama. Entonces Domingo Amores se tumbó sobre ella, la aferró el cuello y comenzó a apretar. Estaba excitado; ahíto de odio, avergonzado, sediento de venganza, muerto de deseo. Ambos se miraban, ella pataleando, intentando introducir las uñas entre su cuello y las manos que le estaban ahogando. Comenzaba a faltarle el aire. Volvió levemente la cabeza a su derecha. Allí estaba Santino, mirándola con lágrimas en los ojos, mordiéndose las uñas, como el niño gigante que era. Sin hacer nada. Entonces se hizo consciente de que iba a morir. Lo supo de manera fehaciente.

Belinda aprovechó el último resquicio de fuerza que quedaba en su cuerpo, adelantó su mano izquierda y la posó sobre la mejilla derecha de Domingo Amores. Clavó allí sus uñas, sintiendo cómo la piel se rasguñaba, cómo se le humedecían las yemas de los dedos con la sangre.

Los ojos de dolor y rabia del oficial fue lo último que vio Belinda Miller antes de abandonar este mundo. Su leve cuerpo sin vida quedó desmadejado sobre la cama, como una marioneta a la que acabaran de cortar los hilos. Santino Neri lanzó entonces un lamento que salió del mismo fondo de sus entrañas.

—Belinda… —aulló de dolor.

—¡Que es un tío, gilipollas! No te quedes mirando como un imbécil. No podemos dejarle aquí —le gritó Domingo Amores—. Menudo gánster estás hecho. ¡Joder!

El oficial le ordenó que le ayudara a envolverla en una manta. Y eso hicieron. Mientras tanto le iba enumerando el resto de los pasos que debían seguir. Santino vigilaría y Domingo Amores iría en busca de su coche. Meterían a Belinda en el maletero y la llevarían lejos, a algún lugar despoblado. Llevarían un bidón de gasolina, le prenderían fuego para borrar las posibles huellas, y enterrarían los restos. Nadie los relacionaría jamás con el crimen, porque no iba a existir tal crimen.

—A Flavio le dirás que ella se la pegó. Que se fugó con la pasta. ¡Y nos la repartimos! —le propuso con entusiasmo, señalando los dos millones que había en el maletín—. Es un plan perfecto.

Pero Domingo Amores no contaba con los remordimientos, porque él jamás los había sentido y desconocía su poder. En el tiempo que dejó a Santino solo con el cuerpo sin vida, una nube gris se cernió

sobre la cabeza del chofer. Cuando el oficial regresó, lo encontró en la misma postura; de pie, frente al bulto que formaba el cadáver de Belinda envuelto en la manta, sollozando sin hacer ruido, mordiéndose las uñas, totalmente paralizado.

—¡Vamos! ¡Vamos! Que ya está el coche abajo. Hay que darse prisa antes de que la gente regrese de la Exposición. Agárralo por las piernas.

No pesaba demasiado.

Caminaron deprisa por la cubierta. Atravesaron la pasarela que unía la embarcación con el muelle. Justo al pie se encontraba el automóvil del oficial, con el maletero abierto. Domingo Amores lanzó con desgana la parte del cuerpo con la que él cargaba, pero Santino colocó tiernamente las piernas de Belinda dentro, con la misma delicadeza que un marido recién casado hubiese empleado en depositar a su esposa en el lecho nupcial.

Seguía llorando.

—Valiente gilipollas… —farfulló Domingo Amores, observándole de arriba abajo con desidia, negando con la cabeza.

Eran las doce de la noche. Lo supieron porque comenzaron a estallar en el cielo los fuegos artificiales previstos para la inauguración de la Exposición.

—¿Y a dónde fuiste al salir del camarote de Belinda? —La pregunta de Gonzalo vino a sacarle de la ensoñación en la que los recuerdos le habían sumido.

Adrien llevaba un buen rato en silencio, devolviéndole luz a los peores momentos de su vida; los que había encerrado en lo más hondo de su mente.

—Me fui a casa —confesó—. Estaba muerto de miedo… paralizado por el miedo. ¿En qué me convertía yo si me había enamorado de alguien como Belinda? Cuando la amaba no tenía miedo de nada. No me dio miedo cruzar el océano para enfrentarme con Flavio Leone y sus secuaces. Tampoco me dio miedo cuando ella me propuso abandonarlo todo y escaparnos con el dinero de un mafioso. El amor que sentía por Belinda me hacía invencible. En cambio sin su amor perdía todo mi valor, la razón misma de mi existencia. Me vi de pronto en mi habitación y lo único que pude percibir, con una palpable certeza, era el hedor de mi propia cobardía. No tenía más que una vida y ya había desaprovechado muchos años librando batallas de otros —suspiró—. Decidí volver a buscarla.

Adrien Chevalier caminó lo más deprisa que pudo en dirección al muelle de Nueva York, esquivando a la gente que se dirigía a los puentes para tener una vista privilegiada del castillo de fuegos

artificiales previsto para las doce de la noche. Oyó el cohete del primer aviso en la Puerta de Jerez. El segundo a la altura del pabellón del puente de San Telmo. Con el tercero ya estaba bajando las escaleras del muelle.

—El cielo estaba muy oscuro esa noche —explicaba Adrien—. Y las luces de colores… los ruidos…

Lo primero que vio fue el automóvil con el maletero abierto, junto a la pasarela del yate. Tardó un poco más en identificar la imponente silueta de Santino Neri y, a su lado, el inconfundible uniforme blanco de Domingo Amores. Dejó de caminar para observar con detenimiento lo que estaban haciendo, sintiendo en la boca del estómago la incomodidad de un mal presentimiento. Sujetaban entre los dos un bulto envuelto en una manta. Domingo Amores introdujo primero la parte que él cargaba y, cuando Santino hizo lo propio, la esquina de la manta se deslizó. Una pantorrilla resbaló fuera del maletero. Adrien reconoció los zapatos rojos que esa noche llevaba Belinda.

¡Pum! ¡Pum!

Los fuegos artificiales estallaron en sus oídos, mostrando ante sus ojos un salpicón de luz, partiendo en dos el horizonte, como aquella noche en Verdún.

¡Pum!

En apenas una fracción de segundo Adrien perdió la conciencia del lugar en el que se encontraba. De pronto se vio de nuevo dentro de la trinchera, cargando con la impedimenta, aferrado al andamio, a punto de saltar al campo de batalla. Miró al cielo, y el fuego enemigo restallaba con rabia, convirtiendo el cielo negro en una noche naranja.

¡Pum! ¡Pum!

Las imágenes se concatenaban rápidamente: el miedo reflejado en el rostro del compañero que tenía al lado, la gallardía en la mirada del capitán Adrien Chevalier… y el ruido, ¡Dios bendito! Ese ruido…

¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

La bayoneta clavándose en su rodilla, el capitán tendiéndole la mano…

¡Pum!

Y el cuerpo de los dos saltando por los aires.

¡Pum!

Domingo Amores había sacado una pequeña pistola del bolsillo de su pantalón y acababa de descerrajarle a Santino Neri un tiro en la sien. Los fuegos artificiales siguieron estallando mientras Adrien observaba paralizado[13] cómo el oficial empujaba el cuerpo sin vida del sicario de Leone al río. Cuando Adrien quiso reaccionar, Domingo Amores ya estaba al volante del vehículo, sumergiéndose en la

oscuridad de la noche.

—¿Domingo Amores y Santino Neri mataron a Belinda? —exclamó Gonzalo Aguilar.

Adrien asintió apesadumbrado.

—Estaba desesperado. Todo era tan confuso que estuve un par de días encerrado en casa, sin coger el teléfono, simplemente a la espera de que Belinda reapareciera en cualquiera de los actos que tenía programados. Pero no lo hizo.

Adrien siguió explicando que la información que publicaban todos los diarios era que había desaparecido. Su camarote estaba revuelto, todas sus pertenencias seguían allí, lo cual hacía sospechar que no se trataba de una desaparición voluntaria. Hubo incluso algún periodista que insinuó que podría tratarse de un robo, porque no había rastro de dinero.

—La mañana en la que encontraron el cuerpo de Santino flotando en el río, tuve la certeza de que todo lo que había pasado era real, y no fruto de mi imaginación. Reuní las piezas de lo que podría haber sucedido tras salir yo del camarote. No sé de qué manera Domingo Amores y Santino Neri se enteraron de los planes de fuga de Belinda con los dos millones de dólares. La mataron para quitarle el dinero y Domingo Amores se quitó de en medio a Santino, para quedarse él solo con el botín.

—¡Santo cielo…! —musitó Gonzalo.

—Mi vida podría resumirse en el listado de lo que debería haber hecho y no hice. Y me arrepiento tanto —se lamentó Adrien—... La gente cree que nos definen nuestros logros, pero nuestras equivocaciones tienen sus consecuencias. ¿Qué hubiera sido de mi vida de haber desertado de la guerra? ¿Y si no hubiera aceptado ser Adrien Chevalier ante el médico alemán en el campo de prisioneros? ¿Y si me hubiera escapado con Belinda? He ido dejando detrás de mí los despojos de las decisiones que nunca tomé. Nadie pasará a la historia por los actos que jamás llevó a cabo.

Adrien consideró entonces que era el momento de actuar, de tomar las riendas de la situación. No podía dejar en manos de Dios el castigo que Domingo Amores merecía. A fin de cuentas, si lo que le habían enseñado en la catequesis era cierto, llegada su hora, al oficial le bastaría un arrepentimiento de última instancia para que cualquier fechoría que hubiera cometido le fuera perdonada. Y eso no era razonable.

A partir de ese momento se encargaría él de impartir justicia. Comenzaría por devolverle la Cruz de Guerra a la familia del verdadero capitán Adrien Chevalier. Hizo las maletas y se fue a París.

Una vez cumplida la primera misión, lo siguiente fue contactar con Flavio Leone. Le envió una carta anónima al penal de Sing Sing en la que le explicaba la misteriosa desaparición de Belinda Miller y del dinero que llevaba para la transacción vinícola en Cádiz, dejando entrever que Domingo Amores había mejorado sustancialmente su estatus social. En el sobre incluía el recorte de prensa en el que se informaba de la aparición de Santino Neri en el río Guadalquivir, con un tiro en la sien. Meses más tarde fue cuando encontraron el cadáver del oficial Domingo Amores flotando en el río Hudson, con dos tiros en la cabeza.

—Yo también merecía mi castigo —siguió explicando—. En mitad de las noches la culpa se hacía enorme. Ya no podía imaginarme viviendo en Sevilla. Tampoco me quedaba nada en Francia. No era capaz de vislumbrar un futuro en el que mis actos quedaran impunes.

—Pues yo creo que has sufrido de más —le consoló Gonzalo.

—Es curioso… normalmente las personas que acogen nuestra llegada al mundo no suelen estar el día que nos marchamos. ¿Lo has pensado alguna vez? —le preguntó mirándole a los ojos—. Pasé mucho tiempo perdido, buscándola aunque fuera en sueños. Cada noche me acostaba en ese catre inmundo que tenía en la Isla del Diablo, recordando el tiempo en el que Belinda me amó. A veces lograba visualizarla, en todo su esplendor, cantando con esa voz de cubitos de hielo entrechocando en un *whisky on the rocks*. ¿Te acuerdas? —Gonzalo asintió. Adrien tenía los ojos enrojecidos—. Ahora sé que no moriré solo, porque he practicado mucho. Puedo cerrar los ojos y tenerla a mi lado.

—Ten por seguro que no morirás solo. Nuestra amistad no era mentira —le aclaró Gonzalo.

---

[13] La neurosis de guerra sería incluida dentro del concepto más amplio de la neurosis traumática. Tal diagnóstico enfatiza el carácter persistente de la psicopatología a través de pesadillas, recuerdos perturbadores, *flashbacks* y crisis disociativas, mencionando además comportamientos evitativos hacia situaciones que hagan recordar el evento traumático. Keane, Wolf y Taylor (1987) plantearon la posibilidad de reproducir los síntomas del síndrome en laboratorio, exponiendo a los individuos afectados a estímulos traumáticos auditivos o visuales.

EPÍLOGO

Trascripción de la crónica que el periodista Jesús Hermida realizó desde Houston, durante la llegada del hombre a la Luna, para la Televisión Española:

Allí, en el centro de la NASA, se contiene la respiración ante la imagen en blanco y negro del módulo lunar Eagle, que se ha aposentado en el mar de la tranquilidad del satélite.

Observen ustedes que la imagen se empieza a mover. No sé exactamente lo que es en estos momentos, pero vamos a tratar de saberlo. Observen ustedes el pie. Observen ustedes el pie. ¡Ahí está! ¡Ahí está! A las 109 horas, 22 minutos, 48 segundos de vuelo. El pie… lentamente, muy lentamente, el pie de un astronauta. Se ha visto, se está viendo cómo tantea. Como un niño recién nacido levanta sus brazos para tocar a la madre, sin saber dónde agarrarse, en qué sustentarse.

Gonzalo y Adrien estaban sentados en las sillas de mimbre del jardín, intentado aprovechar la mínima brisa que pudiera ofrecerles la noche. Habían sacado la televisión al exterior, aquel invento que Adrien acababa de descubrir y que, en un primer momento, le pareció más obra del diablo que de Dios. Un enorme ojo de cíclope con dos cuernos capaz de reflejar en sus entrañas lo que otras personas hacían a cientos de kilómetros de distancia. En este caso a miles. ¡Qué digo a miles! ¡A millones de kilómetros de distancia! Nada menos que en la Luna. Adrien, que nunca había creído en los milagros, tuvo que admitir que aquello se parecía bastante a uno.

Desde que Gonzalo firmó todos y cada uno de los papeles que las monjitas del hospital de la Pitié-Salpêtrière le pusieron por delante, en los que aseguraba que aceptaba la responsabilidad y el compromiso de hacerse cargo del anciano Étienne Duval, su amigo había mejorado muchísimo. Regresaron en primavera y el perfume de azahar y jazmín se coló por las fosas nasales de Adrien, reavivando recuerdos dormidos.

Gonzalo se encargó también de espantar las telarañas de la memoria de Adrien, hablándole del día en el que se conocieron, cuando los anarquistas del Sindicato de Peones Albañiles atentaron contra la vida de Aníbal González, de las tertulias literarias en el Gran Café de París, de los braceos salerosos de Pastora Imperio y de las aventuras de D'Artagnan, Aramis, Porthos y Athos. Le ponía los discos de *jazz* y dejaba que aquellas notas improvisadas le trajeran a la memoria los buenos recuerdos de las noches neoyorquinas, del Cotton Club y del viaje en el Manuel Arnús.

Las manos de Cristina acariciando cariñosamente las de Adrien y las aceitunas aliñás con un vasito de vermut de Melquiades Sáenz a la hora del aperitivo hicieron el resto.

> Es el pie del astronauta que, ¡ahí está! Las imágenes hablan por sí solas. El hombre… el hombre deposita por primera vez su pie… su cuerpo… todo lo que un hombre tiene encima, su pensamiento, su alma, su corazón… su ciencia, también, en la Luna. Aquí ven ustedes un primer plano de Armstrong al final de la escalera de nueve peldaños. ¡Pie izquierdo! Por primera vez en la Luna.

—El hombre está en la Luna… —farfulló incrédulo Adrien

sacudiendo de arriba abajo la cabeza.

—¡Y cuándo no! —bromeó Gonzalo.

Adrien sonrió pero, un instante después, apartó los ojos del televisor y los volvió hacia su amigo para observarlo fijamente, con una lucidez pasmosa.

—¿Cómo supiste que era ella? —preguntó.

Habían evitado hablar de Belinda desde que regresaron de Francia. Gonzalo temía que esos fuesen los únicos recuerdos que no le harían ningún bien traer a la memoria pero, ante una pregunta directa, se vio incapaz de no responder.

—Cerca de su cuerpo encontraron una alianza que nadie relacionó con el cadáver. Pensaron que la habría perdido alguna de las personas que vinieron a ver el vuelo del zepelín —explicó—. La reconocí porque hiciste dos iguales para mi boda con Cristina, ¿te acuerdas?

—Sí…

—Iban a enterrarla en una fosa común —continuó diciendo Gonzalo—, pero a Cristina se le ocurrió que nos encargásemos nosotros. Está enterrada en el cementerio de San Fernando, en el panteón de mis suegros. La lápida no tienen nombre.

—¿Me harás el favor de enterrarme junto a ella cuando me llegue la hora?

—Aún falta mucho para eso.

—Por favor… dime que lo harás. No tengo miedo a la muerte. He vivido intensamente. He olido el perfume del mundo, de norte a sur, de este a oeste… Por favor —repitió—… prométeme que me enterrarás junto a Belinda.

Gonzalo conocía bien a su amigo y sabía que no dejaría el tema hasta que se lo hubiese prometido.

—Tienes mi palabra.

> Resulta ingenuo, resulta innecesario, resulta hasta frío decir que lo que estamos viendo es el primer hombre en la Luna. Y si alguien ha dudado alguna vez de la televisión como el gran medio, como el gran testigo actual de nuestro tiempo, este programa vendrá a decir, de una vez para siempre, que la humanidad entera está participando instantáneamente de un hecho que interesa a toda la humanidad gracias a algo muy pequeño, a una simple cámara de no más de treinta y cinco centímetros, pero es una cámara de televisión.

Los ojos de Adrien habían vuelto a posarse en las imágenes de la pantalla.

—¿Te puedo pedir otro favor más? —preguntó sin apartar la mirada de la silueta blanca que se movía lentamente sobre un fondo de tonos grises.

—Dime…

—Cuando llegue ese momento, quiero que pongas sobre la lápida nuestros nombres. Los de verdad, no los que nos pusieron al bautizarnos. ¿Me explico, Gonzalo? Ella era Belinda. Belinda Miller. Siempre fue y será Belinda Miller. Y yo siempre fui el capitán Adrien Chevalier. Ella nunca me conoció otro nombre. Y esa es la única verdad. ¿Lo harás así?

—Por supuesto.

—Prométemelo.

—Te estás poniendo muy pesado hoy hablando de muertes y lápidas.

—Prométemelo.

Gonzalo suspiró de forma ostentosa.

—Te lo prometo. Pero ya te digo que para eso queda aún mucho tiempo.

—Muy bien.

> Armstrong está realizando ya las operaciones. Sospecho que la primera de ellas es la de descubrir la placa en la cual se asegura que ellos han llegado a la Luna en nombre de toda la humanidad, en el año después de Jesucristo de 1969, mes de julio.

—¿Ya estamos en la Luna? —Cristina acababa de aparecer sacudiendo con gracia el abanico delante de su cara.

—Como siempre —respondió riendo Gonzalo. Se alegraba de que la aparición de su esposa aflojase el momento íntimo que envolvía a los dos hombres.

—¿No tenéis calor? ¿Os apetece algo? ¿Traigo limonada? —ofreció ella.

Gonzalo estiró el brazo y atrapó la muñeca de Cristina con ojos enamorados.

—Quédate aquí con nosotros. Te echábamos de menos.

Adrien observó su dicha con codicia, convencido de que las personas especiales no abundaban y de que había que aferrarse muy fuerte a ellas cuando se daba con una. Gonzalo lo supo hacer bien. El amor no era ciego, como decían por ahí, solo había que cerrar los ojos cuando hacía falta.

—Creo que he cometido todos los errores del mundo —dijo de pronto Adrien.

—¿Todos? ¡Qué exageración! —exclamó Gonzalo. Te veo capacitado para cometer unos cuantos más.

Rieron los tres.

—¿Y quién no comete errores? —preguntó Cristina, aún sonriente —. La vida es el ensayo general de una sinfonía en la que tenemos que

improvisar porque no nos dan la partitura. Y lo peor de todo es que no se puede aprender de los errores porque ya no queda tiempo para el estreno.

Y Cristina tenía razón.

Adrien había vivido momentos que seguramente ningún comerciante de paraguas, ningún oficinista, ni tendero de ultramarinos, vivirían. Pocos, muy pocos humanos podrían repasar su biografía y señalar orgullosos: «Le di esquinazo a la muerte en la Primera Guerra Mundial, resucité de la paliza que unos mafiosos me propinaron en los muelles de Nueva York, sobreviví a la Isla del Diablo, crucé el océano varias veces, bebí alcohol en el Cotton Club en plena ley seca… y amé, amé como solo se ama una única vez en la vida».

Uno de mis trovadores amados escribió que
nadie
se muere en Sevilla.
Nadie aprende a morir, porque nadie ha
envejecido.
En Sevilla la muerte es siempre un asesinato.

Acogí a Belinda y a Adrien en mis entrañas porque ellos comprendieron que yo seguiría adelante sin ellos. Pero con ellos. También seguiré adelante sin Gonzalo, sin Cristina y sin tantos otros que dejaron sus huellas en mí. Por muchas calles, plazas o avenidas que cambien, por muchos árboles que poden y vuelvan a plantar, por muchas lágrimas que se derramen sobre mi tierra en nombre de un Dios al que saquen en procesión, ya sea el dios del fuego, la diosa de las cosechas, o la de la primavera… porque las personas necesitan creer que existe una razón para estar en este mundo. Yo siempre seré la misma. Sonarán mis campanas que espantarán a los mismos pájaros, o a otros nuevos, el verano será sofocante, y la tierra será amarilla.

Gonzalo, Cristina y Adrien se quedaron hasta muy tarde esa noche, viendo las evoluciones de los humanos en la Luna. «Un pequeño paso para el hombre, un gran paso para la humanidad», había dicho uno de los astronautas.

—¿Nos vamos ya a la cama? —les preguntó Cristina conteniendo un bostezo con el envés de la mano.

—Marchaos vosotros, yo me voy a quedar un rato aquí afuera —respondió Adrien—. Se está muy a gusto ahora, con esta brisa que trae el olor de la dama de noche.

Gonzalo se dio la vuelta antes de entrar en la casa y vio que Adrien miraba al cielo. A la Luna.

—¿Crees que vas a poder localizar a los astronautas desde aquí? —le preguntó.

Adrien rio.

Y la risa le dio tos.

Y así estuvo un buen rato; riendo y tosiendo.

—Ya… ya sé que no los puedo ver desde aquí —respondió cuando al fin recuperó el resuello—. Me estaba preguntando si ellos pueden vernos a nosotros. ¿Cómo se verá la ciudad bajo la Luna?

Es posible que en algún momento hayas tenido la sensación de que te contaba esta historia de forma desordenada, y es posible que así fuera. Ya te lo advertí. Encontrar el principio de los principios no es mi fuerte. Además tengo tendencia a divagar. Me desoriento. Hay demasiadas distracciones: las luces del atardecer sobre el río, los trinos de los pájaros a primera hora de la mañana, el olor del pan recién horneado…

Lo reconozco, quizás haya desordenado la historia, pero puedes estar seguro de que jamás te he mentido. A lo largo de los siglos he sido testigo de lo mejor y de lo peor que es capaz de sacar de sí la raza humana. Aunque tengo mala memoria, hay algunas biografías que se enredan en las raíces de los árboles, profundizando hasta mis entrañas, de manera que las dejo fundirse conmigo y llegan a ser yo. Ahora Belinda también soy yo. Y podrías percibirla si tu humanidad te hubiera permitido vivir en el tiempo en el que los mercaderes genoveses trajeron los primeros árboles de naranjas amargas. De haber aspirado entonces el aroma de mis calles podrías distinguir que ha variado levemente desde la llegada de Belinda. Ya no es tan ácido; ha aumentado su dulzor. Así se lo susurré a Adrien.

—¿Lo notas? —le pregunté sonriente para no asustarle en un momento que debe ser apabullante para un ser humano—. Es el olor de la caña de azúcar que Belinda llevaba impregnado en la piel —precisé.

—Es cierto —musitó—. La primavera huele distinta desde que ella está aquí… contigo.

—Y contigo —le aclaré. Sabía que eso le haría feliz.

—Y conmigo. Al fin…

—Al fin.

En los tiempos de la Isla del Diablo Adrien supuso que moriría solo y loco, pero se equivocaba. Se marchó de forma dulce y apacible, la misma noche que el hombre pisó la Luna por primera vez. Gonzalo y Cristina lo encontraron al día siguiente, sentado en su silloncito de mimbre.

Parecía dormido.

Se fue feliz.

Quise susurrarle palabras de consuelo mientras se adentraba en mí, pero me di cuenta de que ya no eran necesarias, porque él ya se había perdonado. Había aceptado que el pasado no podía cambiarse y que la historia de Belinda era su propia historia: dura, insoportable, única y sublime al mismo tiempo. Su frágil memoria seleccionó lo que era realmente importante y lo separó de lo inútil, como el que expurga lentejas y aparta las que tienen bicho. Interiorizó que cada uno de sus actos tuvieron una consecuencia. Que el pasado, el presente y el futuro no son más que una percepción humana, una falla del cerebro que os hace suponer que todo tiene un principio y un final, cuando la realidad es que la vida ya estaba escrita, como un libro que uno abre por la página que más le interesa. En sus últimos días, el capitán Adrien Chevalier colocó el marcapáginas en los momentos felices vividos junto a Belinda. Dichosos para siempre. No pudo elegir dónde y cuándo comenzaron sus días, pero sí eligió cómo acabarlos.

El día que llegó su muerte, lo amparé con el mismo respeto con el que en el pasado acuné el cadáver del gran amor de su vida.

Una aclaración:
por si la pregunta de Adrien te dejó con la duda,
bajo la luna soy una diminuta estrella.

Índice

Prólogo

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX

Epílogo

Créditos

Edición en formato digital: 2022

Imagen del capítulo 13: Yulianas/123RF

© Nerea Riesco, 2022
© Algaida Editores, 2022
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
www.literaria.algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-711-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.